

LIBRO BASADO EN LA SERIE DE TELEVISIÓN

RICHARD CASTLE



CALOR MORTAL

Lectulandia

Nikki Heat y Jameson Rook deberán emprender una carrera contrarreloj para detener una letal amenaza del pasado de Heat, y a un escalofriante asesino que pone en peligro su futuro.

La detective de homicidios de la policía de Nueva York Nikki Heat está determinada a atrapar al escurridizo agente de la CIA que ordenó la ejecución de su madre hace más de una década. Para dar caza al asesino, Heat se une una vez más a su pareja, el periodista de investigación Jameson Rook. Pero su búsqueda del antiguo espía y el motivo del asesinato desvela un alarmante complot terrorista que no es para nada cosa del pasado. Es letal. Es ahora. Y ya ha comenzado su cuenta atrás.

Para complicar aún más la misión de llevar al espía ante la justicia y frustrar la amenaza terrorista que se avecina, un asesino en serie atemoriza a la ciudad y la brigada de homicidios está bajo presión para detenerlo, y pronto. El asesino no solo ha señalado a Nikki como destinataria exclusiva de sus mensajes insultantes, sino que también ha puesto nombre a su próxima víctima: la detective Heat.

Lectulandia

Richard Castle

Calor mortal

Nikki Heat-5

ePub r1.1

fenikz 03.09.15

Título original: *Deadly Heat*
Richard Castle, 2013

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para KB: que nunca termine el baile y que nunca pare la música

1

La detective de homicidios de la policía de Nueva York Nikki Heat aparcó en doble fila su Crown Victoria gris detrás de la furgoneta del juez de instrucción y se dirigió a la pizzería donde esperaba el cadáver. Un agente con uniforme de manga corta levantó el precinto para que ella se agachara y pasara por debajo y, cuando se levantó al otro lado, Heat se detuvo y miró hacia Broadway. En ese momento, veinte manzanas más al sur, su novio, Jameson Rook, estaba saliendo a saludar en una rueda de prensa en Times Square para celebrar la publicación de su último gran artículo. Un artículo tan importante que el director lo había sacado en portada para lanzar la página web de la revista. Heat debería haber estado contenta, pero estaba hecha polvo. Porque el artículo era sobre ella.

Dio un paso para entrar, pero solo uno. El cadáver no se iba a ir a ningún lado y Heat necesitaba un momento para maldecirse a sí misma por haber ayudado a Rook a escribirlo.

Pocas semanas antes, cuando le dio su bendición para que escribiera una crónica sobre su investigación de la muerte de su madre, le había parecido una buena idea. Bueno, quizá no una buena idea, pero sí prudente. La espectacular captura de Heat del asesino misterioso después de más de una década se había convertido en una noticia bomba y Rook lo había planteado sin rodeos: alguien iba a escribir aquella historia. ¿Prefería Heat a un ganador del premio Pulitzer o a un gacetillero sensacionalista?

Las entrevistas de Rook fueron intensas y, para realizarlas, necesitó todo el fin de semana. Con su grabadora digital como centinela, Heat empezó hablando de la cena de Acción de Gracias de 1999. Ella y su madre se disponían a hacer pastel de carne y Nikki la llamó desde la sección de especias del supermercado solo para oír cómo su madre moría apuñalada al otro lado del teléfono, mientras ella echaba a correr de vuelta a casa, desesperada e impotente. Le contó a Rook que había cambiado la carrera de arte dramático por la de justicia penal para convertirse en policía en lugar de en la actriz que siempre había soñado ser.

—Un asesinato lo cambia todo —dijo.

Heat compartió con él la frustración que sintió en su búsqueda de justicia durante la década posterior. Y su sorpresa un mes antes, cuando todo cambió y una maleta que habían robado del piso de su madre la noche de su asesinato apareció en la escena de un crimen que investigaba Nikki, con el cuerpo de una mujer en su interior. El camino hacia la resolución del reciente homicidio de la señora de la maleta llevó a Heat a un inesperado viaje hacia el pasado oculto de su madre. El rastro la había llevado hasta París, donde Nikki se quedó pasmada al saber que Cynthia Heat había sido espía de la CIA. En lugar de la profesora de piano que había fingido ser, su madre había utilizado la enseñanza de la música como excusa para poder espiar las casas de diplomáticos y empresarios.

Nikki se enteró de todo esto en el lecho de muerte del antiguo jefe de su madre en la CIA, Tyler Wynn. Pero, como los espías son como son, aquel anciano no había hecho más que fingir su muerte para sacársela de encima. Nikki descubrió esto por las malas, cuando el mentor de su madre apareció pistola en mano para quitarle los documentos secretos e incriminatorios por los que Cynthia Heat había muerto. ¿Por qué? Porque Cynthia Heat había descubierto que Tyler Wynn, su leal amigo, era un traidor.

Durante la entrevista, Nikki confesó que no tenía que imaginarse lo que su madre sintió ante aquella traición. Ella había sentido lo mismo cuando Petar, su novio de la universidad, había salido de las sombras junto a Wynn apuntándola con su pistola. Y más aún cuando el viejo espía se escabullía con la bolsa de las pruebas incriminatorias y una última orden para el ex de Nikki: que la matara. Al igual que el mismo Petar había matado a su madre.

En ese momento, Rook había parado su grabadora Olympus para cambiarle las pilas, pero, en realidad, lo había hecho para dejar que Nikki se recompusiera emocionalmente. Cuando continuaron con la entrevista, ella admitió que, en el fondo, siempre había pensado que después de capturar al asesino de su madre aquella herida podría por fin cicatrizar. En lugar de ello, se había abierto del todo y sangraba. El dolor, más que disminuir, se había vuelto más punzante. Sí, había conseguido arrestar a Petar, pero el cerebro que lo había orquestado todo había escapado sin dejar huella. Y Petar no iba a ayudarles a buscarlo. No después de que otro de los cómplices de Wynn envenenara con todo el descaro la cena de su celda.

Heat se abrió a Rook con un tono íntimo que no podría haberse imaginado un año atrás, cuando le endilgaron al famoso periodista para que la acompañara en una investigación. Antes de Rook, Nikki siempre había creído que en el mundo había dos parejas de enemigos natos: policías y ladrones y policías y periodistas. Aquella creencia se ablandó durante la ola de calor del verano anterior, cuando terminaron enamorándose mientras trabajaban en su primer caso. Puede que se hubiese ablandado, pero, incluso siendo amantes, los policías y los periodistas jamás lo iban a tener fácil. Y esta relación los ponía constantemente a prueba.

La primera prueba había surgido el otoño anterior, cuando el resultado de las salidas de la brigada de homicidios de Rook apareció publicado en la portada de una revista de tirada nacional y Nikki pudo contemplar su propio rostro devolviéndole la mirada desde los quioscos de prensa durante un mes. Tanta atención le resultó incómoda. Y ver cómo sus experiencias personales se convertían en una narración provocaba en ella una sensación perturbadora sobre su papel como musa de Rook. ¿Aquella vida que compartían les pertenecía a ellos o solo era material de referencia?

Y ahora, con aquel artículo nuevo de Rook a punto de irrumpir a lo grande en internet, lo que eran simples recelos sobre salir a la luz pública se habían convertido en una ansiedad a gran escala. Esta vez no se trataba de temer el brillo cegador de la publicidad personal, sino la preocupación de que aquello pudiera perjudicar la

investigación que tenía en marcha. Porque para la detective Heat, este caso no tenía cabos sueltos. Eran cables con corriente y Nikki consideraba la publicidad enemiga de la justicia. Y en ese momento, a un kilómetro y medio de distancia, en Times Square, el genio estaba a punto de salir de la botella.

Nikki se alegraba de, al menos, poder mantener un gran secreto. Algo tan explosivo que ni siquiera se lo había contado a Rook.

—¿Entras? —El detective Ochoa la hizo volver al presente. Sostenía abierta la puerta de Domingo's Famous para que ella entrara. Heat vaciló y, a continuación, dejó a un lado su preocupación y cruzó la puerta.

—Tenemos aquí algo inaudito —dijo el compañero de Ochoa, Sean Raley. Aquella pareja de detectives, apodados los Roach^[1], una mezcla de sus apellidos, condujeron a Heat a través de las mesas de formica vacías que en pocas horas habrían estado llenas para el almuerzo de no haber sido por aquel asesinato.

—¿Preparada para ver algo nuevo? —preguntó Raley cuando llegaron a la cocina. Colocó su mano enguantada sobre la puerta más alta del horno de pizzas y la bajó para mostrar a la víctima. O a lo que quedaba de ella.

El hombre, o eso parecía, había sido metido allí de lado, doblado para que cupiera, y a continuación horneado. Nikki miró a Raley, después a Ochoa y, de nuevo, al cadáver. El horno seguía desprendiendo un poco de calor y el cuerpo que había en su interior parecía una momia. Estaba vestido cuando lo metieron. Había restos de tela chamuscada colgándole de los brazos y las piernas y cubriéndole partes del torso como una colcha desintegrada.

La mirada de oscura diversión de Raley se desvaneció y se acercó a ella. Ochoa se le unió, examinándola.

—¿Te estás mareando?

—No, estoy bien. —Nikki se entretuvo poniéndose un par de guantes desechables azules y, a continuación, añadió—: Es que me he olvidado de una cosa. —Dijo aquello sin darle importancia, como si no fuera nada. Pero, para ella, sí que era importante. Lo que había olvidado era su ritual. El pequeño protocolo que seguía siempre que llegaba al escenario de un crimen. Se detenía en silencio unos segundos antes de entrar para honrar la vida de la víctima a la que estaba a punto de ver. Era un ritual que surgía de la empatía. Un rito tan normal como el de dar las gracias antes de una comida. Y hoy, por primera vez, Nikki se había olvidado de hacerlo.

Aquel descuido la fastidiaba, aunque quizá había sido inevitable. Últimamente, la rutina de su trabajo en homicidios se había convertido en una distracción que le impedía centrarse por completo en su caso más importante. Por supuesto, no podía contarle aquello a ninguno de los de su brigada, pero sí se quejaba a Rook de lo difícil que resultaba tratar de cerrar un capítulo cuando los demás no paraban de empezar otros nuevos. Él le recordó las palabras de John Lennon: «La vida es lo que te pasa mientras estás ocupado haciendo otros planes».

«Mi problema es que lo que me pasa es la muerte», había respondido ella.

—Lo han encontrado los encargados de la cocina cuando han abierto para los preparativos del almuerzo —empezó a explicarle Raley.

—Les ha parecido raro que el horno estuviese caliente —continuó Ochoa—. Al abrir la puerta han descubierto a nuestro animalito tostado. —Los Roach intercambiaron sendas sonrisas de autocomplacencia.

—Los dos sabéis que solo porque Rook no esté aquí no tenéis por qué sustituirlo en su papel de cómico. —Levantó las manos hacia el horno. Notaba calor, pero no quemaba—. ¿Lo han apagado ellos?

—Negativo —contestó Raley—. La cocinera dice que estaba apagado cuando han llegado.

—¿Alguna idea de quién es la víctima? —preguntó ella asomándose al interior del horno. El daño producido por el calor iba a dificultar su identificación.

Ochoa repasó sus notas.

—Suponemos que la víctima es un tal Roy Conklin.

—Pero es solo una suposición hasta que podamos ver su historial dental y su ADN —precisó la médico forense, Lauren Parry, mientras se levantaba de entre su equipo de laboratorio.

—Es una hipótesis fundamentada —intervino Ochoa. Heat vio el sutil coqueteo de la doctora Parry, su novia no tan en secreto—. Hemos encontrado una cartera. —Señaló la mesa de acero inoxidable y la bolsa que había sobre ella con un bloque de piel desfigurado y un permiso de conducción doblado del estado de Nueva York.

—Y hay algo aún más raro —dijo Raley sacando una linterna diminuta del bolsillo de su chaleco y dirigiéndola hacia el cadáver. Heat se acercó y Raley continuó—: ¿Te parece suficientemente extraño?

—De lo más extraño —contestó Nikki asintiendo con la cabeza. Alrededor del cuello de la víctima colgaba la chapa identificativa de Roy Conklin del Departamento de Salud e Higiene Mental de la ciudad de Nueva York.

Ochoa se puso al lado de ella.

—Ya hemos llamado al Departamento de Salud e Higiene Mental. ¿Estás lista? El cuerpo que hay en ese horno es el de un inspector de sanidad de restaurantes.

—Eso sí que es infringir las normas. —Todas las cabezas se giraron hacia aquella voz tan familiar. Y hacia su ocurrencia. Jameson Rook había llegado, toda una visión para Nikki con su traje azul marino de Boss de corte perfecto y su camisa violeta y blanca de cuello italiano, además de la corbata gris oscura y violeta que ella había elegido para él—. Este antro va a tener esta noche en su escaparate una mala nota de sanidad, ya veréis.

Heat se acercó a él.

—No es que no agradezca tu ayuda, pero ¿qué ha pasado? No me digas que te has aburrido de tu gran evento de alfombra roja.

—En absoluto. Iba a quedarme para los saludos de después pero he recibido un mensaje de Raley en el que me contaba esto. Y menos mal que lo ha hecho. ¿Para qué

seguir fingiendo sonrisas cuando se tiene la oportunidad de ver...? —Asomó la cabeza al horno—. Qué fuerte. Un alienígena del Área 51.

Los Roach dieron muestra de apreciar el humor negro. No tanto Lauren Parry.

—¿Qué es lo que tienes en el hombro? ¿Brillantina? —preguntó la forense—. Sal de aquí antes de que contamines mi área.

Rook sonrió.

—Si me dieran una moneda cada vez que escucho eso... —Pero salió al comedor y dejó su chaqueta en el respaldo de una silla. Regresó justo cuando una pareja de técnicos del departamento forense estaban sacando el cadáver del horno. Ochoa le dio un par de guantes azules de nitrilo para que se los pusiera.

—Mirad esta chapa —dijo Raley. Heat se apoyó sobre una rodilla al lado de él para mirar con atención. La chapa identificativa de Conklin y su cordón no tenían señal alguna de haberse chamuscado ni derretido.

Rook se arrodilló con ellos.

—Eso quiere decir que quien lo haya matado debió de esperar a que el horno se enfriara o haber vuelto después para ponerle esto en el cuello.

Nikki se giró y lo miró.

—Oye, eso no es justo. Esa es tu cara de conjeturas al azar. No me digas que también vas a tocarme las pelotas con un oportuno resumen de lo que ha ocurrido.

—¿Detective? —la llamó Ochoa, que estaba junto al horno. Heat se puso de pie y siguió con la mirada el haz de luz de la linterna. En el rincón posterior del horno que antes había estado oculto por el cadáver había una chaqueta doblada. Al igual que la chapa y el cordón, no tenía quemaduras. El detective Ochoa utilizó una pala para sacar *pizzas* del horno de mango largo y la deslizó debajo de la chaqueta para engancharla. Cuando la acercó hacia ellos, nadie dijo nada. Simplemente, se quedaron mirando la chaqueta y lo que había encima de ella: un rollo de cuerda roja y una rata muerta.

El detective Feller había terminado de entrevistar a la cocinera y al ayudante de camarero cuando Heat, Rook, Raley y Ochoa salieron de la cocina.

—Sus declaraciones encajan —les informó—. Sirvieron las últimas *pizzas* a medianoche, echaron el cierre, se fueron a la una de la noche, volvieron a las nueve y encontraron a la víctima. —Pasó las páginas de sus notas—. Nada fuera de lo habitual durante los días previos, ningún rastro de robo ni de cerraduras forzadas. Tienen un sistema de circuito cerrado de televisión pero se estropeó la semana pasada. Ninguna queja de clientes ni proveedores. En cuanto al inspector de sanidad, no les suena a ninguno ni el apellido de Conklin ni su fotografía. Me he guardado el dato de dónde habéis encontrado la identificación, claro, pero cuando les he preguntado si han tocado o manipulado el cadáver los dos han dicho que no.

—En cuanto la familia o el Departamento de Salud e Higiene Mental nos den unas fotos mejores, enséñaselas —dijo Heat—. Mientras tanto, suéltalos.

Determinar la hora y la causa exacta de la muerte iba a ser complicado, pues en

un cuerpo quemado las estructuras celulares y las temperaturas corporales se corrompen. Así que, mientras Heat dejaba que su amiga la médico forense se llevara el cadáver a la calle 30 para hacerle la autopsia, ella marcaba los siguientes movimientos de su equipo. Ochoa desplegaría un equipo de oficiales de uniforme para sondear el barrio con copias de la fotografía del documento identificativo de Conklin hechas con el móvil. Una vez que las unidades de policía salieran, Ochoa iría a casa de Conklin para informar a su familia y ver qué podía averiguar allí. Raley haría su habitual inspección entre las cámaras de seguridad de la zona que pudieran haber grabado algo. Heat envió al detective Feller al Departamento de Sanidad para pedir el registro laboral de la víctima y preguntar a su superior por sus archivos y sus relaciones laborales. Y en cuanto a Rook, se ofreció como mente de apoyo para la sesión informativa de la brigada.

—Te lo tienes muy creído, pero vale —no pudo evitar responder Nikki.

Cuando los dos salieron de Domingo's Famous, Rook movió la cabeza con desdén hacia los curiosos que se encontraban tras la cinta amarilla de la policía.

—¿Sabes, Nikki? No soporto a los mirones que se acercan en busca de la macabra emoción que les pueda proporcionar ver cómo meten en una furgoneta un cadáver dentro de una bolsa. Más bien me parecen unos perdedores.

Se oyó una voz entre la multitud:

—¿Jameson? ¿Jameson Rook? —Se detuvieron—. ¡Aquí, aquí! —El brazo que se movía en el aire pertenecía a una mujer joven y exuberante vestida con pantalones de cuero negro y con lo que solo podían calificarse como unos zapatos de tacón que pedían guerra. Se abrió paso hasta ponerse por delante de los demás curiosos y apretó la plenitud de su camiseta con estampado de leopardo contra la cinta amarilla de la policía—. ¿Puedo hacerme una foto contigo? ¿Por favor...?

—Creo que, después de lo mío en Times Square, he tuiteado que iba a venir aquí... —le murmuró Rook a Nikki con tono avergonzado.

—Que sea rápido. —Y mientras Rook se acercaba a la mujer, Nikki añadió—: Sabes que es por esto por lo que Matt Lauer, el presentador de televisión, usa desinfectante para las manos.

Heat esperó en su coche mientras Rook posaba no solo con aquella admiradora, sino con cada una de las otras tres chicas que fueron surgiendo de entre la muchedumbre. Al menos, esta vez no estaba firmándoles en el pecho.

Comprobó rápidamente su correo electrónico.

—Síiii —dijo en voz alta en el interior del coche vacío cuando vio uno que le enviaba un investigador privado del que estaba esperando recibir noticias—. ¿Has terminado ya? —preguntó cuando Rook ocupó el asiento de al lado.

—La fotografía no era más que el principio. Quería que yo mismo tuiteara la foto y añadiera el *hashtag* *#increíblementeatractivo*. —Apoyó la cabeza en el reposacabezas y continuó—: Al parecer, estoy siendo *trending topic* ahora mismo.

Nikki puso en marcha el coche.

—¿Te acuerdas de Joe Flynn?

Rook se incorporó en su asiento.

—¿El investigador privado? ¿El que está loco por ti? No.

—Bueno, pues ese investigador privado me ha hecho un favor, ha rebuscado entre sus archivos y ha encontrado unas viejas fotos de mi madre de cuando la estaba vigilando. Quiere que comamos juntos.

—Creía que habías convocado una reunión de la brigada dentro de una hora para hablar del cadáver chamuscadito. —Y añadió con tono solemne—: Que en paz descanse.

Heat golpeó el volante con los dedos sintiendo una vez más el conflicto con su trabajo rutinario en homicidios. Hizo unos rápidos cálculos.

—Le diremos que tendrá que ser un almuerzo rápido.

—Vale —contestó Rook mirando de reojo hacia la escena del crimen—. Pero nada de *pizza*. Y no hay más que hablar.

Como Heat y Rook no tenían tiempo para estar atrapados dos horas en un restaurante para hablar de banalidades y oír entera la lista de postres, Joe Flynn había organizado un bufé en la sala de reuniones de Quantum Recovery, su elitista servicio de investigación con sede en el piso superior del prestigioso edificio Sole. Había traído un surtido de embutidos de Citarella consistente en jamón de Parma, rosbif, queso Jarlsberg y queso Muenster, así como mostazas rústicas y mayonesa con hierbas. Rechazaron las cervezas artesanales que sobresalían de cubos de hielo granizado y optaron por agua mineral de Saratoga, que su anfitrión les sirvió en copas.

—Ha progresado mucho desde sus orígenes, Joe —observó Rook mientras masticaba un pepinillo junto a un enorme ventanal que daba al centro de Manhattan.

—¿Quiere usted decir desde que perseguía a adúlteros en hoteles de mala muerte por trescientos dólares al día? —Se acercó a Rook y admiró con él aquel día tan primaveral—. Yo diría que la recuperación de obras de arte ha hecho que mi vida sea un poco más fácil. Además, ya no siento que necesite darme una ducha después de ingresar el cheque.

Antes de que Joe Flynn alcanzara un nivel de prestigio y subiera a los ascensores ultrarrápidos que aquello había traído consigo, la madre de Nikki había sido el centro de una de sus investigaciones por adulterio por encargo del padre de Nikki. Preocupado por la vida cada vez más reservada de Cynthia Heat, su marido había contratado a Flynn en 1999 porque sospechaba que su esposa estaba teniendo una aventura. Flynn no encontró nunca ninguna prueba de infidelidad, pero sí que tenía fotografías de cuando había vigilado a la madre de Nikki que podrían ser útiles ahora que ella estaba buscando a Tyler Wynn.

Cuando Nikki se acercó a ellos, incapaz de resistirse a aquella vista del edificio del Empire State y, en la distancia, entre los rascacielos, un poco de Staten Island,

Rook recibió una llamada en su teléfono móvil y se disculpó antes de contestar.

—Un hombre con suerte —dijo Joe Flynn en cuanto se cerró la puerta. Nikki se giró y vio que él la miraba como si fuese un sonriente aspirante del programa de televisión *Antiques Roadshow* que espera el veredicto del tasador. Nikki deseó que su teléfono también sonara. Como aquello no ocurrió, cambió de conversación.

—Le agradezco que haya buscado esas fotografías.

—Ah, sí. —Flynn sacó de su bolsillo una memoria USB y le dio vueltas entre los dedos de la mano, no con ánimo de fastidiarla pero sin terminar de entregársela tampoco—. He buscado al hombre y a la mujer cuyas fotos me envió usted la semana pasada —dijo refiriéndose a las imágenes que ella le había enviado de Wynn y su cómplice, Salena Kaye—. No aparecen en ellas. —Luego volvió a sonreírle, y añadió —: Su madre era una mujer hermosa.

—Sí que lo era.

—Igual que la hija.

—Gracias —respondió Nikki con el tono más neutro del que fue capaz.

Él interpretó por fin el gesto de ella y le dio el dispositivo de memoria.

—¿Puedo preguntarle quién es esa pareja a la que busca?

—Lo siento. Me gustaría decírselo, pero es un asunto confidencial de la policía.

—No me culpe por preguntar. La curiosidad es propia de este tipo de trabajo, ¿no? No puedo evitarlo.

Que se lo dijeran a ella.

Heat esperaba encontrar en esas fotos algo que le diera pistas sobre Tyler Wynn y Salena Kaye. Buscaba también una clave que resolviera su gran secreto.

Unas semanas antes Nikki se había tropezado con una serie de notas escritas a lápiz que su madre había dejado en una partitura de música. Creía que se trataba de un mensaje encriptado. Aquellos puntos, líneas y garabatos no seguían ninguna pauta que ella supiera reconocer. Nikki había buscado en Google el código Morse, jeroglíficos egipcios, el alfabeto maya e incluso grafitis urbanos, todo ello en vano. Para satisfacer su objetividad de policía, incluso había investigado para determinar si aquellos símbolos eran simplemente claves taquigráficas que indicaban cómo interpretar la música. Lo único que encontró fue otro callejón sin salida.

Necesitaba ayuda para descifrarlo pero, siendo plenamente consciente de su carácter confidencial, pues ese código podía ser la razón por la que Tyler Wynn había hecho matar a su madre, Heat sabía que debía mantenerlo en secreto. Sopesó la idea de hablarle a Rook de ello, sabiendo que el Señor Conspiraciones dedicaría su cuerpo, su alma y su imaginación hiperactiva a descifrar ese código. Pero Nikki decidió guardárselo, por ahora. Aquello no era un secreto sin más.

Aquel secreto era mortal.

Tras su reunión en Quantum Recovery, Heat firmó la salida de ella y de Rook en el mostrador de seguridad del vestíbulo. Dio un paso hacia la salida de la Avenida de las Américas pero notó que Rook se rezagaba.

—Cambio de planes —dijo él—. ¿Te acuerdas de esa llamada? Era Jeanne Callow. Ya sabes, mi agente.

—Rata de gimnasio, demasiado maquillaje, Jeanne la Máquina... ¿Esa Jeanne Callow?

Rook sonrió ante su sarcasmo.

—La misma. Bueno, voy a ir a su despacho de la Quinta Avenida para que podamos planear la publicidad del nuevo artículo.

Una garra ya familiar se clavó en el diafragma de Nikki, pero sonrió antes de responder:

—Sin problema.

—¿Te veo esta noche en tu casa?

—Claro. Podríamos revisar estas fotografías.

—Eh... sí. Podríamos hacer eso.

Heat volvió sola en el coche a la comisaría mientras se reafirmaba en su instinto de ocultarle a Rook lo del código.

Nikki lanzó una mirada tensa desde su mesa hacia la sala de la comisaría y, una vez más, se sintió dividida entre su gran caso y otro homicidio. El equipo de detectives a los que había convocado para hablar del asesinato de Conklin llevaba un buen rato esperando sentado, pues ella llegaba con retraso a su propia reunión. Desesperada por tratar de encontrar una pista sobre Tyler Wynn, a Heat se le había ocurrido que podía hacer un hueco para esta llamada antes de la reunión informativa con su brigada, pero un guardián le impedía avanzar.

—Es la cuarta vez que intento ponerme en contacto con el señor Kuzbari —dijo mientras se esforzaba en disimular su rabia—. ¿Le han dicho que se trata de una investigación del Departamento de Policía de Nueva York?

Fariq Kuzbari, agregado de seguridad de la delegación de Siria en las Naciones Unidas, había sido uno de los clientes de las clases de piano de su madre. Heat había intentado entrevistarse con él unas semanas antes, pero él y sus matones armados la habían rechazado. No iba a rendirse. Un hombre como Fariq Kuzbari podría arrojar algo de luz sobre un compañero espía como Tyler Wynn.

—El señor Kuzbari estará fuera del país durante un tiempo indefinido. ¿Quiere dejar algún mensaje?

Lo que Nikki habría querido hacer habría sido aporrear su mesa con el teléfono y gritar algo muy poco diplomático. Contó hasta tres en silencio antes de responder:

—Sí, por favor.

Heat colgó el teléfono y vio unas cuantas miradas inquietas procedentes de su brigada. De camino hacia la parte frontal de la sala, empezó a pensar sus palabras de disculpa por haberles hecho esperar, pero, cuando llegó a la pizarra y se dio la vuelta para mirarles, la jefa de la brigada de homicidios había decidido que su llamada y el

retraso eran un asunto policial. Que le den a John Lennon, pensó. A continuación, la detective Heat fue directa al grano.

—Bueno, así que se trata de Roy Conklin, hombre, cuarenta y dos años... — empezó a decir Heat mientras repasaba los datos generales de la escena del crimen. Tras colocar sobre la pizarra ampliaciones de la foto del documento de identidad de la víctima y otra en color que había tomado de la página web del Departamento de Sanidad, continuó—: Pero hay algunas dobleces en esta muerte, cuanto menos. Empezando por el estado y la disposición del cadáver. Un horno de *pizzas* no es algo que suele estar presente en un homicidio.

El detective Rhymer levantó una mano.

—¿Sabemos ya si lo mataron dentro del horno o si lo utilizaron simplemente para deshacerse del cuerpo?

—Buena pregunta —contestó Heat—. En la oficina del forense se sigue tratando de determinar tanto la causa como la hora de la muerte.

—Sí que hemos sabido por parte de la forense que hay restos de cloroformo en la chaqueta de la víctima —intervino Ochoa. Heat giró la cabeza hacia él. No estaba al corriente de ello. Su mente retrocedió rápidamente a una llamada perdida de Lauren Parry mientras estaba en medio de su llamada a la delegación siria. El novio de la forense hizo una pequeña señal de asentimiento a Nikki. Ochoa recibió el mismo gesto de ella.

—Así que... —Nikki volvió rápidamente a su informe—, es posible que el señor Conklin fuera reducido químicamente en la escena del crimen o en algún otro sitio con anterioridad y que lo hubiesen llevado hasta allí. Hasta que no conozcamos la causa de la muerte, no sabemos si entró en el horno vivo o muerto. Si estaba vivo, lo único que podemos hacer es rezar por que estuviera completamente inconsciente debido al cloroformo. —La sala quedó en silencio mientras los policías pensaban en los últimos momentos de Roy Conklin.

»Las otras dobleces son las prendas sin quemar que había sobre el cadáver o a su lado —continuó mientras pasaba a enumerar cada una a la vez que colocaba fotografías tomadas por la forense en la pizarra—: el cordón y la placa identificativa alrededor del cuello; su chaqueta doblada; y el rollo de cuerda roja con la rata muerta y sin quemar a su lado. Como poco, este extraño *modus operandi* indica fetichismo, venganza o un mensaje mortal. No olvidemos que se trataba de un inspector de sanidad de restaurantes; no solamente fue asesinado en un restaurante, sino potencialmente en una de sus máquinas. La colocación de la rata además de la conservación de su placa del Departamento de Salud e Higiene Mental significan algo. Necesitamos saber exactamente qué.

Ochoa informó de que las unidades no habían conseguido dar con ningún testigo ocular en el barrio. Y su visita al apartamento de Conklin no había revelado ningún indicio de pelea, robo ni nada parecido. El portero del edificio había dicho que la mujer de Conklin había salido de viaje de negocios y le había dado el número de un

teléfono móvil. Raley había encontrado media docena de cámaras de vigilancia en la zona y estaba listo para empezar a comprobar las grabaciones. Feller, que había vuelto del Departamento de Salud e Higiene Mental, había hablado con el jefe de Conklin, quien lo había descrito como un empleado modélico, utilizando palabras como «motivado» y «dedicado» y lo había llamado «uno de esos tipos raros que vivían para su trabajo y nunca se retrasaba».

—De todos modos, tenemos que ver en qué otras cosas andaba —dijo Heat. Designó a Rhymer para que investigara sus registros bancarios en busca de alguna irregularidad, fijándose en si podía haber sobornos, grandes vacaciones o si vivía por encima de sus posibilidades. Dijo a Feller que ahondara más con sus compañeros de trabajo para ver si había alguna queja sobre él en los lugares que inspeccionaba—. Rales, además de lo de las cámaras de seguridad, id tú y Miguel a los restaurantes y bares de la lista de Conklin. A ver qué os cuentan sobre sus costumbres, sus vicios y sus enemigos, ya sabéis, lo habitual. Yo llamaré a la mujer y trataré de reunirme con ella por la mañana.

Después, en su mesa, Nikki estudió el papel con el nombre de Olivia Conklin y el número de móvil que había debajo. Colocó la mano sobre el teléfono pero, antes de levantarlo de su base, se detuvo. Solo diez segundos, para honrar al cadáver. Diez segundos, eso es todo.

Cuando entró en su apartamento, vio a Rook retorciendo el alambre protector de la botella de Louis Roederer que *First Press* le había enviado para felicitarle por su papel en el lanzamiento de su página web.

—Después del día tan increíble que he tenido, Nik, lo que de verdad quiero hacer es abrir esta cosa con un sable. Siempre he querido probarlo. Por casualidad, no tendrás un sable, ¿verdad?

—No me has hablado de tu evento —dijo ella mientras él llenaba las copas—. Solo he visto la brillantina de tu hombro.

—Admito que ha sido divertido. Por supuesto, he fingido que era un rollo pero la verdad es que ha estado bien. Estábamos todos detrás de un cordón en la acera allí, en Broadway, al otro lado de los estudios de *Good Morning America*. Yo, el alcalde, Green Day, los jefecillos de las revistas...

—Espera un momento, ¿estaban allí los de Green Day?

—Bueno, no todos. Solo Billie Joe Armstrong. *American Idiot* se presenta esta semana en el St. James. Y también estaba su relaciones públicas. En fin, que llega el momento y la editora jefe, Elisabeth Dyssegaard, me presenta. Las cámaras se encienden y/o se ponen a grabar y yo aprieto un enorme botón rojo.

—¿Como cuando se deja caer la bola de Nochevieja?

—Eh..., más bien era como el botón rojo de «Easy» de Staples^[2]. Pero la cosa consistía en hacer que yo fuera el primero que pulsara el botón que publicaba el

primer artículo de *FirstPress.com*.

—Muy inteligente.

Levantó su copa.

—Por «La llegada de Heat». —El título del artículo hizo que ella sintiera de repente que el estómago se le retorcía. Pero sonrió, hizo chocar su copa con la de él y dio un sorbo.

Mientras comían lo que habían pedido en SushiSamba, Rook continuó hablando de la enorme cantidad de visitas que había tenido ya su artículo en la página web. Le preguntó a Nikki por el asesino de la pizzería y ella le contó los puntos esenciales pero cambió rápidamente de tema para descargar su frustración por los intentos de ponerse en contacto con Fariq Kuzbari.

—¿Qué te apuestas a que de verdad está fuera del país? —preguntó Rook—. Mis compañeros corresponsales en Egipto y Túnez me han dicho que las cosas están agitadas. Probablemente hayan convocado a Kuzbari en Siria porque un pitbull en temas de seguridad como él tendrá una enorme lista de obligaciones. Demasiadas torturas para tan poco tiempo.

Ella dejó los palillos sobre la mesa y se limpió la boca con la servilleta.

—Olvidémonos de Kuzbari. Aún quedan otros dos sospechosos a los que mi madre espió y a los que todavía no he podido investigar. Uno estaba fuera del estado compitiendo con sus perros en concursos caninos y el otro me está eludiendo a través de su abogada. Dios mío, hablando de pitbulls.

—¿Quieres oír una idea con la que todos saldríamos ganando? Manda a esa abogada para que se cambie por Kuzbari. Mientras ella patea traseros en Siria, tú podrás tener a tu disposición a dos de tus posibles sospechosos.

—Me alegra ver que esto te parece gracioso, Rook. —Heat apartó su plato—. Yo simplemente estoy tratando de atrapar al hombre que ordenó la ejecución de mi madre, ¿vale? —La sonrisa de él desapareció y trató de responder, pero ella se le adelantó—. Y está claro que, ya que Tyler Wynn intentó hacer que me mataran a mí también en aquel túnel del metro, o bien ese viejo cabrón sigue ocultando algo malo de su pasado o bien algo terrible está pasando ahora mismo. Así que, si quieres tomarte esto como una tontería con la que divertirte después de que yo te haya abierto mi vida para tu bonito artículo, guárdatelo para ti.

Le dejó pálido en la mesa del comedor y esperó que el golpe de la puerta de su dormitorio al cerrarse le provocara un infarto. Cuando él fue con ella diez minutos después, no encendió la luz y Nikki no apartó la cara de la almohada. Rook se sentó a su lado en la cama y habló en voz baja en la oscuridad:

—Nikki, si creyera por un momento que Tyler Wynn supone una amenaza para ti, lo dejaría todo y removería cielo y tierra para protegerte. Y para encontrarle. Pero lo cierto es que Tyler Wynn consiguió lo que quería en aquella estación fantasma del metro cuando puso las manos sobre aquella bolsa que encontraste. Confía en mí, la mayor preocupación de Wynn es desaparecer y convertirse también en un fantasma.

Si saliera a la luz para hacerte daño no conseguiría más que ponerse en peligro. Además, el Departamento de Seguridad Nacional, el FBI y la Interpol están en ello. Deja que ellos carguen con ese peso, son expertos. Pero te pido disculpas por no haber mantenido el pico cerrado. No creo que esto sea ninguna broma y jamás querría hacerte daño.

Hubo un momento de silencio. Nikki se sentó y, bajo la luz tenue que entraba de la sala de estar, pudo ver un brillo bajo uno de sus ojos. Le limpió suavemente la lágrima y le abrazó. Estuvieron abrazados tanto rato que el tiempo se desvaneció.

Por fin, cuando el silencio hubo logrado que la herida cicatrizara, habló Rook.

—Has dicho «cabrón». Eso has dicho. Has llamado a Tyler Wynn «viejo cabrón».

—Estaba enfadada.

—Tú nunca dices palabrotas. Bueno, casi nunca.

—Lo sé. Solo cuando nosotros... —Sus palabras se fueron apagando y sintió que el rostro se le acaloraba. Después, se le aceleró el pulso y le vibró en el oído que tenía pegado a la suave piel del cuello de él. Se movieron para mirarse el uno al otro sin hacer ninguna señal, simplemente lo supieron. Y se besaron. Fue un beso tierno, al principio. Él saboreó la vulnerabilidad de ella y Nikki la tierna preocupación de él. Pero enseguida, a medida que compartían aliento y espacio, la pasión se apoderó de ella. Se apretó contra él. Rook arqueó su cuerpo hacia ella y Nikki colocó ambas manos sobre sus costados y lo atrajo aún más hacia sí. Después, deslizó sus dedos hacia su regazo y notó cómo la palma de su mano se llenaba de él. La mano de él la buscó a ella y Nikki gimió y se dejó caer bajo el cuerpo de él para permitir que su peso la encontrara allí dispuesta a recibirle.

Más tarde, después de que se amodorraran abrazados, él salió de la habitación brindándole a ella la oportunidad de ver su magnífico culo. Rook volvió con dos copas de champán a las que dieron un sorbo sentados. Las burbujas seguían teniendo fuerza y el alcohol dio vueltas por la lengua de ella.

Se acurrucaron el uno contra el otro.

—He estado pensando en el infierno que todo esto ha debido de ser para ti durante diez años.

—Más de diez —contestó ella.

—¿Sabes qué es lo que estoy deseando? Que llegue el día en que todo este caso de Tyler Wynn quede cerrado y pueda llevarte a algún lugar donde podamos estar los dos solos sin hacer nada. Ya sabes, dormir, hacer el amor, dormir, hacer el amor... ¿Lo pillas?

—Es un buen plan, Rook.

—El mejor. Solo interrumpido para tumbarnos en la arena tropical con una copa de ron en una mano y una buena novela de Janet Evanovich en la otra.

—Volvamos a la parte de hacer el amor.

—Ah, cuenta con ello.

—Me refiero a ahora mismo —dijo ella. Y dejó las copas de champán sobre la

mesa de noche.

Un trueno lejano despertó a Nikki. Miró por la cortina y vio por las luces de la ciudad que las calles y los tejados de Gramercy Park estaban secos. El techo de la nube baja se volvió rosa con un destello, probablemente procedente de un lejano rayo sobre el este de la isla.

En el sofá, con las piernas cruzadas y vestida con su bata, con el portátil sobre sus muslos, Nikki entró en *FirstPress.com* y contuvo la respiración cuando vio su propia cara mirándola bajo el titular:

LA LLEGADA DE HEAT

Se trataba de una foto espontánea que le había hecho un reportero gráfico cuando salió de la comisaría después de su dura experiencia en el metro la noche en que arrestó a Petar. Su rostro mostraba toda la fatiga, los rigores y la gravedad de lo que había soportado. A Heat nunca le habían gustado sus fotos pero, al menos, le resultaba más fácil mirar esta que la fotografía en la que había posado para la cubierta de la revista que le habían obligado a hacerse para el primer artículo de Rook.

Echó un vistazo al artículo, no para leerlo, pues ya lo había hecho unos días antes, sino para asimilar el hecho de su realidad. Algunos genios aparecen tras frotar una lámpara, otros tras descorchar una botella de champán de regalo. Aquello ya era público y solo esperaba que no fuera a perjudicar su caso.

Nikki Heat se preparó para la siguiente ronda de notoriedad. Y para el leve fastidio de que Rook hubiese citado algunas de las expresiones de jerga policial que ella usaba en las investigaciones, como «buscar el calcetín suelto» o contemplar el escenario de un crimen con «ojos de principiante». Si eso era lo peor que iba a salir de todo aquello, podría soportarlo.

A la mañana siguiente, para alimentar a un cerebro que no había parado de dar vueltas en toda la noche, Nikki se detuvo en el Starbucks de su barrio de camino al metro. Nunca solía tomar bebidas al precio de una entrada de cine. La culpa era de Rook. Él la había acostumbrado. Hasta el punto de que cuando él donó una máquina de café expreso para la sala de la brigada, ella había aprendido a servirse un perfecto café con un tiro de veinticinco segundos.

Cuando pidió lo de siempre, sintió el inexplicable placer de escuchar cómo gritaban «Grande con leche desnatada, doble de vainilla y sin azúcar para Nikki» y después su repetición por encima del silbido del chorro del hervidor de leche. Son los pequeños rituales los que te hacen saber que Dios está en su cielo y que todo va bien en el mundo.

Echó un vistazo a la sala y vio a un chico de veintitantos años con un traje formal que la miraba. Sus ojos volvieron rápidamente a su iPad y, a continuación, de nuevo a

ella. Después, él sonrió y levantó su *macchiato* a modo de brindis. «Ya empezamos», pensó ella.

El camarero gritó: «Grande con leche desnatada para Nikki», pero cuando ella se acercó por el mostrador para cogerlo, el señor Traje Formal le salió al paso levantando su iPad y con la cara de ella invadiendo la pantalla.

—Detective Heat, eres impresionante. —Sonrió y aparecieron dos hoyuelos en sus mejillas.

—Ah, bueno. Gracias. —Dio un paso, pero el resplandeciente admirador retrocedió para permanecer a su lado.

—No puedo creer que seas tú. Anoche leí dos veces este artículo... Joder, ¿me firmas el vaso? —Como no tenía experiencia con aquellas cosas, aceptó, solo para poder seguir adelante. Él sacó un bolígrafo que probablemente le habían regalado por su graduación, pero, antes de que ella pudiese cogerlo, se volcó una silla de madera, seguida de un coro de gritos ahogados.

Al otro lado de la sala, cerca de donde se recogían las bebidas, un vagabundo se retorció y se sacudía en el suelo dando fuertes patadas contra la silla volcada. Los sorprendidos clientes se levantaron de sus mesas y se apartaron.

—Llaman a Emergencias —dijo Heat al camarero antes de ir corriendo al lado de aquel hombre. Justo cuando se arrodillaba, él dejó de convulsionar y alguien detrás de ella dio un grito. De su boca y nariz había empezado a salir sangre. Se mezcló con el vómito y el café derramado que inundaba el suelo al lado de él. Sus ojos se quedaron inmóviles con una mirada muerta y un leve hedor empezó a aparecer a la vez que sus intestinos se soltaban. Heat le presionó el cuello pero no encontró el pulso. Cuando retiró los dedos, la cabeza de él se giró a un lado y Nikki vio algo que solo había visto una vez en su vida, la noche que Petar había sido envenenado en el calabozo.

La lengua del muerto asomó por la boca. Estaba negra.

Ella miró la bebida derramada en el suelo al lado del hombre. Un vaso grande con el nombre de «Nikki» escrito a un lado con un marcador de cera. Se puso de pie para observar a la gente. Fue entonces cuando vio un rostro familiar saliendo por la puerta.

Salena Kaye cruzó la mirada con la de Heat y salió corriendo.

Nikki se lanzó corriendo hacia la salida mientras gritaba:

—Policía, salgan todos. —Unos cuantos clientes parecían estar deseosos de acercarse al cadáver, pero a Heat le preocupaba el veneno y quería preservar el escenario del crimen por si había huellas. Abrió la puerta de un tirón y le gritó al camarero—: Di a los de Emergencias que un oficial sale en busca de un sospechoso de homicidio. Heat se apretó contra la pared del vestíbulo y asomó la cabeza para mirar la acera y asegurarse de que no se metía en una emboscada. Allí. Un destello de Salena Kaye alejándose mientras serpenteaba entre los peatones. Salió detrás de ella.

Kaye no miró hacia atrás sino que se limitó a correr con determinación. Y a toda velocidad. Nikki recorrió rápidamente la vista por la calle 23 esperando ver algún coche de la policía.

En esa milésima de segundo, chocó con dos adolescentes que salían de una tienda riéndose de sus colmillos adornados con caramelos alargados y rojos. Todos se quedaron quietos, pero, cuando Heat apartó a los chicos, vio cómo Salena entraba por la puerta trasera de un taxi.

El coche estaba demasiado lejos como para poder leer la matrícula y el número de licencia. Heat memorizó su parachoques al que le faltaba un trozo y el anuncio del club de caballeros que tenía en el techo, esperando volver a encontrarlo en el mar de taxis de la hora punta que estaba a punto de tragárselo. Salió en medio de la calle enseñando la placa a los conductores y haciéndoles una señal para que pararan. Un taxi fuera de servicio hizo sonar su claxon y aceleró. Un Camry verde se detuvo con un chirrido justo a su lado. Nikki se acercó corriendo y abrió la puerta del conductor. El sorprendido anciano la miró desde detrás de sus gruesas gafas de otra década.

—Emergencia policial. Necesito su coche. Ahora. Por favor.

Sin decir una palabra, el boquiabierto anciano salió. Heat le dio las gracias, se subió, vio a la diminuta anciana que la miraba desde el asiento de al lado y pisó a fondo.

—Agárrese —dijo Nikki mientras giraba bruscamente hacia la Primera Avenida. Había visto brevemente la xxx del club nocturno del anuncio del techo y miró hacia la avenida entre los taxis que tenía delante para intentar localizarlo. Su pasajera no decía nada.

Simplemente se aferraba al salpicadero con sus manos deformadas y artríticas mientras el cinturón de seguridad se bloqueaba con un sonido sordo. Por delante, con la visión parcialmente bloqueada por una ambulancia, Heat entrevió el parachoques destrozado del taxi y, a continuación, la cara de Salena Kaye asomada por la ventanilla de atrás. Nikki aceleró mientras pasaba el semáforo en rojo de la calle 24 mientras hablaba con seguridad y calma.

—No se preocupe. Ya he hecho esto antes. —La anciana se limitó a mirarla con

ojos como platos. Pero asintió. Aquella señora mayor era valiente—. ¿Tiene teléfono móvil?

—Es un Jitterbug —respondió mientras levantaba en el aire su teléfono de brillante color rojo—. ¿Quiere que llame a Emergencias?

—Sí, por favor. —Heat trataba de mantener un tono despreocupado y tranquilo pese a estar dando bandazos con el volante y pisando el freno. Un dedo índice torcido pulsó el enorme teclado ideal para personas mayores—. Diga: «Oficial necesita ayuda». —Mientras Heat se abría paso a través del tráfico del norte de la ciudad a la misma velocidad que el taxi, su pasajera repetía los mensajes dictados por Nikki a la agente de emergencias pidiéndole que solicitara por radio coches patrulla para que fueran por delante de ellas y poder así bloquear el paso a la sospechosa—. Lo ha hecho muy bien. —Mientras la mujer cerraba su Jitterbug, Heat le echaba por encima un brazo protector—. Sujétese.

Justo después del hospital Bellevue, Salena Kaye salió corriendo de su taxi y se metió por la entrada de las ambulancias. Heat miró sus retrovisores, giró bruscamente a la derecha sobre la acera y paró.

—¿Está bien?

La anciana asintió con la cabeza.

—Caramba.

La detective Heat salió rápidamente del coche y empezó a correr detrás de su sospechosa.

Nikki vio las ambulancias aparcadas en la entrada de Urgencias, miró su interior y entre unas y otras, pero no localizó a Kaye. Se adentró rápidamente en el callejón, disminuyendo la velocidad para mirar detrás de unos cestos de lavandería. Entonces, la vio. Una figura que subía por una pared al fondo del aparcamiento.

Kaye había cogido una de las camillas rígidas que estaban apiladas junto a las ambulancias para saltar la alambrada de concertina. Heat también la utilizó, deteniéndose en lo alto para ver la dirección que tomaba la sospechosa antes de caer sobre la acera.

Aterrizó con las rodillas dobladas para absorber el impacto y salió a toda velocidad por el carril de servicio que había entre el Centro Médico de la Universidad de Nueva York y la autopista FDR.

Por delante tenía una acera en línea recta. Y una asesina a la fuga.

Salena Kaye era muy hábil. Corría siguiendo un recorrido en zigzag aleatorio que impedía a Heat dispararle desde aquella distancia. Pero sus trampas y esquinzos también ralentizaban su avance. Nikki aumentó la velocidad hasta que los pulmones le ardieron.

A la altura de la calle 30, justo después de la enorme carpa blanca que albergaba los restos del atentado del 11 de septiembre, Heat supo que la tenía.

Estando lo suficientemente cerca como para poder disparar, gritó:

—Salena Kaye, alto o disparo. La sospechosa se detuvo, levantó las manos y se

giró hacia ella. Pero entonces un par de celadores de la oficina del forense salieron del patio de atrás para fumarse un cigarro.

—¡Atrás! —gritó Heat. El hombre y la mujer se quedaron inmóviles bloqueando su disparo. Kaye salió corriendo entre el tráfico y se metió en un aparcamiento al otro lado de la calle. Con la pistola fuera y apuntando al techo del aparcamiento de vigas de acero verde, Nikki Heat caminó sigilosa entre las sombras mientras examinaba cada centímetro cuadrado, escuchando con atención por encima del tráfico de la FDR tratando de descifrar cualquier sonido que delatara el lugar donde se escondía Salena. La policía se agachó para mirar por debajo de los coches, sin otro resultado que la palma de la mano cubierta de hollín. A continuación, se levantó y se quedó completamente inmóvil. Solo escuchando.

No oyó venir el golpe. Salena Kaye se abalanzó sobre ella desde el techo de vigas de acero pillándola por sorpresa. Nikki sabía que era mejor no quedarse en el suelo en un combate cuerpo a cuerpo. Se zafó de Kaye y se puso de pie mientras apuntaba con su Sig Sauer a la mujer que seguía en el suelo. Pero estaba claro que Salena tenía experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo. Levantó la pierna derecha en un abrir y cerrar de ojos y el empeine de su pie golpeó la muñeca de Nikki. El impacto, directo a un nervio, le adormeció la mano y la pistola cayó con un traqueteo por el suelo y rebotó en el neumático de un coche antes de detenerse.

Kaye se levantó con la rapidez de una gimnasta y propinó a Heat un fulminante par de golpes de muñeca a cada lado de la cabeza, *pum-pum*. A Nikki se le nubló la visión y las piernas se le aflojaron.

Evitó desmayarse y, cuando se recuperó, vio a Salena yendo a por su pistola.

Heat le dio una patada en las costillas y la mujer cayó. Pero entonces volvió a pillar a Nikki desprevenida con una llave de pierna de jiu-jitsu, una llave de sometimiento que la misma Heat había practicado, pero ahora era ella la víctima de un dolor que la inmovilizaba mientras Kaye forzaba su rodilla extendiéndola al máximo. Incapaz de moverse, incapaz de liberarse, vio la forma oscura de su Sig Sauer sobre el cemento y extendió la mano hacia ella. Kaye tiró de ella hacia sí pero, al hacerlo, soltó la pierna de Nikki lo suficiente como para que pudiese liberarse de la llave. Heat se sentó sobre Salena y descargó una lluvia de puñetazos sobre su clavícula y su cuello. Kaye reaccionó alzando las dos rodillas y haciendo dar a Heat una voltereta por encima de ella. Nikki aterrizó con fuerza sobre su espalda y se quedó sin respiración.

—Eh, ¿qué está pasando? —gritó el guardia de seguridad al salir de su garita. En la milésima de segundo que Salena se detuvo para calibrar aquella amenaza, Heat se dio la vuelta para coger la pistola. Se revolvió con fuerza para llegar hasta ella y la agarró por el cañón. Cuando pudo apuntar, Salena Kaye ya se había ido.

Heat la siguió renqueando con su rodilla dolorida. Corrió a pesar del dolor y vio que Salena giraba a la derecha hacia el río por la calle 34. Y entonces Nikki oyó el helicóptero. Cuando llegó al cruce, Heat supo que estaba cerca. A cien metros de

distancia, un Sikorsky S-76 azul oscuro calentaba motores en el helipuerto. Tenía una puerta lateral abierta y el piloto, con una camisa blanca de manga corta con charreteras, estaba tumbado sobre el asfalto debajo de Salena Kaye, con las dos manos sobre su cara y con sangre saliéndole entre los dedos.

Por segunda vez esa mañana, la detective Heat sacó su placa y gritó un alto. Probablemente, Kaye no pudo oírla por encima del sonido del motor del helicóptero, pero sí que vio a Nikki.

Manteniendo la mirada y dando un lento giro que denotaba su arrogancia, subió al S-76 y cerró la puerta. Segundos después, cuando Heat llegó al asfalto, el helicóptero se levantó poco más de un metro y giró sobre su eje, mientras su rotor trasero daba vueltas a menos de un metro de Nikki, que se lanzó al suelo. Salena Kaye volvió a girar, mostrando descaradamente el lateral del helicóptero a Heat el tiempo suficiente como para levantarle un dedo. Después, el helicóptero salió despacio sobre el East River formando un remolino en la superficie del agua.

Heat se agachó sobre una rodilla y apoyó un codo en la otra mientras apuntaba con su Sig Sauer. Imaginó que si vaciaba su cargador sobre el motor, quizá podría derribarlo. Imaginó el disparo y vaciló.

Se le ocurrió que podría haber a bordo un pasajero inocente.

Nikki enfundó la pistola y pidió ayuda aérea de la policía de Nueva York mientras veía cómo el Sikorsky se convertía en un punto contra el sol de la mañana sobre Brooklyn.

Jameson Rook entró apresuradamente en la sala de la Brigada de Homicidios de la calle 20, se acercó a Heat y la abrazó.

—Dios mío, ¿estás bien?

Nikki lanzó una mirada avergonzada hacia la sala y le contestó en voz baja:

—Estoy bien.

Se soltaron de su abrazo y él le enseñó el vaso de Starbucks que llevaba en la mano.

—Te he traído un café con leche recién hecho.

—Gracias. Lo tomaré después.

—Lo probaré yo antes. —Le dio un sorbo, le dio vueltas ceremoniosamente en su boca y lo tragó, chasqueando después los labios con un «Ah» de satisfacción. Lo levantó y dijo—: ¿Ves? Está bi... —De repente, la miró con ojos saltones, lanzó un sonido de ahogo y se llevó la mano libre a la garganta. Ella le miraba sin comprender. Él se recuperó milagrosamente—. ¿Demasiado pronto?

—Demasiado tarde. —Nikki señaló hacia la sala de la brigada de homicidios, donde había un vaso grande con el nombre de «Nikki» sobre cada una de las mesas—. Estos idiotas se te han adelantado.

—Hace media hora —dijo Ochoa mientras se acercaba—. Deberías haber visto a

Rhymer después de dar su sorbo. Opie se ha tirado al suelo dando sacudidas y resoplado. —Sonrió—. Estuvo inspirado.

—¿Qué pasa con el humor de los policías? —replicó Rook—. Es muy negro. Inapropiado. Genial. —Desde su primer día como acompañante de Heat había sabido que los policías respondían de forma distinta a la tristeza y al estrés que la mayoría de la gente. Ocultaban sus emociones con sus opuestos. Todas aquellas bromas en las que simulaban falsos envenenamientos suponían algo más que hacer el tonto. Conllevaba un mensaje de cariño que decía: me preocupa que hayan estado a punto de matarte. Rook supuso que se debía al mismo motivo por el que los Tres Chiflados nunca se abrazaban.

Ochoa movió en el aire su cuaderno dando a entender que había que trabajar.

—Acabo de hablar con una detective de la 70 de Flatbush. Está en el campo de béisbol donde aterrizó tu helicóptero al sur de Prospect Park. Menos mal que no abriste fuego. Había un pasajero a bordo. Un alto ejecutivo del mundo de la moda que venía de los Hamptons. No tuvo oportunidad ni de desabrocharse el cinturón de seguridad, en cuanto tomaron tierra secuestraron el vuelo.

—Técnicamente, si estaban en tierra ya no era un vuelo ¿no? —comentó Rook. Pudo sentir la expresión de sus miradas—. Por favor, continúa.

—El ejecutivo de moda dice que Kaye hizo una llamada mientras seguían sobrevolando el río. —El detective Ochoa sabía que era mejor no alargar el suspense, así que pasó la página y leyó la cita del testigo—. Dijo: «Dragón, soy yo», y luego algo que no pudo descifrar pero que sonaba a «La partida se ha interrumpido». Kaye no dijo nada más, solo escuchó y, después, colgó. Cinco minutos después estaba corriendo a toda velocidad hacia el este por los Parade Grounds vacíos mientras él se quedaba allí sentado con las hélices aún girando.

Ochoa se fue hacia su mesa.

—No me puedo creer lo de Salena Kaye. Con todo el tiempo que esa mujer pasó en mi apartamento dándome masajes. Tengo que decir que eran unos masajes estupendos. —Hizo una pausa para deleitarse descaradamente con un pensamiento y, a continuación, se puso serio—. Por supuesto, el hechizo desaparece al pensar que en realidad estaba allí solamente para colocar dispositivos de escucha para Tyler Wynn.

El simple sonido de su nombre hizo que Heat sintiera una punzada. No solo porque le recordara la traición del hombre que estaba detrás de la muerte de su madre. Ese traidor de la CIA seguía teniendo razones para querer ver muerta a Nikki y había enviado a su cómplice mortífera Salena Kaye para que le envenenara el café. Si Nikki lograba evitar que la mataran, podría descubrir el porqué.

Aquel alegre pensamiento inundó su mente mientras reunía a su brigada alrededor de la pizarra.

—No os molestéis en sentaros —dijo Heat mientras escribía «DRAGÓN» en letras mayúsculas de color rojo en la parte superior del panel—. Tenemos un supuesto alias del jefe de Salena Kaye.

—¿No es Tyler Wynn? —preguntó Rook.

—Lo suponemos, pero no hay que dar nada por sentado. Eso ya deberías saberlo. —Nikki dirigió entonces su atención a la detective Hinesburg. Imaginó que era una tarea sencilla que podría ser apta para Sharon, así que la designó para que buscara el nombre de Dragón y cualquiera de sus variantes en la base de datos del Centro de Información de Delitos a Tiempo Real del sur de la ciudad—. Cuando hayas acabado allí, busca en Seguridad Nacional, la Interpol o la Dirección General de Seguridad Exterior de París. —Puso al detective Rhymer a buscar en las empresas de telefonía móvil para ver si podían encontrar un número en alguna de las torres cercanas al río en el momento de la llamada de Salena Kaye. Heat apostaba a que Kaye había usado un teléfono de prepago, pero tenía que actuar con meticulosidad.

Rhymer, con el buen talante propio de su Virginia natal, sonrió y asintió.

—Dalo por hecho —dijo.

Después, Nikki colocó una imagen aumentada sacada de Google Maps del barrio de Brooklyn donde había aterrizado el Sikorsky.

—No es probable que la sospechosa tuviera tiempo para acordar que la recogieran. Ni la suerte de conseguir un taxi en un distrito alejado del centro, ¿no? Pero mirad esto. —Heat apuntó hacia el mapa—. La estación de metro de Church Avenue se encuentra en la dirección que seguía en su escapada. Raley, llama a la Empresa Metropolitana de Transporte. Empieza por sacar el vídeo de la cámara de seguridad de Church Avenue para ver si subió al metro y, si fue así, en qué dirección. Después, comprueba las imágenes de las paradas a lo largo de la línea para ver dónde se bajó.

Cuando volvió la espalda al mapa, vio que Ochoa ponía los ojos en blanco mientras miraba a su compañero.

—¿Algún problema, caballeros?

—Es que sé que Rales es para ti el rey de las cámaras de seguridad —contestó Ochoa—. Pero estamos abarcando demasiado. Aún tenemos que volver para sacar algo de los dueños de restaurantes que aparecen en la lista de Conklin.

—Tendréis que hacer malabarismos con las dos cosas —dijo Heat—. Igual que todos. —No necesitó explicarse más. Nikki pudo ver el impacto en todos sus rostros. Cada detective presente en esa sala sabía que la jefe de su brigada no solo compaginaba esos dos casos. Lo hacía a la vez que alguien se afanaba por matarla. Levantó la sesión y siguió pensando en los motivos de aquello. Heat no tenía la respuesta aún, pero el intento de acabar con su vida esa mañana indicaba una cosa. Algo nuevo había surgido en lo referente a la conspiración que había llevado al asesinato de su madre diez años atrás. De lo contrario, no se estarían esforzando tanto por matarla ahora.

De camino a City Island con Rook en el coche para entrevistarse con la viuda de Roy Conklin, Nikki se descubrió mirando los espejos muchas más veces de lo habitual. Cuando sabes que un profesional te tiene en el punto de mira, un poco más

de vigilancia puede darte la oportunidad de conseguir llegar al día siguiente.

Heat estaba en peligro y nadie la podría culpar si quería esconderse. El capitán Irons estaba tan preocupado por la seguridad de Nikki que incluso le había ofrecido una baja o unas vacaciones, si así lo deseaba. Nikki había rechazado la idea al instante. La policía que llevaba dentro nunca se escondería ante un peligro personal. Así era su trabajo. Pero sí que sentía un sano nerviosismo. ¿Quién no? Así que Heat hizo lo que mejor sabía: dividió su mente en distintas secciones. La experiencia le había enseñado que el único modo de avanzar era enjaulando a la bestia, meter sus miedos dentro de una caja. Porque ¿qué alternativa había? ¿Encerrarse en su apartamento? ¿Salir corriendo a esconderse?

Esta detective no. Esta detective lucharía contra ellos. Y miraría los espejos retrovisores.

Sonó el teléfono cuando cruzaban el puente de Pelhalm Bay, donde el río Hutchinson separaba el Bronx urbano de los amplios bosques verdes que rodeaban Turtle Cove. Nikki cogió el auricular Jawbone de la guantera de la puerta y oyó la voz de su amiga Lauren Parry.

—¿Tengo que recordarte que te pienso matar si dejas que te maten?

Heat se rio.

—No, ya lo has dejado claro. Todas y cada una de las veces.

—¿Ves? —bromeó Lauren, pero se le notaba su preocupación fraternal—. Por eso es por lo que sigues en este mundo de Dios. Porque sabes que iré a por ti.

Una vez terminada la reprimenda, la forense informó a Heat de la autopsia de Roy Conklin.

—Me cuesta decir que es una buena noticia —dijo Lauren—, pero el señor Conklin murió antes de que lo metieran en el horno.

Nikki dibujó en su mente una imagen del cadáver. Imaginó el horneado a alta temperatura.

—Entonces, ¿no sufrió?

—Lo dudo. La causa de la muerte es un calibre 22 en la base del cráneo. —Heat respondió a la expresión inquisitiva de Rook imitando una pistola con los dedos mientras la forense seguía hablando—. El estado del cuerpo y el pequeño calibre hicieron que no viera la herida de bala en el escenario del crimen. Vi la bala cuando le abrí. Ahora la tienen los de balística.

—¿Y qué me cuentas de mi víctima de envenenamiento en el Starbucks?

—Es el siguiente.

—Asegúrate de cruzar los datos con lo que fuera que mató a Petar —dijo Nikki, pensando en la anterior víctima de Salena Kaye por envenenamiento.

—Vaya, ¿eso crees? —preguntó Lauren—. Déjame a mí las autopsias. Tú concéntrate en mantenerte con vida.

Heat y Rook esperaron pacientemente durante otra ronda de sollozos de Olivia Conklin en la sala de estar de aquel apartamento soleado de dos dormitorios decorado al estilo de las casas de la costa. El apartamento, en un complejo de pulcros listones grises con molduras de un blanco brillante, estaba situado junto al agua al lado de la escuela naval de City Island en el Bronx. Desde el balcón se veía a lo lejos el centelleo de Long Island bajo el sol primaveral. La vista tras ellos desde el Great Neck podría haber sido la misma que tenía Jay Gatsby cuando contemplaba la luz verde que brillaba al otro lado del agua. Pero aquellos símbolos de brillo, belleza y optimismo no tenían cabida en esa habitación. Debería haber estado lloviendo.

Para Olivia Conklin, que seguía vestida con su arrugado traje de trabajo después del vuelo nocturno hasta casa procedente de un seminario de formación para un *software* impartido en Orlando, el único consuelo era que su marido había recibido un tiro. Cuando esa es la buena noticia, es que todo va de mal en peor.

Aunque Heat despreciaba aquella parte de su trabajo, era la que mejor se le daba. Conectaba, pues en el pasado ella había estado en una silla similar mojando Kleenex con sus propias lágrimas. Así que dirigía aquella entrevista con suavidad, pero atenta a cualquier señal de culpa, mentira o incongruencia. Por desgracia, las esposas resultaban ser merecedoras de sospecha. Con delicadeza, indagó en el matrimonio, el dinero, los vicios, la salud mental y los indicios de infidelidad.

—Roy solo tenía una amante —dijo—. Su trabajo. Estaba consagrado a él. Sé que algunas personas tienen a los funcionarios por unos holgazanes. Mi Roy, no. Él nunca se dejaba el trabajo en el despacho. Se tomaba la sanidad pública como una cuestión personal. Los consideraba como sus restaurantes y no quería que hubiese ninguna enfermedad bajo su supervisión.

Todo aquello confirmaba la investigación que el equipo de Heat había realizado hasta ahora. La situación económica de Roy Conklin estaba en consonancia con su tipo de sueldo. Las comprobaciones que los Roach habían realizado en los restaurantes revelaban que era un hombre riguroso pero justo. Ni su mujer ni sus compañeros de trabajo sabían de ningún enemigo que pudiera tener, ningún comportamiento extraño recientemente ni nuevas personas que hubiesen aparecido en su vida.

—Es que no tiene sentido —dijo Olivia Conklin. Entonces, la reciente viuda pronunció entre gemidos la única pregunta propia de un corazón deshecho que Nikki había escuchado a todos los dolientes tras la repentina usurpación de una vida. Esa pregunta era el faro que guiaba a la detective Heat en su trabajo: «¿Por qué?».

Mientras Heat y Rook volvían a su coche tras pasar por la ordenada fila de embarcaciones que habían sido remolcadas hasta el aparcamiento de la escuela naval,

la mirada de Nikki deambuló hasta la resplandeciente agua del río. Se imaginó el elegante estallido de la fibra sintética cuando el viento llenara su vela y ella se adentrara en el estrecho de Long Island. Después, se imaginó a Roy Conklin allí mismo el último día de su vida y se preguntó si se habría deleitado con aquella vista o si su corazón estaría lleno de algún temor o culpa por algún terrible secreto que le ocultaba a su esposa, un secreto que le había llevado a la muerte y que a su esposa le hacía preguntarse por qué. «¿O es que Roy tampoco lo vio venir?», pensó Nikki. Entonces, sonó su teléfono y Nikki tuvo que saltar a otro compartimento. Lo de la navegación tendría que esperar. Había que regresar a lo de hacer malabarismos con varias cosas a la vez.

La llamada era de la policía de Hastings-on-Hudson, un pintoresco pueblo a una media hora río arriba desde la ciudad de Nueva York. Hastings solo contaba con dos detectives en su pequeña comisaría y Heat tenía contacto con ellos con regularidad para saber si habían visto a uno de los vecinos con el que necesitaba hablar.

Vaja Nikoladze era solo una de las muchas personas a las que Heat había tanteado, pues todas eran posibles sospechosas debido a que su madre dio clases de piano en sus casas antes de su asesinato. Nikoladze, un bioquímico internacionalmente reconocido que había desertado de la república soviética de Georgia, había sido eliminado como sospechoso del caso de su madre. Sin embargo, como era frecuente que Tyler Wynn fuera el que contrataba las clases de piano de su madre para actos de espionaje de la CIA, Heat quería saber si el emigrante georgiano había tenido algún contacto reciente con el fugitivo.

Pero al igual que el escurridizo agregado sirio de las Naciones Unidas y los demás clientes importantes a los que había localizado Heat, Nikoladze no había respondido, provocando la frustración de Nikki mientras esperaba durante semanas a tener la oportunidad de conseguir un contacto que pudiera poner fin a aquel caso.

Concedió a Nikoladze el beneficio de la duda. Se había mostrado simpático y colaborador la primera vez que Rook y ella le visitaron tres semanas antes. Pero desde ese día, Vaja había estado de viaje mostrando sus preciados perros pastores georgianos en distintos concursos fuera del estado. Ahora, el detective de Hastings llamaba a Nikki para alertarla de que el hombre al que buscaba había sido visto en la ciudad. Con fastidio, pero dispuesta a no dejarlo escapar, Heat lanzó al aire la bola de malabares del caso Conklin y se dirigió hacia el norte. Cuando entró en la autopista de Saw Mill sintió que la expectación la inundaba. Sabía que era mejor no adelantarse, pero Nikki se atrevía a esperar que por fin podría avanzar tras casi un mes de implacable decepción.

Cuarenta minutos después, limpiando felpudos de caucho al lado de su caseta de perro en el prado de detrás de su casa, Vaja Nikoladze levantó la mirada hacia el coche de la policía que salía de la autopista y pasaba entre los campos donde apacentaban los caballos y las parcelas de árboles. Incluso desde la distancia, aquel hombre bajito parecía sorprendido cuando oyó sus pies haciendo sonar la gravilla de

su aparcamiento. Mientras atravesaban el vasto césped, unos ladridos resonaron en el interior del largo edificio anexo antes de que Nikki pudiera decir nada.

—Buenas tardes.

Nikoladze no contestó y, en lugar de ello, sacó una escoba de un cubo de agua jabonosa y limpió con la máquina de vapor las pequeñas cerdas. Los dos esperaron sin tratar siquiera de decir nada por encima del ruidoso chorro a presión de la boquilla. Cuando terminó, apagó la máquina, apoyó la escoba en la pared y dejó los gruesos felpudos negros sobre la barandilla decorativa para que se secaran al sol. Al contrario que en su anterior visita de cortesía, Vaja daba ahora todo tipo de muestras de que no quería tener nada que ver con la detective Heat y su acompañante periodista.

—Tengo teléfono, ¿sabe? —Tras más de veinte años en Estados Unidos, su acento georgiano seguía siendo fuerte y sonaba aún a ruso a los oídos de Heat.

—Digamos que estábamos por la zona —contestó Rook recibiendo como respuesta un ceño fruncido.

—¿Ha venido a por más material sobre mí para su siguiente artículo, Jameson? Puede que no todo el mundo en este país esté tan deseoso de ser famoso, ¿lo ha pensado? —Cuando Rook acompañó a Nikki la última vez, él y Vaja se habían llevado bastante bien. Nikoladze les había ofrecido unos refrescos y les había contado varias historias. Incluso les había hecho una muestra de obediencia de su perro de competición. La posterior aparición del bioquímico en su artículo de *FirstPress* había sido mínima, un par de líneas como mucho, un simple hilo conector en la historia de la búsqueda de Nikki para encontrar a un asesino. Estaba claro que Vaja no llevaba bien ser el centro de atención.

A Heat no le importó. Intervino enseguida.

—Hemos venido para continuar con mi investigación policial, señor Nikoladze. Y el motivo por el que no he llamado antes es que usted ha estado muy poco comunicativo. Le he dejado muchos mensajes y correos electrónicos que no me ha contestado. Así que, aquí estamos, camarada.

Rook se dio la vuelta para contemplar el parque de las Palisades, visible por encima de los árboles. Vaja dejó lo que estaba haciendo y se cruzó de brazos.

—Tengo unas fotografías que quiero que vea —dijo Heat.

—Sí, eso decían sus infinitos mensajes. Se lo dije la última vez, no conozco a ese Tyler Wynn.

—Deme el gusto —insistió Heat mientras pasaba las fotografías en su teléfono—. Quiero que vea a Tyler Wynn y también a esta mujer, Salena Kaye, y a este hombre de aquí, Petar Matic.

Él apenas las miró.

—No puedo ayudarla.

—¿Significa eso que no los reconoce o que no me puede ayudar?

—Las dos cosas. —Se quedó mirándola con una mezcla de determinación e

irritabilidad—. Debo informarle de que me han ordenado que no hable con usted o correré el riesgo de que me deporten.

Rook volvió a dar la espalda a las vistas y miró a Nikki a los ojos. Después, la mirada de ella se relajó y dio un paso hacia Vaja.

—¿Quién le ha ordenado eso exactamente, señor Nikoladze?

Cuando oyó el nombre, Nikki se enfureció.

—Detective Heat del Departamento de la Policía de Nueva York. —Mostró su placa y añadió—: El agente especial Callan nos está esperando. —El oficial que estaba en la recepción de la oficina del Departamento de Seguridad Nacional de Nueva York se aclaró la garganta de un modo tan exagerado que hizo que Rook desviara su atención del techo. Había estado contando las cámaras desde que habían entrado desde Varick Street al vestíbulo del enorme edificio gubernamental.

—Ah, perdone. Jameson Rook, ciudadano modélico. —Le pasó su carné de conducir y susurró a Nikki—: Más cámaras que en una tienda de televisores en Navidad. Te apuesto cinco dólares a que Jack Bauer sabe ya que estamos aquí.

—El ascensor está a su derecha —dijo el recepcionista mientras les entregaba a cada uno pases con fotografías recién tomadas para que se las pusieran y que llevaban escrito «Planta 6». Pero cuando entraron en el ascensor y pulsaron el seis, las puertas se cerraron, las luces se atenuaron y fueron hacia abajo.

—Ascensor a oscuras —dijo Rook tras un breve momento de sorpresa y desorientación mientras empezaba a pulsar con fuerza los botones sin conseguir absolutamente nada para detener su movimiento descendente. Se rindió—. Qué bien.

Las puertas se abrieron a un centro de mando de alta tecnología que había en el subsótano. Docenas de trabajadores vestidos con ropa de civil y militar de todas las ramas estaban ocupados con sus ordenadores y miraban las gigantescas pantallas LED de la pared. Las pantallas mostraban montones de imágenes de cámaras de seguridad en directo y cuadros de luces, una de las cuales parecía una imagen del noreste de Estados Unidos en la que hubiera que unir los puntos. Una pareja de agentes que les esperaban y que iban vestidos con parecidos trajes de Joseph A. Banks los acompañaron por una pared trasera hasta una sala de reuniones donde el agente especial del Departamento de Seguridad Nacional al frente, Bart Callan, salió del extremo de la vacía mesa de conferencias para reunirse con ellos en la puerta.

La última vez que Heat lo había visto, había sido como en una película de espías de los años sesenta. Nikki estaba comiendo su almuerzo a solas en un banco de un parque. El agente Callan apareció de la nada y se sentó a su lado para soltarle una charla promocional para que se uniera a su equipo y le ayudara a buscar a Tyler Wynn. Ella le escuchó con atención, pero dijo que no. Nikki no podía estar segura pero le pareció que Callan trató entonces de abrir el flanco personal enviándole muestras de amistad... y quizá un interés más profundo. Pero Heat tenía una relación

y, más que eso, necesitaba independencia de los federales. Su estilo de investigación no se prestaba a la burocracia, a la política y al papeleo. Ahora, a juzgar por la sonrisa que veía que le dirigía, estaba claro que el agente especial Callan no se había rendido con Nikki.

—Dios mío, Heat, jamás pensé que la vería aquí. —Extendió una mano y, cuando Nikki se la estrechó, él colocó la otra sobre la de ella y la mantuvo agarrada exactamente un segundo más de lo que requería la amistad. El rostro de Bart Callan se iluminó con una sonrisa de hombre sanote que la hizo sonrojar. A continuación, se giró y dijo—: Hola, Rook. Bienvenido al búnker.

—Gracias. Me alegra visitarle siendo yo quien lo ha decidido. —Rook seguía dolido por lo que él llamaba el Gran Secuestro de Seguridad Nacional. Unas semanas antes, cuando Heat y Rook volvieron de París, un agente que se hacía pasar por conductor de un servicio de transporte privado había bloqueado las puertas y había dirigido la limusina a un almacén vacío de la salida de la autopista de Long Island, donde el agente Callan les interrogó a los dos sobre sus actividades al otro lado del Atlántico.

Ahora, Callan echaba un brazo por encima de los hombros de Rook mientras los hacía entrar en la sala de reuniones.

—No puede estar resentido por nuestra pequeña conversación improvisada, ¿no?

—No, si me presenta al doctor Strangelove —contestó Rook repentinamente pasmado ante aquella sala equipada con aparatos de alta tecnología, con su mesa de caoba del tamaño de una cubierta de despegue y el imponente despliegue de pantallas LED. El serio agente le miró con expresión de perplejidad y volvió a desviar su atención rápidamente hacia Nikki.

—Siéntese, siéntese. —Hizo una señal hacia los sillones de piel y de respaldo alto pero ella permaneció de pie. Callan se olió que había algún problema—. Vale, nada de sentarse...

—Usted le ha dicho a mi testigo, un posible sospechoso en el caso de mi madre, que no puede hablar conmigo. Exijo saber por qué está interfiriendo en mi investigación.

Callan se aflojó el nudo de la corbata. Ya se había quitado la chaqueta y Heat vio cómo sus tríceps se flexionaban bajo las mangas de su camisa.

—Nikki, esta investigación debería ser nuestra. Lo único que tiene que hacer usted es subir a bordo.

—Ya se lo dije. Quiero independencia y no que la maquinaria federal se meta en mi caso.

—Demasiado tarde —dijo una voz de mujer.

Heat y Rook se giraron hacia la puerta. La mujer que entraba con gesto despreocupado actuaba como si estuviera al mando, y lo sabía. Y a juzgar por la repentina pérdida de afabilidad de Callan, él también.

—Nikki Heat, le presento a... —dijo adoptando un fortuito tono tenso. Pero la

esbelta morena con su traje negro a medida le interrumpió para presentarse ella misma:

—Agente Yardley Bell, de Seguridad Nacional.

Examinó a Heat con la mirada y le estrechó la mano con fuerza. A continuación, se dirigió a Rook, en cuyo rostro había una expresión que Heat no había visto nunca.

—Su apellido me suena —dijo él apenas incapaz de ocultar una sonrisa.

—Jameson Rook. Joder. —Los dos se dispusieron a darse la mano pero, a medio camino, optaron por un abrazo.

Después, Yardley Bell sorprendió a Nikki, y a Rook, dándole un beso a él. Por supuesto, se lo dio en la mejilla, no en la boca, pero... fue un beso. Heat se olvidó por un momento de su queja con el Departamento de Seguridad Nacional.

Yardley Bell se apartó, pero no mucho. Seguía agarrando a Rook de los hombros con las dos manos mientras se reía.

—Lo siento. Eso no ha sido muy profesional, ¿verdad? —Rook se limitó a jadear, por una vez sin saber qué decir. A continuación, Callan, Heat y Rook se sentaron. La agente Bell prefirió apoyarse contra la pared detrás del sillón de Callan en el extremo de la larga mesa. Nikki pensó en el mensaje de poder que aquello transmitía.

—Detective Heat —empezó a decir—, he venido de visita con nuestro equipo de Washington D. C. Estoy aquí para colaborar con el agente especial Callan en la búsqueda de un final feliz para este asunto de Tyler Wynn con el que usted se ha tropezado. Soy consciente de su conexión emocional con este caso y puede contar con mis más profundas condolencias. —Se detuvo un momento y continuó—: Sin embargo, no se confunda, se trata de un pez gordo, no de un lobo solitario. Estamos involucrados en esto más de lo que usted cree, una gran estrategia en la que usted no puede participar al estar fuera. Pero, si decide despabilar y unirse al equipo, puede que consiga tener una respuesta a su pregunta. ¿Qué me dice?

—Agente Bell, ¿verdad? —contestó Heat—. Es un verdadero placer conocerla. Pero creo que mi visita está a punto de finalizar. Agente especial Callan, gracias por el recorrido turístico. —Se levantó. Rook vaciló ligeramente pero se puso de pie también. Casi habían salido por la puerta cuando Bell habló.

—¿No quiere saber nada de la llamada de teléfono de Salena Kaye desde el helicóptero? —Nikki se odió por ello, pero se detuvo y se dio la vuelta. Una pantalla plana LED de la pared se encendió con una serie de gráficos animados que mostraban el Bajo Manhattan y Brooklyn. Yardley Bell se colocó al lado de la gigantesca pantalla táctil y movió el mapa con las yemas de los dedos para ampliar el East River. Un rectángulo con números que daban vueltas en la esquina superior derecha indicaba la hora de la búsqueda.

—Esto se grabó en el momento en que Kaye se le escapó y cogió prestado el helicóptero de aviación civil. —Tocó un icono en un lateral del cristal y un punto de mira de color verde brillante apareció en medio del río con un continuo parpadeo—. Esta es la señal del móvil de la sospechosa que va dirigiéndose hacia el arsenal naval

de Brooklyn a cuarenta kilómetros por hora. —Otra luz parpadeó en la pantalla—. Esta es la antena de telefonía que recibe la llamada. La señal, como pueden ver, rebota a unos ocho repetidores de móviles de Queens, Staten Island, otra vez Brooklyn y más... —Bell se hizo a un lado mientras unas luces parpadeaban y sonaban por la pantalla como un juego de vídeo de segunda generación y, después, se apagaban—. Esto nos indica cuatro cosas. No se trataba de un teléfono de prepago. Era un teléfono encriptado. Y se trataba de una sofisticada transmisión digital diseñada para no poder rastrearse y, después, implosionar.

—Eso son solamente tres cosas —intervino Heat.

—Ah, sí. Número cuatro. Esto la supera. Puede unirse a nosotros y tener acceso a recursos como estos o quedarse fuera y seguir su maldita pista.

Al oír que se tocaba un tema sensible, Bart Callan se puso de pie y se metió rápidamente en la conversación.

—No se trata de una cuestión personal contra usted. —Se colocó al lado de Nikki y le dedicó una sonrisa de lo más conciliadora. Para tratarse de un militar, había en ella verdadera calidez y tuvo un efecto tranquilizador.

Heat puso freno a su rabia.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—De recursos, simple y llanamente. Nosotros tenemos la infraestructura, el equipo y la experiencia para poder hacer esto bien. Personalmente, a mí me gustaría... —Hizo una pausa y se llevó una mano al pecho— que usted se uniera a nosotros y nos permitiera valernos de su conocimiento y de lo que sinceramente considero un talento sobresaliente, detective Heat.

Callan le sostuvo la mirada y en el pecho de Nikki volvió a levantarse una pequeña e involuntaria agitación. Miró a Rook preguntándose si se habría dado cuenta. Después, miró a la imponente agente que estaba al otro lado de la sala y que parecía estar esperando a que terminara todo aquello y se preguntó si se trataba de una situación de agente bueno frente a agente malo y venta sutil frente a venta agresiva o si Yardley no era más que una gilipollas. Heat volvió a la agradable sonrisa de Callan.

—Esto ha sido de mucha ayuda, Bart. Debo decir que he cambiado de opinión. He venido aquí toda cabreada para preguntarle por qué estaba interfiriendo en mi investigación y ahora... —Él la miraba expectante—. Y ahora le digo que se mantenga al margen de una vez.

Callan insistió en no perder el control con sus dos visitantes para poder lanzarles la oferta de que asistieran a otra reunión y darle tiempo a Nikki para que se tranquilizara y se lo pensara mejor.

Cuando Heat y Rook salieron al vestíbulo del Departamento de Seguridad Nacional, él se quedó en el ascensor mientras sujetaba la puerta con la mano.

—Y no se deje influir por las formas bruscas de la agente Bell. Yo mismo tuve que adaptarme. Tuve que sujetarme los machos cuando ella se metió en mi caso.

—¿No es usted el oficial superior?

—Sí.

—A mí me parece más bien que es usted el que trabaja para ella, agente especial. ¿Y ahora quiere que yo entre en esa disfunción política?

—Seamos profesionales. Vamos a dejar ese hábito que acabamos de ver ahí abajo de marcar territorios. La agente Bell tiene un increíble historial en servicios de contrainteligencia. Pregúntele a su amigo. —Su referencia acarrea un deje de animadversión que hizo que Rook apartara la mirada y que desconcertó a Nikki al hacerle pensar en la relación anterior que él tenía con Yardley. Pero Nikki se recompuso e insistió.

—Sigo queriendo una respuesta a mi pregunta. Vaja Nikoladze.

—Vale —contestó Callan—. Le concedo esto como gesto de buena fe. El georgiano es un confidente. Nos gustaría que siguiera siéndolo. —Lanzó a Rook una mirada llena de intención—. Continuaría, pero no quiero que hablen de mí en los medios de comunicación.

—Oiga, si usted secuestra a un periodista y a una detective de la policía de Nueva York en la autopista de Long Island, está ganándose un párrafo en mi artículo.

Callan no respondió. Le pidió a Nikki que lo pensara y, a continuación, soltó la puerta para bajar.

—Vale, escúpelos —dijo Nikki nada más regresar al coche—. ¿Quién es Yardley Bell?

—Es una agente del gobierno, ¿no?

—Rook, te ha besado. Empieza a hablar.

—Nos conocimos en el Cáucaso hace cinco años —empezó a explicarle—. Fue cuando mis primeras crónicas sobre los rebeldes chechenos empezaron a hacer ruido.

—Cíñete a Yardley Bell, Rook —dijo ella—. Ya lo sé todo sobre tus crónicas.

—Vale, pues estoy allí, sentado en el café que hay al lado de mi hotel escribiendo un parte en mi portátil cuando esta mujer se sienta frente a mí y se presenta como productora de exteriores de la radio pública. Dijo que había estado leyendo mis artículos y que quería acompañarme para avanzar en su trabajo para un documental. Lo pensé y me dije: ¿por qué no?

—¿Porque estaba buena?

—Porque tengo debilidad por el programa de radio *All things considered*. Y porque alguien que hablaba mi idioma, además de ser de mi país, era una compañía que no había tenido en las seis semanas que llevaba con los rebeldes. —A continuación, se encogió de hombros y confesó—: De acuerdo, y porque estaba buena.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que imaginaste que era de la CIA?

—Esa noche. Me desperté y la vi registrando mi portátil y mis cuadernos.

—En mitad de la noche —dijo Nikki.

—Sí.

—La primera noche.

—Repasemos. Seis semanas, americana, atractiva.

—Entiendo.

—Pero yo tenía mis principios como periodista. No iba a viajar en calidad de tapadera de una espía. Y, desde luego, no iba a echar a perder la reputación que había conseguido entre los caudillos militares. Así que, a la mañana siguiente, la eché... Vale, a la noche siguiente. Y eso fue todo.

Heat giró hacia el norte por el Hudson.

—No, eso no es todo. Rook, me gano la vida interrogando a mentirosos, no me la des. No con esto.

—Déjame terminar. Yo creía que eso era todo... hasta que seis meses después me secuestró en una pista de montaña un grupo de disidentes que me acusaba de trabajar para los rusos. Durante una semana me molieron a palos en sus cuevas. ¿Y adivina quién me encontró y dirigió la misión de rescate?

—Susan Stamberg.

—La segunda mejor opción. Yardley estuvo saliendo conmigo mientras me recuperaba en Atenas y, al final, yo llevé mis cosas a un piso que ella tenía en Londres. Saca tus conclusiones. Fue muy divertido, pero complicado. Ella tenía un trabajo del que no podía hablar y yo otro del que no pensaba hacerlo. Compartíamos casa pero los dos viajábamos. —Se detuvieron en un semáforo de Columbus Circle a unas cuantas manzanas de la comisaría—. No voy a mentirte, estuvo bien mientras duró. Pero no duró mucho.

—¿Un conflicto de intereses?

—El mayor de todos. Te conocí a ti. —Nikki giró la cara hacia él y los dos se quedaron mirándose hasta que sonó un claxon detrás de ella para avisarle de que el semáforo estaba en verde. Continuó conduciendo y él siguió hablando—: Fue entonces cuando dejé de verla.

Nikki pensó en lo íntimo que había sido el saludo de Yardley y en su nada disimulado contacto físico con Rook y pensó que quizá entendía mejor ahora el interés de la agente Yardley Bell en su caso. Pero en la reunión en el Departamento de Seguridad Nacional había averiguado algo más importante.

Si los de Seguridad Nacional estaban pinchando el teléfono de Salena Kaye desde la sala de crisis de un búnker, estaba claro que estaba pasando algo gordo con Tyler Wynn y su panda de conspiradores.

Heat aparcó en doble fila su Ford Crown Victoria junto a otros vehículos de la policía delante de la comisaría de la calle 82 Oeste.

—No cierres —gritó Ochoa. Él y Raley salían del aparcamiento cercado de camino a su coche—. Ha habido otro homicidio.

Nikki conocía a esos dos hombres y sabía interpretar sus señales: sus miradas impacientes, la velocidad de su paso. Heat sintió que las cosas estaban a punto de cobrar una nueva dimensión.

—¿Qué? —Fue lo único que preguntó.

—Hay un cordel —contestó Raley.

—Parece que tenemos un asesino en serie —añadió su compañero.

Contra el cielo que se iba oscureciendo, los reflectores del escenario del crimen podrían haber sido los focos de alguno de los omnipresentes rodajes de películas de Manhattan. Pero cuando Heat y Rook se aproximaron al sur de Riverside Drive cerca de la 72, no había camiones ni caravanas ni urinarios portátiles con puertas con nombres como «Lucy» o «Desi». Cuando llegaron, Heat aparcó detrás de la furgoneta de la oficina del forense. Nada de aquello era ficticio.

Nikki salió y se detuvo en la calle antes de cerrar su puerta. Rook le preguntó si todo iba bien. La detective Heat asintió. Esta vez sí se tomó su tiempo personal por el difunto y se sintió preparada. Raley y Ochoa se les unieron al salir de su coche y los cuatro se pusieron manos a la obra.

Lo primero que hizo Heat cuando reconoció a la víctima fue llamar al supervisor de mayor grado. Nikki no varió el ritmo. Simplemente le dijo al sargento que ordenara de inmediato que se controlara al público.

—Prensa, paparazzi, curiosos..., que nadie se acerque.

—Vaya —dijo Rook—. Es Maxine Berkowitz.

—Nada menos —apostilló Raley—. «Rompiendo puertas» de Channel 3.

—Caballeros. —Aquello fue lo único que Heat necesitó decir. Se quedaron en silencio e inmóviles. Ella se acercó y utilizó la mano para protegerse la cara de las potentes luces mientras hacía su recorrido visual sobre la víctima. El cadáver de la defensora del consumidor estaba sentado en un banco enfrente de la estatua de Eleanor Roosevelt en la entrada para peatones de Riverside Park. Maxine Berkowitz llevaba un traje formal tostado, de buena calidad y hecho a medida. Su cabello, aunque con mucha laca, estaba alborotado por detrás. Su maquillaje presentaba manchurrónes por la parte inferior de la cara y por la boca. Las dos manos estaban apoyadas elegantemente sobre su regazo. Para un peatón que no prestara atención, podía tratarse de cualquier mujer profesional de treinta y tantos años de Manhattan que estaba tomándose un descanso para contemplar el monumento de la Primera Dama del Mundo. Solo que esta mujer había sido asesinada.

—Asfixia por estrangulamiento —dijo Lauren Parry mirando por encima de su portapapeles—. Esa es mi evaluación preliminar, con las habituales advertencias de que tendréis que dejar que haga mis análisis y bla, bla, bla.

Nikki se inclinó para examinar la pronunciada línea morada alrededor del cuello de la víctima.

—No fue con las manos.

—Apuesto a que ha sido un cable eléctrico. Esa marca está claramente definida. Y no veo abrasión ni marca de hebra como con una cuerda. —Heat se acercó más y notó un olor dulzón—. ¿Cloroformo? —La forense asintió. Nikki examinó el maquillaje corrido alrededor de la nariz y la boca de la víctima y sintió una punzada de pena por la reportera al recordar su propio rapto unos meses atrás. Se levantó—.

Enséñame el cordel.

La cámara del técnico de la unidad de criminología disparó una última fotografía. El técnico recogió la regla de aluminio de quince centímetros que había colocado al lado de la cuerda para mostrar la escala.

—Todo tuyo —dijo.

Estaba al lado del bolso de la víctima en el otro extremo del banco del parque. Un cordel rojo, parecido al que dejaron con el cadáver de Conklin, estaba atado a otro de igual longitud de color amarillo; entrelazados para formar un único cordel, los habían colocado sobre el bolso con la forma de un ocho. El gesto, el cuidado y el sosiego del mensaje, lo que fuera que significase, provocaron un escalofrío en Nikki. A continuación, Rook se acercó y ella sintió su calor sobre su cuerpo.

—Interesante —dijo—. Una lemniscata.

—¿Una qué? —preguntó Ochoa.

—Lemniscata. Así se llama el símbolo del infinito.

—Yo creía que el símbolo del infinito se llamaba símbolo del infinito —intervino Raley.

—Pero eso son dos palabras.

Nikki miró a los Roach y negó con la cabeza.

—Escritores. —Y a continuación se dirigió a Rook—: ¿Dónde has aprendido eso? ¿Entrevistando a Stephen Hawking?

Rook se encogió de hombros.

—Si te digo la verdad, en el tapón de un zumo.

Examinaron el escenario del crimen durante más de una hora, entrevistando al adolescente que había descubierto el cadáver cuando paseaba al carlino de su vecino y se acercó a pedirle un autógrafo a la difunta. No había visto a nadie por allí. De hecho, la única razón por la que se fijó en Maxine Berkowitz fue porque era la única persona que había allí. Del sondeo en el parque para perros que había al lado no salió nada, pero sí que dio tiempo a la doctora Parry para que colocaran pantallas protectoras de la oficina del forense para tener privacidad y realizar un análisis preliminar de temperatura y lividez. Fijó la hora de la muerte entre el mediodía y las cuatro de esa tarde.

Los técnicos forenses llamaron a Heat para que se acercara al banco.

—Hemos encontrado una cosa cuando hemos cogido el bolso de la víctima para guardarlo. —Con manos enguantadas, el técnico levantó el bolso y mostró, debajo de él, un pequeño disco. Nikki se agachó a su lado para examinarlo más de cerca y asegurarse de que era lo que pensaba. Frunció el ceño y levantó los ojos hacia el técnico—. Qué raro, ¿no? —dijo él—. Una rueda de patín.

Heat ordenó a su brigada que hicieran las comprobaciones habituales en los edificios de apartamentos de enfrente en busca de testigos oculares, sobre todo cualquiera que pudiera haber visto un patín, y que buscaran cámaras de seguridad. Después, ella y Rook salieron en dirección a la sede de Channel 3.

El telediario de WHNY ocupaba las dos plantas inferiores de un complejo de oficinas de medios de comunicación situado entre el Lincoln Center y la autopista del West Side. Mientras esperaba a que el guardia de seguridad les dejara pasar, Nikki miró a través del patio hacia los estudios de al lado donde su antiguo novio, el asesino de su madre, había trabajado como agente de talentos para un programa nocturno de entrevistas. Aquella oleada de traición la invadió de nuevo y volvió a provocarle la ansiedad por conocer el paradero de Tyler Wynn.

La sala de redacción le pareció a Heat igual que su comisaría, pero con mejor tecnología, colores más brillantes y mejor ropa. En la agitación por los preparativos para las noticias de *News 3 @ 10* se notaba la misma adrenalina comedida que había cuando se trabajaba a contrarreloj en un caso de asesinato. La presión y la excitación corrían por la sangre, no por el aire. Podría decirse que era un caos controlado.

El director de las noticias, George Putnam, un pelirrojo fornido, seguía aún impresionado por el asesinato de su defensora del consumidor. Heat atravesó la estela de *whisky* mientras ella y Rook le seguían entre el laberinto de mesas. Nikki se preguntó si el alcohol era la reacción de Putnam a la muerte o más bien la manera en que se las arreglaba para preparar un telediario cada noche en Gotham. Entraron en su despacho, como el del capitán Irons en la calle 20, una caja de cristal que le ofrecía una visión de su mundo.

—Esto ha sido un gran golpe para nuestra familia —dijo. Señaló hacia la redacción—. Estamos todos trabajando, pero es duro. Lo hacemos por Max. Esa chica era especial.

Los pequeños ventiladores del filtro de sandeces de Heat empezaron a dar vueltas, pero dijo:

—Es admirable. —Rook la miró y, como solo los amantes pueden hacerlo, le hizo saber que también había levantado su antena.

Putnam describió a Maxine Berkowitz como la perfecta unión entre reportera y mujer combativa. Había llegado a WHNY desde Columbus, Ohio, como presentadora de fin de semana.

—Pero nunca consiguió hacerse con el público objetivo así que, en lugar de echarla, se me ocurrió reciclarla como protectora del consumidor. Ya saben, abogada sin tapujos de los televidentes. Alguien que atravesara paredes y derribara puertas. —Se frotó suavemente un ojo con el dedo y continuó—: Ella misma puso el nombre a su sección: «Rompiendo puertas». —Continuó describiéndola como una mujer que trabajaba en equipo, querida por sus compañeros.

No satisfecha con la parrafada corporativa que George Putnam le había soltado, Nikki pidió hablar con alguien que tuviera una relación íntima con Maxine. El director de las noticias vaciló y, a continuación, los condujo a ella y a Rook al estudio, donde el meteorólogo rapero de *News 3* estaba inclinado sobre la mesa del tiempo.

—Dios mío —dijo Rook—. No me puedo creer que vaya a conocer de verdad a Coolio Nimbus.

El joven negro se incorporó rápidamente y unas rastas cortas se movieron en su cabeza. Pero la habitual sonrisa y los ojos traviesos del meteorólogo más divertido de Nueva York estaban desdibujados por la tristeza. Aquel hombre tenía aspecto de haber perdido a su mejor amiga.

Nimbus los llevó hasta su cubículo fuera del plató. Cuando Nikki llegó, se giró para buscar a Rook, pero lo había perdido por el camino. Heat lo vio mirando embobado su propia cara con fascinación y desconcierto en un monitor LED de cincuenta y cuatro pulgadas que había sobre la mesa de los deportes. Para cuando llegó donde ella estaba, Nikki ya había escuchado de Coolio, el mejor amigo de Max, más o menos lo mismo que había oído de boca del director de las noticias, aunque el hombre del tiempo añadió algo más:

—Hay una mierda que quizá necesite saber. Pero no estoy seguro de que deba contarlo.

—Sé que esto es duro, señor Nimbus —contestó Nikki—. Pero necesitamos conocer cualquier detalle si queremos encontrar al asesino de su amiga.

—Dios mío, si es Nikki Heat —les interrumpió una voz familiar.

Greer Baxter, el icónico rostro de las noticias de WHNY, era mucho más alta que ellos. El rígido casco de pelo rubio de la veterana presentadora de noticias enmarcaba sus atractivos rasgos. La presentadora tenía varios pañuelos de papel metidos por el cuello de su blusa para que el maquillaje del cuello no la rozara. Tanto Heat como Rook se levantaron pero él parecía ser invisible.

—Pobre Maxine —dijo ella cogiendo la mano de Nikki entre las suyas—. Una gran tragedia. Una gran pérdida. —Y entonces, con un cambio de marcha tan suave como si pasara la página de los titulares de la noche, continuó—: Bueno, Nikki, usted y yo tenemos que hablar. Tenemos que concertar su aparición en mi pequeña sección.

La sección a la que Greer Baxter se refería tan humildemente, «Aquí y ahora con Greer», era el segmento con una amplia entrevista que cerraba cada noche el telediario a la hora de máxima audiencia. Baxter tenía reputación de buena entrevistadora que conseguía tener invitados relevantes.

—Con el debido respeto, yo... —empezó a decir Nikki.

—No, no —la interrumpió Greer—. No aceptaré una negativa. Hemos perdido a una de las nuestras. Si no tiene usted suficiente información para entrar conmigo esta noche, lo comprendo. Pero la necesito. Lo digo en serio. Llámeme. O la llamaré yo, Nikki Heat.

Después de que se fuera, Heat volvió a centrar su atención en Coolio Nimbus.

—¿Qué es lo que debería saber de Maxine Berkowitz?

Unos minutos después, de nuevo en el despacho del director de las noticias, George

Putnam rodeó su mesa y cerró la puerta.

—¿Coolio les ha contado eso? —Heat asintió. Él se dejó caer en su sillón giratorio de ejecutivo y se echó hacia atrás con un suspiro mientras se sumía en un doloroso pensamiento. Después, se echó hacia delante y se apoyó con su camisa remangada en la mesa mostrándoles su cara cuadrada y llena de pecas—. Es cierto. Max y yo tuvimos una aventura. Comenzó hace unos años cuando empecé a prepararla para su nuevo papel.

—¿Como amante suya? —preguntó Rook.

—Como la mejor defensora del consumidor de la televisión, maldita sea —respondió él—. Yo tenía la idea de que las personas podían acostarse y seguir trabajando juntas. —Tanto Heat como Rook evitaron mirarse—. Me equivoqué. Sabía demasiadas cosas. Como director de esta redacción, tenía que ocultarle secretos. Por supuesto, ella se enteraba cuando yo le enviaba una nota al personal con relación a algún cambio y ella se enfadaba por que no se lo hubiera dicho antes. Aquello acabó con nosotros. —Nikki dejó que el silencio tuviera su efecto. Putnam lo rompió—. Corté con ella hace un año. Terminamos mal. Pero aquella aventura era ya cosa del pasado. Es decir, cuando el amor se acaba, se acaba, ¿no?

Rook se giró de inmediato hacia Nikki.

—Sí... Por supuesto.

—Señor Putnam, me gustaría saber dónde ha estado hoy a mediodía, por favor —dijo Heat. Pero pese a que tomó nota de la respuesta de él, sabía que no había sido Putnam y que pedirle su coartada no era más que una formalidad. El verdadero asesino estaba en otro lugar.

Rook preparó la cena esa noche en su *loft* mientras bebían cerveza artesanal y Nikki miraba desde el otro lado del mostrador de la cocina después de haberse dado su baño.

—¿Qué truco mágico está sucediendo en ese horno tuyo, señor Jameson? —dijo—. Me encanta el ajo y el tomillo fresco.

—Es la receta de cuarenta dientes de ajo y un pollo del libro de *Good Eats*. —Rook levantó el libro de recetas en el aire—. Esto sí que es raro. Alton Brown dice que esta comida es perfecta para tenerla preparada de antemano para esas inoportunas semanas de homicidios en serie o para cuando has pasado todo el día persiguiendo a enfermeras picaronas.

Mientras comían, vieron el telediario de *News 3 @ 10*. Por supuesto, la noticia principal era el asesinato por estrangulación de su defensora del consumidor, Maxine Berkowitz. La estoica lectura de Greer Baxter estaba compensada por el vídeo de los trabajadores de WHNY que lloraban y una emisión en directo desde la calle 72 con Riverside Drive, donde la reportera, de pie ante el improvisado homenaje en la acera con velas y flores, mostraba el escenario del crimen que la policía había acordonado a

la espera de un registro en busca de pruebas a la luz del día.

—El capitán Wallace Irons del Departamento de Policía de Nueva York está conmigo —dijo la reportera—. Es quien dirige la comisaría 20.

—Es también la distancia más corta entre una bolsa para cubrir cadáveres y una cámara de televisión —dijo Rook mientras Wally entraba bajo los brillantes focos para ponerse al lado de la reportera.

Irons mantenía una apariencia ceremoniosa. Cuando Heat le estuvo informando media hora antes, le dio los datos esenciales: causa de la muerte, hora de la muerte y cómo había sido descubierto el cadáver. Él utilizó su momento televisivo para hacer un llamamiento para que se presentaran testigos oculares, tal y como ella le había dicho que hiciera. Sin embargo, Nikki no le había hablado a Irons del cordel. Ni de que probablemente aquello se trataba de la obra de un asesino en serie. Se lo diría a primera hora de la mañana. Pero, por ahora, se lo reservaba simplemente porque no se fiaba del bocazas del oficial al mando.

Después de lavar los platos, descorcharon un Haute-Côtes de Nuits y, después, llegó el momento de viajar a 1999. Las fotografías de cuando Joe Flynn había estado vigilando a su madre suponían un viaje emocional para Nikki. La lente telescópica del investigador privado había capturado a Cynthia Heat tal y como su hija la recordaba: arreglada, elegante y desenvuelta. El padre de Nikki había encargado que la siguieran, pues sospechaba que su mujer estaba teniendo una aventura, y no sin motivo. Los movimientos de Cynthia Heat consistían en ocultar una vida secreta a su marido y a su propia hija. Nikki y su padre no lo habían hablado nunca. Los dos tenían miedo de decirlo en voz alta, pero ambos sospechaban que ella ocultaba algo. Ninguno de ellos tenía ni idea de que se trataba de una doble vida como espía en activo de la CIA para investigar a las familias que contrataban a la agradable señora Heat como profesora de piano. Nikki pensó en lo irónico de que la preocupación de un marido por una esposa que le pudiera estar engañando le hubiese llevado a contratar a un detective privado cuyas fotos pudieran ahora dar pistas sobre la conspiración de un granuja antiguo miembro de la CIA.

Nikki había cargado la memoria que Flynn le había dado en el MacBook Pro de Rook y, juntos, vieron las diapositivas en su monitor. Una vez que Nikki superó la nostalgia de ver imágenes de su madre de once años atrás, se centró en los demás rostros. Algunas eran fotografías tomadas a hurtadillas del interior de casas a través de sus ventanas. La mayoría estaban hechas en aceras de Manhattan mientras la profesora vigilada entraba o salía con carpetas de partituras bajo el brazo. Heat reconoció al jamaicano, Algernon Barrett, que se había ocultado bajo las faldas de su abogada para evitarla. Una de las imágenes había capturado a Cynthia con el magnate cervecero Carey Maggs sentados en el macetero de la puerta de su edificio de apartamentos riéndose por algo que su hijo pequeño debía de haber dicho. Había más fotos de la misma índole. La pelambreira a lo Rudolf Nureyev de Vaja Nikoladze delataba la edad de la fotografía de él con Cindy Heat en el camino de gravilla de su

casa de Hastings-on-Hudson. Un cachorro de pastor georgiano estaba sentado obedientemente junto a su pierna izquierda.

Rook pasó rápido por una serie de fotografías duplicadas, pero, cuando Nikki dijo «Espera», detuvo las diapositivas y se quedaron mirando el rostro familiar del hombre que estaba concentrado en su conversación con Cindy Heat en una acera del centro de la ciudad. No conocían su nombre, pero jamás lo olvidarían. Era el médico que, tres semanas antes en un hospital de París, había ayudado a Tyler Wynn a fingir su muerte delante de Heat y Rook.

—Joder —dijo Rook en voz baja.

—Esto sí que es raro —asintió Nikki—. Otra foto más. Vamos a verla.

Cynthia Heat no estaba en la siguiente fotografía, sino el médico francés, en el asiento delantero de un coche aparcado con otro hombre al que no reconocían.

—Parece que nuestro médico francés pasó suficiente tiempo cerca de tu madre como para que tuviera oportunidad de que le sacaran fotos —dijo Rook. Nikki tomó nota de la fecha y la hora de la fotografía para poder llamar a Joe Flynn y preguntarle si tenía identificados a cada uno de aquellos hombres. Cuando terminó, vio que Rook la estaba mirando—. Tengo una idea que no te va a gustar nada.

—Tenías razón —dijo ella—. No me gusta. —Nikki se acomodó en el sofá de su enorme habitación con la vista impagable del horizonte de Tribeca y añadió—: ¿En qué mundo vives como para pensar que puedo dejarlo todo para ir a París? —Él acercó una botella de vino y unas copas, y, mientras las colocaba en la mesita, ella continuó hablando—: Si se trata de algún plan encubierto de los tuyos para hacer una escapada y ponerme a salvo, es una estrategia discutible, Rook. Pueden envenenarme en una barra de cinc del barrio bohemio con la misma facilidad que en el Starbucks de Gramercy.

—En primer lugar, no se trata de ningún plan encubierto. Es solo algo que he estado pensando en secreto. —Se dio cuenta de lo que acababa de decir y le acercó su vino—. Deja que termine. Lo que quiero decir es que, desde que Tyler Wynn se escapó, he estado pensando en volver a París para ver si puedo dar con su rastro en su antiguo territorio. Puede que incluso vuelva a ponerme en contacto con Anatoly, el espía ruso amigo mío. Eso no tiene nada de encubierto. No son más que pensamientos que no había expresado.

—Algo muy nuevo en ti —dijo ella dando un sorbo a su borgoña.

—Vamos, Nik, ahora que has visto a ese médico francés con tu madre en esas viejas fotos, ¿no hay ningún hueso de ese cuerpo tuyo de investigadora que esté deseando buscar alguna conexión?

—Bueno, yo he estado pensando lo mismo.

—¿En secreto?

—Cierra el pico.

—Dame un momento para saborear esta victoria de ojo por ojo. —Cerró los ojos, sonrió y los abrió—. Vale. Esto es lo que quiero que hagamos. Quiero aparecer en ese hospital de París, sorprender al doctor franchute y averiguar lo que sabe de Tyler Wynn, de antes y de ahora.

Nikki se incorporó en el sofá y dejó la copa en el posavasos.

—¿Sabes? Cada vez me va gustando más.

—Entonces, ¿le ves sentido a que vayamos? —preguntó él. Cuando ella respondió que sí, él insistió—: ¿Y vas a venir?

—Sé realista, Rook. No puedo irme.

—¿Ni siquiera por un viaje de trabajo?

Ella le alisó el cuello y, después, le apoyó la mano en el pecho.

—¿Me permites puntualizar que tengo aquí muchos cabos sueltos en los que estoy trabajando, incluido un rastro reciente de Salena Kaye? Eso por no mencionar un pequeño detalle que acaba de surgir y que se llama asesinato en serie.

—Siempre surge algo —respondió él con tono de broma, pero solo en parte.

Nikki asintió pensativa y tomó una decisión.

—Ve tú. Pero respóndeme a esto: ¿estás tratando de ayudarme a resolver el caso o a reunir más material para tu siguiente artículo?

—Eso me ha dolido —contestó Rook. Miró por la ventana hacia la noche de Nueva York y, a continuación, añadió—: Pero te perdono si podemos reconciliarnos con sexo.

Nikki Heat convocó a su equipo para una reunión a primera hora. Cuando los detectives llegaron a las seis de la mañana, colocó la pantalla de su ordenador de modo que pudiera ver sus reacciones mientras cada uno descubría que les esperaba un café sobre sus mesas con el nombre de «Nikki» escrito con marcador de cera.

—Más vale que os riais —dijo ella haciendo lo mismo entre dientes—. Esta broma me ha costado veinte dólares.

Su móvil vibró. Rook le enviaba un mensaje para decirle que estaba a punto de pasar por el control de seguridad para tomar su vuelo a París antes de despegar. Quería decirle lo mucho que había disfrutado de su servicio de despertador. Heat había dormido profundamente después del sexo de reconciliación y había caído en el dulce sueño envuelta en los brazos de él. Se despertó dolorida por las agujetas de la sesión de jiu-jitsu con Salena Kaye. Como Rook tenía pensado levantarse a las cuatro para coger su avión, ella había decidido ser su despertador y se había deslizado bajo las sábanas. Nikki respondió a su mensaje diciendo que estaba deseando disfrutar de un nuevo «viaje con escalas» y se acercó hacia el frente de la sala, pero con la suficiente lentitud como para que le desapareciera la sonrisa de la cara.

Había desplegado dos paneles con la información de los asesinatos, uno al lado del otro: uno para Roy Conklin y otro nuevo para Maxine Berkowitz. Informó a los

detectives que no habían estado en el escenario del crimen en Riverside Park sobre los puntos fundamentales de la muerte de la reportera de televisión. Cuando Ochoa preguntó si tenía algún problema de pareja, Nikki le habló de la mala ruptura con el director de noticias y le asignó la comprobación de la coartada de George Putnam.

—Busca el paradero de su mujer también —dijo Heat, solo por si hubiera algún miembro irascible en ese triángulo—. Pero hazlo con cuidado. No descartemos nada. Aunque esto parece algo más que una venganza por celos.

Aquello le llevó a la relación entre los dos asesinatos.

—Tenemos una única pista que indica que se trata de un asesino en serie. — Colocó ampliaciones de las fotos de la Unidad de Criminología del cordel encontrado en cada escenario del crimen y, a continuación, recogió sus notas—. La forense ha estado trabajando hasta muy tarde para que tuviéramos información esta mañana. Tanto el cordel rojo como el amarillo están hechos de poliéster trenzado que se usa mucho para artesanía y pasatiempos, para joyas, para cuerdas de yo-yo y para una cosa que se llama kendama.

Randall Feller levantó un dedo para llamar la atención.

—Es un juego japonés que se hace con un perno de madera con un hueco en un extremo que se utiliza para atrapar una bola de madera a la que está unida por una cuerda. —Hizo una breve pausa y añadió—: No me preguntéis.

—Es bueno saber que cuando Rook no está hay alguien que tiene el papel de sabelotodo —observó Raley.

Como el detective Feller había demostrado un interés especial, Heat le designó la tarea de que buscara tiendas de pasatiempos, artesanía, ferretería y juguetes para ver si tenían algún cliente al que mereciera la pena investigar.

—Detective Rhymer, tú le ayudarás. Estoy segura de que esta cuerda se puede comprar también por internet. Busca quién la vende y ponte en contacto con las webs para preguntar por los registros de clientes.

Entró un asistente vestido de civil que venía del despacho del superior para entregar un mensaje a Heat, quien, tras leerlo, se dirigió a su equipo:

—Una patrulla de a pie que estaba comprobando las papeleras ha encontrado un cable coaxial de un metro de largo cerca de la estatua de Eleanor Roosevelt. Ahora lo tiene la forense. Solo han hecho un examen preliminar, pero parece que hay rastros de maquillaje en el centro del cordón. —Heat pensó en los pañuelos de papel que vio que protegían el cuello de Greer Baxter del maquillaje de la televisión—: Eso podría ser compatible con nuestro estrangulamiento.

—¿Y la rueda de patín? —preguntó Rhymer.

—Es extraño, ¿verdad? —preguntó Heat—. Lo de los cordeles es escalofriante, pero lo de la rueda es raro también. En la oficina del forense dicen que es una rueda nueva de patín en línea, de poliuretano estándar, sin impresiones y sin usar. Directamente sacada de la caja. —Se quedó pensando un momento y dijo—: Sharon. —La detective Hinesburg se incorporó como si le hubiesen metido un palo—. Me

gustaría que te unieras a Raley y Ochoa para buscar lo de la rueda de patín.

Esa noche, cuando hubo terminado el turno, Heat tenía la oficina para ella sola. Aprovechó la tranquilidad para contemplar los paneles con la información de los asesinatos y dejar que su instinto hablara. El estudio de los casos no había dado ninguna pista y su mente de policía le decía que la eliminación de los pocos rastros que tenían no era algo negativo sino una forma de llegar al final. Por ejemplo, las coartadas tanto de George Putnam como de su mujer habían sido confirmadas. Del mismo modo, Roy Conklin seguía apareciendo como un hombre al que era fácil querer pero que, por esa misma razón, resultaba difícil de investigar.

Nikki se sentó en su mesa y dejó que sus ojos pasaran de un panel a otro, permitiendo que los elementos que sí se sabían dejaran oír la mente de un asesino en serie por encima del leve zumbido de los tubos fluorescentes. Cuerda. La cuerda era literalmente el hilo conductor. ¿Qué más? Accesorios raros. Una rata muerta. Una rueda de patín en línea. ¿En qué se relacionaban? Si es que se relacionaban en algo.

Geografía. Lo más obvio. Las dos víctimas habían sido encontradas en el Upper West Side. En particular, en la comisaría del distrito veinte, una pista que se anulaba a sí misma pues significaba que el asesino vivía o trabajaba allí o que iba hasta allí para matar lejos de su casa.

Pasaron varios minutos. Puede que incluso una hora. Cuando Nikki entraba en aquel torrente, no solo perdía la noción del tiempo, sino que se ocultaba de él. Buscó su libreta y escribió una palabra: «Trabajos».

Lo que se le ocurrió fue algo más que el simple hecho de que ambas víctimas habían sido mutiladas o asesinadas por un instrumento relacionado con sus trabajos: el inspector de restaurantes por un horno; la reportera de televisión por un cable coaxial, el que se usa para conectar la televisión por cable. Esas similitudes eran ya tema de conversación de la brigada. Esto no era tan obvio, pero casi. Llamó a los Roach, a Feller y a Rhymer para que volvieran a la comisaría.

Lejos de mostrarse molestos por hacerles regresar de inmediato, los cuatro detectives se mostraban inquietos ante la perspectiva de lo que les iban a decir y, cuando Heat empezó a decir «Lo tenemos justo delante. Las dos víctimas se dedicaban a la protección del consumidor», vio cómo sus ojos se iluminaban.

—Quiero saber si los dos se conocían o si tenían a algún conocido en común. —A partir de ahí, la reunión duró poco más. Mandó a los Roach a que se pusieran en contacto con Olivia Conklin, a Feller a que volviera al Departamento de Sanidad y a Rhymer a que hablara con los compañeros de trabajo y amigos de Maxine Berkowitz —. Comprobad correos electrónicos, mensajes, registros de llamadas, todo lo que pueda dejar un rastro —dijo mientras veía cómo cancelaban sus planes para la noche y se dirigían a los teléfonos con sus nuevos encargos.

De vuelta a primera hora de la mañana siguiente, con pocas pistas que seguir pero mucho que cubrir, la jornada de todos ellos se convirtió en la esencia del trabajo de un buen detective: trabajo soporífero. Las horas de llamadas telefónicas y

comprobaciones informáticas fueron interrumpidas solamente por reuniones para comparar sus notas después de salir a la calle para hablar con dueños de tiendas, niñeras de los parques y porteros que no habían visto nada fuera de lo común. La verdadera tarea de Nikki empezó cuando el capitán Irons llegó a última hora de la mañana listo para salir en cámara con una camisa blanca limpia dentro de una funda de plástico de tintorería, por si acaso alguien necesitaba que hiciese declaraciones. Tras saber que nadie había tratado de matar a su detective jefe de homicidios en las últimas veinticuatro horas, pidió un informe de los dos casos en activo. Wally era más gerente que policía y sus ojos se fueron volviendo vidriosos a medida que ella le iba dando detalles. Cuando terminó, la primera pregunta de él fue la típica:

—¿Cuántas horas extra va a costarme esto en mi presupuesto?

Siempre lista para ese tipo de resistencia, Nikki se las arregló para venderle la idea al jefe de la comisaría sobre el ahorro a largo plazo que suponía traer más mano de obra y salió de su despacho de cristal con un sí a su petición de traer a uno de sus equipos de detectives preferidos: Malcolm y Reynolds.

Rook envió un mensaje desde un taxi mientras iba desde el aeropuerto Charles de Gaulle hacia su hotel de París. Allí era de noche, seis horas más que en Nueva York, y le dijo que le había dejado un recado a Anatoly Kijé, su viejo amigo espía ruso, con la esperanza de que pudieran verse para una cena-barra-interrogatorio a última hora.

—¿Te refieres al mismo Anatoly Kijé cuyos secuaces nos secuestraron en Place des Vosges solo para asegurarse de que no nos seguían?

—Ah, qué recuerdos —contestó Rook—. ¿No desearías haber venido?

—Para que lo sepas, Rook, no me pareció que fuera un viaje de la guía Michelin solo por haber tenido la nariz apretada contra uno de sus neumáticos en el maletero de un coche.

Terminaron la llamada con la promesa de hablar después esa misma noche para que Heat pudiera contestar a una llamada de la oficina del forense. El examen preliminar de Lauren Parry sobre Maxine Berkowitz establecía que la causa de la muerte era asfixia por estrangulamiento.

—El asesino la agarró con un cable desde atrás y los de las pruebas forenses han enviado un informe de ese cable coaxial que encontraron en el parque. El residuo de maquillaje del material aislante se corresponde a la perfección con el de la víctima.

—Ahórrame la llamada al país de los frikis, Lauren. ¿Alguna huella en el cable?

—Ninguna —respondió la forense—. Ni señal alguna de resistencia. La durmió con cloroformo y la estranguló después.

Nikki tomó nota de aquello y, después, pasó las hojas de su libreta hasta que llegó a las notas de su otro caso.

—¿Te parece bien que pasemos a otra cosa?

—Detective Heat, tienes más cadáveres por los que preguntar que nadie que conozca.

—Deberías darme un bono regalo.

—Vale, guapa.

—Muy bien. ¿Qué me dices de mi víctima de envenenamiento del Starbucks?

—El mismo veneno que Salena Kaye usó para matar a Petar. Un cóctel de rápida acción de estricnina y cianuro, además de otros aditivos entre los que se incluye un derivado del subsalicilato de bismuto modificado en laboratorio y que es lo que pone la lengua negra. No es un veneno. Principalmente, se usa para dar más espectáculo.

—Perdona si no aplaudo.

—Nikki, esto es fuerte —dijo la doctora Parry—. Sabe de química. Ten cuidado.

Heat se despertó sobresaltada en su sofá a las seis y cuarto de la mañana siguiente con la canción «Remind me» del dúo noruego Røyksopp, el tono de llamada que Rook había instalado para identificarle en su móvil. Nikki tardó tanto en orientarse y encontrar el teléfono que temió que saltara el buzón de voz, pero contestó a tiempo.

—Ibas a llamarme anoche —dijo.

—*Bonjour* a ti también. Estuve muy atareado por aquí. No lo lamentarás. —La voz de Rook sonaba clara, como si estuviese en la habitación de al lado. Y había algo en ella. Euforia, quizá.

Nikki apartó la partitura que estaba estudiando cuando se quedó dormida, otro intento en vano de descifrar el código de su madre.

—Cuéntame. —Acostumbrada siempre a tomar notas, Heat cogió el bolígrafo y la libreta que tenía en la mesita y se aclaró la garganta, ronca tras haber dormido.

—Estuve con Anatoly Kijé.

—¿Sus matones te pusieron una bolsa en la cabeza y te dejaron en Deux Magots?

—Mejor aún. Me reuní con él a solas en la orilla del Sena. Solo yo y un veterano del KGB. ¿No te parece guay? Como si me hubiese metido en una novela de Le Carré.

Nikki se hizo una imagen mental y sonrió.

—Me hago una idea.

—Espera. Lo primero: Anatoly ha identificado al médico que aparece en las viejas fotos de Joe Flynn. François Sisson. Resulta que Sisson era un médico de verdad aquí hasta que se convirtió en uno de los agentes de la antigua red de Tyler Wynn en la CIA. ¿Estás lista? François Sisson apareció en una morgue de París al día siguiente de ayudar a Wynn a fingir su escena de la muerte ante nosotros.

—¿Con veneno?

—Llamémosle veneno de plomo. Una bala detrás de la oreja.

—Sigo esperando la buena noticia —dijo ella—. Parece como si hubieses estado divirtiéndote en plan George Smiley y que después hubieras llegado a un callejón sin salida.

—En París, sí. Pero las cosas son distintas aquí, en Niza.

Heat miró su reloj. Eran las doce del mediodía pasadas en Francia.

—¿Qué narices haces en Niza?

—Hablar contigo desde mi habitación del hotel Negresco. ¿Quieres saber por qué? Porque acabo de llegar de una reunión en un club de playa que se llama Castel Plage. Está por el Promenade des Anglais entre el hotel y el Château. Por cierto, que en francés significa...

—Rook. Sé qué significa *château*. Suéltalo ya.

—Vale. ¿Estás lista? Acabo de almorzar nada menos que con tu escurridizo agregado de seguridad sirio, Fariq Kuzbari.

Nikki dejó el bolígrafo en la mesa y se limitó a escuchar. Rook le explicó que, tras su reunión a orillas del Sena, tomó el tren de alta velocidad de la noche hasta Niza, donde había acordado encontrarse con el encargado de seguridad. Dejó su maleta en el Negresco y, a continuación, recorrió a pie el paseo de la bahía hasta el Castel Plage, donde Kuzbari le esperaba en una mesa apartada de la terraza que daba a la playa.

—¿Sabes? Fariq es un tipo mucho más simpático cuando sus hombres no te están apuntando con sus pistolas.

—Rook.

—Lo siento. —Hizo una pausa y, de fondo, Nikki oyó el sonido de las calles de Niza: gaviotas, motocicletas, la sirena de un crucero... Deseó estar allí—. Kuzbari me ha contado que tu madre no le espiaba a él mientras le daba clases a sus hijos.

—¿Y tú le has creído sin más?

—Solo te estoy contando lo que ese hombre me ha dicho y lo que me ha dicho es que si alguien hubiese sabido que le estaban espiando habría sido él mismo. Pero Kuzbari sí que me ha dicho una cosa. Y es importante. ¿Recuerdas esa semana que según el detective privado tu madre estuvo en un simposio en Berkshires con Kuzbari y su familia?

Nikki lo recordaba muy bien del informe de investigación de Joe Flynn de 1999. Y recientemente, cuando el sirio y sus gorilas de seguridad la abordaron en la calle en el SoHo, ella se aseguró de preguntarle al respecto.

—Recuerdo que Kuzbari estaba más preocupado por negar cualquier ñacañaca. ¿Qué te ha contado?

—Me ha dicho que fue a Berkshires a un simposio sobre limitación de las armas de destrucción masiva y que cuando tu madre no estaba dando clases a sus hijos pasaba muchísimo tiempo con otro asistente.

Heat volvió a coger su bolígrafo.

—¿Quién?

—El doctor Ari Weiss.

Una oleada de adrenalina invadió a Heat. Despierta ya del todo, daba vueltas por su sala de estar.

—¿Recuerdas ese nombre? —preguntó Rook. Sí que lo recordaba. Desde luego, estaba en las notas que había tomado unas semanas antes pero, al igual que la

mayoría de las cosas que anotaba, la información la tenía grabada en la memoria y el movimiento del bolígrafo en el papel solo le servía para memorizarlas.

Justo antes del asesinato de su madre, Ari Weiss había estado invitado en casa de otra familia importante donde ella daba clases. Nikki había supuesto que su madre les estaba espiando a ellos, pero la información de Rook lanzaba luz en una dirección completamente distinta. Era posible que su madre hubiese entrado en esa casa para poder husmear al invitado.

—Esto es importante —dijo.

—Sí. Es una pena que no puedas hablar con él.

Cuando oyeron su nombre tres semanas antes, Heat y Rook descubrieron que el doctor Ari Weiss había muerto por un trastorno de la sangre. Pero ahora Nikki se sentía animada y no iba a rendirse. Quizá siguiera habiendo un modo de conseguir más información sobre el doctor fallecido. Incluso mientras paseaba por la habitación, revisaba sus notas en busca del número de la persona con cuya familia había estado alojado Ari. Quizá esa persona podría saber si Weiss tenía alguna relación con Tyler Wynn o sus compinches. Después, para asegurarse de que dejaba clara su gratitud por la nueva pista que venía desde el otro lado del Atlántico, repitió:

—Oye, Rook. Esto es muy importante.

—Gracias. Ha sido como una vorágine. No me he metido en la cama desde que salí de Nueva York, pero me siento lleno de energía.

—Pues lo has hecho muy bien. Esto de Kuzbari ha sido un buen tanto. Es muy difícil encontrarle. ¿Cómo has conseguido verlo?

—Supongo que por cortesía profesional. Ya sabes, un *quid pro quo* de espías. Como la mayoría de los gobiernos de Oriente Medio, Siria se está tambaleando y creo que él está tratando de portarse bien con nuestros servicios de inteligencia por si necesita una salida de emergencia.

Nikki dejó de caminar.

—¿No te refieres a los servicios de inteligencia rusa? Creía que Kijé lo había organizado todo. —El sonido del tráfico y de una sirena típica europea se oyó con fuerza durante la larga pausa de Rook—. ¿Quién te ha organizado esto? ¿Estás ahí?

Durante el instante de vacilación de él, Nikki oyó de fondo una voz de mujer que reconoció.

—Rook, sal aquí a ver esto. Es un coche en llamas.

—¿En serio? —preguntó Heat—. ¿Ella está allí contigo? ¿En Niza?

Nikki controló el deseo de colgar el teléfono a Rook y, en lugar de ello, escuchó cómo se retorció. Balbuceaba. Tartamudeaba. Se atascaba. Improvisaba. Y, después, reunía el coraje al final de su silencio para preguntar:

—¿Va todo bien?

Ella respondió que tenía que ir a trabajar y le dejó solo al teléfono en su estúpida habitación de hotel que daba al estúpido mar Mediterráneo. A continuación, Heat abrió el grifo de la ducha lo más caliente que podía soportar y se colocó debajo del chorro de agua.

—Maldita Niza —dijo entre el vapor—. Maldito estúpido.

Tras abrir con el hombro la puerta de cristal de la tienda, Heat salió a la acera de Pearl Street mientras rasgaba el papel naranja de galletas Reese con toda la fuerza. Se paró junto a una papelería cerca del bordillo, sacó una de las dos galletas de manteca de cacahuete, arrancó el papel marrón que la envolvía y se la metió entera en la boca. Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia el cielo mientras mordía, sintiendo las diminutas rugosidades afiladas del chocolate que la cubría rozándole el cielo de la boca mientras la succulencia salada y granulosa del interior de mantequilla de cacahuete se mezclaba con los azúcares que se derretían en su lengua. Cabrón, pensó. Estúpido. Su respiración silbaba entre las fosas nasales a la vez que masticaba, comiendo no por placer sino como un acto de agresión. Una vez completada esa parte, tragó y sintió cómo la deliciosa debilidad apagaba el fuego de su rabia.

Miró el envoltorio. Aún le quedaba una galleta. Nikki decidió guardársela y se la metió en el bolsillo lateral de la chaqueta. Quizá la necesitara después, si ese idiota volvía a llamar.

Heat dejó a un lado su enfado con Rook por haber ido a Francia con su antigua novia y siguió caminando. Tenía mejores cosas que hacer que mortificarse. Por primera vez en varias semanas, Nikki pensaba que había encontrado una verdadera pista que podía conducirla a Tyler Wynn y, mientras caminaba, empezó a repasar todo lo que sabía. Si la versión de los hechos de Fariq Kuzbari era cierta, ¿era posible que su madre utilizara al sirio como excusa para entrar en aquel simposio de Berkshires y espiar a Ari Weiss? Siguiendo esa premisa, ¿podía ser esa la misma razón por la que su madre fue más tarde a dar una clase a la casa del magnate cervecero Carey Maggs? ¿Para vigilar a Weiss mientras se alojaba en casa de su antiguo compañero de clase de Oxford y de su familia? Esperaba saberlo en pocos minutos cuando se reuniera con Maggs.

La última vez que había visto al magnate cervecero y activista social, Heat estaba dando vueltas en busca de pistas sobre el asesinato de su madre. Ahora, esperaba otra información, cualquier conexión, por muy pequeña que fuera, que pudiera relacionar

a Weiss con el fugitivo Tyler Wynn y caldear el rastro que la llevara a su captura.

Cuando llegó al empedrado del puerto marítimo de South Street, Nikki se detuvo. El instinto de supervivencia se adueñó de ella y realizó una inspección de la zona. Las vías peatonales y los patios estaban vacíos. Era demasiado pronto para los turistas que más tarde inundarían el lugar. Solamente vio un camión de reparto de refrescos y un único limpiador que regaba con una manguera la terraza de una cafetería. Sintióse de pronto sola y expuesta, Heat miró detrás de ella y, después, examinó los tejados de los viejos edificios. En algún lugar había un asesino que la esperaba. A pesar de ello, siguió caminando hacia el almacén de fachada de ladrillo del siglo XIX que albergaba la fábrica de cerveza Boz. Nikki sabía que era un objetivo. Sabía también que aquello podía ser la siguiente parada en su camino para permanecer con vida.

En el muelle de carga que había detrás de la fábrica de cerveza artesanal, Nikki subió cuatro escalones de cemento que salían del callejón y oyó un chirrido agudo al otro lado de una puerta de metal. Carey Maggs le había dicho que llamara con fuerza para que pudiera oírlo por encima de las herramientas eléctricas. Golpeó la puerta con una llave y el zumbido cesó. Chirriaron unos goznes y un hombre sucio que parecía más un jornalero que un multimillonario apareció sonriente.

—Sigues pareciéndote a tu madre. —Eso fue lo que le había dicho a Nikki cuando lo visitó tres semanas antes. Él lo sabría. Cynthia Heat había sido también su profesora de piano en Londres allá por 1976, cuando Maggs no era más que un niño—. Te pediría perdón por el desorden, pero no me harías mucho caso y estoy en medio de una reforma. Mira, una reliquia auténtica de la Brigada de Bomberos de Londres de alrededor de 1870. —Detrás de él, rodeado por gigantes tanques de acero inoxidable llenos de cerveza rubia fuerte y suave y cerveza negra Durdle's Finest, había un antiguo vagón de bomberos, un carruaje que había sido tirado por caballos y que probablemente era la razón por la que Londres había salido ardiendo.

—Parece nuevo.

—Mucho mejor. He estado trabajando en él como un negro día y noche para tenerlo listo a tiempo para el desfile. —Ella le miró con desconcierto y él se explicó—: La marcha en contra de la opresión global. He puesto la fábrica de cerveza Boz como patrocinadora. ¿Qué puedo decir? Un corazón sensible conlleva una chequera sensible. —Dejó a un lado la pulidora eléctrica y siguió a Heat mientras ella admiraba el carruaje. Su pintura roja resplandecía por la cera que le había aplicado y la chimenea de cobre de la bomba de vapor de la caldera gigante brillaba como un espejo—. Pero también saco publicidad con esto. —Ella se fijó en las letras en pan de oro del lateral—. Brigada Boz —dijo él leyéndolo con ella—. En fin, ¿qué mejor mascota para una cerveza temática de Charles Dickens que un artefacto victoriano como este?

—Vamos a hablar —dijo la detective Heat después de haber observado todos los detalles.

El *pub* que había al lado de la fábrica de cerveza no abriría hasta unas horas después, pero Maggs la condujo hasta la barra y preparó unos cafés con leche para los dos.

—Delicioso —dijo ella—. ¿Pero un café con leche en un *pub*?

—Lo sé. Es escandaloso. —El acento británico de Maggs tenía un tono juguetón que le recordó al de alguien que no supo identificar—. Pero podemos ser fieles a nuestro *leitmotiv* dickensiano sin limitarnos a la morcilla y al budín de frutos secos y pasas, ¿no? —Entonces, a Heat se le encendió la bombilla: Christopher Hitchens—. Sí, me pasa mucho. Él es de Portsmouth, no de Londres, pero es propio de los que hemos ido a Oxford. Somos un montón de sabelotodos temerosos de no serlo.

Como él había mencionado su universidad, Nikki siguió la hebra.

—En cierto modo, Oxford es el motivo por el que he venido —dijo—. Necesito preguntarle por su antiguo compañero de clase.

—Ari. —Se puso serio y apartó a un lado su café.

—Cuando hablamos hace unas semanas, usted dijo que el doctor Weiss estuvo de invitado en su casa alrededor del día de Acción de Gracias de 1999. —Nikki no necesitaba hacerlo, pero se había repasado sus notas antes de la entrevista, una técnica con la que ponía a prueba la sinceridad de sus entrevistados—. Dijo usted que coincidió algunos días con la semana en que mi madre estuvo dándole clase a su hijo.

Él hizo una pausa para pensar.

—Sí, pero como ya te dije, no creo que Ari tuviera nada que ver con el asesinato de tu madre.

—Y... como yo le dije a usted, señor Maggs, esto será más fácil si se limita a responder a las preguntas. —Él asintió—. ¿Puede decirme algunas de las actividades a las que se dedicó el doctor Weiss durante su visita?

—Deja que piense. Estamos remontándonos a hace una década. —Movié ligeramente la cabeza—. Lo siento, creo que, sobre todo, visitar la ciudad y los bares. Puede que algún espectáculo de Broadway.

—¿Tenía algún conocido diplomático o extranjero en Nueva York?

Maggs frunció el ceño.

—¿Ari? Lo dudo. Ari era un friki de la ciencia, algo parecido a una rata de laboratorio. Rara vez salía de su laberinto, ya me entiendes.

Aquello no cuadraba con lo que Fariq Kuzbari había contado sobre su asistencia al simposio sobre armas de destrucción masiva. Tomó nota de ello y lo enfocó de otro modo.

—¿Le interesaba la política? Es decir, usted dona importantes cantidades de dinero de su empresa a organizaciones radicales como... —Miró sus notas—. Mercator Watch. ¿Qué apodo utilizaba usted para ello?

—Paz Codiciosa. —Se rio entre dientes, pero sus ojos mostraron una repentina rabia visceral—. El mundo está jodido por culpa de la codicia vertical, detective. Por eso es por lo que tenemos tantas guerras. Los ricos hacen uso de su poder en contra

de los que no lo tienen. Eso tiene que parar. Y lo haré. —Señaló a través de la ventana hacia los tanques de cobre y acero inoxidable que se levantaban en su zona de producción—. Este negocio de la cerveza no es más que mi trampolín. Tengo pensado emular a Bill Gates y Warren Buffett en sus actividades filantrópicas, pero a mi manera. Ahora paso más tiempo con mi corredor de bolsa que con mi maestro cervecero por un motivo: estoy absolutamente decidido a utilizar mi negocio y mis inversiones para crear un fondo para la paz. —Se rio y se pasó los dedos por el pelo para peinárselo hacia atrás—. Y sí, sé que es irónico. Fui a Oxford, ya sabes.

—¿Y su pasión política no se le contagió a Ari Weiss?

Maggs dejó su diatriba y volvió a relajarse.

—Para Ari, que en paz descanse, si algo no estaba bajo un microscopio, no existía. Lo único radical que le importaba eran los radicales libres con electrones desaparejados.

—¿Mencionó Ari alguna vez el nombre de Tyler Wynn?

Se quedó pensando antes de contestar.

—Pues... no.

—¿Le sirve esto de ayuda? —Tocó su iPhone y apareció la fotografía de Wynn. Él negó con la cabeza. Después, Nikki le enseñó a Maggs la vieja fotografía que había hecho Joe Flynn a los dos hombres sentados en los asientos delanteros de un coche aparcado. El conductor era el doctor francés. Ella no sabía quién era el otro—. ¿Reconoce a alguno de estos dos hombres?

—Estás de broma, ¿no? —Maggs señaló al hombre que estaba en el asiento del pasajero—. Ese es mi amigo. Es Ari Weiss.

Ahí estaba. Carey Maggs había señalado una conexión entre Tyler Wynn y Ari Weiss y el vínculo era el médico francés que había ayudado al agente de la CIA a fingir su ataque al corazón. Pero ¿qué significaba todo aquello? En el metro en dirección al norte de la ciudad, mientras estudiaba el potencial letal de cada uno de los que bajaban de su vagón y subían a él, Nikki trató de hacer las cuentas y no le salían. Lo que necesitaba era contárselo a Rook, cuya loca especulación la molestaba tanto como la liberaba de una forma de pensamiento lineal.

Rook.

Una mariposa se levantó y removió un oscuro sedimento. Se obligó a no pensar en ello y se concentró en el caso.

Antes incluso de llegar a su mesa, la detective Heat llamó desde el otro lado de la sala de su brigada a los Roach para que empezaran a indagar sobre Weiss. En su ordenador, abrió la página web que Rook había marcado como favorita unas semanas antes y leyó de nuevo el obituario del doctor Ari Weiss. El breve artículo decía que el investigador médico se había licenciado en la facultad de Medicina de Yale y que había recibido una beca Rhodes de investigación, que era como habría conocido a su amigo Carey Maggs en Oxford. Había muerto en el año 2000 de una extraña enfermedad de la sangre llamada babesiosis. Heat pulsó aquel enlace y la página de

Wikipedia describió la babesiosis como una enfermedad parasitaria parecida a la malaria. Al igual que la enfermedad de Lyme, era generalmente transmitida por las garrapatas, pero también podía surgir por una transfusión contaminada.

Empezaron a aparecer pensamientos sueltos, pero a Heat no le gustaban las corazonadas. Los datos reales eran sus amigos y podría haber hecho uso de alguno. Se quedó pensando un largo rato. A continuación, se irguió y cogió el teléfono.

Cuando Bart Callan respondió, le pareció sorprendentemente frío. En anteriores reuniones, incluida la visita que había hecho recientemente al Departamento de Seguridad Nacional, el agente no solo la había presionado, de forma implacable, para que se uniera a su equipo de investigación, sino que había mostrado su insistencia en algo más. La vibración que Heat había notado era personal. Pensaba que al agente especial Callan no le habría importado llegar a algo más íntimo. Así que, cuando dijo que estaba algo ocupado, Nikki se quedó desconcertada. ¿Y qué más? ¿Decepcionada, quizá? Pero después, él se explicó:

—Estoy hasta arriba de trabajo, pero podría verla después. ¿Quiere que salgamos a tomar una copa?

Contestó que sí. Y, a continuación, se sintió culpable. Y, luego, se preguntó por qué.

Heat quería quedar en algún lugar lleno de gente y de ruido, pero Callan tenía una entrevista en el Upper East Side y eligió el Bemelmans del hotel Carlyle, un bar, para disgusto de ella, ligeramente tranquilo con tapicería de cuero, iluminación tenue y, lo que era peor aún, mucha intimidad. Ella le saludó extendiendo el brazo sin acercar el cuerpo y dejó que él se sentara en el banco. Normalmente, a ella le gustaba tener visión de la puerta, pero una silla le hacía sentir menos atrapada. Pidió un vino con soda, una bebida que Nikki despreciaba, pero necesitaba tener la mente despejada y no quería lanzar una señal engañosa con una copa. Él la sorprendió cuando pidió agua mineral. Su segunda sorpresa fue la de ir directo al grano.

—Le alegrará saber que hemos conseguido algunas imágenes de cámaras de seguridad en las que se ve a Salena Kaye tras salir corriendo de aquel helicóptero.

—Sí que han sido rápidos —dijo ella recordando la llamada que al salir de la comisaría había hecho al pobre Raley, que seguía viendo montones de vídeos de cámaras de seguridad.

—Programa de reconocimiento facial. Le enviaré alguna copia.

—Estupendo. ¿Dónde la han visto?

—Saliendo de la línea Q en Coney Island. Pensamos que, o bien actúa desde allí o bien iba a ver a alguien. Estamos comprobando los servicios de transporte en coche y otras fuentes que tenemos. Si le contara más cosas, tendría que... En fin, ya sabe el resto. —Él sonrió y se sintió incómodo. Después de que viniera el camarero con las bebidas y se marchara continuó—: Kaye ha tenido que luchar fuerte para escapar de

usted.

—Por favor, ya me siento bastante culpable. Mis dotes para la lucha están un poco oxidadas últimamente.

—¿El exmarine? —preguntó—. Una tragedia. Se llamaba Don, ¿no? —Vaya, ese chico había hecho sus deberes. Callan sabía que su amigo al que habían asesinado había sido su compañero de entrenamiento de combate cuerpo a cuerpo. Nikki se quedó mirando al agente del Departamento de Seguridad Nacional y se preguntó si también sabía que ella y Don habían tenido una relación sexual sin compromiso. El exmarine solía decir que era su entrenador con derecho a roce. Si Bart Callan sabía aquello, no lo demostró. Así que ella no estaba segura de si hablaba con doble sentido cuando dijo—: Oiga, si quiere un nuevo compañero, a mí me gustan las buenas sesiones de entrenamiento.

Apartó la mirada de él y la posó en las paredes del bar, y reconoció que tenía ilustraciones del mismo artista que había hecho los dibujos de los libros de Madeline.

—Le he llamado porque quiero que me hable una vez más de su contacto con mi madre —dijo mirándolo de nuevo, encantada ahora de estar en su terreno—. Hace unas semanas dijo algo de un confidente.

—No puedo contarle mucho más.

—Entonces, vuelva a contármelo.

—No me estoy callando nada, detective. La información es escasa. —Ella le miró arqueando una ceja—. Pero estaré encantado de volver a hablarle de ello. Yo era por entonces agente del FBI y me designaron como enlace de su madre cuando ella se puso en contacto con la agencia para decir que sabía de la existencia de una amenaza para la seguridad dentro de nuestras fronteras. Me dijo que había estado en contacto con un confidente que se había introducido en un grupo terrorista y le dimos una provisión de doscientos mil dólares para que sobornara al infiltrado a cambio de pruebas e información sobre el plan. Le dimos a su madre el dinero para la transacción el día en que la asesinaron.

Heat ya sabía aquello. Pero ahora quería hacer otras preguntas.

—¿Sabía quién era su confidente? —Cuando el agente negó con la cabeza, ella continuó—. Yo creo que era un hombre llamado Ari Weiss. Ya ha fallecido, así que no nos puede ayudar. Pero era compañero de universidad de un británico que vive aquí y que se llama Carey Maggs. —Estudió su rostro por si había reconocido alguno de los nombres, pero no vio nada—. ¿Sería mucho pedirle que hiciera algunas comprobaciones para mí?

—¿Cree que él podría estar relacionado?

Ella se encogió de hombros.

—No parece que lo esté. Pero a mí me gusta dejarlo todo bien atado, ¿sabe? —Callan cogió su bolígrafo Cross dorado y apuntó el nombre. Cuando terminó, ella preguntó—: ¿Qué me dice de los doscientos mil? ¿Alguna vez salieron a la luz? Sé que ustedes marcan los billetes.

Volvió a negar con la cabeza.

—Cuando nos quedamos sin información, se acabó la historia. —Después añadió —: Bueno, nos habíamos quedado sin rastro hasta que usted sacó a la luz a Tyler Wynn. Por eso es por lo que le lanzo de nuevo mi oferta. Las circulares de Washington D. C. lo llaman interconexión operativa. Véngase conmigo, Nikki. Tengo recursos. Haríamos un gran equipo. —Empezó a extender una mano por encima de la mesa pero ella se llevó la suya al regazo como si tal cosa.

—Gracias, pero se me da mejor ir por mi cuenta.

Él movió las manos adelante y atrás entre los dos.

—Entonces, ¿cómo llama a esto?

—Interconexión operativa. Y el Departamento de Policía de Nueva York se lo agradece.

En Madison Avenue ella rechazó su oferta de llevarla en coche, aunque eso le habría supuesto una medida de seguridad teniendo en cuenta que Salena Kaye andaba detrás de ella. El agente lo aceptó, pero le recordó que, si alguna vez quería un compañero para entrenar, contara con él. Desde su taxi, Nikki vio cómo se metía en un todoterreno negro con matrícula del gobierno de Estados Unidos y pensó que con Bart Callan podría tener una buena sesión de entrenamiento.

La detective Heat cerró los ojos y repasó las cuentas. La ecuación empezaba con la información de Callan de que su madre había estado en contacto con un confidente. Él no había podido decirle el nombre del infiltrado, pero, con la nueva conexión que había trazado Nikki desde su madre hacia Ari Weiss como integrante del círculo de Tyler Wynn, no necesitaba estar delante de una pizarra como *El indomable Will Hunting* para conjeturar que Cynthia Heat no había estado espionando al doctor Weiss. Lo había estado utilizando como soplón.

Abrió el obituario de él en su iPhone. La fecha de su muerte por una enfermedad transmitida por una garrapata era el 2 de enero de 2000. Solo seis semanas después de la muerte de su madre.

En cuanto cerró con llave la puerta de su apartamento al entrar, Heat llamó a la casa de un juez que había conocido en una de las partidas de póquer semanales de Rook. Después de que el juez Simpson bromeara con ella rogándole que le diera una oportunidad para recuperar su dinero, Nikki le pidió un favor: que escribiera una orden judicial para la exhumación de Ari Weiss. Røyksopp la sobresaltó desde la pantalla de su ordenador. Después de la llamada de Rook de esa mañana desde Niza, su tono de llamada, una canción de un anuncio de la época de las cavernas, volvía a parecerle apropiado a Nikki.

—Allí es tarde. Tenía miedo de que estuvieras en la cama —dijo Rook.

—Estoy revisando informes sobre mi asesino en serie.

—Yo estoy en Londres. En Heathrow, de hecho. Volviendo a tu lado, nena. —El

guasón tratando de poner al mal tiempo buena cara, pensó ella durante el largo silencio con el que le respondió—. Estaré allí al amanecer. Vuelo con Virgin.

—Eso lo dudo. —Otro silencio incómodo.

—Nikki, supongo que sé por qué estás tan molesta con lo de Yardley, pero estás sacando demasiadas conclusiones de esto.

—¿Sí?

—Sí. —Los dos escucharon la respiración del otro. Después, dijo—: Están anunciando mi vuelo.

—¿Cuánto tarda?

—A ver, eh... Algo más de siete horas.

—Bien —contestó ella—. Utilízalas para trabajar tu empatía.

La detective Heat volvió a convocar a su equipo a primera hora de la mañana siguiente. Esta vez, se les unieron los detectives Malcolm y Reynolds, que habían sido cedidos por una brigada que trabajaba en otro caso importante. Eran rápidos, así que Nikki solo necesitó los primeros diez minutos para hacer una recapitulación de los dos asesinatos y ponerlos al día. Cuando estaba terminando, Sharon Hinesburg entró por la parte de atrás de la sala, la única detective que se retrasaba.

Los rastros de las pruebas físicas de cada escenario del crimen no habían dado resultados tras un día y medio de llamadas y sondeos. Los cordeles rojo y amarillo eran tan comunes y estaban disponibles en tantos sitios que para localizar todas las compras recientes se tardarían semanas. Además, podrían haber sido comprados hacía meses o años. Lo mismo pasaba también con la rueda de patín.

Malcolm levantó una mano.

—Dejad que os diga una cosa. —Se echó hacia atrás con su pose habitual y colocó una de sus botas de trabajo en el respaldo de una silla—. ¿Estamos buscando a ciegas? Cuando yo me encuentro accesorios así en un caso, una de dos: o se trata de alguna especie de mierda personal que ese tipo está ideando...

—¿Te refieres a algo así como fetiches? —preguntó Heat.

—Sí, o alguna obsesión pirada de cerebro quemado de cuando se chupaba el dedo, como que su madre no le dejaba tener animales en casa o montar en patines.

—... mientras llevara tijeras en la mano —añadió su compañero, Reynolds.

—O, en segundo lugar, que simplemente esté bromeando para liarnos. —Malcolm levantó su vaso y le dio un sorbo—. ¿Quién sabe?

—Solo el asesino —respondió Heat—. Vamos a seguir rastreando esas cosas, sobre todo los cordeles, que son comunes a los dos casos, pero continuemos investigando a las víctimas. Las personas que hay en sus vidas, cómo pasaron su último día y, especialmente, si están relacionados el uno con el otro aparte de en el tipo de trabajo.

El detective Raley informó de que solo había una cámara en el barrio dirigida al

escenario del crimen de Maxine Berkowitz.

—Está en la puerta de un centro islamista de Riverside Drive —dijo—. Y no funciona.

Heat escribió aquello con rotulador en el panel de Berkowitz y, después, señaló la nota idéntica de la cámara de la pizzería del otro asesinato.

—¿Coincidencia? —preguntó—. Yo diría que es lo suficientemente extraño como para que se considere...

—Ahí viene —gritó Feller.

—... un calcetín desaparejado —dijo Nikki y en toda la habitación se oyó un coro de «¡Síiii!» ante la primera aparición de la muletilla de Heat en este caso. Pero el alboroto quedó sofocado cuando uno de los asistentes administrativos entró con los periódicos de la mañana y levantó uno de ellos para enseñárselo a todos. El llamativo titular rezaba: «¡EL NUDO DE LA MUERTE!». Debajo, sobre un fondo blanco, había una fotografía gigante de dos rollos de cuerda. Uno rojo y otro amarillo.

Heat dio por terminada la reunión y el resto de la brigada hizo exactamente lo mismo que ella: se lanzaron a leer el *New York Ledger*. «Exclusiva», decía el subtítulo y lo firmaba Tam Svejda, reportera de la redacción de Nueva York para *Ledger* y a la que Heat conocía, entre otras cosas, por ser una descuidada periodista propensa a los informes de «infiltrados». La detective Hinesburg ya le había dado material confidencial anteriormente actuando como adalid del capitán Irons, término apropiado teniendo en cuenta su relación sexual con el capitán. A Nikki el artículo le parecía un refrito de los antiguos informes que ya se habían hecho públicos. Pero había una filtración de la información más importante que no se había contado: que los dos homicidios estaban literalmente unidos por una cuerda, lo cual apuntaba hacia un asesino en serie que estaba actuando en Manhattan.

—Tranquilízate, detective —dijo Wally Irons. Heat apareció en su despacho antes de que él pudiera dejar en la mesa su maletín—. De todos modos, íbamos a contarlo el lunes.

—Pero no lo habíamos dicho. Alguien lo ha filtrado. Y quienquiera que haya sido ha llevado nuestra metodología de ocultación de información a la primera página —protestó ella enarbolando la fotografía de la cuerda.

—Lo primero es lo primero —dijo él mientras parecía estar disfrutando de aquello—. Tam Svejda me llamó para pedirme alguna declaración y, como tú misma puedes ver, quité importancia al asunto del asesino en serie. Aquí está. —Pasó un dedo por la columna y citó—: «El capitán Wallace Irons, jefe del distrito policial, advierte de que es mejor no sacar conclusiones precipitadas. “No podemos descartar la posibilidad de que estos asesinatos pudieran ser obra de individuos distintos”».

—Nadie va a creerse eso —contestó Heat.

—Ah, pero consta por escrito. He cumplido mi parte.

Nikki se golpeó el muslo con el periódico preguntándose cómo había tenido tanta suerte como para trabajar a las órdenes de Iron Man. El detective Ochoa asomó la

cabeza por la puerta.

—Perdón, detective, tienes una llamada de un tipo que dice que es el asesino en serie.

—¿Ve? —Nikki agitó el periódico delante de Irons—. Ya han empezado las llamadas falsas.

—Detective Heat —la interrumpió Ochoa—. Pregunta si te gusta montar en patín. Heat lanzó el periódico sobre la silla y salió corriendo hacia su mesa.

—Soy la detective Heat.

—He conseguido llamar su atención, ¿verdad? —La voz parecía de hombre, pero distorsionada, como las voces disimuladas electrónicamente de testigos de la mafia y soplones que aparecían en los programas de periodismo de investigación.

—Es un comienzo —respondió Nikki. Se sentó a su mesa y, cuando se dio la vuelta en su sillón, vio que toda la brigada se había reunido en torno a ella—. Y bien, dígame para qué me llama. —Se oyó un fuerte chasquido y la línea se cortó. Se quedó mirando el teléfono y había empezado a contarle a los demás que había colgado cuando sonó el timbre de su línea. Saltó sobre el teléfono—. Aquí Heat.

La distorsión hacía que sonara aún más escalofriante.

—No me joda. Vuelva a poner esa voz despreocupada y parlanchina y me voy. ¿Entendido?

—Entendido.

—Voy a hablar y usted va a escuchar. —Nikki miró a Raley, que estaba coordinando el rastreo de la llamada desde su mesa—. ¿Qué es esta mierda del periódico de que podría haber dos personas? ¿Tengo que demostrar que no es así?

—No —respondió ella de inmediato.

—Ya veremos. Tendré que decidirlo, chica de la portada. —Después de toda su formación, Heat había aprendido a mostrarse imperturbable en este tipo de llamadas. Pero el corazón le empezó a latir con fuerza ante la referencia a su portada en la revista. Trató de no hacer caso de la alusión personal. Él tenía otra idea—. ¿Se cree usted muy lista, detective Heat? ¿Cuán lista se siente corriendo como una rata en un laberinto? Huele la pista pero no puede verla. Necesita algo que le abra esa puerta.

Nikki quería que él siguiera hablando, no solo por rastrear la llamada sino por llegar a saber cómo lidiar con él.

—No tiene por qué convertir esto en un concurso.

—Lo siento. —Entonces, él se rio, como un Darth Vader alterado digitalmente—. Le diré una cosa, chica de la portada. Puede que le eche una mano en la siguiente. —Y a continuación volvió a cortar. Heat se puso de pie para mirar a Raley por encima de los demás detectives, pero este negó con la cabeza y colgó su teléfono.

Nikki entró en el baño y se echó agua en la cara una y otra vez. Le pareció que era lo más conveniente cuando lo único que quería era estar sola. Mientras se secaba, notó que la toalla de papel le temblaba en las manos a la vez que asimilaba la magnitud de lo que acababa de ocurrir. Le habían propuesto un desafío. Un caso ya difícil había tomado de repente una nueva dimensión para Heat, que ahora se veía midiendo su ingenio con el de un asesino en serie, con vidas inocentes en juego dependiendo de lo buena que fuera de verdad.

—Chica de portada —murmuró con la cara entre las manos. Nikki se apartó la toalla húmeda del rostro, la tiró y salió del baño sin otra cosa que una mirada en el

espejo.

Cuando Heat volvió a la sala, se encontró con otra perturbadora sorpresa esperándola.

—*Je suis retourné!* —Jameson Rook dejó el cuaderno de anotaciones de ella y se puso de pie junto a su maleta de ruedas. Sonriendo a través de su barba incipiente tras el viaje, abrió los brazos en el aire mientras ella se acercaba. Heat no iba a tener una actitud fría en público, pero el abrazo que le dio no habría salido precisamente en la «pantalla de los besos» del Madison Square Garden.

—¡Grrr! —dijo él en voz baja. Y después añadió—: ¿Ves? He estado trabajando mi empatía.

—No es el mejor momento, Rook.

—Deja que adivine. —Levantó en el aire su ejemplar del *Ledger*—. He visto esto en el aeropuerto al bajar del avión.

Raley se acercó con una transcripción de la llamada de teléfono. Ella la cogió sin mirar mientras él se acercaba y la distribuyó entre la brigada a medida que se reunían en torno a los paneles de los asesinatos.

—El asesino en serie lee el *Ledger* también y acaba de llamar.

—¿Has hablado con él?

—Sí.

—Entonces, he vuelto justo a tiempo. —Pasó junto a ella y se acomodó en una silla vacía con los demás detectives. Decidida a no hacer caso de aquella nueva distracción, Nikki ocupó su puesto al frente.

—Una tarea —dijo Heat mientras miraba por la habitación—. Necesito a alguien en la recepción para controlar las llamadas entrantes, de modo que si nuestro asesino en serie vuelve a intentar ponerse en contacto conmigo me lo pase directamente. —Su mirada recayó sobre la detective Hinesburg—. Sharon, eres la elegida.

Hinesburg puso cara de fastidio.

—Vale. Tú mandas.

—Tienes razón —dijo Nikki, que esperó a que Hinesburg saliera al vestíbulo de la comisaría, suponiendo que si la detective no podía oírle no se enteraría de nada que pudiera filtrar luego al periódico. Heat se dirigió al resto del grupo—: Antes de empezar, ¿hay alguien que no haya leído esto? —Levantó en el aire el ejemplar del periódico.

—¿Quieres que le pregunte a la detective Hinesburg? —preguntó Ochoa tras un momento de silencio.

Cuando las risas cómplices de la brigada se calmaron, Heat continuó:

—Sí, tengo la sensación de que Sharon ha tenido algo que ver. —Esperó a que se acallaran unas cuantas risas más y, después, fue al grano—. La mayoría de vosotros ha oído mi parte de las dos llamadas que acabamos de recibir. Y todos tenéis la transcripción. El detective Raley ha sacado también una copia de nuestro servidor digital de llamadas. ¿Rales?

Él abrió el archivo en formato WAV en los altavoces de su portátil. Al principio, Rook y los detectives empezaron a leer a la vez que oían. Pero a medida que avanzaba la escalofriante llamada especialmente siniestra por la voz alterada digitalmente, dejaron todos de leer sus papeles y se inclinaron hacia delante, mirando al ordenador, como si fuese el hombre mismo en lugar de una reproducción de un fragmento de audio de un asesino. Cuando acabó, el detective Raley lo desconectó.

Hubo un silencio absoluto.

Heat lo interrumpió con una pregunta.

—Vale, ¿qué conclusiones sacamos de esto? —Dividió el panel del asesinato de Maxine Berkowitz con una línea vertical y empezó a escribir en el espacio en blanco una lista de ideas que los detectives fueron lanzando.

—Es él —dijo el detective Feller—. Ha hablado de los datos que no habíamos publicado y que no se habían filtrado: la referencia al patín y la rata del laberinto. Es él.

—Por ahora, digamos que sí —asintió Heat mientras veía cómo las demás cabezas hacían lo mismo.

—Se le da bien la tecnología —intervino el detective Reynolds—. No todo el mundo sabe cómo alterar su voz de esa forma.

Rook no pudo resistirse.

—¿Existe alguna aplicación para eso?

—Raley —dijo Heat—. Como el rey de las cámaras de seguridad, busca si la hay. —Rales asintió y tomó nota—. ¿Algo más?

—Ese tío es controlador —gritó Ochoa.

—No está bromeando —dijo Heat mientras escribía aquello en la pizarra—. Su forma de colgar durante la primera llamada para hacerme saber quién manda.

—Y en la segunda llamada —añadió Rook—. Todo consiste en hacer las cosas a su modo y cuando él diga, como un campeón de billar que controla su mesa.

—Yo también pondría ahí inteligente —dijo el detective Rhymer mientras Nikki lo escribía—. Sabía exactamente cuánto tiempo tenía que durar la llamada para no ser rastreada y también sabía cómo meterte el dedo en la llaga al hablar de la frustración ante este caso.

—Y al llamarte chica de portada —intervino Reynolds. Los ojos de Nikki miraron a Rook y después los apartó.

—Yo creo que este tipo es más que inteligente y controlador —dijo Malcolm—. Yo digo que está cabreado. Mirad. —Leyó la transcripción—. «No me joda...», «Voy a hablar y usted va a escuchar», «¿Se cree usted muy lista, detective Heat?».

—Eso no es solo que esté cabreado... —añadió Raley.

—Tiene un tono competitivo —terminó su compañero—. Al hablar de convertirlo en un concurso y quizá «ayudándote» con el próximo.

—Esa es la mayor pista de todas —dijo Heat—. Y la peor. —No tuvo que verbalizarlo. El que había hecho la llamada ya lo había dicho: habría un próximo.

Esa misma mañana, los Roach fueron a la mesa de Nikki.

—Rook tenía razón —dijo el detective Ochoa.

—Hay una aplicación para eso —siguió Raley. Al otro lado de la sala, en su mesa de okupa, Rook los oyó hablar y se acercó a ellos mientras el rey de las cámaras informaba a Heat—: No solo hay una aplicación real, sino que hemos encontrado un montón de *software* que se vende para alterar la voz. Lo único que se necesita es un ordenador para cambiar el sonido de tu voz.

—Puedes ponerla en plan Darth Vader, como nuestro hombre —continuó su compañero—. Las chicas pueden sonar como viejas y los hombres pueden fingir que son mujeres...

—Por eso siempre digo que... —interrumpió Rook.

—Hay que mirar si tienen nuez —dijeron los Roach a la vez con tono cantarín.

Heat se ciñó al tema de conversación.

—¿Y esto es fácil de encontrar?

—Puede que no tanto como una rueda de patín y un cordel, pero casi —contestó Raley—. Además, un aficionado podría probablemente haber ido a la tienda de electrónica de su barrio y comprar todo lo que necesitara para hacerse su propio aparato de voz electrónica.

—Entonces, hay que empezar a llamar a tiendas de electrónica. —Mientras Nikki decía esto, sabía, como sabían los demás, que aquello podría ser interminable. El tipo de tarea que asignaría a Sharon Hinesburg—. Tenemos que mirarlo todo.

Se separaron para ponerse manos a la obra y ella gritó a sus espaldas:

—Y pedid al detective Rhymer que se ponga en contacto con los vendedores de las aplicaciones. —Para fastidio de Heat, Rook no se movió—. Estoy un poco ocupada —dijo mientras cogía un informe.

—¿Y cuándo vamos a hablar de esto? Ya sabes a qué me refiero con «esto».

Ella señaló hacia la sala con el informe.

—Dudo que la sala de la brigada de homicidios sea el mejor lugar para hablar de tu divertimento en el sur de Francia con una antigua novia.

—No, la sala de la brigada de homicidios es perfecta. Porque esto es para mí un asesinato.

—Menuda labia, ganador del Pulitzer. Desde luego que vamos a hablar. Pero ya tengo suficiente distracción por ahora y dos asesinatos en los que trabajar.

—Sube a tres. —Miraron al detective Feller mientras este se acercaba desde su mesa—. No estoy seguro de si es obra de tu hombre, pero acaba de descubrirse otro. —Y así, sin más, otra bola de malabares apareció en el aire.

En la categoría de híbridos entre hoteles y apartamentos para largas estancias, el HMS se salía del molde. El tan de moda HMS complacía más al actor que llegaba a

la ciudad para rodar una película que al viajante que busca un cuenco de cereales en la barra de una cafetería. Mientras atravesaban el tristemente iluminado vestíbulo, los detectives Heat y Feller tuvieron que detenerse mientras a Rook lo enganchaba una leyenda irlandesa del rock que estaba alojándose allí mientras orquestaba un musical de Broadway. Rook se liberó con la vaga promesa de tomar unas copas alguna vez y subieron al escenario del crimen que estaba arriba.

Un par de agentes uniformados se irguieron un poco cuando Heat salió del ascensor de la planta nueve y se encaminó por la moqueta de espiguilla hacia donde se encontraban apostados frente a una puerta abierta. Desde el interior, el resplandor de unos *flashes* de cámara se reflejaba en sus espaldas y proyectaba brevemente sus sombras en la pared de enfrente.

—Hombre, afroamericano, entre sesenta y sesenta y cinco años —recitó la forense cuando llegaron al dormitorio de la *suite*—. El documento de identidad con fotografía del fallecido indica que se trata de Douglas Earl Sandmann. —Habían puesto de lado el colchón y Heat y los otros dos tuvieron que rodear la cama para poder ver a la víctima, cuyo cuerpo estaba reclinado boca arriba sobre el somier.

—¿No es el exterminador de los anuncios de televisión? —preguntó Feller.

—Dios mío, es Doug el Chinchés —dijo Rook, recitando después el eslogan del fallecido—. ¡Aplastamos a la competencia!

—Tranquilo, Rook. Ya sabemos quién es. —Nikki se giró hacia su amiga Lauren Parry, a la que últimamente estaba viendo muy a menudo por motivos no muy buenos—. ¿Cuál es la causa de la muerte?

—La causa de la muerte tras un análisis preliminar es la asfixia. Pero no estrangulado como Maxine Berkowitz. Al señor Sandmann lo han ahogado con un colchón.

—Irónico en muchos aspectos —dijo Rook—. Pero principalmente porque Doug el Chinchés ha sido asesinado con una cama.

Heat perdonó su irreverencia porque Rook había dicho algo importante.

—Igual que el inspector de restaurantes fue asesinado en un horno de *pizzas* y la reportera de Channel 3 estrangulada con un cable de televisión.

El detective Feller inspeccionó la habitación, que no estaba desordenada, a excepción de la cama y las sábanas.

—Si lo han matado aquí, no hay indicios de pelea.

—He recogido restos de cloroformo aquí, en la parte frontal de su ropa —dijo la doctora Parry, mientras esperaba la lectura de la temperatura corporal—. Los encargados de las pruebas forenses han acordonado unos surcos de roces en la alfombra de la sala de estar. Están analizando las fibras por si se ha derramado cloroformo.

Heat miró al oficial que estaba al mando.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Los de mantenimiento. El director dice que viene una supermodelo para la

sesión de fotos de un calendario y la asistente estaba comprobando que el apartamento estaba listo para ella.

—Entonces, ¿no es la habitación de la víctima? —preguntó Heat.

—No, pero sí tiene un contrato con el edificio para la fumigación.

—¿Y por qué estaba aquí? ¿Le llamaron para que revisara la habitación?

—El director dice que no. Ni siquiera sabía que este hombre estaba aquí arriba.

Nikki mandó a Feller que entrevistara al director más a fondo y a los dos policías uniformados del pasillo que llamaran a algunas puertas y preguntaran si habían oído o visto algo. Lauren terminó sus comprobaciones sobre el terreno y estableció la hora de la muerte aproximadamente entre la medianoche y las dos de la madrugada.

—Lo cual quiere decir que tu asesino en serie ya lo había asesinado cuando te llamó esta mañana —dijo Rook.

—Si es que esto es obra suya —contestó Nikki—. Aún no lo sabemos. —Se agachó y levantó la falda de la cama con su mano enguantada para mirar debajo de ella.

Rook examinó el vestidor y metió la cabeza en el interior del armario donde estaba la televisión. Levantó la Biblia que había dentro de la mesilla de noche.

—Muerte, ¿dónde está tu cordel?

—Ya lo veo —contestó Lauren Parry. Fueron a su lado y ella señaló medio centímetro de cordel rojo, apenas visible porque estaba metido entre el hombro de la víctima y el somier.

—¿Se le puede mover? —preguntó Nikki.

La forense le dijo que esperara, llamó al fotógrafo de la Unidad de Criminología para que documentara el cordel y su situación y, después, hizo una señal de asentimiento a Heat. Ella y Rook se echaron hacia atrás mientras Parry y su técnico daban la vuelta al cuerpo para ponerlo de lado. El fotógrafo de criminología se colocó e hizo clic. Su *flash* iluminó lo que encontraron debajo: un trozo de cordel rojo atado a otro de cordel amarillo y a otro violeta. El extremo del cordel violeta lo habían anudado pasándolo por el agujero de la cabeza de una llave de puerta de aspecto futurista.

—Te necesito, y rápido, Heat —dijo el capitán Irons cuando ella pasó rápidamente por la puerta de su despacho en dirección a la sala de reuniones de la brigada. A pesar de la mala opinión que tenía de él como jefe, Wally merecía que le informaran, así que dio marcha atrás y le puso al día sobre el asesinato de Doug el Chinchés—. No hemos acabado todavía, detective —dijo él cuando hubo terminado y se dio la vuelta para salir. Nikki se detuvo, sin un segundo que perder, con la esperanza de que fuera rápido—. ¿Sabes la presión a la que estoy sometido? ¿Sabes cuántas veces me llaman para que encuentre una solución a esto?

—Sí, señor. Imagino que están todo el tiempo encima de usted los de la sede

central de la policía.

Él hizo una mueca y se encogió de hombros.

—No. Lo cierto es que el inspector sabe que estamos dejándonos el pellejo. Estoy hablando de los medios de comunicación.

—¿En serio? ¿Esto es por la presión de los medios?

—Oye, Heat, llevo tiempo con esto en la cabeza, así que quizá sea mejor decirlo. —Señaló una silla y se sentaron—. Sé que estás dedicando tu tiempo a tu otro caso... más personal. Pero ahora que tenemos a un asesino en serie y la gente de la prensa está prestando atención, tienes que dejar de ir detrás de esa presa y centrarte en lo que necesito que te centres.

Ella se había estado oliendo aquello. Sabía que el lerdo de su jefe, que al principio se había mostrado tan preocupado por el intento de envenenamiento de Nikki que había tratado de mandarla al banquillo, olvidaría todo aquello. Había sabido que se quejaría de que su atención estuviese dividida. Había sabido que como el coco no le daba para dos pensamientos a la vez, daría por hecho que nadie más podría hacerlo. Le cabreaba que Irons hablara con tanta despreocupación de su «otro caso» cuando lo que estaba tratando de resolver era el asesinato de su propia madre. Pero como Nikki había esperado que surgiera aquella inevitable conversación, había preparado una estrategia.

A los cabezas de cemento como Wally Irons había que controlarlos, no acorralarlos. Heat necesitaba dejar a un lado su rabia personal y ser eficaz, porque había muchas más cosas en juego además de que se hiciera justicia con su madre. Nikki sentía en lo más hondo que iba a surgir algo más de aquella conspiración de Tyler Wynn. De lo contrario, todas aquellas acciones nuevas, incluido el intento de atentar contra su vida, no se habrían realizado. Así que, en lugar de ganar a aquel Iron Man en un combate de boxeo, le ganaría en astucia.

—Señor, aunque mi relación con la investigación de Tyler Wynn comenzó siendo algo personal, hay algo de lo que estoy completamente segura.

—¿El qué?

—Que probablemente usted y yo seamos los únicos policías de este departamento lo suficientemente inteligentes como para ver que esto no se trata solamente de un homicidio. —Una mentira piadosa y lisonjera no iba a hacerle daño. De hecho, fue lamentable ver cómo Wally la acogía con entusiasmo.

—Es cierto —dijo sonriendo para sí y, después, a ella—. Es cierto.

—Y cuando le pongamos las esposas, cosa que sucederá, ¿quién va a ser el héroe de esto? —Heat vio cómo los ojos de él se elevaban hacia los trofeos que había en su librería—. Una cosa más, señor. Lo que usted ha hecho ahora de forma tan inteligente es avisarme de que no la fastidie en ninguno de estos casos. Tiene usted mi promesa, capitán. No le fallaré. Ya lo verá.

Contuvo la respiración mientras las arrugas de la frente de él se plegaban con lo que parecía que era algún pensamiento. Entonces, Irons se puso de pie y pronunció

las palabras mágicas:

—Solo hazme saber si te ves agobiada.

—Lo haré.

—Mientras tanto, los medios de comunicación me están asediando con escaleras y antorchas. ¿Puedes darme algo con que calmarlos?

—Claro —respondió ella—. Puede que prefiera tomar nota. —Esperó a que él le quitara la capucha a un bolígrafo con los dientes y pasara a una página en blanco de su bloc de notas—. «Nada que comentar». —Y, a continuación, salió para ponerse a trabajar.

Heat leyó la información que habían sacado del escenario del crimen del apartamento del HMS.

—Tratando de establecer cualquier tipo de relación en esto, encontramos aquella rata con nuestra primera víctima. ¿Por casualidad, Doug el Chinchos exterminaba también ratas? —preguntó Rhymer cuando ella terminó.

—¿Doug el Chinchos? —preguntó Ochoa incrédulo.

—Ratas no, solo chinchos —contestó Raley recreando uno de los anuncios de televisión de Doug.

—¿Y hormigas? —preguntó Rook sin poder evitarlo.

Raley entró al trapo.

—No, solo chinchos.

—¿Mapaches?

—Solo chinchos.

—¿Mofetas? ¿Cucarachas? ¿Zarigüeyas?

—No, no y no. Solo chinchos.

—¿Has terminado? —preguntó Heat—. Déjalo ya.

—Hemos encontrado algo —dijo el detective Malcolm mientras él y Reynolds acercaban sus sillas desde la mesa que compartían—. Un vínculo entre nuestras dos primeras víctimas. —La sala se quedó en silencio y todas las cabezas se dirigieron hacia ellos—. ¿Sabéis que para aumentar los índices de audiencia, los canales de televisión hacen esos impactantes informes de investigación sobre repugnantes cocinas de restaurantes? Yo acabo de localizar a un antiguo editor que encargaba reportajes para Channel 3. Cuando sacaron a Maxine Berkowitz del puesto de presentadora de WHNY, adivinad cuál fue su primer segmento de «Rompiendo puertas». ¿Y quién fue su principal fuente del Departamento de Sanidad ante la cámara?

Nadie lo dijo. Pero Heat cogió un rotulador rojo y trazó una línea que conectaba al inspector de restaurantes Roy Conklin y a Maxine Berkowitz. Lanzó el rotulador a la bandeja de aluminio de la pizarra blanca.

—Malcolm y Reynolds, sois los mejores —dijo.

—Me pregunto si Maxine Berkowitz hizo alguna vez algún reportaje para «Rompiendo puertas» sobre chinchos o sobre Doug el Chinchos. Eso los relacionaría.

—Todos estamos conectados de un modo u otro —dijo Rook—. Se puede seguir la pista de uno a otro en seis saltos. Es como jugar a los Seis Grados de Marsha Mason.

—Querrás decir Seis Grados de Kevin Bacon, el juego —intervino el detective Rhymer.

—Por favor —protestó Rook—. Yo me crié con una madre que es una diva de Broadway. En nuestra casa, siempre fue Marsha Mason.

Los Roach interrumpieron con un informe sobre la extraña llave encontrada bajo el cuerpo de Doug Sandmann. Raley colocó fotografías de ella mientras Ochoa leía sus notas.

—Es una llave de alta seguridad. Una nueva tecnología de una empresa australiana. Como podéis ver en las fotos de primer plano, tiene un diseño futurista. Parece como si un caza XWing de *La guerra de las galaxias* y una barracuda hubieran tenido un bebé.

Raley continuó con el discurso de su compañero.

—Según la página web del fabricante, debido a su caña dual y a su corte único, esta llave solo entraría en unas diecisiete mil cerraduras. Aquí viene lo bueno: cada juego queda registrado. En Australia es plena noche pero, con suerte, podremos ponernos en contacto con aquellos cuya cerradura coincida con esta llave, pues podrían ser la siguiente víctima.

—También estamos poniéndonos en contacto con cerrajeros de la ciudad que llevan esta marca —explicó Ochoa—. Es de gama alta, así que no son muchos.

—Pues adelante —dijo Heat, y la brigada se dispersó. Su excitación al notar cierto avance quedaba apagada por la falta de confianza. El asesino era un jugador astuto, un manipulador que ya había asesinado a su tercera víctima unas horas antes de llamar para amenazar con ello. Nikki solo esperaba que pudieran ser lo suficientemente rápidos como para salvar a la cuarta.

La alerta del correo electrónico de Heat sonó con un mensaje de Bart Callan: «Carey Maggs investigado como usted pidió. Su instinto era bueno. Toda la información sacada es limpia. PD: ¡Si trabajara aquí, ya estaría en su casa! Jaja. B. C.».

Cuando estaba guardando el correo, los detectives Raley y Ochoa fueron corriendo hasta su mesa, los dos con expresión de entusiasmo.

—El fabricante de cerraduras de Australia tiene servicio de atención al cliente de veinticuatro horas —dijo Raley.

—Han buscado el número de serie y han dicho que el juego de cerradura y llave fue registrado a través de un cerrajero de Amsterdam Street.

—¿Habéis llamado?

—Sin respuesta —contestaron.

—¿Una cerrajería? —Nikki se puso de pie de un salto—. ¿Amsterdam esquina qué?

Heat y Rook aparcaron detrás del coche de los Roach cinco manzanas al sur, en la calle 77.

—Rales y yo acabamos de estar en este barrio investigando lo de la rueda del patín —dijo Ochoa cuando avanzaban por la acera. Señaló hacia la tienda de patines con un letrero que rezaba: «Central Park, alquileres por hora y para medio día».

Nikki dirigió su atención a Cerraduras Windsor, el escaparate que había al lado. Había algo raro. El escaparate tenía un letrero de «Abierto» pero, tras él, la tienda estaba a oscuras.

—Bueno, esto es demasiado raro —comentó Rook señalando con un dedo—. Ratas. Mirad. ¿Una tienda de animales a un lado con ratas en el escaparate y una tienda de patines al otro?

El par de coches de policía de refuerzo que había pedido Heat aparcaron detrás de ella. Sin apartar la mirada de la tienda, les ordenó a los policías de uniforme que cubrieran la parte trasera. Cuando los patrulleros se desplegaron, ella se dirigió a la puerta de cristal, flanqueada por Raley y Ochoa. Se detuvieron. Heat puso una mano sobre la empuñadura de su Sig Sauer. La otra la extendió hacia el picaporte de la puerta.

—Espera —la advirtió Ochoa—. ¿Oléis eso?

Heat aspiró por la nariz.

—Gas.

6

—El olor es más fuerte que un pequeño escape —dijo Ochoa.

La detective Heat se giró de inmediato hacia Raley.

—Llama.

Entonces, su mente regresó de inmediato a la explosión de gas que había investigado en 2006, un suicidio que había derribado por completo una casa adosada de tres plantas.

—Nada de chispas —le dijo—. Usa el teléfono en la esquina en la que sopla el viento. Y diles a los agentes que vuelvan y empiecen a evacuar estos edificios. —Trazó un círculo con las manos por encima de su cabeza para señalar a las viviendas que había sobre las tiendas—. Y di a todo el mundo que nada de cigarros, interruptores de luz ni teléfonos.

Ochoa ya había entrado en acción, apartando a la gente de la acera, cuando Rook la miró después de asomarse a la ventana de la cerrajería.

—Nikki, hay alguien en el suelo.

Ella se puso las manos a los lados de la cara para tapar la luz y colocó la nariz sobre el cristal. En la parte posterior de la estrecha tienda asomaban un par de piernas de hombre por detrás del mostrador con los pies abiertos. Heat hizo un cálculo rápido. El riesgo de provocar la explosión contra la oportunidad de que, si aquel hombre estaba vivo pero ahogándose por el gas, podría salvarlo.

Había que tomar una decisión.

—¡Miguel! —El detective Ochoa se giró hacia ella desde lo alto de la calle, donde había acorralado a algunos peatones—. Hay un hombre en el suelo. Voy a entrar. —Entonces, ella volvió a girarse y vio a Rook disponiéndose a agarrar el picaporte de la puerta—. ¡Eh, eh, eh! —Él se quedó inmóvil—. Si esa puerta tiene una campanilla eléctrica o una alarma, podrías hacer que saliéramos volando hasta Newark.

Rook retiró la mano.

—¿Qué hacemos para evitarlo?

Tras una rápida mirada a la acera, Nikki corrió hasta la esquina y cogió un contenedor de basura. El barril de acero era pesado y Ochoa fue hasta ella para levantarlo por el otro lado.

—Ten cuidado de no arañar el suelo —dijo ella mientras caminaban por la acera—. No quiero ninguna chispa.

—A la de tres —dijo Ochoa. La basura se desperdigó por el suelo cuando los dos detectives levantaron el contenedor poniéndolo de lado con el fondo de metal dirigido hacia el cristal. Nikki contó y embistieron contra la ventana. Pero, en lugar de romperla, se resquebrajó en forma de araña. Heat volvió a contar hasta tres y volvieron a golpear con mucha más fuerza. Esta vez, no solo hicieron un agujero, sino que toda la ventana se hizo añicos, cayendo en cascada los trozos de borde

dentado desde arriba, casi rebanándolos como una guillotina antes de caer hechos pedazos sobre la acera y el suelo de la tienda. Nikki retiró con los pies las esquirlas del erizado alféizar, metió una pierna dentro y, después, la otra.

Corrió hasta el extremo del mostrador, se arrodilló junto al hombre y presionó los dedos sobre su cuello. Pudo sentir la carótida bombeando. Ochoa fue hasta ella. Conteniendo la respiración en medio del aire tóxico, le hizo una señal con la cabeza a Miguel para indicarle que el cerrajero seguía vivo. Sacarlo iba a ser difícil. Era bajito y delgado, pero al estar inconsciente se había convertido en un peso muerto. Los pulmones de Heat le ardían deseando tomar aire y, con el esfuerzo de levantarlo, hizo una inspiración de la que al instante se arrepintió. El olor a huevos podridos del mercaptano hizo que la garganta se le cerrara y la cabeza le diera vueltas. Las manos de Nikki le fallaron y el hombre cayó contra ella. Metió rápidamente la pierna por debajo de él y detuvo la caída. Controlando las náuseas, pudo agarrarlo mejor enganchándolo de la camisa de trabajo. Juntos, ella y Ochoa consiguieron arrastrarlo hasta la ventana, donde las nuevas y seguras manos de la brigada de la policía de Nueva York que estaba llegando lo agarraron. Levantaron a la víctima por encima del alféizar para subirlo a una camilla, donde los enfermeros se hicieron cargo de él.

Heat y Ochoa permanecieron doblados sobre la acera, tosiendo y jadeando. Los dos tomaron bocanadas del oxígeno que les ofrecieron. En los pocos minutos que tardaron en recuperarse, los bomberos de Nueva York ya habían cortado el suministro eléctrico del edificio, habían cerrado la toma del gas y habían colocado ventiladores portátiles para ventilar los gases.

Rook les dio tanto a Heat como a Ochoa una botella de agua y los dos resoplaron.

—Mientras estabais ahí dentro, he ido a la tienda de animales y los he sacado a todos. ¿Alguna vez habéis visto *La gran aventura de Pee-Wee*? He estado a punto de salir corriendo con dos puñados de serpientes.

Los médicos dijeron que habían rescatado al cerrajero justo a tiempo. Glen Windsor se había estabilizado con el oxígeno y estaban a punto de llevarlo al hospital Roosevelt para dejarlo en observación. Heat dijo que quería hacerle antes unas cuantas preguntas. Al médico no le gustó, pero Nikki le prometió que sería breve.

—Gracias —dijo Windsor levantando la mirada desde la camilla hacia Heat y Ochoa—. Me han dicho que casi no lo cuento. —El sanitario le pidió que se dejara puesta la máscara de oxígeno, pero él contestó que estaba bien, tomó aire de la máscara y la dejó sobre su pecho.

Nikki vio cómo le temblaba la mano. Una experiencia como aquella pasaría factura a cualquiera. El cerrajero era joven, de unos treinta años, pero, para un hombre de complexión pequeña como la de un jugador de bolos profesional, debía de haber sido especialmente dura.

—Señor Windsor, no vamos a entretenerlo mucho, pero me preguntaba si podría contarme lo que ha pasado.

—Una putada, para usted y para mí. —El hombre pálido de la camilla tenía una

forma de hablar suave y afable que a Nikki le recordaba al detective Rhymer, en cuya boca una obscenidad parecía más pintoresca que ofensiva—. Lo siento —dijo—. Tendré que meter otra moneda en el tarro de las palabrotas. —Volvió a tomar aire de la mascarilla de oxígeno y continuó—. Estaba siendo un día tranquilo de trabajo. Estaba sentado jugando a los Angry Birds en el mostrador. Lo siguiente es que oí algo detrás de mí y, antes de poder girarme, una mano me rodea la cara. Esa es toda la historia hasta que me he despertado aquí afuera.

—¿Tenía un trapo en la mano?

Se encogió de hombros.

—Lo siento, no me acuerdo.

—¿Olió algo? ¿Algo dulce, quizá?

Su cara se iluminó y asintió.

—Ahora que lo dice, sí. Una especie de quitamanchas o algo así. —Heat le susurró a un lado al sanitario de urgencias que le hiciera un análisis para ver si le habían suministrado cloroformo.

—¿A qué hora ha pasado?

—Veamos. Yo estaba esperando a que llegara la hora de comer. Sobre las doce.

Nikki miró a la parte superior del edificio hacia el reloj del banco. Debía de haber sido una hora antes aproximadamente. Sintió cómo la pista caliente se iba enfriando por momentos.

—Lo siento, detective Heat —dijo el sanitario—. Tendrá que continuar con esto más adelante. —Heat le dio las gracias a Glen Windsor por su tiempo y se lo llevaron a la parte posterior de la ambulancia. A continuación, ella mandó a uno de los agentes de uniforme que fuese con él y permaneciera a su lado en el hospital hasta que ella llegara.

—La fuente del gas está aquí —dijo el jefe de bomberos cuando Nikki volvió a entrar en la tienda de Windsor, utilizando la puerta esta vez. Él apuntó a la escotilla metálica abierta de la calefacción empotrada en la pared de la tienda. Tuvo que levantar la voz por encima del estruendo de los ventiladores—. ¿Ve esto? El piloto está apagado. El motor de combustión está desconectado y alguien ha sacado el tapón de la junta de alimentación. Nada que contuviera el gas y nada que lo quemara, así que simplemente ha estado saliendo e invadiendo la habitación. No quiero pensar lo que podría haber pasado.

Los detectives Feller, Malcolm y Reynolds llegaron para ayudarles en la búsqueda de pistas.

—Y por pistas nos referimos a cordeles, ¿no? —preguntó Rook—. Porque sin cordel vamos listos.

—Encendamos una cerilla y terminemos con esto —le dijo Reynolds a Malcolm.

La primera ronda de búsqueda no tuvo como resultado ninguno de los indicios de

los anteriores escenarios de los crímenes. Cuando los bomberos declararon que aquella atmósfera era suficientemente segura como para apagar los ventiladores, Heat se quedó mirando al que estaba situado en la salida de atrás que estaba abierta y le pidió al jefe de bomberos que preguntara si sus hombres habían abierto la puerta o si la habían encontrado entornada.

—La hemos encontrado así —respondió el agente uniformado que estaba al lado de ella. El oficial Strazzullo estaba entre los agentes a los que Heat había enviado para que cubrieran el callejón y a los que después había ordenado que se encargaran de la evacuación—. Cuando entramos en el callejón, la puerta de atrás de la tienda estaba así de abierta. —Con las manos mostró una distancia de alrededor de medio metro.

—Vaya —le dijo el detective Feller a Heat—. Apuesto a que casi lo pillas y se ha escapado.

—¿Crees que él podía estar aquí dentro cuando hemos llegado? —le preguntó Raley.

Heat no contestó. En lugar de ello, salió al callejón por la puerta abierta. El resto la siguió y, cuando llegaron a su lado, Nikki estaba junto a un contenedor colocado debajo de la escalera de incendios que llevaba hasta el tejado.

—Oficial Strazzullo, ¿estaba este cubo aquí cuando ha llegado?

—Lo siento, no lo recuerdo.

—¿Puedo reconstruir la escena? —preguntó Feller—. Nuestro asesino está dentro cuando tú llegas, detective Heat. Le interrumpes cuando se estaba encargando del cerrajero. «¡Uy!», y sale por la puerta de atrás. Se esconde detrás de este contenedor... —El detective representó la escena saliendo por la puerta de atrás y escondiéndose tras el contenedor—. Está aquí cuando Strazzullo llega. Está a punto de atraparlo. Pero, entonces, vuelves a llamar a los de caballería para que vayan a la parte de delante y él se escapa.

—A mí me parece una huida ya preparada —dijo Ochoa mientras medía a ojo la distancia desde el contenedor a la escalera de incendios—. Justo después de que llamas a Strazzy para que se encargara de la evacuación, nuestro hombre se sube al cubo y desaparece.

—Puede que fuera así como llegó y se fue —asintió Raley.

La detective Heat se subió al contenedor y ascendió por la escalera de incendios con los dientes apretados. En cada peldaño, expresaba su rabia y su frustración en silencio por haber estado tan cerca de capturar al asesino, si realmente había estado allí.

Si había estado.

Los demás subieron detrás de ella y todos recorrieron el tejado en fila, registrando la superficie plana y sucia en busca de algo que lo corroborase.

Lo encontraron en el extremo opuesto de la azotea. Lo vieron todos a la vez. Y lo supieron.

Un extremo de un cordel rojo atado al pomo de la puerta que daba acceso a las escaleras y que revoloteaba con la cálida brisa. El cordel tenía muchos colores, siguiendo la pauta de los otros homicidios. El rojo estaba atado al amarillo. El amarillo al violeta. Y el violeta estaba atado a un nuevo trozo de cuerda. Esta vez verde.

Heat había apostado ya oficiales que cubrieran todas las salidas del edificio, incluida la escalera. En silencio, sacó su arma reglamentaria y la sostuvo en alto a medida que se aproximaba a la puerta. Todos menos Rook, que iba desarmado, hicieron lo mismo y tomaron posiciones tácticas. Heat hizo una señal con la cabeza y el detective Feller abrió la puerta de golpe. Dentro, en lo alto de las escaleras, estaban el oficial Strazzullo y su compañero. Todos enfundaron sus armas.

Al mirar abajo vieron en el umbral un trozo suelto de hormigón. Feller se agachó y, al levantarlo, un papel pequeño, ligeramente más grande que un sello de correos y que estaba debajo, salió revoloteando en el aire. Raley salió detrás del papel por la azotea para que no se volara y lo cogió con sus guantes.

Todos se apiñaron alrededor de él para verlo. El papel, de unos dos centímetros cuadrados, estaba en blanco por un lado y tenía una imagen en color en el otro. Parecía un fragmento de una fotocopia de una pintura al óleo que hubiese sido recortado con unas tijeras. Lo único que se veía en él eran los dedos y los nudillos de una persona.

El detective Raley hizo con su teléfono móvil una fotografía decente de la mano que aparecía en el pequeño papel cuadrado antes de dárselo a los especialistas para que buscaran huellas y lo analizaran. Heat le encargó a los Roach que fueran a ver si podían encontrar de dónde se había sacado la imagen.

—Lo que encontrasteis de la llave le salvó la vida a un hombre. Investigad sobre esa pintura. Puede que consigamos capturar a nuestro asesino.

En el hospital Roosevelt, a Heat le costó encontrar una plaza de aparcamiento debido a la cantidad de furgonetas de programas de noticias que se habían reunido en la puerta de Urgencias. Los reporteros que tomaban posiciones para sus retransmisiones para los telediarios de la noche vieron a Nikki y la llamaron por su nombre gritándole que hiciera algún comentario. Ella mantuvo la mirada al frente y le enseñó su placa al oficial que estaba en la puerta para que la dejara pasar con Rook.

Encontraron a Glen Windsor sentado con las piernas colgando por un lado de una cama de uno de los compartimentos de la sala de urgencias. Daba sorbos a un zumo de manzana con una pajita y el color había vuelto a su rostro.

—¿Cómo se siente, señor Windsor? —le preguntó Heat.

Él sonrió antes de hablar.

—Afortunado por estar vivo. —Ella le devolvió la sonrisa y pensó: «Chico, no lo sabes bien»—. Gracias de nuevo. He estado pensando. ¿Cómo demonios sabían

ustedes que tenían que venir a ayudarme?

Heat no estaba segura de cuánto contarle. Por una parte, él había sido el objetivo de un asesino en serie. Pero, por otra, la prensa estaba esperando y ella quería controlar lo que se les dijera.

—Olimos el gas —respondió con expresión lo suficientemente sincera.

Windsor le dijo que estaba bien, así que ella le pidió que le volviera a contar su versión del asalto. Su relato de la escena del delito seguía siendo el mismo y cuando ella avanzó en sus pesquisas preguntándole por algún contacto, actividad fuera de lo corriente o alguna persona nueva en su vida, el cerrajero se quedó pensando y negó con la cabeza.

A continuación, ella le enseñó una fotografía de la llave que había encontrado con la última víctima. Él la reconoció de inmediato.

—Es una BiLock. Australiana. Un producto de alta seguridad. Fabrican cerraduras con armazón, levas de fijación, dobles cierres, cerraduras de muesca, candados... —Mientras seguía sin parar, Rook miró a Nikki a los ojos y se apartó un poco para ocultar su sonrisa. A menudo, entretenía a Heat con imitaciones de Bubba Blue recitándole a Forrest Gump todas las formas en que se pueden cocinar las gambas.

—En BiLock nos dijeron que esta está en el catálogo de su tienda —le contó ella cuando Windsor terminó con su lista.

—Es verdad. Yo las vendo. No muchas todavía, pero es un buen producto.

—Lo que quiero decir, señor Windsor, es que esta misma llave aparece en su inventario. ¿Ha notado si le falta y, de ser así, si también ha desaparecido la cerradura?

Él miró la fotografía con atención.

—No sabía que me faltara nada. —Se puso de pie, repentinamente preocupado por su establecimiento—. Quiero volver para hacer inventario.

—Lo haremos y le enviaremos un detective para que le ayude. Pero tengo que hacerle algunas preguntas rápidas.

Él se tranquilizó pero Heat notó su comprensible distracción, así que se dio prisa. Lo que necesitaba saber era si tenía alguna relación con las demás víctimas, por muy pequeña que fuera. Le enseñó retratos de las tres víctimas anteriores. Roy Conklin no le decía nada. Lo mismo pasaba con Maxine Berkowitz, a la que solo reconocía como reportera de televisión. Pero cuando le enseñó la fotografía de Douglas Sandmann, los ojos de Windsor se abrieron de par en par y le dio un golpe con el dedo.

—Eh, le conozco. Doug el Chinchés.

—¿Por sus anuncios en la tele? —preguntó Heat.

—Sí. Pero también trabajé para él. Hará unos seis meses actualicé todas las cerraduras y las combinaciones numéricas de las alarmas de su oficina de Queens.

Heat y Rook intercambiaron miradas, cada uno de ellos sintiendo una oleada de excitación ante la noticia. Nikki trató de permanecer tranquila, ocultando su

esperanza de que la víctima a la que había salvado pudiera arrojar alguna luz sobre cómo un asesino en serie en activo estaba eligiendo a sus víctimas.

—Glen, ¿pasó usted personalmente algún tiempo con el señor Sandmann?

—Desde luego. Doug fue quien aceptó la oferta y quien me dio el cheque cuando terminé.

—¿Puedo preguntarle sobre qué hablaron?

—Sobre precios y sobre el plazo de terminación del trabajo. Más o menos lo que se habla antes de que te acepten un presupuesto.

—¿Algo más? Piénselo un momento.

El cerrajero dio un sorbo a su zumo y se quedó con la mirada perdida.

—No, lo siento —dijo después—. Más o menos, le expliqué cómo sería el trabajo. Nada que destacar. Un tipo agradable. Dejó que acariciara a su perro.

Rook intervino en la conversación.

—¿Usted y Doug el Chinchos tenían amigos en común?

—No, señor.

—¿Hubo alguien que le buscara aquel trabajo? —preguntó Heat siguiendo el hilo de Rook—. Quizá una referencia de otro cliente.

—Ojalá. Conseguí aquella cuenta de la forma habitual. Haciendo llamadas en frío. Abriendo las Páginas Amarillas, poniendo una sonrisa y marcando el número.

Como las esperanzas por avanzar de Nikki iban disminuyendo, le pidió que siguiera pensándolo durante los siguientes días. Heat le dio su tarjeta para que la llamara si se acordaba de algún detalle, por muy insignificante que fuera.

El detective Feller llamó para decirle que estaba en un taxi encubierto que les había pedido a los de su antigua unidad de la policía de Nueva York y que estaba junto a la puerta lateral del hospital. Lo primero que Heat había hecho cuando vio que los periodistas se estaban instalando fue concertar una salida discreta para Glen Windsor. Pero antes de que ella y Rook pudieran sacarlo a hurtadillas de Urgencias, Nikki se encontró con una sorpresa desagradable.

—¡Aquí está nuestro hombre! —exclamó el capitán Irons desde el otro lado de la sala de urgencias. Ella se giró mientras Wally avanzaba con la detective Hinesburg a su lado. Cuando su jefe de la comisaría se acercó, Heat pudo ver que no solo llevaba una camisa recién planchada, sino que se había espolvoreado su cara porcina con maquillaje. Igual que una polilla a la luz, Irons había visto a los medios de comunicación y había llegado listo para su primer plano.

Tras una ronda de apretones de manos, palmadas en la espalda y un entusiasta «Glen, qué bien que esté vivo», Iron Man le preguntó a Windsor si le importaría salir con él para saludar a la prensa. El cerrajero lanzó una mirada ansiosa a Heat, pero el capitán insistió.

—No se ponga nervioso. No tiene por qué decir nada, solo estar a mi lado. Yo hablaré.

Heat llevó a su jefe a un lado.

—Capitán, la verdad es que creo que es una mala idea. No queremos cantar victoria en la cara del asesino, ¿no? Y creo que cuanto menos público se haga, mejor.

—Eso es lo que siempre crees —dijo Sharon Hinesburg entrometiéndose en la conversación—. Nuestro capitán está soportando mucha mierda. Yo creo que hay que darle la oportunidad de vivir un momento de victoria.

—¿Qué victoria, capitán? —preguntó Heat, dándole la espalda a Hinesburg—. Él sigue estando ahí afuera.

—Entiendo lo que dices, detective. Pero voy a dar un paso al frente para que los neoyorquinos sepan que la comisaría del distrito veinte se está encargando de esto y que ha salvado una vida. Permíteme. —Se fue en dirección a la puerta principal y a las cámaras de los telediarios, con el brazo apoyado sobre el hombro de Glen Windsor. Cuando salieron por la puerta corredera de cristal, Hinesburg se dio la vuelta para mirar a Heat y le guiñó un ojo.

Rook le preguntó a Nikki si estaba lista para marcharse. Pero ella se detuvo, sorprendida al recordar que en aquella misma sala de urgencias había ingresado cadáver John Lennon. Heat se puso en marcha, ocupada en hacer otros planes.

Llegó a casa esa noche y vio a Rook completamente dormido en el sofá y el programa *No reservations* a todo volumen en el Travel Channel de la televisión. Se despertó sobresaltado cuando ella silenció el irascible paso del chef Anthony Bourdain por los bares irlandeses de tensa atmósfera política. Rook se incorporó y se frotó los ojos con las manos. El desfase horario le había dado fuerte, explicó. Y dicho eso, pasó a hablar de su aventura por Francia. Nikki no le detuvo.

La incomodidad de pasar de puntillas por aquel asunto parecía menos desmoralizante, y requería menos esfuerzo, que enfrentarse directamente a él. Además, ¿por qué hacerlo cuando puedes desviar la atención? Nikki empezó a soltar un monólogo sobre el trabajo.

—Randall Feller ha enviado un mensaje desde la cerrajería —dijo mientras dejaba su revólver, una Beretta 950 Jetfire, en su compartimento en el escritorio de la sala de estar—. Han encontrado la cerradura que hace juego con la llave misteriosa en su almacén, así que ahí acaba todo lo referente a que hubiera una posible víctima metida en una habitación en algún sitio. —Fue a la cocina y siguió hablando desde detrás de la puerta abierta del frigorífico—. Los de pruebas forenses no han sacado nada. Nada en la tienda ni en el pomo de la puerta de la azotea ni en el trozo de papel. Y fíjate en esto. Además de cerraduras, Glen también instala sistemas de seguridad. ¿Crees que tiene una sola cámara de seguridad en su tienda? Dios. Es como un zapatero que deja que sus hijos vayan descalzos. Voy a tomarme una cerveza. ¿Quieres una cerveza? —No obtuvo respuesta, así que cerró el frigorífico. Y lo vio al otro lado de la puerta. Esperando.

—Esto no va a esfumarse —dijo.

Nikki se quedó pensando un momento. Abrió el frigorífico y le dio otra Widmer; a continuación, fue de nuevo hacia el sofá.

—Respóndeme a esto —le dijo cuando se sentaron, ambos de lado sobre una pierna para poder mirarse.

—¿Qué es lo que he provocado con esto? —preguntó él riéndose entre dientes—. ¿Me va a interrogar El Gran Inquisidor?

—Tu encuentro, Rook. ¿Qué esperabas?

—Calmar los ánimos. Para poder aplacar toda esta vibración de celos irracionales, absolutamente irracionales, que estoy recibiendo de ti por lo de Yardley Bell. Dios mío, fui a Francia para ayudarte. ¿Por qué me siento como si hubiese hecho algo mal?

—Mi pregunta, si me permites hacértela, es que cómo sabía Yardley Bell que estabas allí. Y no me digas que fue una casualidad. ¿Al usar tu pasaporte sonó su alerta en el Departamento de Seguridad Nacional y ella te siguió hasta el otro lado del Atlántico?

—Ella me sugirió que fuéramos.

Nikki se echó hacia atrás sorprendida.

—Ah. Vale. Ya están calmados los ánimos. Y los celos aplacados. Chico, ¿cómo he podido ser tan irracional?

—¿Ves? Por eso no te lo dije. Sabía que te lo tomarías mal.

—Y de esta forma, no.

—*A posteriori*, admito que quizá no he sido muy sensato.

—¿Sensato?

—Vamos, tú ya me conoces.

—Sí, lo sé. Ella es otra historia.

—Ya te lo dije. Lo mío con Yardley es cosa del pasado.

—Para ti. Pero sé cómo son las de su tipo.

—¿Y de qué tipo es?

—El de antiguas novias obsesivas que no saben pasar página. Ya sabes de las que hablo. Las que cruzan el país en coche llevando puestos pañales de la NASA y tienen pistolas eléctricas y cinta de embalar en el maletero. O las que escriben treinta mil correos electrónicos con amenazas veladas a sus amantes rivales.

—¿Yardley te ha enviado un correo?

—¡No! No tiene por qué hacerlo. Puede meterse en un jet privado federal hasta Francia y encontrarse contigo en la puta Niza.

—Donde me proporcionó una ayuda inestimable al ponerme en contacto con Fariq Kuzbari. Deberías estar encantada.

—Sí, mírame. No podría estar más contenta.

—Lo estabas cuando te lo conté. Hasta que te enteraste de que ella estaba allí.

—Esa es la otra cuestión, Rook. He estado encargándome de mantener a los federales alejados de mí y de mi caso. He tratado con ellos cientos de veces en cientos de casos. Lo que ellos llaman sus recursos conllevan un precio. Me niego a

que lo fastidien todo con sus políticas de departamentos y a que me vendan en nombre del interés diplomático. He mantenido al Departamento de Seguridad Nacional a cierta distancia —dijo tras decidir no nombrar a Bart Callan—. Ahora la agente Rompecorazones va a estar metiendo la nariz en esto y utilizándote a ti para ello. O viceversa, ¿qué diferencia hay?

Rook trató de echar el freno.

—Oye, Nikki. —Bajó el tono y colocó la mano sobre la pierna de ella—. Esto no es propio de ti.

Todo aquello, no solo los últimos días, sino aquellos once años, empezaron a desbordarse. No le gustaba que sus emociones salieran a la luz, pero era demasiado tarde como para contener aquella marea. Aunque no quería, la taciturna y estoica Nikki Heat que todo lo dividía en compartimentos desplegó ante él toda su vulnerabilidad.

—Me siento sola en esto. Me está viniendo todo a la vez. No puedo hacerlo sola.

—Entonces, ¿por qué no quieres ayuda?

—Sí que quiero. Pero no de cualquiera. No puedo fiarme de todo el mundo.

—¿Y de mí? ¿Del idiota que saltó delante de una bala que iba a por ti? ¿Sigues fiándote de mí?

Ahí estaba. El tipo de momentos sobre el que gira toda una vida con la misma seguridad que la aguja de un compás.

Nikki no respondió ni sí o ni no. Hizo otra cosa. Otra cosa más importante que lo que pudiera decir jamás. Sin pronunciar una sola palabra, se levantó del sofá y se acercó a la banqueta del piano de su madre para coger los códigos.

Rook escuchó con atención mientras Heat se lo contaba todo. Lo de la noche de tres semanas atrás cuando ella por fin había podido reunir fuerzas para tocar el piano de su madre por primera vez desde su asesinato. De cómo abrió la banqueta después de once años y sacó las partituras de música, las que le habían enseñado de niña. Y cómo, mientras tocaba, vio algo raro. Pequeñas anotaciones escritas a lápiz entre las notas de las canciones. Se inclinó sobre la partitura para examinarlas, entrecerrando los ojos, girando la cabeza, tratando de buscar sentido a aquellos signos. Y le contó lo que creía y, al hacerlo, respondió a la pregunta de él sobre la confianza.

Nikki le contó a Rook que creía que aquellos signos eran un código secreto que había dejado su madre. Y que cualquiera que fuese la información que se escondía tras ellos, había sido el motivo de su asesinato.

—Y como todos los indicios sugieren que cualquier conspiración en la que Tyler Wynn esté implicado se está caldeando, también creo que, si alguna persona no apropiada descubriese que tenemos este código, los dos seríamos asesinados también.

—Genial —dijo él con tono socarrón—. Muchas gracias por arrastrarme a esto. —Y después, cayeron cada uno en los brazos del otro y se apretaron con fuerza.

Pasaron unos segundos.

—Te mueres por echarle el ojo, ¿verdad? —dijo Nikki con la cara aún enterrada en su cuello.

—Me está matando.

—Todo tuyo —respondió ella separándose y sonriendo.

Rook no vaciló. Se giró para ponerse de cara a la mesita y abrió el cuaderno de las partituras, se inclinó para acercarse más, giró la cabeza a un lado y entrecerró los ojos aún más para ver las marcas de lápiz. Mientras ella dejaba al hombre al que le había confiado su vida concentrarse tranquilo, miró hacia la televisión que estaba en silencio, donde un camarero del Crown Salon de Belfast servía a Tony Bourdain una pinta de Guinness de lo más turbia. Nikki había hecho un acto de fe. Al menos por un momento, ella tampoco tuvo dudas.

Estuvieron sentados la mayor parte de la noche, trabajando juntos, devanándose los sesos mientras trataban de descifrar el código. Pasaron de la cerveza turbia al torrado francés, pero el café solo consiguió ponerlos más en alerta, no más inspirados. Heat respondió a todas las preguntas de Rook pero trató de evitar contarle demasiado sobre los pasos seguidos por ella hasta ese momento. La fértil imaginación de él funcionaría a la perfección sin restricciones.

Incluso cuando entró en internet siguiendo el mismo camino que ella había recorrido una y otra vez, Nikki no le advirtió que no lo hiciera ni trató de detenerle. Con sus ojos de principiante, Rook podría encontrar algo que ella no había visto y Nikki no quería contaminar su criterio.

La búsqueda de Rook fue más allá que la de ella entre egipcios, mayas y grafiteros urbanos, llegando hasta fenicios y druidas. Incluso investigó una página dedicada a los idiomas tontos de una serie de televisión llamada *Firefly*. Fue entonces cuando supieron que había llegado el momento de dar la noche por terminada y empezar de nuevo al amanecer.

—¿Te refieres a dentro de unos cuarenta y cinco minutos? —preguntó ella.

Immune a la cafeína, Heat cayó en el sueño más profundo que había disfrutado desde hacía siglos. Quizá fuera por el hecho de haber podido compartir su carga. Cuando se despertó, las sábanas en el lado vacío de Rook estaban frías al tacto. Se puso la bata y lo encontró sentado en el banco de la ventana salediza mirando hacia Gramercy Park, aunque Nikki no estaba segura de si de verdad estaba mirando algo que no fuesen símbolos a lápiz en una partitura de música.

—Ahora ya sabes lo que ha estado rondando por mi cabeza todas estas semanas —dijo ella mientras apoyaba las manos en los hombros de él.

—Me pica el cerebro. —Inclinó la cabeza hacia atrás y ella le besó en la frente—. Me vas a odiar.

—¿Te rindes?

—No.

—¿No crees que sea un código?

—Sí que lo creo.

—Entonces, ¿qué?

—He estado pensando.

—Una continua fuente de preocupación.

—No vamos a solucionar esto solos. Al menos, no lo suficientemente pronto como para que nos sirva de algo. Necesitamos ayuda. —Nikki se puso en tensión y apartó las manos. Él se giró desde la ventana para mirarla—. Tranquila, no me refiero a que acudamos a Yardley Bell. Ni al agente Callan.

Las viejas dudas con respecto a contárselo a Rook empezaron a aparecer con un ansioso goteo.

—Entonces, ¿quién?

Eran tan solo las ocho de la mañana, pero cuando Eugene Summers abrió la puerta de su *loft* de Chelsea los saludó con un aspecto radiante, arreglado y lustroso. El mayordomo profesional convertido en estrella de *reality shows* inclinó su cabeza canosa y besó elegantemente el dorso de la mano que Nikki le había extendido, sin hacer caso de la disculpa de ella por haber ido tan temprano y habiéndole avisado con tan poco tiempo.

—Tonterías. Estoy encantado de verla. Además, ya estaba listo.

—En serio —dijo Rook—. Tiene que enseñarme cómo conseguir una arruga tan perfecta en la corbata.

—Ah, ¿sí? —contestó Summers. A pesar del hecho de que Rook era un absoluto admirador de la estrella televisiva, o puede que debido a ello, su ídolo parecía mucho menos encantado de verle de nuevo. Pero aquel Experto en Modales, que era como las promociones de la cadena y las vallas publicitarias lo anunciaban, les estrechó cordialmente la mano de todos modos y les hizo una señal para que entraran en la sala de estar donde había dispuesto unos *croissants* calientes y mermelada junto a un servicio de porcelana de café.

A mediados de los años setenta, los entonces veinteañeros Eugene Summers y Cynthia Heat habían actuado como espías en la operación de Tyler Wynn para la CIA en Europa. Los dos habían formado parte de su equipo, llamado la Red Niñera porque los espías de Wynn conseguían acceder a las casas de objetivos del servicio de inteligencia trabajando como servicio doméstico. La madre de Heat trabajó infiltrándose como profesora de piano. Eugene, como mayordomo. Debido a aquella conexión, Rook le había propuesto esa mañana a Nikki aquella visita: para descubrir si la Red Niñera tenía un código secreto.

Al principio, ella se opuso. Compartir la existencia del código con Rook había sido un paso de gigante. Ampliar el círculo de los que lo sabían, sobre todo a alguien

que había estado bajo el mando de Tyler Wynn, representaba un enorme riesgo. Pero la declaración de Rook de un hecho cierto, que estaban atascados, hizo que aceptara. Siempre y cuando acordaran guardar el secreto y no contar que estaban personalmente en posesión del mensaje en clave.

—¿Qué les trae aquí con tanta urgencia, detective? —preguntó el mayordomo tras esperar cortésmente a haberles servido sus cafés y sentarse. Su posición era perfecta y cuando Rook fue examinado por la característica mirada castigadora Summers de la estrella televisiva, se incorporó abandonando su postura encorvada. Y sonrió.

Ella empezó con su mentira:

—Simple rutina, la verdad. Como habrá oído, Tyler Wynn continúa estando prófugo. Solo estamos actuando con la diligencia debida haciendo un seguimiento de todas las personas que le conocían.

—Sí que lo he oído. —Summers colocó una mano sobre el botón superior de su chaleco y continuó—: Y he leído el relato sobre su terrible experiencia en el artículo del señor Rook en internet. Aterrador y desgarrador. —Hizo una pausa y ella asintió en señal de aceptación de su mirada solidaria—. Pero sinceramente no sé si puedo serle de ayuda. Desde luego, ese hombre no se ha puesto en contacto conmigo.

—Por supuesto, esa era una de mis preguntas —dijo Heat—. Gracias.

—Qué buen café. —Rook dejó su taza tratando de parecer lo más despreocupado posible—. Quizá algunos de los demás conocidos de Tyler Wynn hayan recibido algún mensaje de él.

—¿Quizá? —Eugene era listo. Podían ver cómo los gránulos de cada frase eran tamizados y ordenados tras sus gafas sin montura—. ¿No están seguros?

—Nos lo preguntamos. Eso es todo —contestó Heat—. A medida que repasamos algunas de las pertenencias de los cómplices de Tyler se me ha ocurrido que podría haber mensajes en código que nunca reconoceríamos como tales.

—Quiere saber qué es lo que están viendo —concluyó el mayordomo—. Buscan pistas.

—Exactamente —respondió Rook.

—¿Alguna vez utilizaron algún código en la red de Wynn? —preguntó Heat. Summers negó con la cabeza.

—Lo más parecido que tuvimos fueron los buzones secretos de los que le hablé la última vez. Solo metíamos en ellos mensajes sencillos. Escritos a mano y, desde luego, sin ningún código. —Sonrió—. Todos éramos demasiado revoltosos e indisciplinados como para aprender códigos y, menos aún, utilizarlos.

—¿Y Tyler Wynn? —insistió ella—. ¿Utilizaba algún código?

—Eso no lo sé. Puede preguntarme cualquier otra cosa sobre Tyler Wynn. Podría decirle cuál era su vino preferido, dónde le hacían sus zapatos a medida, la tienda donde compraba su Brie de Meaux. Pero en lo que respecta a su comunicación encriptada, lo siento.

Nikki bajó la mirada al café que había dejado enfriarse. Justo cuando apartaba su

cuaderno mientras lamentaba el viaje y el grado de exposición que había supuesto, habló Rook:

—Eugene, ha dicho usted algo que me ha dado una idea. Tyler Wynn es un hombre de gustos muy específicos, ¿verdad?

—Oh, por favor, no tiene ni idea de lo especial que es.

—Si me concede algo de su tiempo, ¿podría dedicarme unas horas para exprimirle el cerebro y preguntarle por algunas de sus costumbres, sus gustos y sus aversiones? La verdad es que me ayudaría para dar color a mi próximo artículo sobre él. Ya sabe, el James Bond americano con sus zapatos hechos a medida y su *fromage* especial.

—Un par de horas... Tengo una entrevista con Lara Spencer esta mañana.

—Estupendo —dijo Rook—. Entonces, ¿almorzamos después? —Viéndose en el compromiso, el famoso mayordomo lanzó a Rook su característica mirada castigadora y, a continuación, aceptó.

—Dime una cosa, Rook. ¿Toda mi vida consiste en ayudarte a escribir tu próximo artículo? —preguntó Nikki en el ascensor que los bajaba del *loft*.

—¿Eso? No es para el artículo. Mira lo que estoy pensando. Si consigo saber un poco sobre los gustos personales de Tyler Wynn y sus hábitos de compra, podríamos rastrearle a través de sus compras.

Las puertas se abrieron al vestíbulo.

—Es una idea terrible.

—¿Por qué?

—Porque no se me ha ocurrido a mí. —Entonces, salió delante de él para ocultar su sonrisa.

El ruido de la sala de la comisaría era como el de una oficina de venta telefónica cuando Heat entró al llegar de su reunión con Eugene Summers. Todos los detectives estaban con sus teléfonos o en los paneles con la información de los asesinatos deliberando sobre pistas que habían comprobado. Excepto, claro está, Sharon Hinesburg, a la que Nikki vio comprando zapatos en Zappos antes de pulsar rápidamente el botón que la devolvía a la pantalla de la web interna del Departamento de Policía de Nueva York.

Raley y Ochoa estaban preparándose para salir hacia Sotheby's para entrevistar a un contacto que habían conocido el verano anterior cuando resolvieron el asesinato de uno de los tasadores de arte de la casa de subastas.

—Si hay alguien que nos pueda decir a qué pintura al óleo pertenece esta mano, es ella —dijo Raley. Aquello hizo que Heat pensara en Joe Flynn. Un importante especialista en recuperación de obras de arte como él también podría ser un estupendo recurso. Cuando los Roach se fueron, buscó su número en su iPhone. Pero antes de pulsar el botón de llamada, Nikki recordó su última visita a Quantum Recovery y las miradas deseosas y necesitadas de él. Apartó su teléfono. Flynn podía esperar hasta que en Sotheby's dijeran algo.

Heat llamó a la comisaría del distrito sesenta y uno de Brooklyn para que le pusieran al corriente de su investigación sobre la localización de Salena Kaye. Tras ser desviada a tres buzones de voz distintos, colgó, llamó a Sharon Hinesburg y le encargó que fuera a Coney Island para hacer ella misma la búsqueda.

—Todavía no es época de muchos turistas, así que ve a los hoteles y, sobre todo, a apartamentos de estancias semanales.

La detective lanzó a Heat una mirada de exasperación.

—¿No debería estar investigando sobre un asesino en serie en lugar de patear las calles con esto?

—No hay nada de malo en patear las calles. —Nikki no pudo resistirse a lanzar una indirecta—. Estoy segura de que tienes zapatos adecuados para ello.

A primera hora de la tarde, su teléfono móvil vibró. El nombre que apareció en la pantalla era Greer Baxter, de WHNY. Heat dejó que pasara al buzón de voz y, después, escuchó el mensaje: «Detective Heat, soy Greer Baxter, de las noticias de Channel 3. ¿Se ha olvidado de que la necesito para mi sección en directo? Nos encantaría saber qué está pasando con nuestro asesino en serie». Después, la presentadora de noticias hizo una pausa efectista y añadió: «Es decir, a menos que usted esté reservando esta noticia para su novio en exclusiva. Llámeme».

Heat sintió una breve oleada de rabia exaltada. Por la pulla, por la manipulación, por la distracción. Dejó suavemente el teléfono sobre su mesa y cerró los párpados para recuperar la compostura.

—¿Detective? —Abrió los ojos. Feller estaba a su lado, con aspecto de estar a punto de estallar—. Tengo algo importante. He encontrado una conexión sensacional entre nuestras víctimas.

El detective Feller quería mostrárselo, no contárselo. Nikki le siguió hasta su mesa, donde él le hizo un gesto para que se sentara.

—Tal y como nos dijiste, he estado investigando a nuestras tres víctimas en busca de algo que las relacionara. —Puso la mano sobre el ratón del escritorio y pulsó dos veces. Apareció una imagen en la pantalla de Maxine Merkwitz sentada en el suelo de una cocina vestida con un chándal y unas botas Uggs rodeada de cachorros de perro—. He mirado en todas sus redes sociales y he encontrado esta entrada de Facebook que escribió hace tres años. —Nikki sintió un gran pesar, como siempre le pasaba, al ver la alegre sonrisa de una joven asesinada resplandeciendo ante la cámara—. Mira los cachorros de beagle —dijo Feller.

—Adorables.

—Te van a gustar aún más cuando veas esto. —Abrió otra ventana al lado de la imagen de Berkowitz. Era un anuncio de Doug el Chinchas posando junto a Smokey, su beagle que seguía el rastro de las chinches con el olfato—. Al parecer, a los beagles se les da muy bien buscar chinches y los fumigadores los están usando como locos. Doug incluso convirtió a Smokey en la mascota de su empresa.

—Sí, he visto los anuncios —dijo Heat—. Entonces, ¿me estás diciendo que tu punto conector es que a ambas víctimas les gustaban los beagles? No es mucho, Randall.

—Espera, por favor. —Con el borrador del extremo de un lápiz apuntó a los cachorros que rodeaban a Maxine Berkowitz—. Una mezcla de cachorros, muchos colores. Está este que es jaspeado, estos dos son de color limón y blanco y luego está este muchacho de aquí. —Amplió la imagen de uno de ellos—. Este de lunares. Blanco con lunares tostados y negros. Mira el dibujo de estos tres lunares negros en el hombro. —Amplió la imagen de Smokey.

—Idéntico —dijo ella, mostrando ahora más interés—. ¿Es el mismo perro?

El detective sonrió.

—Dímelo tú. —Su ratón abrió un vídeo de YouTube. Mientras se cargaba, continuó—: Este es un vídeo de hace año y medio en Danbury, en una escuela canina de entrenamiento para el rastreo. Básicamente es la graduación de Smokey en la escuela de las chinches. —Nikki vio el vídeo de aficionado de Douglas Sandmann subiendo a una plataforma entre aplausos para recibir un diploma con su beagle avanzando al mismo paso. Después de que Sandmann cogiera su certificado, había un salto en la edición a un vídeo que provocó un escalofrío a Nikki. Estaba grabado claramente en el aparcamiento después de la ceremonia. La cámara capturaba a Douglas Sandmann y a Maxine Berkowitz arrodillada mientras felicitaba a su pequeño, Smokey, que le daba lametones en la cara.

Heat le hizo a Feller una señal de agradecimiento con la cabeza.

—¿A que he sido buen chico? —preguntó él.

Rook entró en la sala después de su almuerzo de trabajo y fue hacia Heat y Feller. Nikki le contó lo de la conexión que Randall había encontrado a través del perro y, después, se giró hacia los paneles de los asesinatos.

—Así que, ya teníamos una conexión de Roy Conklin con Maxine Berkowitz. Ahora tenemos la de Maxine con Doug el Chinchés. Aún no sabemos lo que significan pero ya es algo. —Miró al detective Feller—. Lo que acabas de hacer con Maxine hazlo también con Douglas Sandmann y Glen Windsor, el cerrajero.

—De acuerdo. Algo que relacione a las otras víctimas.

—O que nos ayude a saber quién podría ser la próxima —añadió ella. Cuando Feller se alejó hacia su mesa, Nikki trazó una línea con rotulador desde Berkowitz hasta Sandmann y escribió sobre ella el nombre de «Smokey».

—Bonito nombre para un beagle —comentó Rook mientras ella ponía el tapón al rotulador—. Barry Manilow tenía dos beagles. Los llamó Bagel y Galleta.

—Fascinante. —Heat volvió a su mesa y él la siguió sin parar de hablar.

—Hablando de Barry Manilow, acabo de ver un anuncio de esa serie cómica, *The Middle*. Muy divertida. Patricia Heaton sorprende a su madre bailando al son de una canción de Barry Manilow. Ah. ¿La madre? —dijo él en voz alta para que lo oyeran todos—. La interpreta... Marsha Mason. ¡Tachán, en menos de seis grados! Gracias. Muchas gracias.

—Rook, quizá podrías ahorrarte tus juegos de salón hasta que estemos un poco menos ocupados —dijo Heat—. No sé, por ejemplo, para cuando hayamos terminado de atrapar a un asesino o dos.

—Bien, detective Heat. Pues resulta que tengo algo con lo que colaborar en la búsqueda de uno de tus sospechosos, un tal Tyler Wynn. —Se sentó en la mesa de ella, como era su costumbre, y ella, de nuevo, tuvo que quitar un archivo de debajo de una de sus nalgas.

—Te escucho.

Rook quitó la goma de su Moleskine negra.

—A pesar de su inapropiada animosidad hacia mí que no comprendo, Eugene Summers me ha dado información realmente útil sobre Tyler Wynn durante nuestra comida. Es una fuente de información perfecta. Summers no solo espiaba para Wynn durante todos esos años. Es mayordomo. Un observador que se fija en los detalles. Ese hombre me ha proporcionado una lista increíblemente completa de las preferencias de Tyler en sus compras. —Rook abrió una página que había marcado con la cinta negra del cuaderno—. Por ejemplo, ¿sabías que Wynn lleva zapatos hechos a medida? Mocasines de seis mil dólares hechos a mano en el fabricante John Lobb de París.

Aquello atrajo la atención de Heat. No solo la falta de moderación. El precio constituía un toque de atención para cualquiera que realizara una comprobación de los antecedentes de un empleado del gobierno. La traición de Tyler Wynn financiaba claramente sus caros gustos. Rook levantó los ojos de su cuaderno.

—Quizá sea cosa de mí, pero, si un zapato cuesta seis de los grandes, ¿puede seguir llamándose mocasín?

—Estoy de acuerdo. Y, por cierto, un estupendo uso de ese pronombre personal. —Normalmente, Nikki pinchaba a Rook por ser escritor, pero, al ver cómo hojeaba las notas de sus entrevistas, respetaba sus dotes periodísticas. Más aún si conducían a la captura de Wynn. Qué demonios, incluso podrían conseguir que ella se mantuviera con vida.

—A ver qué más. Ropa de abrigo, solo de Barbour, solo comprada en Harrods. Maletines de Alfred Dunhill, jerséis de Peter Millar, camisas de Haupt de Alemania y calcetines traídos de Sudáfrica. Balegas, por si quieres saberlo. Sus hábitos en la bebida son bastante particulares. Su borgoña blanco favorito es el Domaine Leflaive Puligny-Montrachet. Su tinto es un Mil-Mar Estates Cabernet Sauvignon de Napa. Le va el *whisky* de centeno WhistlePig y el vermú dulce Vya. Su marca de *whisky* irlandés es Michael Collins.

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿El Jameson no es suficientemente bueno para él?

—Nikki Heat, es como si me leyeras la mente.

Las costumbres personales podían convertirse en un rastro y el principal mayordomo de *reality shows* les había proporcionado muchas pistas. Tantas que seguir que Heat puso al detective Rhymer como pareja de Rook para que empezaran a ponerse en contacto con tiendas y distribuidores que suministraran a Tyler Wynn sus marcas exclusivas de productos de consumo.

—Tu corazonada de periodista de investigación es muy útil, Rook —le dijo—. Ahora da el siguiente paso y busca si el tío Tyler se ha comprado algo últimamente y dónde se lo han entregado.

—No se pueden tener gustos tan específicos como los suyos y desaparecer.

—Demuéstralo —le dijo ella. Y él y Rhymer se pusieron manos a la obra.

Raley llamó desde el coche de los Roach.

—Miguel y yo estamos saliendo ahora de Sotheby's, en el East Side —le informó.

—¿Crees que podrán identificar el cuadro?

—Ya lo han hecho. Han tardado cinco segundos. La mano de aquel trozo de papel ha sido recortada de una obra de Paul Cézanne. Se llama *Muchacho con chaleco rojo*. El tasador me ha enviado por correo electrónico una imagen digital del cuadro entero. Te la reenvío a ti o puedes sacarla de internet si no quieres esperar.

—Gracias, eso haré. Habéis sido rápidos, Rales.

—Sí, bueno. Resulta que no solo es que el cuadro sea famoso, sino que estos días se habla mucho de él.

—¿Y eso?

—Es una noticia candente. Lo robaron en 2008 de..., espera, no sé leer mi propia letra. El cuadro se lo llevaron junto con otros dos de la colección Bührle. Esto está en

Zúrich, Suiza. —Tras una pausa, dijo—: ¿Sigues ahí?

—Sí —contestó Nikki—. Estoy contigo. Solo estaba pensando que tengo que hacer una llamada. Buen trabajo.

Colgó, hizo de tripas corazón y marcó el teléfono de Joe Flynn en su despacho de Quantum Recovery. Mientras el teléfono sonaba, buscó en Google el Cézanne y salieron montones de resultados, la mayoría de hace dos años con la noticia de su robo.

—Lo siento, el señor Flynn ha salido del despacho —contestó su asistente—. ¿Quiere dejar algún mensaje de voz?

Tras la señal, Nikki le dejó el mensaje de que la llamara. Después, buscó en sus notas el número de su móvil y también dejó un mensaje ahí. Cuando colgó, se reprendió a sí misma por no haberlo llamado antes. Podría haberse ahorrado medio día de estar buscando el cuadro. Pensó que eso era lo que pasaba cuando dejaba que sus sentimientos personales interfirieran en una investigación. Heat se prometió no permitir que aquello volviera a pasar.

Aquella reafirmación se encontró con un desafío antes de lo que creía.

—Nikki Heat. Soy tu admirador número uno —dijo el que llamaba. Al escuchar su voz, se puso en guardia e hizo desaparecer todo lo demás de su mente. Zach Hamner, *El Martillo*, primer asistente administrativo del director adjunto de asuntos legales de la policía de Nueva York, nunca se ponía en contacto con ella a no ser que quisiera algo. Y cuando aquel hombre, al que Rook había tildado de engendro impío de Rahm Emanuel y Gordon Gekko, quería algo, negarse suponía un riesgo.

—Me alegra saber que mi nombre sigue pronunciándose en la central de policía —dijo ella con tono desenfadado, sintiéndose de todo menos despreocupada.

—Ya sabes que sí —contestó él con voz alegre. Zach podía ocultar su voz de comadreja lo mismo que Nikki podía ocultar el terror de la suya—. Sé que estás muy liada. Nos alegra que seas tú quien se esté ocupando de ese asesino en serie. Desde el mismo director para abajo. —Zach sabía el valor que tenía hablar de rangos.

—Lo capturaremos.

—Si alguien puede, eres tú, Heat. Y ahora... —Su pausa duró cinco segundos, una técnica deliberada para atraer su atención. Redundante. Ya la tenía—. He estado recibiendo llamadas de Greer Baxter de Channel 3. Los medios de comunicación son normalmente transferidos al departamento de Información al Público, pero Baxter tiene relación con esta oficina, así que aquí me tienes. Ya sabes de qué se trata.

—Lo sé, Zach. Pero sabes lo que es llevar un caso como este. Si se realiza una investigación como es debido, lo último que se tiene es tiempo para los medios de comunicación.

—Y por eso estamos viendo la puta cara de Wally Irons en todas las pantallas. Escúchame mientras te voy contando. Uno: Greer Baxter es amiga del director adjunto. Dos: su redacción ha perdido a una de los suyos a manos de este gusano. Tres... —Hizo otra pausa. Heat sabía lo que venía antes de que él lo dijera—: Me lo

debes.

Nikki se hundió en las arenas movedizas del pesimismo. Ese mismo año, Hamner había abogado por ella para que se convirtiera en capitán y jefa de la comisaría del distrito veinte, pero ella le avergonzó en público rechazando el ascenso en el último momento. Y en el último mes, había vuelto a acudir a él para pedirle un favor cuando el capitán Irons le dio la baja médica injustamente basándose en una preocupación imaginaria por el estado mental en que se encontraba tras un tiroteo. El Martillo hizo que le devolvieran la placa pero le advirtió que ya le pasaría la factura.

—La llevaré al plató de Greer en dos minutos, detective —dijo el regidor antes de salir de la pequeña sala de los camerinos de *WHNY*. Rook se acercó para colocarse detrás de la silla de peluquería de Nikki. El espejo los enmarcaba a los dos. Uno de ellos parecía descontento.

—Para alguien que deseaba ser actriz hace mucho tiempo, creía que disfrutarías con esto —dijo él—. Gente que entra corriendo y dice: «Dos minutos, detective», «¿Una botella de agua, detective?».

—¿Le retoco el maquillaje, detective? —preguntó la mujer que apareció en la puerta.

—¿Ves? Es magia —dijo Rook.

—Gracias. Sigo estando bien.

La maquilladora se marchó.

—¿Estás segura? —preguntó Rook—. Casi un millón de personas ven este telediario.

—Solo quiero acabar con esto. No me importa el aspecto que tenga.

—Eh..., vale.

—¿Qué?

—Olvídalo —dijo él—. Tienes un poco... Da igual. —Heat se levantó de un salto de la silla y se acercó al espejo. No vio nada preocupante aparte del reflejo de él detrás de ella, riéndose. Cuando Heat volvió a sentarse en la silla, Rook se puso serio.

—¿Has decidido qué vas a decir?

—¿No lo ves? Ese es el problema de todo esto. Me obligan a salir en directo en televisión cuando no puedo contar nada que no tengan ya sin fastidiar el caso.

El regidor regresó.

—Estamos listos si usted lo está.

Durante un anuncio sobre cómo combatir el dolor de artritis, alguien enganchó un micrófono inalámbrico en el cuello de Nikki y el regidor la acompañó a un sillón de piel que habría encajado perfectamente en la sala VIP de un aeropuerto. Estaba enfrente de un sillón idéntico en la diminuta sección para las entrevistas a un lado del plató, lejos de la mesa del presentador. Tres cámaras de vídeo se acercaron deslizándose y bloquearon la vista de Heat del resto del estudio, que tampoco podía

ver por el brillo de los focos.

—Gracias por venir —dijo una voz familiar. A continuación, Greer Baxter se materializó desde el interior del resplandor con una mano extendida. Nikki la estrechó y estaba a punto de mentir diciendo que el placer era suyo cuando la presentadora se sentó y dijo—: Finja que las cámaras no están ahí. Concéntrese en mí. —Y a continuación, miró a una de las cámaras.

»Hoy voy a ir directamente a la fuente para preguntar por el asesino en serie. Estamos en directo. Esto es “Aquí y ahora con Greer”. —Una corta melodía sonó de fondo de unos gráficos animados y un montaje de Greer Baxter entrevistando a Al Sharpton, Daniel Moynihan, Whoopi Goldberg, Sully Sullenberg, Donald Trump y Alec Baldwin. Cuando terminó la introducción, el regidor utilizó su guion enrollado para apuntar a la cámara de en medio, a la cual se dirigió Baxter—. Quizá sea la policía más famosa de Nueva York. De la detective de homicidios Nikki Heat se ha estado escribiendo en revistas de tirada nacional, ha sido condecorada por su valor y tiene el índice de casos resueltos más alto entre los investigadores del Departamento de Policía de Nueva York. Bienvenida, detective.

—Hola.

—Hay un asesino en serie suelto. Hasta ahora ha reivindicado la autoría de tres asesinatos. Un empleado del Departamento de Sanidad, un exterminador de plagas de insectos y, por desgracia, Maxine Berkowitz, de las noticias de Channel 3. —En el monitor, Nikki veía fotografías de las víctimas superpuestas detrás de ella y de Baxter—. ¿Qué puede contarnos sobre este caso?

—En primer lugar, quiero expresarle mis condolencias a usted y a sus compañeros por su pérdida, así como a las familias de todas las víctimas. En cuanto a la situación del caso, hay muy poco que pueda contarles más allá de lo que se sabe ya en los medios de comunicación.

—¿Eso se debe a que aún no han avanzado lo suficiente?

—Para mí, no se avanza lo suficiente hasta que se captura al asesino y se le saca de las calles. Está claro que aún no hemos llegado a eso.

—¿Y qué me dice de algunas de las cosas que aún no se han contado a la prensa? ¿Hay algo que pueda contarnos que nos haga sentir mejor?

—Greer, si contar información confidencial ayudara a capturar a ese individuo, sería la primera en hacerlo. Lo cierto es que hay algunos detalles que solamente nosotros podemos saber porque no queremos perjudicar el avance del caso, ya sea poniendo sobre aviso al sospechoso o ayudando a provocar imitaciones.

—Entonces, eso es lo único que nos va a decir. —Greer se inclinó ligeramente hacia delante, con una pose de interrogatorio—. No quiero ser grosera, pero ¿por qué ha venido si no estaba dispuesta a decir nada más?

—Creo que ya dejé claro antes de venir que no podría avanzar nada más aparte de lo que ya se ha contado. Pero si tiene alguna pregunta, desde luego que...

—Vale. Aquí va una: sabemos que el asesino va dejando cordeles de colores. —

Levantó la portada del *Ledger*—. Según esto, los dos primeros eran de color rojo y amarillo. Mi fuente me ha dicho que ahora hay más colores. ¿Violeta y verde?

¿Su fuente? Nikki deseó haber llevado más maquillaje que le ocultara el rubor que empezaba a invadir sus mejillas.

—Una vez más, no puedo hacer ningún comentario al respecto.

—Rojo, amarillo, violeta y verde. Parecen los colores de un arcoíris. Permita que le pregunte: ¿le han puesto ya un apodo a este asesino? —Antes de que Heat pudiese responder, Baxter añadió—: ¿Sabe cómo llamaría yo a este asesino? El Asesino del Arcoíris. —Satisfecha ante la posibilidad de haber acuñado un apodo, Baxter continuó—: Detective Heat, es usted mujer de pocas palabras. Si de verdad puede decir algo a nuestros espectadores, espero que vuelva.

—Por supuesto —contestó Nikki mientras pensaba que solamente con una camisa de fuerza y sobre una carretilla.

—Esa era la primera. Nos quedan treinta segundos. ¿Ha visto alguna película buena? ¿O tampoco puede hablarnos de ello?

—La verdad es que no he visto ninguna —contestó Nikki. Y, a continuación, decidió dar un salto—. Podría hablar de otro caso en el que estamos trabajando. Hemos atrapado al asesino pero seguimos buscando a sus cómplices. —El regidor empezó la cuenta atrás desde diez. Heat metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una página con dos fotografías de Tyler Wynn y Salena Kaye y la levantó hacia la cámara con el piloto encendido—. Me gustaría pedir la ayuda del público, preguntar si han visto a alguna de estas dos personas. La mujer fue vista por última vez en Coney Island.

—Se nos ha acabado el tiempo, detective —dijo Greer Baxter—. Buena suerte con eso y buena suerte con la captura del... Asesino del Arcoíris.

—Qué suerte que tuvieras esas fotografías en el bolsillo —dijo Rook en el taxi que la llevaba hacia el centro de la ciudad.

—Sí —contestó Nikki—. Una casualidad tenerlas la misma noche que salgo en directo en televisión. No podría haberlo planeado mejor.

—No tenías por qué —dijo él apretándole la mano.

A la mañana siguiente en el distrito veinte, Wally Irons fue a la mesa de Heat antes siquiera de abrir la puerta de su despacho. Su expresión embravecida estaba moteada de manchas de color salmón por el nerviosismo.

—Te vi por casualidad anoche con Greer Baxter en las noticias de las diez. Como jefe de tu comisaría, ¿no es lo más adecuado que yo apruebe todo contacto con los medios?

Heat quiso reírse en su cara. Estaba deseando rebelarse y decir: «¿Quieres decir que te lo pase a ti o que te abra paso hasta la cámara? ¿O que te lo consulte como hace Sharon Hinesburg... de rodillas?». En lugar de ello, la detective Heat mantuvo su profesionalidad y le contó la verdad:

—Yo no quería hacer la entrevista. Me lo ordenaron desde la oficina de un

director adjunto de la central. ¿Quiere hablar con él?

Irons se quedó allí quieto, hirviendo, absolutamente impotente.

—La próxima vez, dímelo —dijo. Y se fue.

Como un reloj, la detective Hinesburg entró tranquilamente cinco minutos después que Irons, el intervalo que tenían acordado para fingir que no se estaba acostando con el jefe. Refunfuñó por la misión que Heat le había asignado de que sondeara Coney Island por si alguien había visto a Salena Kaye. Nikki nombró algunos de los hoteles y apartamentos por semanas que conocía y Hinesburg le informó de que no había encontrado nada en ninguno de ellos. Estaba prácticamente segura de que Sharon estaba filtrando información confidencial sobre el asesino en serie a Greer Baxter, al *Ledger* y a otros y Heat la apartó con la tarea de hacer un seguimiento de las llamadas que recibían sobre Tyler Wynn y Salena Kaye después de que sus fotos aparecieran en televisión.

—Bien. Lo que sea con tal de no tener que volver a Coney —contestó.

Un agente de uniforme levantó una mano de advertencia a Nikki cuando volvía de la cocina de la comisaría.

—Quizá quiera mantener cierta distancia. Llevamos a un hombre agresivo.

Nikki se apoyó en la pared y dio la vuelta a una cucharada de yogur sobre su lengua mientras un par de oficiales hacían entrar por la fuerza a un motorista esposado a la sala de interrogatorios número 1. Justo detrás iba la abogada del motorista, Helen Miksit. La visión de la abogada hizo que Heat se preguntara quién sería la persona agresiva a la que se refería el agente.

—Abogada, qué agradable sorpresa. ¿Tan mal va el trabajo que ahora tienes que defender a moteros?

Helen Miksit, a la que apodaban *La Bulldog* tanto por su apariencia física como por sus dotes para las relaciones con los demás, reaccionó con acritud al ver a Heat.

—Más bien es hijo del especialista en odontología estética más importante de Manhattan. Tampoco tengo por qué darte explicaciones. De hecho, creía que podría entrar y salir de aquí sin tener que hablar contigo.

—¿Alguna vez devuelves las llamadas, Helen?

La abogada se detuvo, molesta, y le gritó a su cliente a través de la puerta abierta.

—Ahora mismo entro. Howard, no digas nada. ¿Me oyes? No digas nada. —Miksit cerró la puerta y miró al agente de uniforme que había advertido a Nikki—. ¿Tiene que estar aquí? —Nikki sonrió al oficial y este siguió adelante—. Detective, eres un puto peñazo. Dos llamadas al día. A veces, más.

—Lo único que quiero es mantener una corta entrevista con el señor Barrett. —Algernon Barrett, el millonario emprendedor que había emigrado desde Jamaica y que había conseguido su fortuna como jefe fundador de los palitos de pollo y especias *Do the Jerk*^[3], había sido también uno de los clientes de la madre de Nikki en sus clases de piano—. Quizá Barrett pueda ayudarme a localizar a dos sospechosos peligrosos a los que estoy siguiendo.

—No digas tonterías, Heat. ¿Recuerdas cuando yo era fiscal del distrito y trabajamos juntas? Yo echaba a diario de mi despacho a policías con puntos débiles como ese para que el juez no me echara del juzgado.

—Yo no soy un policía cualquiera, Helen. Y sé que te acuerdas de aquello. — Nikki vio que eso hacía mella en la abogada e insistió—. Quiero dos minutos para enseñarle unas fotos. Mira el lado bueno. Dejaré de llamarte.

Helen Miksit apretó los labios. Eso fue lo más cerca que había estado nunca de una sonrisa.

—Mañana. —Entró en la sala de interrogatorios. Cuando la puerta se cerró, dijo desde dentro—: Llama antes.

Heat vio a Rook y al detective Rhymer en el centro de mando temporal que habían montado para ellos en la cabina que Raley utilizaba para ver los vídeos. Los dos estaban al teléfono, llamando a tiendas que vendían los productos de las marcas preferidas de Tyler Wynn. Cuando Nikki les preguntó cómo les iba, levantaron los ojos hacia ella con las miradas vacías de unos remeros en una galera.

—¿Sabes? Es curioso —dijo Rook—. Una buena idea puede parecer de lo más estimulante... hasta que tienes que hacer el trabajo de verdad.

—Es tedioso, pero lo conseguiremos —añadió Rhymer. El optimismo de siempre de Opie.

—Deja que te ponga al día —continuó Rook. Se giró hacia el enorme panel de presentación que había colocado en un caballete de aluminio lleno de cuadrículas con información actualizada de cada producto—. Hasta ahora, el zapatero que le hace los mocasines a medida en París dice que *monsieur* Wynn no tiene que volver a por un par de zapatos nuevos hasta dentro de un año, según su costumbre. *C'est dommage*. El departamento de abrigos de Barbour en Harrods tiene que consultar con la dirección antes de dar información de sus clientes.

—Llamaré a New Scotland Yard si necesitamos ayuda —dijo Heat.

Los ojos de Rook se iluminaron.

—¿Scotland Yard? Dios, me encanta este trabajo. —Mientras él continuaba con su lista, le explicó que estaban empezando con las llamadas a Europa y a la costa Este de Estados Unidos. Tenían planeado ir hacia el oeste siguiendo las zonas horarias. California seguía en la cama, observó.

—Debería puntualizar una cosa antes de que ahondéis más —dijo ella.

—¿Me va a suponer un disgusto? —preguntó Rook.

—Quizá esté haciendo sus pedidos con un seudónimo.

—Pues sí. Es un disgusto. —Miró a Rhymer—. Y yo que estaba tan contento hasta lo de Scotland Yard.

—Obtuvimos un par de alias de Wynn de su chaqueta, pero también llamaría a tu mejor amigo, el mayordomo —le aconsejó Heat al salir—. Pregúntale qué otros nombres podría haber usado. —Abrió la puerta y tiró de Raley, que estaba en el pasillo con una mano en el pomo.

—Es él —dijo casi sin aliento—. Tu asesino en serie por la línea dos.

Fue corriendo a su mesa y cogió el teléfono que parpadeaba con la luz roja.

—Aquí Heat.

—Espacio, detective —dijo la voz espeluznantemente modificada—. La he llamado yo, ¿recuerda? —Y después, se rio sin ninguna gana—. El Asesino del Arcoíris, ¿eh? Creo que me gusta. Rojo, amarillo, violeta y verde. Verde... Me pregunto quién es el verde. ¿Se lo pregunta usted?

—Vamos a hablar de lo que está pasando aquí, ¿de acuerdo? —Heat se sentó y cogió un bolígrafo, por si acaso—. ¿Con quién hablo?

—¿Está de coña?

—Yo tengo que llamarle de alguna forma. Usted sabe mi nombre. ¿Y el suyo?

—Claro. Vale. ¿Qué tal si me llama Jódase? Porque si cree que va a funcionarle conmigo el rollo psicológico tratando de personalizar esto, ese soy yo. Soy Jódase.

—Vamos, yo solo...

—Entonces, Arcoíris —dijo él con repentino tono simpático—. Sí, llámeme Arcoíris. Arcoíris Jódase. —Se rio de nuevo y, después, se interrumpió y habló con frialdad—. Cree que ayer casi me atrapa en esa mierda de cerrajería, ¿eh? ¿Cree que es muy lista?

—Lo suficiente —respondió ella poniéndole a prueba con cierto desafío.

—Vaya, la zorra ataca. —Hizo una pausa y ella pudo oír su respiración alterada electrónicamente. Parecía la voz de un malo de la televisión—. Vale, eso se lo reconozco. Nunca he visto a un policía tan inteligente. —Y, a continuación, añadió—: Muy pronto veremos lo lista que es. Piense en el verde.

Se oyó un clic y la línea se cortó.

Por supuesto, no había un solo detective en la comisaría que no hubiese estado pensando en los colores, preguntándose a cada momento a quién estaría conectado el otro extremo de aquel cordel verde, deseando batir a aquel asesino lo mismo que lo habían deseado cuando lo del cerrajero. La diferencia esta vez era que no solo querían salvar una vida, sino que de verdad querían atrapar a ese cabrón.

—Jódete tú, Arcoíris —dijo Randall Feller cuando los detectives escucharon la grabación.

Durante la reproducción, Heat hizo circular la única nota que había tomado mientras transcurría la breve conversación. «Nunc e vst polic tan intl». Sopesó aquellas palabras y llamó al NCAVC, el Centro Nacional de Análisis de Crímenes Violentos del FBI de Quantico, Virginia. Nikki había trabajado en varios casos recientemente en los que había pedido ayuda a aquel centro. Tratar directamente con la analista de la que se había hecho amiga allí era muy distinto a la porquería y al lodazal que intentaba evitar a la hora de tratar con los federales. Esto era más personal. Su propia *boutique* del FBI. Una versión descafeinada del FBI, pensó sonriendo.

La analista del NCAVC le dijo a Heat que ya le habían informado sobre ese caso y, de hecho, lo sabía casi todo, incluido lo de los cordeles de colores.

—Hemos contrastado este *modus operandi* con los bancos de datos del Centro de Información de Delitos a Tiempo Real, por supuesto, pero quiero ver si habéis encontrado algo nuevo. —Le resumió la llamada que acababa de recibir y pudo oír el sonido de un teclado del lado de la analista mientras hablaba.

—Detective, ¿puedes enviarme los archivos de ambas llamadas en formato WAV para revisarlas aquí?

Nikki le contestó que los adjuntaría en un correo electrónico nada más colgar.

—Mientras tanto, hay una cosa que aún no hemos verificado. Tú misma lo vas a oír al final de la grabación de hoy. Me ha dicho que nunca había visto a un policía tan inteligente.

—Ah... —La analista notó el peso de aquellas palabras, igual que le había pasado a Heat—. Apuesto a que quieres que busque algún cruce con asesinatos en serie en los que hubo contacto directo por voz con la policía y que te diga si hay alguna correspondencia.

—Por eso es por lo que te dedicas a esto —dijo Nikki.

—Solo por ayudar a los buenos, detective Heat.

Al principio, Nikki pensó que se trataba de una alucinación. El estrés al que había estado sometida, las horas de locura que llevaba encima, cosas como esa podrían provocar alguna crisis. Hizo rodar su silla para mirar por detrás de la pantalla de su

ordenador. Al otro lado de la sala, dentro de la pecera de cristal del capitán Irons, visto desde atrás podía... Sí, era él... El agente especial Callan del Departamento de Seguridad Nacional estaba estrechando la mano de Wally. Wally, que se levantaba de su mesa con los ojos abiertos de par en par. Wally, cuya mandíbula se le había quedado suelta y cuya boca se abría como la de un pez que necesita oxígeno, completando así el efecto de acuario que provocaba su despacho. Después, los dos hombres se giraron y el rostro del capitán se volvió carmesí mientras extendía una mano para saludar a la encantadora acompañante, la agente Yardley Bell.

Petrificada, Heat solo pudo quedarse mirando cuando Irons hizo una señal a través de la pared de cristal hacia la sala y los dos agentes federales se giraron hacia ella. Nikki vio cómo los dos le sonreían. Al menos, la sonrisa de Bart Callan parecía auténtica.

Un minuto después, Nikki se sentó en una silla de la pecera con Irons de pie a su lado y expresión de sentir que estaba de más.

—Si me necesitan para algo... —dijo el capitán.

—No, su despacho será suficiente. —Callan miró a su alrededor—. A menos que tenga algún otro lugar donde podamos reunirnos en privado.

—Están las salas de interrogatorios, podrían usarlas —añadió Wally.

—Estamos bien aquí —contestó Yardley Bell. Esperaron a que Irons interpretara su silencio. Los saludó tocándose la cabeza con dos dedos y se fue. Bell cerró la puerta y se apoyó en ella. Callan arrastró una silla para acercarla a la de Nikki y se sentó.

—¿Estoy perdiendo importancia? —preguntó Nikki—. Porque ser secuestrada en el coche para llevarme a su almacén de Queens me hizo sentir un poco más especial.

—No crea que le hemos tendido una emboscada —respondió Bell—. El agente Callan y yo estábamos por la zona y se nos ha ocurrido pasarnos por aquí.

—Caramba. —Nikki le pidió prestada su sonrisa crédula a Joey, el de *Friends*.

—Queríamos preguntarle por Eugene Summers —dijo Callan—. Usted y Jameson Rook han estado en su apartamento de Chelsea y nos preguntábamos por qué.

—¿Me están interrogando? ¿En serio?

—En absoluto. Esta es una visita puramente informativa. Simplemente nos gusta cerrar todos los círculos de nuestra investigación —le explicó él con una sonrisa—. Para dejarlo todo bien atado. —Parecía tan creíble como la afirmación de Bell de que estaban por el barrio. Estaba claro que para hacer ese esfuerzo querían algo y Heat se dijo a sí misma que más le valía estar concentrada. Como buena interrogadora, sabía que tenía que meterse en la cabeza de ellos y ser como ellos. ¿Qué es lo que estaría ella buscando? El código. ¿Podría ser que estuviesen buscando el código? ¿O alguna prueba de que había alguno?

—Obviamente, sabemos que Summers trabajó en el pasado para Tyler Wynn —continuó Callan.

—¿Y de qué hablaron? —preguntó Bell.

—¿Le han preguntado a él? —dijo Heat.

—Preferíamos preguntarle a usted —contestó ella. Yardley le lanzó a Heat una mirada dulce, pero en sus palabras se notaba la intención. La dominación oculta en aquella entrevista. Y puede que también algo más.

—Como es lógico, quería saber si Summers había tenido noticias de él.

—¿Y?

—No las había tenido.

—¿Y qué más? —La mirada de Bell no vacilaba.

Nikki sabía que la mejor estrategia era contar la verdad. Como no iba a hablar del código, optó por la segunda mejor opción. Dijo «una» verdad.

—Tyler Wynn tiene gustos muy específicos y queríamos seguirle el rastro a través de sus compras. No sabíamos hasta qué punto podíamos confiar en Summers, así que Rook utilizó la excusa de hacerle unas preguntas para un artículo y conseguir la información que necesitábamos. —Heat se detuvo ahí. Había visto a mucha gente que hablaba de más cuando se encontraban en terreno pantanoso y lo mejor era dejarlo... y rápido. Se apoyó en el respaldo de su silla y les dejó trabajar.

—Entonces, ¿esta sería también la versión de Rook? —preguntó Callan.

Nikki negó con la cabeza con expresión de burla.

—¿Versión? —Se puso de pie y les pidió que la siguieran.

El placer que Heat esperaba sentir al ver la cara de los agentes cuando los llevara al puesto de búsqueda de tiendas de Rook desapareció enseguida con la reacción de él al ver a Yardley Bell. Y la de ella al verle a él. Nikki no sabía cómo calificar sus expresiones. ¿Era solamente el modo en que dos antiguos amantes se miran o eran aquellas las sonrisas de un amorío que aún no había terminado? Se colocó justo entre los dos.

—Este es el puesto de mando improvisado que Rook ha montado con el detective Rhymer para seguir el rastro de las compras de Wynn.

—Muy pintoresco —observó la agente Bell.

—Les estaba contando a los agentes que tú y yo nos hemos reunido con Eugene Summers con el fin de poner en marcha esta iniciativa —le explicó Heat a Rook sin rodeos.

—Así es —confirmó él—. Y ya veremos lo educado que se muestra el Experto en Modales cuando se entere de que su entrevista en profundidad no era para ningún artículo. —Muy inteligente. Aunque Rook no hubiese captado el tono precavido de ella, sabía que tenía que ser prudente.

—Me gustaría ver qué proceso sigues, Jamie —dijo Yardley Bell y, a continuación, miró a los demás—. ¿Nos conceden un momento? A Heat no le gustaba que la largaran. Ni como estrategia ni físicamente. Pero cuando Rhymer salió con su Pepsi Light y su bocadillo a medio comer, Callan sostuvo la puerta para que saliera Nikki. Ella vaciló y salió también.

—¿Y esto de divide y vencerás formaba parte de la estrategia que traían al venir?
—preguntó Heat sola de nuevo en la casa de cristal del capitán.

—Que conste que no ha sido idea mía venir aquí a presionarla.

—¿Quién está llevando su caso, agente Callan?

—Es complicado. Es mi oficina y está bajo mi control, pero la agente Bell cuenta con la influencia del comandante Beltway. Se comporta de forma autoritaria cuando le da por ahí. —Abrió las manos—. Y aquí estamos.

—Por esto es por lo que le dije que no quiero verme envuelta en su pequeña comunidad de investigadores.

—Quiero hablar de eso con usted un poco más.

—Puede ahorrárselo.

—¿Y si le dijera que estoy de acuerdo con usted? —Esperó mientras a ella le daba tiempo a asimilar aquella sorpresa—. Es verdad. Lo he estado pensando desde que quedamos a tomar una copa la otra noche y no creo que sea una buena idea que entre en este equipo.

Ella le observó con cautela.

—¿Ha cambiado de idea así, sin más?

—Más bien, he cambiado de actitud. —Movi6 el ment6n hacia el cristal, como si no quisiera que le interrumpieran. O quiz6, que le observaran—. Heat, creo que siento una atracci6n personal por usted y eso no ser6a bueno en una relaci6n laboral cercana.

—Muy bien —dijo ella de inmediato. Pero entonces, se sinti6 confundida. No estaba en absoluto preparada para aquello.

Un verano en Cape Cod, siendo una adolescente, se le meti6 en la cabeza aprender a hacer windsurf. Empezando despu6s del desayuno y hasta el atardecer, la jornada de Nikki no se hab6a convertido en el maravilloso y atl6tico d6a en el mar que se hab6a imaginado. En lugar de ello, degener6 en una incesante serie de estr6pitos, choques y ca6das salpicados de apenas unos segundos de equilibrio hasta que una repentina r6faga y una ola depravada la lanzaban a la otra punta. Nikki se qued6 mirando a Bart Callan y se pregunt6 c6mo su vida entera se hab6a vuelto como aquel d6a. De todas las sorpresas que hab6a tenido 6ltimamente, de todas las complicaciones con las que se hab6a encontrado, esta podr6a ser la m6s da6ina. Sab6a lo arriesgado que era no manejar bien este asunto.

—No quer6a decir nada, pero s6 que lo ha notado —dijo 6l y, despu6s, esper6 a que ella respondiera. No lo hizo, as6 que continu6—: Estoy seguro de que lo ha notado.

Y ah6 estaba. La segunda ola, la que ven6a por la espalda. ¿Es que ella hab6a flirteado? Estaba segura de no haberlo hecho. ¿Hab6a pensado alguna vez en aquella posibilidad? ¿Qui6n no? Cuando volvi6 a recuperar la compostura, Heat supo qu6 ten6a que decir exactamente.

—Bart, hay una cosa que debe saber. —Se asegur6 de que su mirada no se prestara a ambigüedades—. Tengo una relaci6n. —No cont6 nada m6s. No dijo que

era un tipo agradable ni nada que pudiese dejar una puerta abierta ni que pudiera dar lugar a interpretaciones. Por si acaso, añadió—: Es importante para mí.

—Entiendo —dijo asintiendo.

Ella sonrió.

—Bien.

Entonces, la mirada de él se dirigió hacia el pasillo donde Yardley Bell mantenía una conversación con Rook.

—Pero sigamos en contacto. —Volvió a mirar a Nikki—. Nunca se sabe.

En cuanto su visita sorpresa se hubo marchado, Heat volvió a adentrarse en la acuciante tarea de la caza del asesino en serie. Hasta las nueve de la noche, en el asiento trasero del coche que él había pedido para que los llevara a su *loft*, no pudieron volver a hablar.

—¿De qué habéis charlado tú y tu agente Yardley?

—Si te estás preguntando si he mencionado «ese asunto», no he hablado de «ese asunto». Fíate de mí un poco.

—Vale, puede que me fíe un poco —respondió ella con tono de broma—. Pero, en serio, entendiste rápidamente lo que yo quería decir cuando mencioné a Eugene Summers.

—Oye, puedo ser tan falso como el mejor. Menos contigo, claro. Contigo soy un libro abierto, sobre todo entre las sábanas. —Quería jugar. Heat quería tranquilizarse.

—Entonces, ¿de qué habéis hablado?

—Pues, a petición suya, le he dado un rápido repaso sobre mi proyecto de Tyler Wynn.

—¿Cuánto? —A Heat le irritaba aquella intromisión en su caso. Callan le había puesto un nombre a su comportamiento: autoritario.

—Lo suficiente como para darme cuenta de que quizá esté persiguiendo mi propia cola. Al igual que tú, Yardley ha señalado que él usaba muchos alias, además del hecho de que podría estar haciendo sus compras a través de una tercera persona.

—¿Y esa ha sido su contribución? ¿Básicamente, echar una meada sobre tu investigación?

—La verdad es que no. Ha sido de bastante ayuda. Nikki, me ha proporcionado una estupenda estrategia nueva con la que continuar. —Si Rook tenía idea de lo mucho que su euforia la afectaba, no lo mostró—. Yardley dice que cada vez más tiendas utilizan la tecnología de RFID.

—Explícame.

—Identificación a través de radiofrecuencia. Sabes que con tu tarjeta de peaje se levanta la valla en el puesto de peaje de una autopista o que una etiqueta de seguridad de una chaqueta de piel dispara la alarma de una tienda. Son transmisores que emiten

señales de radio. Bien, pues la tecnología los ha reducido ahora a chips más pequeños que un grano de arroz y muchos fabricantes y tiendas los están implantando en sus productos para el control de inventario y para hacer estudios de consumo. ¿Y cómo lo hacen? —Se detuvo para darle más relevancia—. Rastrear electrónicamente esos chips para ver dónde se distribuyen geográficamente sus productos. —Le dio una palmada en la pierna para enfatizar su excitación.

—Me estás asustando con esa actitud de friki informático, Rook.

—No puedo evitarlo. ¿No lo ves? Claro que sí. Si encontramos suficientes productos en la lista de Tyler Wynn que tengan esos dispositivos incrustados, sus pequeños transmisores podrían llevarnos hasta su misma puerta, sin que importe qué nombre ha utilizado.

A regañadientes y con reservas pero, al fin y al cabo, de forma objetiva, Heat admitió que la idea de Yardley Bell era buena. Le dijo a Rook que le asignaría más mano de obra y recursos a esa tarea a primera hora de la mañana.

—¿Puedes llamarlo comando especial?

—No.

—Siempre he querido pertenecer a un comando especial.

—Tendrás que reservártelo para ese videojuego al que juegas en calzoncillos.

Él apartó la mirada para ver cómo Bryant Park pasaba por su ventana.

—¿Por qué me haces daño?

Arriba, en la cocina, Rook encendió el fuego bajo una cacerola con agua para la pasta cabello de ángel con gambas mientras ella servía las copas de Sancerre. Sin decir una palabra, habían tomado la costumbre de comer más en casa desde el intento de envenenamiento. Ninguno de los dos quería vivir en alerta permanente, ni admitir que ya lo estaban haciendo.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

—No exactamente en muerte cerebral, pero casi.

Él levantó su copa.

—Por la muerte cerebral. Eso te convierte casi en una zombi. —Después de brindar, añadió—: Si quieres ponerte cómoda y darte una ducha, yo voy a estar ocupado con el ajo salteando las gambas.

—¿Sabes lo que de verdad me gustaría hacer? —preguntó ella.

—Sí. Quieres darle otro repaso a «ese asunto».

—Rook, estamos solos. Puedes llamarlo el código.

Él hizo una mueca de enfado.

—Ah, tú estás hablando del código. Esperaba que cuando has dicho que querías dar otro repaso a «ese asunto»...

—Me das asco —dijo ella riéndose.

Mientras ella volvía al salón, él le dijo:

—He guardado una copia en mi despacho. Está en el cajón de arriba del archivador con el nombre de «Código ultrasecreto de Nikki». —Y, a continuación,

ella pudo oír cómo se reía.

Completamente despierta a las cuatro de la mañana, Heat salió de la cama, se puso unos pantalones cortos y una camiseta de gimnasia y salió de la habitación. Minutos después, atravesó descalza la azotea de Rook y se sentó en el muro a mirar la ciudad que tampoco dormía mucho.

Las tormentas de primavera previstas para esa mañana no habían llegado todavía, pero unas nubes amenazantes se acercaban rodando desde el oeste, se tragaban la luz ambiental de la ciudad de Nueva York y volvían a escupirla del color de la sangre derramada.

Nikki combatía la desesperación. Ahí afuera, en esos desfiladeros de hormigón, un asesino en serie campaba a sus anchas. También podría estar el hombre que había sido responsable del asesinato de su madre. Por no mencionar a su cómplice, que casi la había matado a ella. Heat miró a su alrededor, se sintió vulnerable y, después, se dijo a sí misma que no le importaba. Casi se lo creyó.

Hasta ahora, Heat había conseguido salvar a uno de los objetivos del asesino en serie, pero aún no tenía pistas sólidas, nada a lo que agarrarse. Su búsqueda de Wynn y Kaye seguía en punto muerto, con el añadido de la intromisión de los federales: Bart Callan, enérgico, competente y equivocadamente atraído por su persona; Yardley Bell, perjudicial en el caso de Nikki y una amenaza para su relación.

Abajo, en la cama de Rook, Heat había tratado de borrar de su mente esos demonios. Como no podía dormir, decidió ser productiva y trazó mentalmente las líneas, los puntos y garabatos de su madre sobre el lienzo blanco del techo. La solución siguió sin llegar.

Así que cambió de escenario. Apoyó un talón desnudo sobre el relieve del friso que tenía debajo de ella. Heat escuchaba su respiración en lugar de los pitidos de los taxis, las sirenas de la noche y el ruido de los camiones de basura en funcionamiento. Dejó que sus ojos subieran hasta que dejó de ver los icónicos edificios del Empire State y el Chrysler sobresaliendo entre el paisaje urbano. En lugar de ello, su visión se fundió con la delgada cortina de la bruma de la ciudad a media distancia. Unas notas del cuaderno de partituras de su infancia aparecieron y se fusionaron con las luces borrosas de los apartamentos de los rascacielos que tenía ante ella. A continuación, aquellas extrañas anotaciones a lápiz aparecieron como filigranas. Nikki pudo ver los caracteres con la misma claridad con que los había visto en la página donde estaban escritos, de tan grabados como los tenía en su imaginación.

Pero ya fuera en un papel, en un techo o en el horizonte carmesí de Tribeca, aún seguían sin decirle nada.

—¿Cuánto tiempo llevas así? —La voz venía desde atrás. Nikki había calzado la puerta de acceso y no oyó a Rook salir a la azotea.

Ladeó la cabeza a la derecha, donde el amanecer trataba de abrirse paso entre el

terco cielo.

—Puede que un par de horas.

—No esta noche. Me refiero en total. —Ella no respondió porque él sabía muy bien cuánto tiempo llevaba así. Por tanto añadió—: Casi un mes, Nikki. Ya va siendo hora.

—No. —Nikki dijo esto con tanta brusquedad que unas palomas echaron a volar. Con mucha más mesura, añadió—: No voy a pasarle esto a los de Seguridad Nacional. Ni a Yardley.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces, ¿qué?

—Confías en mí, ¿verdad? —preguntó—. Es decir, ¿confías en mí de verdad?

—¿Qué?

—Conozco a un tipo. Se dedica a descifrar códigos.

Heat no dijo nada esta vez. Se limitó a mirar cómo la ciudad empezaba a despertar despacio. A continuación, asintió casi de forma imperceptible y se giró hacia él por primera vez desde que Rook había llegado a la azotea.

—Rook.

—¿Sí?

—No llevas nada de ropa.

Rook encontró a Keith Tahoma donde sabía que lo vería a las siete de la mañana. En Union Square jugando partidas simultáneas en un par de mesas de ajedrez del parque. Y ganando en las dos.

Nikki vio a aquel hombre viejo y delgado con sus gafas de sol, su escasa barba y su coleta canosa danzando de una partida a otra, pavoneándose y haciendo algunos movimientos claramente provocados por algún trastorno obsesivo compulsivo.

—¿Estás de broma? —le preguntó Nikki a Rook con una sonrisa tensa.

Aunque Heat había admitido desde un punto de vista intelectual que era hora de pedir ayuda a un experto en códigos, Rook aún tenía que vencer la reticencia emocional de ella.

—Oye, tú misma dijiste que Wynn podría estar tratando de encubrir algo inminente. —Dio golpecitos con los dedos sobre las copias de las partituras marcadas que habían escaneado—. Quizá podamos dar con la respuesta aquí mismo. Y cuanto más lo retrases, más posibilidades habrá de que eches a perder la oportunidad de detener cualquier conspiración que creas que se está fraguando. Ahora, si quieres mostrarte orgullosa y cabezota y golpearte la cabeza contra la pared mientras el tiempo se esfuma, adelante. Pero si de verdad quieres descifrar esto, confío plenamente en mi experto.

El experto de Rook rompió seis sobres de azúcar, los vació a la vez sobre su café,

removió el vaso de cartón moviendo sus brazos delgados y, a continuación, le dio un sorbo con un guiño exagerado a Nikki desde el otro lado de la mesa.

—Señor Tahoma, me han dicho que su abuelo fue uno de los indios navajo que descifraban códigos en la Segunda Guerra Mundial —dijo ella.

—Es amiga de Rook, así que llámeme Hombre de los Acertijos, ¿vale? Y sí, mi *shi'nali* fue uno de ellos, exacto. —Sopló su café y lo dejó en la mesa—. Él y su unidad crearon códigos para los marines basados en nuestro idioma navajo. Les dieron una paliza a los japoneses. ¿Que lo llevo en la sangre? Pues claro. Pasé la Guerra Fría en el ejército comiendo *schnitzel* y descifrando el tráfico de señales que venía de Berlín oriental, básicamente ganando medallas que no puedo ponerme por convertir a los soviéticos en unos imbéciles. La Agencia Nacional de Seguridad me agarró y me puso a interceptar mensajes secretos sobre quién había derribado un avión de pasajeros sobre Corea, en qué tienda de campaña dormía Gadafi y quién compraba munición para los rebeldes chechenos.

—¿Allí fue donde se conocieron usted y Rook, en Chechenia?

—No, joder —contestó él—. En una convención de *Star Trek*.

Rook la miró con un triste encogimiento de hombros.

—Supongo que ya no trabaja para el gobierno —le dijo ella a Tahoma.

—¿Cómo lo sabe? ¿Por los pantalones cortos y las chanclas? —Su risa aguda hizo que se giraran algunas cabezas. A continuación, se inclinó hacia ella y habló en voz baja—. Me invitaron a seguir intereses independientes cuando una revisión psicológica sugirió que quizá tenía un retraso intelectual. —Guiñó un ojo y sonrió—. Como si eso fuese un inconveniente para el oficio del espionaje.

Era raro, pero su locura le hacía más fácil a Nikki avanzar. Un presentimiento inmediato y nada científico le decía que el Hombre de los Acertijos poseía una maña propia de un genio que también le convertía en un inadaptable social tal que sobrevivía operando bajo unas estrictas normas personales. Era un majara que no solamente descifraba códigos, sino que vivía también de acuerdo con uno de ellos.

Además, Rook había dado en el clavo. Cuanto más tiempo se lo pensara, más probable era que desperdiciara la ocasión o bien de encontrar a Wynn o de atajar lo que fuera que estaba preparando, o las dos cosas. Había llegado el momento de darle una oportunidad al Hombre de los Acertijos.

Diez minutos después, en la mesa de la cocina de la caja de zapatos que tenía como apartamento sobre la librería Strand, donde trabajaba a tiempo parcial, Keith Tahoma apartó a un lado el boceto del libro de sudokus en tres dimensiones que estaba diseñando y estudió con atención las partituras de Heat con los códigos. Ella trató de ponerlo en antecedentes: que aquellos símbolos escritos a lápiz estaban entre algunas de las notas que aparecían en las canciones del viejo libro de prácticas de piano de Nikki y que su madre, que había escrito a mano aquellos símbolos, había sido asesinada mientras trataba de ocultar alguna información secreta a unos espías. Pero cuando empezó a hablar, el Hombre de los Acertijos se limitó a chasquear un

dedo para que se callara mientras mantenía los ojos fijos en aquellas páginas. Tras unos minutos, levantó la vista hacia ellos.

—Vaya, estoy impresionado —dijo—. Y lo he visto todo: cifrados Vigenère, cuadrados de Polybio, cifrados de Trimethius, discos de Alberti, rejilla de Cardano, máquinas Enigma, *Kryptos*... He estudiado acrofonía, redundancia, división de palabras y símbolos *Edda*. Pero esto... ¡Uf!

—¿Qué dice? —preguntó Rook.

—Ni puta idea. —Heat dejó caer la cabeza—. Pero no hay que desanimarse. Denme un poco más de tiempo para acabar con este monstruo.

En la puerta, cuando se marchaban, Rook se despidió pero el Hombre de los Acertijos no le oyó. Estaba ya sumido en el código.

El primer punto en la agenda de Nikki al llegar a la comisaría veinte fue poner a Malcolm y a Reynolds a ayudar a Rook y Rhymer a seguir el rastro de Tyler Wynn. Sabía que el capitán Irons se enfadaría cuando se enterara de que había reubicado a sus activos de la investigación del asesino en serie, pero el rastreo de la compras electrónicas suponía la mejor pista hasta que apareciera otra aún mejor.

Lo cual ocurrió a media mañana.

Raley y Ochoa se acercaron a su mesa, cada uno tratando de llegar el primero.

—Detectives, volvéis a tener esa expresión tan rara —dijo Heat.

—Sé que no te gustan las palabrotas aquí, pero ¿ves esta sonrisa? —preguntó Ochoa—. Es mi expresión de puro placer.

—Hemos pasado toda la mañana en Long Island, en las oficinas de Doug el Chinchas —continuó Raley—. Deberías ver ese sitio. Tiene una escultura gigante de una chinche de metal en el tejado.

—En fin —siguió su compañero—. Hemos ido allí para ver los libros de contabilidad de la víctima, lo mismo que nos ordenaste hacer con Conklin.

—¿Y habéis encontrado una conexión con alguna de las otras víctimas?

—No —respondió Ochoa—. Pero sí hemos encontrado lo que tú llamarías un calcetín suelto. Nos preguntamos si podría apuntar a una nueva víctima.

—Aquí hay copias de las cuentas pendientes de cobro de Douglas Sandmann. —Raley levantó en el aire un archivo—. Hemos encontrado un patrón según el cual realizaba inspecciones de chinchas en edificios pero le pagaba un tercero que no tenía relación con los edificios que Doug inspeccionaba.

—Así que le hemos preguntado a su mujer —le interrumpió Ochoa—. Y nos ha dicho: «Ah, sí, Doug ganó algo de dinero gracias a ese tipo porque podía entrar en edificios y apartamentos fingiendo que hacía sus inspecciones».

—Pero, en realidad, estaba fisgoneando en secreto para el hombre que le pagaba. Ya sabes, el tercero —dijo el detective Raley.

—Y esto es lo que ha disparado las alarmas en nuestras cabezas —continuó Ochoa—. ¿Recuerdas esa pequeña mano recortada del cuadro al óleo que nos había dejado el asesino en serie? Este tipo se dedica al mundo del arte.

—Supongo que tenéis su nombre —dijo Heat. Raley abrió el archivo. Nikki se tambaleó cuando vio quién era.

Cuando Heat, Rook y los demás detectives llegaron al puerto deportivo del río Hudson de la calle 79 Oeste, la patrulla de seguridad de los parques había encontrado ya el cadáver de Joe Flynn. Se balanceaba a un metro bajo la superficie del río, atado entre el muelle del puerto y el velero de quince metros en el que había vivido. No necesitaban de un forense para saber que no se le podía reanimar. Los ojos de Flynn sobresalían de sus cuencas, mirando hacia el cielo a través del agua turbia desde su rostro abultado. Su cuerpo se había hinchado por los gases y la piel le había cambiado de color a un tono verde pálido.

Unos truenos lejanos se mezclaban con los motores diésel 60 del barco de la unidad del puerto, que aminoraba la marcha para reducir su estela al otro lado de la dársena de marea. La tranquilidad del agua del puerto protegido se rompió con las primeras gotas de la tormenta que se avecinaba. Heat se apoyó en una rodilla. A través de la superficie punteada del río pudo ver el mango de madera de un cuchillo pequeño, algo que podría utilizar un pintor, quizá una espátula, sobresaliendo por la garganta de Joe Flynn. También vio que su cuerpo no llevaba zapatos. Llevaba en cada pie un calcetín de distinto color: uno claro y otro oscuro.

—En el barco no hay nadie —dijo el detective Feller subiendo desde la cubierta a la cabina de mando—. ¿Detective Heat? —El ligero estremecimiento en la voz de Randall hizo que todos se dieran la vuelta.

Nikki se puso los guantes para inspeccionar la escena del crimen y saltó a bordo.

Sin palabras, Randall Feller se hizo a un lado junto a la escotilla para permitirle pasar. Para preservar las posibles huellas dactilares y los restos de ADN, Heat evitó tocar el pasamanos de latón bruñido según descendía los escalones de teca que conducían a la cabina principal, un espacio bien amueblado que servía de cocina y sala de estar. Nikki oyó pasos detrás de ella y dejó espacio para que los otros detectives y Rook bajaran.

La cabina tenía suficiente altura para que pudieran estar de pie y allí, justo delante de ellos, a la altura de los ojos, una fotografía de veinte centímetros por veinticinco de Joe Flynn tomada de la página web de Quantum Recovery colgaba del techo. Estaba atada a una fila de cordeles de igual longitud, quince centímetros, y de diferentes colores: rojo, amarillo, violeta y verde. Colores del arcoíris.

—¿Veis todos la pauta de comportamiento? —preguntó Heat después de guardar unos momentos de silencio para observar la fotografía de la última víctima ondeando suavemente con el balanceo del barco.

—Es difícil no verlo —respondió Ochoa—. Cada color de los cordeles corresponde al que se ha encontrado con cada víctima.

—Y hay uno nuevo —dijo Feller, que hablaba por primera vez y con una voz

pastosa. Todos le siguieron a la parte posterior de la fotografía. Pegado a la parte de atrás, un nuevo color, naranja, se extendía como una cuerda para tender la ropa hacia la parte delantera de la cabina, donde su extremo desaparecía por la puerta.

Los Roach fueron al compartimento delantero para ver si estaba unido a alguna pista del siguiente objetivo del asesino. Solo estuvieron allí un momento.

Los dos regresaron con el rostro pálido.

—Voy a pedir protección para ti, Heat. Confía en mí. Este mamón no va a acercársete. —Los muelles de la silla chirriaron bajo el peso del capitán Irons mientras él se echaba hacia atrás y cruzaba los brazos sobre su vientre. Ella trató de no hacer caso al hecho de que sus manos apenas pudieran juntarse y de que tuviese que conformarse con entrelazar los dedos.

—Agradezco mucho su apoyo, capitán, pero...

—Nada de peros. No puedo tolerar que la chica de la portada del Departamento de Policía de Nueva York sea asesinada estando bajo mi vigilancia.

Nikki pensó en lo agradable que era ver que la preocupación de él por su seguridad era solo la bandera con la que Wally envolvía su inquietud por que el asesinato de ella pudiese constituir un obstáculo en su carrera. Nikki se enfrentaría al servicio de protección veinticuatro horas que él había propuesto y ganaría. Pero, aun así, tenía que admitir lo profundamente inquietante que había sido seguir el cordel naranja hasta el interior de la cabina delantera de aquel barco y ver cómo unía a la última víctima con su propia fotografía. Captó también la referencia del capitán a la chica de portada: la foto que había elegido el asesino en serie era una copia impresa de su fotografía del artículo de Rook en *FirstPress.com*.

—Con el debido respeto, señor, esta clase de riesgos forman parte del trabajo. Voy armada, he sido entrenada y soy la peor pesadilla de este tipo. Además, con dos casos importantes entre manos, no puedo verme atada de pies y manos en mis investigaciones tropezándome con un equipo de agentes uniformados o novatos que no pueden seguirme el ritmo. —O lo que era peor, con Sharon Hinesburg, pensó, aunque se cuidó de no decirlo en voz alta.

—Eso no me hace sentir mejor, Heat. No tienes solamente dos casos en marcha, sino dos amenazas de muerte. Yo te diría que te pusieras las pilas, pero temo que en ellas pueda haber cianuro.

—Muy gracioso, señor.

—Sabes muy bien a qué me refiero.

Como Heat no podía convencer a su jefe con la lógica ni con bravuconadas, se sacó un as de la manga.

—Usted mismo, capitán. Pero sería una lástima que los medios de comunicación se enterasen de que usted ha hecho algo para frenarme y entorpecer mis avances en estos casos.

—¿Quién iba a decir una cosa así?

Ella se encogió de hombros.

—La información se filtra. Ya lo sabe.

Él hizo una pausa y declaró su rendición diciéndole que tuviera cuidado y que pidiera refuerzos aunque solo oyera maullar a un gato en un callejón. Heat salió del despacho con una sensación de alivio. Se alegraba de no haberle contado a Irons lo de

la llamada que había recibido de su amiga del Centro Nacional de Análisis de Crímenes Violentos de Quantico. La analista del FBI le había dicho a Nikki que había obtenido dos resultados cuando había escrito las palabras «Participación de los cuerpos de seguridad» y «alteración electrónica de la voz» en su búsqueda en la base de datos de homicidios múltiples sin resolver. En cada caso, un sospechoso que aseguraba ser un asesino en serie había hecho llamadas anónimas a los detectives de Bridgeport, Connecticut, en 2002, y Providence, Rhode Island, en 2007.

Ambos detectives estaban muertos.

Heat llamó a Helen Miksit para decirle que llegaría media hora tarde a su cita con Algernon Barrett ese día. Como era de esperar, la Bulldog se enfureció y acusó a Nikki de estar utilizando una maniobra psicológica para desestabilizar a su cliente.

—Abogada, si quisiera usar alguna maniobra psicológica, no haría esta llamada de cortesía, os habría dejado sentados allí preguntándoos dónde demonios estoy.

Necesitaba aquel tiempo adicional para ponerse en contacto con las brigadas de homicidios de Bridgeport y Providence. Heat podría haber delegado aquellas tareas en su equipo, pero aquello podría haber hecho saltar las alarmas y, después, tendría que haberse visto encadenada a un equipo de guardaespaldas. Los detectives de aquellos dos departamentos de fuera del estado recordaban con claridad aquellos casos y no necesitaron revisar viejas notas. Los asesinatos de policías nunca perdían interés.

Los casos en ambas ciudades seguían sin resolverse. Consultando los paneles de los asesinatos que tenía en la sala de su brigada, la detective Heat les contó algunos de los puntos principales de su propio asesino en serie, incluyendo víctimas y *modus operandi*. Nada coincidía con el suyo. Ni cordeles de colores, ni accesorios ni aparentes conexiones entre las víctimas. La única similitud era que el asesino se había puesto en contacto con el principal investigador del caso por teléfono con la voz alterada. Cuando preguntó cómo había muerto cada uno de los detectives, halló otra similitud. Cada uno había recibido un disparo inesperadamente tras ser atraídos a una emboscada que el asesino les había montado.

El ropero con pretensiones del que Rook y el detective Raley se habían apropiado para seguir el rastro de compras de Tyler Wynn había crecido con la adición de Malcolm y Reynolds al equipo, así que la operación cambió a un alojamiento más espacioso en el otro extremo de la sala. Los tres detectives parloteaban simultáneamente durante sus llamadas a tiendas de todo el país, recopilando datos de los chips de radiofrecuencia de los envoltorios de las marcas favoritas de Wynn. Pasaban sus hallazgos a Rook que, entre sus propias llamadas, colocaba alfileres de colores en un mapa triestatal para marcar las zonas de entrega de todo, desde ropa hasta *whisky*, gafas de sol o salchichas artesanas.

—La cuestión es que no sabemos cuáles son, en caso de ser alguno, los productos

que van hasta Wynn —le explicó Rook a Nikki cuando esta se acercó—. Pero la idea es que si hay suficientes artículos de estos que se crucen con sus hábitos de consumo, podremos estrechar la lista cuando veamos que hay una pauta específica.

—De acuerdo. Así que si solo hay cinco personas que comprenden, por ejemplo, abrigos Barbour, *whisky* de centeno Whistlepig y salchichas D'Artagnan de conejo con jengibre, habréis ajustado las posibilidades y podremos empezar a llamar a alguna puerta. —Miró los alfileres de colores en el mapa y añadió—: Aún no se ven muchas coincidencias.

—Es lento.

—Pero parece prometedor. Seguid así. Yo voy a entrevistar a la ayudante de Joe Flynn y, después, a Algernon Barrett.

—¿En serio?

A ella no le gustó aquella pregunta.

—Rook, ya sabes lo mucho que me he esforzado por conseguir dar con él.

—Lo sé. Es solo que... primero son Tyler Wynn y Salena los que quieren verte muerta. Ahora, el asesino en serie. ¿De verdad es prudente que estés andando por ahí con dos asesinos detrás de ti?

Como si las cosas no estuviesen ya lo suficientemente mal, Nikki notó cómo él plantaba la semilla del miedo y sabía que, si echaba raíces, podría terminar muerta. Así que se defendió.

—Rook, me niego a vivir mi vida sumida en la paranoia. Y el único modo seguro de detenerlos es salir ahí afuera y hacerlo.

—Ah, una lógica aplastante —contestó él con cierta mordacidad—. Puede que con un poco de suerte los dos vayan detrás de ti a la vez y tú puedas agacharte y hacer que se maten el uno al otro.

Heat interrumpió la sarcástica risa de él cogiéndole de la camisa para acercarlo a ella y que los demás no pudieran oírles.

—Voy a decir esto solo una vez. Yo actúo así. Soy multitarea. Hago malabares. Vivo en peligro. Tengo que hacerlo. ¿Por qué? Te lo diré como lo haría John Lennon, Rook. Los asesinatos son esa cosa que pasa mientras hago otros planes. Pero consigo que mis planes salgan adelante. Y sí, eso incluye seguir a sospechosos como Algernon Barrett.

De camino al centro de la ciudad, Heat se calmó al ritmo de su limpiaparabrisas bajo la lluvia. Rook había pulsado un botón rojo, pero se disculpó diciendo que había entrado en pánico al ver que el cordel naranja terminaba en la fotografía de ella. Nikki aflojó la cuerda al oír aquello. De hecho, se sorprendió a sí misma mostrándose más alerta, mirando las ventanas y azoteas que había al salir de la comisaría de camino a su coche. Incluso los truenos la sobresaltaban. Cuando subió por el ascensor a la planta de Quantum Recovery, decidió que tras regañar a Rook debía limar

asperezas más tarde.

La ayudante de Joe Flynn estaba sentada con las luces apagadas en el despacho de su jefe muerto. El sol triste del mediodía se filtraba entre las nubes de lluvia y borraba los colores de los cuadros de gran formato de las paredes. Los ojos de la joven estaban hinchados de llorar. Nikki comenzó la entrevista con suavidad y contundencia. Pero sus preguntas por las actividades recientes del investigador privado, su comportamiento, sus nuevos clientes, etcétera, no arrojaron más luz al interior de la habitación. La agenda del investigador privado se había ceñido a sus pautas; su carácter había seguido siendo bueno; no tenía conflictos, disputas ni amenazas en su vida. Lo único fuera de lo normal era que Flynn había extraviado su iPad, al que tenía aprecio porque era una versión beta, regalo de Apple después de recuperar un prototipo perdido. Aún no había aparecido. La ayudante dijo que su última comunicación con Joe Flynn había sido cuando salió del despacho unos días antes. No le pareció raro que no la llamara porque pasaba lo mismo algunas veces en las que estaba siguiendo un caso. Él lo llamaba la aventura de perseguir a ladrones de arte internacionales y, al final, siempre aparecía con síndrome de desfase horario y nuevas anécdotas.

—¿Dijo adónde iba?

—No con detalle —contestó la ayudante—. Solo a ver a alguien con información sobre un cuadro robado que Joe quería recuperar.

—¿El Cézanne? —preguntó Heat. La ayudante levantó la cabeza sorprendida. Nikki sacó su fotocopia del *Muchacho con chaleco rojo*.

—¿Cómo lo sabe?

Entró Randall Feller y Nikki le puso a comprobar los registros de llamadas de teléfono, correos electrónicos, historial de internet y registros bancarios. Él sugirió que esas comprobaciones podían esperar y que debería acompañar a Heat a su reunión en el Bronx. A la detective le costó que aceptara su negativa.

Heat fue reflexionando mientras cruzaba el río Harlem. Su encuentro con Algernon Barrett alrededor de un mes antes había sido polémico y, en esencia, nada productivo. En aquel entonces, Barrett era un sospechoso del asesinato de su madre que se escondía tras el traje sastre de su abogada, así que Nikki hizo de poli malo para que perdiera la compostura y ver qué pasaba. No pasó nada, así que esta vez, sobre todo ahora que no le consideraba posible sospechoso de asesinato, decidió hacer de buena, ser una policía más agradable y dulce y ver si así le sacaba algo más.

El jamaicano había ascendido desde la nada, había llegado a Nueva York a principios de los noventa como inmigrante y había empezado a dirigir apuestas ilegales de carreras de caballos desde su puesto callejero de comida. La chica con la que vivía, una estudiante de administración de empresas en Fordham, realizó un plan de marketing para una empresa de venta de recetas de mezclas de especias y, en dos años, Do the Jerk alcanzó el millón de dólares de beneficio y siguió creciendo. Cuando Heat apretó el botón para anunciar su llegada en el camino de entrada de un

complejo industrial de la calle 132, las verjas de hierro que se abrieron dieron paso a las oficinas centrales de un imperio alimenticio construido según la tradición de una historia de éxito alcanzado por un nuevo ciudadano estadounidense.

Encontró a la pareja igual que los había dejado un mes atrás. Salvo por la ropa, Algernon Barrett y su abogada podían no haber salido nunca de su despacho. El estúpido magnate de las especias vestido con chándal estaba sentado tras su mesa con una gorra turquesa de los Yankees flotando por encima de sus rastas, que le llegaban hasta el hombro. En una silla a su lado, Helen Miksit saludó a Heat sin levantarse. Nikki comenzó su encantadora ofensiva con una sonrisa y estrechando enérgicamente la mano de los dos.

—Gracias por hacerme un hueco en su agenda. Debe de estar ocupado. He visto a mucha gente haciendo cola en su aparcamiento. ¿Va a conceder entrevistas de trabajo?

—No tiene que responder a nada de eso —dijo la Bulldog—. Detective Heat, me dijiste que tenías algunas preguntas para ayudarte a identificar a unos sospechosos. Vamos a ceñirnos a ese orden del día.

Algernon se quitó sus gafas de sol Kate Spade Vita.

—No me importa. Que sepa que no soy ningún gamberro al que se le puede tocar las narices, ¿vale? —Miró a Nikki—. Estoy en proceso de expansión. Lo del puesto de comida es cosa del pasado, tía. Tiendas temporales, o *popup stores*, eso es lo que se lleva. He sacado permisos para abrir locales sorpresa en los principales puntos de Nueva York. Se acabó lo de jugar a «¿Dónde está el puesto de Do the Jerk?» en las redes sociales. Esta semana la gente va a ver cómo brotan mis puestos en la estación de Grand Central, en el Empire State, en Columbus Circle, en Union Square y en las salidas de todos los estadios. —Volvió a ponerse las gafas—. ¿Necesita trabajo?

—Nunca se sabe. Pero enhorabuena, señor Barrett. Tendré que pasarme.

Él se puso de pie y abrió el cajón del escritorio.

—Le voy a dar un vale gratis. —Buscó uno y se lo dio, un dólar falso de gran tamaño con su fotografía en el lugar del estadista. Helen Miksit sugirió entonces a la detective que fuera al grano.

—En primer lugar, señor Barrett, usted no está bajo ningún tipo de sospecha. Simplemente estoy buscando su ayuda porque mi madre fue profesora de piano de su hija...

—Ah, una señora muy dulce aquella Cynthia.

—Gracias. En fin, quería que se remontara a aquella época. ¿Puedo preguntarle si alguna vez vio a alguna de estas personas? —Se acercó al lateral de la mesa y colocó un par de fotografías de primeros planos de Tyler Wynn, una de alrededor de 1999 y otra actual. Las estudió con atención y, a continuación, dijo que no con la cabeza. Cuando colocó la foto de Salena Kaye sobre el secante de su mesa, Nikki se dio cuenta de su reacción.

—¿Qué pasa, señor Barrett? ¿La reconoce?

—No, pero desde luego me gustaría. Me lo pasaría muy bien con ella. —Se rio con lascivia.

—No lo pasaría tan bien, créame. —Siguió con la última fotografía: la del doctor Ari Weiss y François Sisson, el médico de París de Wynn, tomada cuando los dos hombres hablaban en los asientos delanteros de un coche aparcado.

—Lo siento —dijo el jamaicano—. Tampoco los conozco.

—Entonces, hemos terminado —intervino Miksit mientras se ponía de pie—. Y por terminado me refiero a terminado del todo, ¿de acuerdo? ¿Vas a dejar en paz a mi cliente?

—Por supuesto. Pero solo una pregunta más. —Nikki se sentó. La abogada hizo lo mismo pero no sin mirar su reloj—. Señor Barrett, ¿puede intentar remontarse al pasado? ¿Recuerda alguna vez haber visto a mi madre con alguien, aunque fuera antes o después de aquellas clases de piano?

Él ladeó la cabeza hacia el aislante del techo para pensar mientras se retorcía el extremo de una rasta. Empezó a negar con la cabeza, pero luego habló:

—¿Sabe? Recuerdo una vez, lo recuerdo porque..., uf..., me cabreé. —Heat abrió suavemente su libreta—. Me cabreé porque la clase de mi pequeña Aiesha se interrumpió. Ese día tuvimos la clase en la casa de Cynthia de Gramercy Park porque yo tenía asuntos que atender en Manhattan. Justo en mitad de la clase, ring-ring, alguien llama a su puerta y la profesora Heat dice: «Disculpen», y va al pasillo dejando a mi niña sentada allí mientras ella discute con alguien.

—¿Oyó de qué discutían? —Nikki se echó hacia delante en su silla con una emoción renovada.

—Detective, eso fue hace diez años, ¿cómo va a recordar de qué discutían? —intervino Miksit.

—Dinero —dijo Algernon Barrett—. Cuando alguien habla de mucho dinero no se olvida fácilmente.

—¿Qué dinero? ¿Qué cantidad? —preguntó Heat—. ¿Lo recuerda?

—No solo recuerdo la cantidad, recuerdo que su madre dijo: «Doscientos mil dólares no son nada para vosotros, así que dejadme en paz».

Barrett acababa de nombrar la cantidad exacta de capital inicial del FBI que el agente Callan le había dado a su madre para sobornar a su confidente.

—¿Oyó algo más de aquella discusión?

—Eso es lo único que se me quedó.

—Por casualidad, ¿pudo ver con quién discutía mi madre?

—Señora, ¿está de broma? Si una persona dice que doscientos mil y pico no es mucho para alguien, yo voy a ver quién es. —Dobló los dedos de una mano hacia la palma y miró a Nikki a través del túnel que había formado—. Miré por la mirilla de la puerta. —Hizo una pausa—. Parecía policía.

Heat había esperado oír aquello, pero preguntó siguiendo la instrucción:

—¿Puede describirlo?

—¿Describirlo? No era un hombre, era una mujer.

—¿Y parecía una policía? —Nikki tachó mentalmente el nombre de Callan—. ¿Puede describirla?

Volvió a quedarse pensativo.

—Lo siento... Ha pasado demasiado tiempo. —Se rio—. Y demasiados porros.

—Es una forma de hablar, no un reconocimiento de culpa —se apresuró a añadir su abogada.

Esa noche, la única reacción de Rook a la conversación de Nikki con Algernon Barrett, incluidos sus planes de estúpidas tiendas temporales de venta de pollo, fue decir que estaba muerto de hambre e insistir en que cenaran como seres humanos.

—Podemos seguir siendo investigadores entregados o, mejor aún, obsesionados y disfrutar de una comida que no sea traída en una bolsa grasienta con un número de menú en lugar del nombre de la comida.

—No sé —dijo Heat—. La verdad es que me gustan mucho mis cuarenta y seis. Y me encantan los once.

—Todos empiezan a saberme como el número dos.

—Delicioso.

—Yo decidiré por ti. —Y lo hizo. Nada más entrar en el Bar Boulud, el restaurante de Daniel Boulud enfrente del Lincoln Center, el sentimiento de culpa de Nikki por tomarse un rato de descanso desapareció—. Además, podemos seguir hablando de trabajo si lo hacemos en voz baja. —Consiguieron una mesa en el otro extremo de los embutidos y mientras ella probaba su cóctel Sidecar y él su Manhattan, Rook comentó—: Mira lo obsesionado que estoy. Miro todos esos *saucissons* y *fromages* que hay detrás de la barra y lo único que veo son los hábitos de compra de Tyler Wynn y lo mucho que aún nos queda por hacer.

—Qué bien salir de la oficina —dijo ella frotándose los dedos del pie contra la pierna por debajo de la mesa.

—La verdad es que sí. —Rook dejó su copa y frunció el ceño—. Echo de menos estar juntos mientras hacemos esto.

—Estamos trabajando juntos.

—Sí y no. A mí me parece como un juego paralelo más que un trabajo en equipo. Tú haces lo tuyo y yo salgo a hacer lo mío. Te echo de menos. Echo de menos nuestra conexión. Quiero que sea como en los viejos tiempos. Y con eso me refiero a hace un mes.

—Lo mismo digo. Pero bienvenido al trabajo de la policía. Esto es lo que pasa cuando todo se amontona y por eso es por lo que he estallado contigo hoy. Lo siento. Sin embargo, la playa y Janet Evanovich siguen estando ahí.

—Y el sexo.

—Cuenta con ello. —Los dos tenían sus teléfonos móviles delante de ellos. Ella los apartó con el brazo y dio un golpecito en la mesa—. Aquí mismo. ¿Quieres?

—Detective, por favor —contestó él con fingido tono de reproche—. Es usted

una mujer conocida. Compórtese.

Pidieron las vieiras a la parrilla del día y cordero de Colorado con *cavatelli*. Mientras compartían sus platos, ella le contó su visita a Quantum Recovery.

—¿Sabes lo que no consigo olvidar de este asesinato de Joe Flynn? —preguntó él tras su resumen detallado.

—Uy. Conozco ese tono. ¿Estoy oyendo cómo se acelera el motor de la conspiración?

—Estás oyendo a un periodista curioso con una mente abierta que arroja luz sobre ciertos aspectos ineludibles. Como el hecho de que el asesinato de Flynn acaba de provocar un cruce de los dos casos en los que estás trabajando. Como la pregunta de cómo es posible que Arcoíris haya encontrado un vínculo entre tú y Flynn.

—Rook, ¿de verdad acabas de llamarle Arcoíris?

—Oye, incluso los asesinos en serie necesitan una marca. En fin, lo que quiero decir es que puede que la verdadera conexión no sea entre Flynn y tú sino entre tú y lo que sea que es todo este complot de Tyler Wynn. —Ella sonrió con desdén mientras masticaba un trozo de vieira—. No te burles. He pensado mucho en esto. Dime que no encaja con el propósito de Tyler Wynn de verte muerta.

—Voy a pedirle al camarero si puede ir a la cocina a por un poco de papel de aluminio para hacerte un sombrero. Rook, es demasiado enrevesado. ¿Matar a cuatro personas solo para llegar hasta mí? Despierta.

—Yo te maldigo, lógica —contestó—. Bueno, al menos, lo hemos hablado.

—No te sientas mal. Sí que estoy de acuerdo en una cosa. Has hecho una pregunta muy inteligente: ¿cómo podía saber Arcoíris que Joe Flynn estaba relacionado conmigo?

—Arcoíris —dijo él—. Es pegadizo.

Después de dejar vacíos sus platos, Nikki le preguntó a Rook si Yardley Bell había trabajado alguna vez para Bart Callan. Cuando él contestó que no lo sabía, ella le contó lo de su entrevista con Algernon Barrett y la declaración que él había hecho de lo que había presenciado con la mujer que parecía una policía.

—En primer lugar, ¿ese estúpido jamaicano es tu testigo más fiable? Y en segundo lugar, ¿qué significa eso? ¿Te toca ahora a ti ponerte el gorro de papel de aluminio?

Los dos se rieron de aquello.

—Nunca se sabe lo que significa algo. Simplemente recopilas toda la información que puedas y esperas que, al final, lleve a algo.

—Muy bien. ¿Quieres que se lo pregunte?

—No.

—¿Por qué no?

—No sé. Simplemente porque no.

—Podrías preguntárselo al agente Callan —propuso él tras una pausa.

—No creo.

—¿Por qué no? Sé que tú y Bart os habláis. ¿No tomasteis una copa mientras yo estaba en Francia? —Ella se le quedó mirando y él se explicó—. Tranquila, no me puse celoso. La gente tiene reuniones de trabajo cada dos por tres mientras toma una copa. Incluso en bares escondidos del Carlyle.

Nikki se sintió molesta y un poco expuesta, pero sonrió.

—Pero no te pusiste celoso.

El móvil que estaba delante de él vibró. En la pantalla se leía el nombre de Yardley Bell.

—Perfecto —dijo ella—. Adelante, contesta.

Él cogió el teléfono pero se lo pasó a ella.

—Deben de haberse mezclado. Este es tu teléfono.

Cuando Nikki lo cogió de sus manos, la vibración le llegó hasta la muñeca. Pulsó para aceptar la llamada.

—Heat al habla.

—Le hemos encontrado.

Sintió un mareo. Miró su copa de Martini, que aún seguía medio llena, y supo que no era por el cóctel.

—¿A quién? —La pregunta le pareció tonta a medida que las palabras salían de su boca, y precisamente tenía que ser ante Yardley Bell, pero Nikki buscaba un punto de apoyo. Quería oír algo concreto allí sentada mientras la visión se le estrechaba y el mundo se movía más lento. Quería estar segura.

—Hemos localizado a Tyler Wynn —contestó la agente Bell—. ¿Cuánto pueden tardar usted y su gente?

Una oleada de adrenalina recorrió el cuerpo de Heat, pero mantuvo la cabeza fría. La formación podía con la emoción y cambió del modo euforia al de logística. Antes incluso de levantarse de la mesa, marcó el teléfono del operador de radio de la Veinte y pidió un coche para que fuera en Código Dos al Boulud y que la recogiera en la calle. Esta no era ocasión para ir en taxi.

Mientras corrían hacia la puerta, Nikki iba al teléfono para darle al operador la lista de detectives que quería armados en el punto de encuentro que el Departamento de Seguridad Nacional había establecido ya en el East Side. Heat no tuvo que pensar demasiado. Pidió que fueran todos menos Sharon Hinesburg.

Al mismo tiempo, Rook llamó desde su teléfono al detective Rhymer, pues sabía que seguía en la comisaría trabajando en el rastreo de los datos de radiofrecuencia. Cuando él y Nikki colgaron, las luces de emergencia del coche de policía iluminaron la manzana y su sirena sonó a la vez que daba media vuelta en la mediana de Broadway para recogerlos.

Habían pasado menos de dos minutos desde la llamada de Bell. A Heat le parecía que había sido una eternidad.

El Departamento de Seguridad Nacional había ocupado la calle 57 Este y Sutton Place, una zona que les proporcionaba una tranquila calle residencial sin salida que terminaba en un pequeño parque que bordeaba el East River. Bastante espacio para el Centro de Mando Móvil y un control absoluto sobre la zona. Heat y Rook bajaron del coche en el cordón policial y entraron de uno en uno entre la fila de coches Crown Victoria, Malibu, camiones de bomberos y ambulancias hacia la autocaravana blanca, donde encontraron a los agentes Callan y Bell junto a la puerta abierta. Cuando estaban a seis metros, Yardley Bell los vio y les habló:

—Lamento fastidiar vuestra cita nocturna para hacer cumplir la ley.

Nikki deseó abofetearla. ¿Y si simplemente era una guasa propia de los policías? Puede que solo fuera eso. También podía ser sarcasmo barato de la antigua novia de Rook. Por segunda vez esa noche, Heat controló sus sentimientos y se centró en lo profesional.

—Agentes, pónganme al tanto rápidamente sobre el objetivo —dijo.

El agente Callan les hizo un gesto para que entraran en la caravana, cuyo interior estaba equipado con toda la tecnología imprescindible para dar órdenes y comunicarse durante una operación táctica.

—Qué chulo —dijo Rook—. Es como el bote salvavidas del Air Force One. —Frunció el ceño imitando a Harrison Ford—. ¡Fuera de mi caravana! —Al ver sus miradas, se disculpó—: Continúe.

—Según nuestra información, Tyler Wynn tiene un piso franco en una cuarta planta de la manzana que está al lado de la Primera Avenida —les explicó Callan. Un agente subalterno que estaba en el cuadro de mandos hizo aparecer una imagen de

satélite del barrio con una resolución que no tenía nada que ver con Google Earth. Tocó después la pantalla para ampliarla y mostrar el edificio. Callan continuó—: Como el resto del barrio, la mayoría son personas mayores de sesenta y cinco años con dinero.

—Escondiéndose a la vista de todos —dijo Heat.

—Exacto.

—¿A qué se refiere al decir «según nuestra información»? —preguntó después ella—. ¿Ha habido algún avistamiento o algún testigo ocular?

—Nosotros no hemos visto al objetivo, aunque ahora estamos vigilando su casa. —A continuación, el agente siguió explicándoles—: Sin embargo, lo que sí hemos hecho ha sido enviar a una de nuestras unidades tecnológicas haciéndose pasar por un equipo de reparaciones para colocar cámaras de seguridad en el edificio. Básicamente, eso nos ha permitido interceptar su sistema sin levantar sospechas, por si el portero o el conserje han sido comprados por Wynn para que le avisen. —Callan hizo una señal al operador del cuadro de mandos y una ventana con imágenes de una cámara de seguridad giró y, después, se congeló con la imagen de Tyler Wynn saliendo del ascensor de la cuarta planta con una raqueta de tenis en la mano—. ¿Es ese su hombre?

—La hora que marca es de las diez pasadas de esta mañana —dijo Heat—. ¿Ha sido esta la última vez?

—Afirmativo. Hemos examinado las imágenes desde entonces hasta ahora, de todas las salidas posibles. El objetivo entró ahí y no ha salido.

—¿Cómo le han encontrado? —preguntó Rook.

—Gracias a ti —respondió la agente Bell. Nikki vio la palmada en el hombro que Yardley le dio a Rook. Y cómo dejaba ahí la mano y después la bajaba por su espalda.

—Vaya, estupendo. Me lo creo. Pero ¿cómo?

—Me diste la idea ayer de rastrearlo a través de sus compras. Ya sabes, los chips de radiofrecuencia.

—Claro que lo sé. Estamos con ello en la comisaría.

—Y me parece encantador —contestó ella, esta vez sin tono condescendiente, no con Rook—. Pero ya ves, nosotros estamos en la liga de los fuertes. Tenemos recursos. Hacemos esto con los ojos cerrados. De hecho, ha sido así. Nuestros ordenadores centrales han estado a toda máquina durante la noche y, gracias a tu lista de los gustos de entendido de Wynn, han dado como resultado varios cruces concluyentes con esta dirección. Hemos enviado a los informáticos para que pinchen sus cámaras de seguridad y para el mediodía ya lo teníamos.

—¡A mediodía! —gritó Heat, incapaz de controlar el repentino estallido de rabia que acababa de desatarse en su interior—. ¿Está de broma? ¿Sabían esto desde el mediodía de hoy? —Miró a Rook y vio que él también echaba chispas, lo cual no hizo más que aumentar su rabia y su resentimiento—. Entran en mi comisaría y básicamente secuestran mi investigación. Además, sin decirle a mi brigada que

estamos perdiendo nuestro maldito tiempo, duplican nuestros esfuerzos para seguir el rastro de las identificaciones por radiofrecuencia. ¿Y ahora salen a saludar al público como si debiéramos lanzarles rosas y besarles el culo? —Giró la cabeza hacia Callan—. ¿Es esto lo que los federales llaman comunicación corporativa?

Antes de que Callan pudiese responder, lo hizo Bell:

—Detective Heat, deme un puto respiro. ¿Es que es su primera vez? El hecho de que lo sepamos desde el mediodía no tiene nada que ver. Hemos necesitado cada segundo de ese tiempo para desplegar la logística y atarlo todo. Él está ahí dentro, nosotros aquí y no se va a ir a ningún sitio. Y en segundo lugar... —La agente dio un paso hacia Nikki apartando literal y simbólicamente a Callan de un codazo—. Yo le he encontrado. Lo tenemos en el bote. ¿De verdad se está usted quejando?

Nikki hizo una pausa. Su furia se enfrió hasta quedarse en rescoldos y, tras recobrar la compostura, contestó:

—No. —Y lo decía de verdad. Intromisiones aparte, Yardley Bell lo había conseguido. En un día había logrado lo que Nikki no había podido en un mes. Para Heat lo irónico estaba en que ella le había hablado a Bell del rastreo de las compras de Wynn como una cortina de humo que ocultara lo del código. Yardley no solo se había hecho con ello sino que en pocas horas había encontrado al hombre que había ordenado el asesinato de su madre. Tras recomponerse, Heat miró a Callan y, después, de nuevo a Bell.

—¿En qué puedo ayudar?

El agente especial Callan dio un paso adelante, como si quisiera recordar a todo el equipo cuál era su cargo.

—Puede dirigir la captura —dijo. Cuando Bell lo miró a punto de protestar, él continuó—: Estamos haciendo uso ya de recursos del distrito diecisiete. Mi decisión es que continuemos nuestra colaboración con las fuerzas locales y con la detective Heat dirigiendo el asalto. Fin de la conversación.

—Olvídalo, Rook. Tú te quedas aquí —dijo Nikki cuando regresaba de planificar el asalto con el supervisor de los Servicios de Emergencia. Rook la seguía entre una docena de policías fuertemente armados de la Unidad de Servicios de Emergencia, los oficiales de élite de la SWAT de la policía de Nueva York, vestidos con trajes negros, cascos antibalas y guantes blindados. El escritor se mantenía cerca mientras ella se acercaba a los detectives de la Veinte, que se estaban colocando chalecos antibalas que sacaban del maletero del coche de los Roach—. Querías que fuese como en los viejos tiempos, Rook. Pues ya lo has conseguido. Quédate en el coche.

—Eso sí que es darse un paseo por el baúl de los recuerdos —bromeó Ochoa.

—Más bien por el bulevar de los sueños rotos —dijo Raley.

—Vamos, Nikki, he llegado hasta aquí. ¿Por qué me dejas atrás?

—Ya hemos hablado de esto antes. Vas a estorbar. Y es peligroso.

—Ah, pero esta vez he traído protección. —Abrió la cremallera de una bolsa de gimnasio—. He llamado a Rhymer para que me trajera esto. ¡Tachán! —Sacó de la bolsa su propio chaleco antibalas. Había una palabra grabada en el pecho y en la espalda: «Periodista».

—Estás de broma —dijo Heat mientras se apretaba los cierres de velcro sobre el cuerpo.

—Oye, ¿qué son estas cosas bordadas de delante que parecen como dos monedas de oro? —preguntó el detective Feller, de pie junto al maletero abierto de su coche.

—¿Esto? Condecoraciones del Pulitzer. —Y después añadió—: Hay sitio para unas cuantas más.

—¿Un chaleco antibalas con brillos? —preguntó Sharon Hinesburg. Todos se giraron cuando la detective se acercaba colocándose su propio equipo—. Chicos, se os ha olvidado avisarme. Menos mal que todavía tengo el monitor encendido en casa.

La desenfadada charla se detuvo y los detectives se ocuparon de sus preparativos sin mirarla. La brigada conocía aquel secreto a voces.

—¿Tiene un momento, detective Heat? —Hinesburg le hizo una señal para que fueran aparte y bajó la voz—. Mire, no estoy ciega. Soy consciente de cómo me dejan de lado y me asignan las peores tareas. También sé que probablemente no sea casualidad que nadie me haya llamado para que venga. —Heat vio cómo las lágrimas inundaban los ojos de Sharon y supo dos cosas: una, que Hinesburg conocía aquel secreto a voces, y dos, que Nikki no tenía tiempo para aquello.

Decidió ser sincera. Al menos, en cuanto a lo último.

—Sharon, este no es el lugar.

—Prometo estar concentrada. No lo lamentaré.

Nikki decidió que aquellos eran los dos últimos segundos que podía dedicarle a Hinesburg.

—Prepárate.

Sus numerosos edificios altos de apartamentos de lujo y torres de oficinas no convertían a Sutton Place en el mejor barrio para pedir ayuda por aire. Pero cuando comenzó la primera fase de su despliegue y su unidad avanzó a pie por la calle 57 Este hasta la puerta del edificio Kluga, esas mismas azoteas proporcionaban la cobertura de la que el agente Callan se había jactado. En lugar de helicópteros, los francotiradores del Departamento de Seguridad Nacional y los de la Policía de Nueva York vigilaban desde los tejados de arriba mientras el equipo de Heat avanzaba a paso ligero y en silencio por la acera. A la misma vez, un contingente de la legendaria brigada Hércules de la Unidad de Servicios de Emergencia hacían lo mismo por la calle 58 Este para cubrir la salida de atrás. Cuando Nikki llegó a su puesto en medio de la manzana, a dos portales del dosel de la entrada de Wynn, hizo una señal con la mano y su tropa se detuvo, todos ellos apoyando la espalda en la fachada de piedra del edificio para minimizar su visibilidad desde las ventanas de arriba.

—Heat en la posición uno —susurró al micrófono de su hombro.

—Recibido. Posición uno, Heat —respondió la voz de Bart Callan en su auricular desde dentro de la caravana—. Tenemos imagen suya. Hércules también ha confirmado posición uno.

—Entramos en un minuto desde ahora.

—Recibido. Desde ahora —dijo la voz del jefe del equipo Hércules.

Nikki levantó un dedo a su unidad y, después, esperó aquel largo minuto tratando de no pensar en aquel punto culminante y en lo que todo aquello significaba en su vida. Aquel no era momento para emociones. Era momento de pensar solamente en dos cosas. Como siempre, las recordaba de la academia, de los pequeños carteles que había en cada pasillo, en cada clase e incluso en el campo de tiro del sótano. El letrero que veía en cada momento de tensión: «Los buenos policías siempre piensan en la táctica y en su cobertura».

Por encima de ella, detrás y en la siguiente manzana estaba la mejor cobertura que había disponible. En su plan de logística con la Unidad de Servicios de Emergencia y el jefe de la Diecisiete el examen de los planos del edificio no solo marcaba el acceso estratégico y los avances de contingencia, sino que había definido la cobertura en el interior. Cada policía tenía una misión al entrar y había memorizado la ruta para realizarla, desde los ascensores hasta la recepción, la sala del correo, el gimnasio privado, las escaleras e incluso el cuarto de basuras, por si el señor Wynn se decidía por una huida tan poco digna. ¿Y quién sabe? Desde la cuarta planta, podía sobrevivir a la caída. De ser así, Sharon Hinesburg estaría a la espera.

Quedaban doce segundos. La detective Heat aspiró el aire de la noche, pulsó su micrófono y, como última instrucción antes de entrar, repitió lo mismo que les había dicho en el punto de encuentro: «Tened cuidado pero tratad de cogerlo con vida. Quiero saber qué es lo que está preparando».

Cuando en su reloj el minuto llegó hasta cero, dijo con calma:

—Luz verde. Vamos.

Y fueron.

De no haber sido por los chalecos antibalas y las ametralladoras de nueve milímetros, podría haberse tratado de un *ballet*. El detective Rhymer pasó por delante de Heat, tal y como estaba planeado, enseñó la placa al portero y se quedó bajo el toldo con él para asegurarse de que no hacía ninguna llamada arriba. Las puertas de doble cristal se abrieron automáticamente y un oficial de la Unidad de Servicios de Emergencia las bloqueó para que permanecieran abiertas. Nikki entró en el vestíbulo y gritó:

—Departamento de Policía de Nueva York, dejen todos de hacer lo que estén haciendo. Salgan de detrás del mostrador y del despacho con las manos en alto y quédense aquí con el detective Feller.

El conserje vestido con traje y la encargada de mantenimiento diurno hicieron lo que les ordenaron, colocándose sobre el mármol pulido y con expresión de asombro y nerviosismo.

—No se preocupen —les tranquilizaba Nikki. La brigada Hércules con sus trajes oscuros, que entraban por la puerta de atrás y se dirigían a las escaleras, no consiguieron apaciguar a aquella pareja.

—¿Necesitan la llave de algún apartamento? —preguntó la encargada diurna, Carlota, según decía su placa de identificación metálica.

—Ya tengo una —respondió una voz junto al mostrador de la encargada, y los ojos de Carlota se abrieron de par en par al girarse y ver al policía de la Unidad de Servicios de Emergencia con el ariete en las manos. Pero se tranquilizó al ver que no había sido él el que había hablado, sino el detective Ochoa, que rodeaba el mostrador llevando en la mano una llave maestra del 4-A que había sacado del casillero. De todos modos, el policía del Servicio de Emergencia y su ariete subieron al ascensor también con Heat y los Roach para asegurarse.

Cuando las puertas empezaban a cerrarse, Rook se metió en la cabina con su chaleco de «Periodista».

—Al cuarto, por favor. —Mientras subían, no hizo caso de la mirada enfadada de Nikki y dijo—: Vendo suscripciones a la revista mensual *El imbécil*. Tengo la sensación de que voy a conseguir a un suscriptor en el 4-A.

—Vale, la última vez, Rook. Esto es lo que vas a hacer. Quédate aquí y mantén la puerta abierta.

—¿No tienes un saco de arena para eso?

—Tú. —Después, levantó su Sig Sauer en posición de combate. Las puertas se abrieron y Nikki sacó a su equipo al rellano. Según el plan, un equipo de la brigada Hércules se habría apostado ya en la puerta abierta que daba a la escalera y detrás del sofá de dos plazas a la salida del ascensor, con sus rifles de asalto y sus ametralladoras apuntando y listas para cubrirlos.

Haciendo uso de señales con las manos, avanzaron por la moqueta del pasillo despacio hasta la última puerta con un «4-A» grabado en un cuadrado de cristal esmerilado azul pálido colgado en la pared exterior. Los sonidos apagados de una radio o de un MP3 salían del interior. A Heat le pareció que se trataba de Billie Holiday cantando «Trav'lin' Light». Un recuerdo de ella y Rook escuchando *jazz* americano en París flotó en el ambiente como un aroma feliz de otros tiempos. Se arrodilló junto al quicio de la puerta mientras los demás ocupaban sus posiciones de pie y agachados. Ochoa, el más cercano al pomo, tenía la llave. Esforzándose por escuchar por encima de la música, Nikki oyó a un hombre que cantaba al compás.

Conocía bien aquella voz. La había oído, sin ir unida a un cuerpo, en una grabación granulada de vídeo VHS cuando tenía cinco años y tocaba a Mozart para él al lado de su madre. La había oído durante sus horas en vela casi cada noche durante el último mes ordenándole a su exnovio que la empujara al siguiente tren del metro. Incluso ahora, por encima del ruido sordo de su pulso acelerado, podía oírla pronunciando despreocupadamente las últimas palabras que ella le había oído decir cuando la dejaba morir allí, en aquella estación de metro fantasma. Aquella voz que

se oía al otro lado de la puerta había dicho: «Pégale un tiro si es necesario».

Heat se giró hacia el grupo que la rodeaba. Se tocó la oreja y asintió para indicar que había oído a Tyler Wynn allí dentro. Nikki levantó entonces tres dedos para dar a entender que iniciaba la cuenta atrás. Aún agachada, se dio la vuelta hacia el rellano para asegurarse de que los de la brigada Hércules lo habían visto.

Fue entonces cuando la explosión estalló dentro del 4-A. El suelo tembló, los cuadros se cayeron de las paredes y el impacto tiró a Heat de culo.

Unas manos con guantes negros agarró a Nikki de la espalda de su chaleco y la puso de pie. Un policía gigante de la Unidad de Servicios de Emergencia tiró de ella hacia atrás por el pasillo alejándola de la puerta. La dejó con Rook en la puerta del ascensor y volvió corriendo hasta el 4-A, pasando junto a Raley y Ochoa, que estaban despejando la zona. En mitad del caos, se oían alarmas de coches y unos cuantos vecinos asustados abrieron sus puertas entre gritos de Nikki y de los demás de que evacuaran la zona de inmediato por las escaleras. No necesitaron una segunda advertencia. Heat vio que las puertas del ascensor estaban cerradas. También se dio cuenta de que el auricular había salido volando de su oreja. Volvió a ponérselo y oyó un parloteo frenético. «Brigada de bombas subiendo»... «Paramédicos listos para vía libre de Código Diez»... «Escalerilla y surtidores acercándose, en espera de vía libre para el Diez».

Heat pulsó el botón de su micrófono para informar:

—Negativo en heridos en pasillo del cuarto.

—Recibido. Sin heridos —respondió el agente Callan.

—Unidad de Servicios de Emergencia evacuan inquilinos de cuarta planta por escaleras. Intercepten en vestíbulo principal y sáquenlos por atrás.

—Ya están en vestíbulo —contestó Callan—. Ahora efectivos vaciando plantas superiores e inferiores.

—Informando de identificación auditiva positiva de objetivo dentro del 4-A, aún sin contacto visual. —Nikki levantó la vista hacia el pasillo y continuó—: Puerta aún intacta.

—Le ordeno que espere a pista libre con bomba.

—Recibido. Espero.

Nikki miró a Rook por primera vez.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Asintió.

—¿Tú?

Las puertas del ascensor se abrieron y un sargento de los Servicios de Emergencia con un traje de artificiero y capucha salió flanqueado por dos policías de la Hércules.

—Oficialmente me siento como si estuviera en *La guerra de las galaxias* —dijo Rook cuando pasaron por su lado.

Todos esperaron en la escalera mientras el héroe de la brigada de explosivos abría la puerta, en caso de que se encontrara con una trampa.

—¿Qué crees que ha sido eso? —preguntó Rook—. ¿Sabía Wynn que estábamos aquí? ¿Estaba preparando algún explosivo y se le ha fastidiado? —Cuando Rook se dio cuenta de que era el único que hablaba, se interrumpió—. Ya me callo. —Y esperó.

Todos esperaron. Por fin, Heat oyó por su auricular que todo estaba despejado y, después, la llamada a los paramédicos para que ayudaran a una víctima.

—Está vivo —dijo ella lanzándose de nuevo hacia el pasillo. De camino a la puerta de Wynn, pulsó el botón de su micrófono—. Adelante esos paramédicos..., ¡ahora mismo!

El apartamento tenía dos plantas. El plano que ella había memorizado en el punto de encuentro mostraba una sala de estar, un pasillo, un aseo, cocina y comedor abajo y dos dormitorios y dos baños arriba. Heat entró rápidamente por la puerta y giró a la izquierda. El sargento de explosivos había dicho por radio que la víctima había caído en la cocina. Su rostro se abría camino entre la fina capa de humo azul suspendido en el pasillo. Nikki hizo una señal con la mano a Raley y a Ochoa, que iban detrás, para que despejaran el armario y el aseo al pasar junto a cada uno de ellos. Cinco pasos por delante, un riachuelo de color carmesí brillante se derramaba por la madera procedente de una fuente que no podía ver y que estaba a la vuelta de la esquina, en la cocina.

Una visión surrealista la recibió cuando giró. El sargento de explosivos seguía aún oculto en su voluminoso traje blindado, arrodillado en el suelo, presionando directamente la herida del cuello de Tyler Wynn de la que salía sangre a borbotones. Heat hizo una rápida evaluación del daño. Todas las heridas del viejo estaban situadas del torso hacia arriba por un lado de su cuerpo, el lado que había estado expuesto al estallido, el cual pudo ver, de una forma bastante gráfica, que procedía de la mesa del comedor al otro lado de la encimera. La zona del comedor había quedado destrozada por la explosión: sillas de piel hechas jirones, los cristales de los ventanales caídos; las persianas verticales, las que quedaban, moviéndose de un lado a otro con la brisa, destrozadas, cortadas y chamuscadas por la pólvora. La mesa de cristal grueso había quedado hecha añicos. Algunos de los cristales se habían desperdigado por el suelo como trozos de hielo. El resto de las esquirlas dentadas habían sido lanzadas por toda la casa mezclándose con la metralla que había dentro de la bomba. Una mezcla de tornillos, puntas y rodamientos que habían salpicado techos y paredes.

A Wynn le había pillado la explosión en la cocina. La encimera de granito había evitado que su mitad inferior quedara dañada. La parte superior, en cambio, parecía carne picada. Heat se arrodilló junto al hombre de la brigada de explosivos y extendió la mano para taponar otra fea herida sobre el pecho de Wynn, pero tuvo que retirar la mano. Algo afilado se le había clavado en la palma. Levantó la tela empapada de la camisa y vio la hoja rota de un cuchillo de pan que el impacto había hecho salir del

bloque de madera de la encimera hasta clavarse en sus costillas.

—Heat —dijo él tosiendo, haciendo que casi sonara como «ji».

—Ya vienen a ayudarlo. Aguante. Aguante. —Encontró un trapo de secar los platos en el suelo y lo enrolló para apretarlo sobre un tajo que tenía en la frente. Era tan profundo que podía verle el cráneo. La herida del pecho seguía sangrando con fuerza, así que puso con cuidado dos dedos a ambos lados de la hoja del cuchillo del pan y aplicó toda la presión que pudo sobre el metal.

—¿Ha sido...? —volvió a hablar él con una tos.

—Intente no hablar —contestó ella.

—¿Ha sido... Salena? ¿Me ha encontrado... Kaye?

—Respire. No hable. Solo respire y míreme. Mire, aquí están los paramédicos.

En realidad, Nikki quería que hablara. Pero, sobre todo, quería que viviera para poder hablar largo y tendido. Cuando el equipo de urgencias médicas se hizo cargo, ella se quedó al lado, con los codos y las rodillas ensangrentadas, sin querer marcharse de su lado por si acaso decía algo más. No parecía probable. Incluso sin tener formación médica, Heat había estado presente en suficientes escenas de traumatismos como para saber por el tono de voz de un médico al hablar de las constantes vitales cuándo la cosa estaba difícil. Les estaba costando estabilizarlo.

—Tenemos que llevárnoslo. Ya —dijo el paramédico.

Heat acompañó a la camilla y entró en la parte posterior de la ambulancia. Si Tyler Wynn iba a morir quería estar allí cuando lo hiciera. Y, sí, también quería asegurarse de que no volvía a escaparse.

En cuanto la doble puerta se cerró, él giró la cabeza hacia ella. Levantó la mano de su brazo bueno, el que no tenía al aire los tendones y el hueso, y le hizo una señal para que se acercara. Ella se agarró a la barra de la camilla para no perder el equilibrio y se inclinó hacia delante quedando a pocos centímetros de su rostro destrozado y monstruoso.

—Lo siento —dijo. Nikki pudo ver cómo gimoteaba y colocó una mano sobre su muñeca buena—. Yo quería a tu madre. Yo... —Contuvo un sollozo y cerró los ojos, lo cual hizo que ella creyera que había muerto, pero entonces los abrió de pronto y le dirigió una mirada exaltada, llena de una fuerza y una determinación renovadas—. Me vendí. Me hicieron rico. —Tomó aire—. Pero me obligaron a hacer cosas terribles. Lo siento muchísimo. Me obligaron...

—¿Quiénes?

—¡Él! —El anciano espía pronunció el nombre entre una tos de sangre espumosa—: Dragón.

Heat lo recordó. La persona a la que Salena Kaye había llamado desde el helicóptero robado.

—¿Quién es Dragón? —preguntó—. ¿No es usted?

Él movió la cabeza con vehemencia y gimió un no. El esfuerzo dejó sus ojos sin energía y parpadeó. Entonces, con una repentina exclamación, gritó:

—¡Terrorismo! —Y tomó más aire—. Muerte, muerte masiva aquí, en Nueva York. Peor que... —Soltó aire con un estremecimiento—. Peor que el 11 de septiembre. —Se atragantó y trató de tragar—. Tengo frío.

—¿Mi madre lo descubrió? ¿Es por eso por lo que usted...?

—¡Sí! —espetó él—. Lo siento mucho. —Volvió a sollozar—. Ella estuvo a punto de detenerlos.

—¿Quién los detuvo? ¿Nicole? —preguntó ella. Veía lógico que la colega y amiga de su madre interviniera... y que luego terminara siendo un cadáver congelado dentro de una maleta.

El anciano movió la cabeza de un lado a otro sobre la sábana.

—Nadie los detuvo.

—No lo comprendo. ¿Cuándo se suponía que iba a ocurrir?

—No iba a ocurrir. —La herida de su cuello borboteó y apareció una espuma roja a su alrededor. A continuación, soltó con un gruñido—. ¡Es ahora!

—¿Qué es ahora? Tyler, ¿qué?

Nikki tuvo que colocar la oreja sobre sus labios para oírle, de lo débil que se había vuelto su voz.

—Atentado masivo. Va a ser ahora. —Ella se levantó unos cuantos centímetros para ver su cara, para intentar comprenderle. Y creerle. Con la mirada fija en ella por debajo de sus párpados desollados, asintió con un mensaje de seguridad y advertencia—. Tú, Nikki. Impídelo.

Otro estremecimiento con respiración dificultosa. Heat pudo ver cómo él se desvanecía y la injusticia de su marcha la enfureció.

—Habla. Dime. —Puso su rostro justo encima del de él—. Tú la mataste, maldito cabrón. Y no va a ser por nada. Habla. Dime qué es lo que va a pasar. ¿Cuándo? —El anciano no respondió. Levantó la mano hacia la mejilla de ella, pero nunca llegó. Cayó sin vida sobre su pecho.

El paramédico se acercó para intentar revivirlo. Por segunda vez en un mes, Nikki vio cómo Tyler Wynn era azotado con descargas eléctricas sobre el corazón en su lecho de muerte. Y, al igual que la primera vez, el tono agudo de una línea continua en el monitor del ritmo cardíaco lo dio por muerto.

La diferencia esta vez era que Tyler Wynn había muerto de verdad.

El paramédico apagó el monitor y tocó con los nudillos sobre el cristal que había detrás de la cabina delantera. El conductor de la ambulancia apagó la sirena y disminuyó la velocidad durante el resto del trayecto al pasar por Columbus Circle de camino a Urgencias. Nikki miró el cadáver del viejo espía y, después, por la ventana cuando se detuvieron en las Urgencias del hospital Roosevelt. Si Wynn le había dicho la verdad, había ahora mismo un grupo terrorista en la calle, ocupado en otros planes.

Heat permaneció con el cadáver hasta que llegó Lauren Parry para la autopsia preliminar. La médico forense estaba viendo el musical *Jersey Boys* cuando vio el mensaje después del espectáculo y respondió que ella misma se encargaría, pues estaba a apenas siete manzanas del hospital Roosevelt. Pero no tenía por qué decir cuál era la verdadera razón, la de que sabía la enorme importancia que tenía para su amiga Nikki.

—Doctora Parry, haga una segunda comprobación para asegurarnos de que está muerto —dijo Rook cuando la forense se puso una bata por encima de su vestido de noche—. Use una estaca de madera si es necesario. Este hombre tiene la fea costumbre de regresar de la tumba.

Mientras la médico forense se ponía manos a la obra, Heat cerró la puerta que daba a una sala de reconocimiento vacía e informó a los agentes Callan y Bell de lo que le había contado Wynn durante el trayecto en la ambulancia.

Bart Callan le hizo las preguntas que todos tenían en mente:

—¿Ha sido más específico? ¿Ha dicho qué tipo de atentado terrorista? ¿Ha dicho cuándo? ¿O dónde? ¿Ha dicho quién está detrás de esto?

—No me estoy guardando nada —respondió Heat—. Murió antes de que lo dijera.

—Es un fastidio —intervino Rook—. Este tipo siempre hace lo mismo. Atrapa tu atención y luego se muere antes de terminar la historia.

Callan empezó a escribir un mensaje mientras hablaba:

—Esto pasa ahora a otro nivel. Voy a informar ahora mismo a la unidad antiterrorista del Departamento de Policía.

—Pero ¿se puede dar crédito a Tyler Wynn? —preguntó la agente Bell—. Es decir... Vamos, mirad el historial de este tipo.

—¿De verdad? —Heat miró a Yardley. Puede que fuera por el estrés de todo aquello. O lo precario de aquel final y el hecho de que no tuviera un final. Pero algo rugió dentro de Nikki—. ¿De verdad va a quedarse aquí y pretender contarme a mí..., ¡a mí!, el historial de este hombre?

En lugar de defenderse, la agente Bell le dirigió una mirada inexpresiva. Después, la apartó y se dirigió a la puerta mientras hablaba con serenidad.

—Agente Callan, tengo trabajo que hacer.

—Vamos a tomar aliento —dijo Callan cuando ella salió—. Ha sido un día de locos. A primera hora de la mañana daré parte a un comando especial de Varick Street. Quiero que usted esté allí con nosotros.

—Es una broma, ¿no?

—Vamos, no permita que una mínima desavenencia la deje fuera de esto. —Los dos se giraron y vieron a Yardley Bell escribiendo en su BlackBerry en la puerta de la sala de derivaciones—. Nikki, me vendría bien su ayuda. —Y entonces, al ver la

reacción de ella al tono personal de su petición, añadió—: Ah, y en cuanto a aquella otra cosa que mencioné, queda fuera de juego. Esto es una nueva partida.

—Gracias, de todos modos —contestó Nikki—. Pero me pondré en contacto si me entero de algo. Haga usted lo mismo.

—Nikki, un comando especial —dijo Rook mientras iban a la sala de reconocimiento para que Lauren Parry les informara del examen preliminar de Wynn. Cuando vio que ella no le respondía, preguntó—: ¿De qué estaba hablando Callan? ¿Qué es esa otra cosa?

—Rook, ¿de verdad quieres ayudarme?

—En lo que sea.

—Déjalo, ¿vale? —A continuación, tiró de una de las correas de velcro del chaleco antibalas de él—. Y deshazte de este estúpido chaleco.

Heat no volvió a casa. Dio a Rook un beso de buenas noches con desgana, tomó un coche patrulla hasta la calle 82 Oeste y se acostó en el cascado sofá de piel de la sala de descanso de su brigada. Tras un breve pero profundo sueño, preparó un café y se lo bebió sentada en su silla giratoria delante de los paneles de los asesinatos. Lo cierto era que su atontamiento la ayudaba a pensar. Antes de echarse la cabezada, su cerebro había sido una jaula de primates del zoo llena de información. Pensamientos alborotados que colgaban de cuerdas y que saltaban de arriba abajo. La soledad de la sala de la comisaría ayudaba a Nikki a espantar a los monos. Cuando Raley, Ochoa, Rook y los demás llegaron para su reunión de primera hora, ella tenía nuevas ideas que contar a su equipo. Una de ellas parecía importante.

—Tyler Wynn ha muerto —empezó a decir. Entonces, tuvo que hacer una pausa cuando a la detective Hinesburg se le ocurrió que quedaría gracioso aplaudir. Lo hizo sola y, después, se detuvo ante el silencio patente y las miradas. Heat continuó—: Esta vez se ha comprobado. Pero no hemos terminado. De hecho, una declaración que me hizo antes de morir no solo deja abierto este caso, sino que supone una nueva fase que va a necesitar que redoblemos nuestros esfuerzos.

Mientras removían sus primeras tazas de café y mordían sus bollos, también tomaban notas a medida que Heat repetía las últimas palabras del difunto espía.

—Por muy frustrante que sea que nos haya dejado con más preguntas que respuestas, al menos nos dejó algo. Nos corresponde a nosotros convertir eso en algo que sea suficiente.

De forma preventiva, pronunció las preguntas que sabía que los demás se estarían haciendo, las mismas que le había hecho Bart Callan en Urgencias unas horas antes, las mismas que ella se había estado haciendo toda la noche. Ya estaban escritas en la pizarra blanca que había detrás de ella: «1) ¿Qué tipo de ataque terrorista? 2) ¿Cuándo? 3) ¿Dónde? 4) ¿Quién está detrás de ello?».

—Empecemos por lo que ya sabemos: dónde. —Escribió las iniciales «NY» junto

al número tres—. Es muy general, pero es un comienzo. En cuanto al tipo de ataque, decir que es mayor que el del 11S y que implica muertes masivas amplía el alcance más allá de francotiradores, un coche bomba o cosas así, aunque no se puede descartar nada. En cuanto a esto, tengo una idea a la que volveré después. —Estableció contacto visual con Rook, que sonrió ligeramente, pues sabía que ella iba a filtrar algo—. ¿Quién está detrás? ¿Quién sabe? Ya he informado a la unidad antiterrorista que sigue el rastro de grupos extranjeros y nacionales. Están en ello, pero no debemos engañarnos. Ahí no nos van a dejar colaborar. —Tapó el rotulador.

—No has hablado del cuándo —apuntó Rhymer.

—Y esa es la parte que me asusta. Dejad que os cuente lo que he estado pensando. —Dio la vuelta para sentarse en una mesa delante de los paneles con las piernas colgando y miró a cada uno de ellos mientras le devolvían la mirada con atención—. Podemos suponer que la muerte de mi madre fue el resultado de su descubrimiento de dos cosas mortales: la existencia de una trama terrorista y la implicación de Tyler Wynn como traidor de la CIA. —Hizo una pausa para dejar que asimilaran aquellas palabras—. Aunque la mataran, los esfuerzos de mi madre debieron ser perjudiciales, pues parece que tenía un infiltrado en el grupo terrorista, un bioquímico que murió de repente unas semanas después. Estamos esperando su segunda autopsia, pero estoy avanzando desde la idea de una ejecución. ¿Me seguís todos hasta ahora? —Asintieron. Ella se bajó de la mesa y fue hasta la parte delantera de la sala—. Así pues, esta trama quedó desbaratada durante varios años. No sabemos por qué ni cómo.

—Quizá la muerte de Ari Weiss lo paralizó todo. Estaba claro que era un hombre clave si había estado manteniendo reuniones secretas en coches con los compinches de Tyler Wynn, como vimos en aquella fotografía del investigador privado. Eso pasaba mucho en algunos grupos revolucionarios que he cubierto. Uno de los líderes muere o va a la cárcel y tienen que cerrar para reagruparse o volver a reclutar gente.

—Es posible. Sobre todo si se trata de un grupo terrorista pequeño, las luchas internas y los cambios de miembros pueden desequilibrarlos. —Heat vio que Ochoa levantaba la mano—. ¿Miguel?

—También puede causarlo la vigilancia de cerca. Lo he visto montones de veces cuando he investigado bandas y traficantes. Pones algo de vigilancia, haces un poco de ruido y los malos dejan de funcionar.

—Sí. —Nikki apuntó al detective con entusiasmo—. A eso es exactamente a lo que iba. Sé que todos hemos trabajado en esto juntos, pero permitidme que os recuerde algo: mi madre fue asesinada, pero tenía una amiga, una compañera de la CIA llamada Nicole Bernardin.

—La mujer congelada de la maleta —aclaró Raley.

Nikki recordó las sucesivas sorpresas: estar en Columbus Avenue ese día, creyendo que estaba investigando un homicidio rutinario, un cadáver dentro de una maleta. Luego, quedarse impresionada cuando reconoce la maleta y ve que es una de

las que robaron en el apartamento de su madre la noche que la mataron. Después, volver a asombrarse cuando la víctima resulta ser la mejor amiga de su madre... y compañera como espía de la CIA.

—Exacto. Como mi madre, Nicole Bernardin formaba parte de la red de Tyler Wynn. Y algo que Nicole había descubierto hizo que también la mataran. Y también por orden de Tyler Wynn. Pero recientemente. Después de un lapsus de una década.

Heat volvió a ponerse tras la mesa y cogió una carpeta de cartón.

—Veamos alguno de los puntos más destacados del caso de Nicole Bernardin. En primer lugar, en su cuerpo se encontraron residuos procedentes de un potente disolvente médico. Después, nunca tuvimos un informe toxicológico de Nicole porque Salena Kaye, la cómplice de Tyler Wynn, sabotó su análisis toxicológico del laboratorio. Y antes de que la forense pudiera volver a realizar el análisis, alguna persona misteriosa ordenó la cremación de Nicole Bernardin.

Nikki levantó la mirada cuando pasaba de página. Tenía la atención absoluta de todos.

—Wynn tenía otro cómplice. Un policía corrupto llamado Carter Damon. Cuando localizamos la furgoneta de Damon, los técnicos de pruebas forenses no solamente encontraron una conexión con la sangre de Nicole Bernardin, sino que también encontraron restos del mismo disolvente de laboratorio. —Hizo una pausa y marcó con un dedo el lugar de la carpeta por donde iba—. He estado pensando mucho en un asesino que limpia un cadáver con disolventes de laboratorio. ¿Por qué? ¿Para limpiar qué? Y llegando hasta el punto de sabotear un análisis de tóxicos y luego destruir el cuerpo para que no pueda realizársele ningún análisis. ¿Por qué iba a hacer nadie algo así? —Miró a toda la sala y vio que los ojos de todos estaban clavados en los de ella—. De repente, se me ocurrió que Nicole Bernardin debió de tener contacto físico con algo mientras investigaba las actividades secretas de Tyler Wynn. Y solo se me ocurre una razón por la que borrar todo rastro de ello de una forma tan meticulosa.

Cerró la carpeta y se giró hacia la pizarra. Acababa de quitar el tapón de su rotulador cuando notó que el grupo que tenía detrás llegaba a la misma conclusión que ella. Alguien, le pareció que era alguno de los Roach, murmuró un largo «Joooooder».

Y a continuación, Heat escribió en letras mayúsculas su hipótesis al lado del «tipo de ataque» con dos horripilantes palabras: TERRORISMO BIOLÓGICO.

Cuando le dio la espalda a la pizarra, el capitán Irons habló desde su posición en la parte posterior de la sala.

—¿Heat? ¿Tienes un momento?

El jefe de distrito cerró la puerta cuando ella entró en su despacho, pero él no se molestó en dar la vuelta para ponerse al otro lado de su mesa, así que ninguno de los dos se sentó, lo cual encajaba con la preferencia de Nikki de que se tratara de una

reunión rápida.

—Buen informe —dijo—. He escuchado la mayor parte.

—Sí, señor. Me he dado cuenta.

—Te pido que me avises la próxima vez para no tener que enterarme por casualidad.

—Por supuesto —mintió ella.

Creyendo que aquello era todo, dio un paso para marcharse.

—Ha sido duro lo de Tyler Wynn. Ya tienes a tu hombre, aunque aún ha dejado un montón de cabos sueltos de los que tirar. Sin embargo, lo bueno es que, ahora que está cerrado, puedo tenerte a jornada completa en el caso del Arcoíris.

—No está ni mucho menos cerrado, capitán. Ha estado presente en mi sesión informativa. Ahora se trata de un caso de terrorismo biológico.

—Que está siendo investigado por el Departamento de Seguridad Nacional. Detective, tengo que decirte que, si Arcoíris estuviese atando cordeles de colores a mi fotografía, yo me dedicaría a ello en cuerpo y alma.

—Señor, permita que le tranquilice. Soy capaz de encargarme de ambos casos.

Las orejas de él se enrojecieron y unas manchas de color ciruela aparecieron en sus mejillas.

—No estoy tranquilo en absoluto. Puede que ahora te estén llamando de todas las revistas importantes y de los principales programas de televisión de entrevistas, pero este sigue siendo mi distrito y mi orden es que, ahora que has dado con Wynn, esto pase a los federales. Y de no ser así, en fin, ya te suspendí una vez. ¿Tenemos que repetirlo?

Heat se dejó caer sobre su mesa sin apenas contener su rabia. En el sentido estricto de la expresión, Wally Irons estaba en terreno seguro. La escala de su caso había ido más allá del asesinato. La exigencia del capitán de que se atuviera al trabajo policial de su distrito, de la brigada de homicidios que ella lideraba, tenía sentido. Pero Nikki no quería que tuviera sentido. Quería llegar hasta el final. Miles de vidas de la ciudad de Nueva York estaban en peligro. Heat se preguntó qué era lo que más la motivaba, si su obligación de detener a los terroristas o la responsabilidad que sentía de terminar el trabajo de su madre.

Decidió que ambas cosas eran una misma. Fue a su mesa para hacer la llamada que no quería hacer.

—Nikki Heat, no puedo estar más contento —dijo Bart Callan—. En nombre del Departamento de Seguridad Nacional, estoy encantado de que hayas decidido unirte a nosotros por fin.

—Bueno, está claro que usted ha tenido mucho que ver, agente especial Callan. —Nikki esperaba que el uso del nombre de su cargo reprimiría la efusividad antes de que las cosas se le fueran de las manos.

—Haré todo lo que esté en mi mano —dijo él. Y entonces, Heat le dijo lo que quería.

Enseguida, Nikki oyó el apagado timbre del teléfono al otro lado de la sala y vio a través del cristal del despacho del jefe de distrito mientras jugaba su carta con los federales. Wally Irons asentía como el perrito del salpicadero de un coche a su interlocutor, pero no parecía contento. A ella le pareció bien. Intentaría mostrarse lo suficientemente contenta por los dos.

Una hora después, la detective Heat se encontraba ante un comando especial especializado en terrorismo biológico en el búnker subterráneo del Departamento de Seguridad Nacional de Estados Unidos, seis plantas de hormigón armado por debajo de Varick Street en el bajo Manhattan. Delante de una variada mesa de reuniones llena de oficiales del ejército, de la policía y de los servicios de inteligencia, incluidos Callan y Bell, les informaba sobre cómo había comenzado aquella investigación a través de una maleta congelada de once años de antigüedad y los avances de los últimos meses que la llevaron hasta la declaración de un moribundo Tyler Wynn durante su último viaje en ambulancia.

Lo tenía todo en la cabeza, así que hablaba sin notas, repitiendo esencialmente la información que había dado a su brigada esa mañana en el distrito veinte. No utilizó ninguna pizarra y se sorprendió un poco cuando por el rabillo del ojo vio la enorme pantalla LED detrás de ella que iba llenándose de palabras mientras ella hablaba. Una de las secretarias de la parte posterior de la sala iba rellenando un PowerPoint con su informe a la vez que hablaba. Recursos, pensó. A esto es a lo que se refieren cuando hablan de recursos.

Después, el grupo le hizo preguntas, principalmente sobre información que había decidido ahorrarles, y ella respondió a todas con franqueza, guardándose solamente una cosa: el código.

Cuando Nikki se sentó, Cooper McMains, el jefe de la unidad antiterrorista del Departamento de Policía de Nueva York, le dijo que se creía la lógica de su interpretación que apuntaba a un caso de terrorismo biológico. Los demás estuvieron de acuerdo. Sin más disconformidad aparte de la prudente advertencia de que mantuviera la mente abierta a otras posibilidades, pasaron a las cuestiones prácticas. Callan, el agente especial al mando, volvió al atril y diseñó los puntos fundamentales.

—Lo primero que necesitamos saber es el qué, el cuándo y el dónde de este ataque. Les pido a todos ustedes que multipliquen sus oídos y ojos con confidentes y que revisen toda su información con esta amenaza en mente. Obviamente, queremos concentrarnos en los grupos que el estado ha incluido en la lista de Organizaciones Terroristas Extranjeras, empezando por Al Qaeda y sus derivados, además de Hezbolá, los Muyahidines, las FARC, Sendero Luminoso y demás.

—¿Y qué pasa con la lista de nacionales? —preguntó un hombre vestido con traje marrón, perilla de intelectual y pajarita.

—No habría que descartarla. Sobre todo, si hay alguna nueva alianza que no conozcamos que se esté formando ahora, pero el pasado de Tyler Wynn en la CIA me hace pensar que se trata de un grupo extranjero. Sin embargo... —Apuntó con un

dedo para dar más énfasis y añadió—: No desatendamos las células escindidas. Todos hemos visto cómo una pareja de estudiantes extranjeros de intercambio con un juego de química y una serie de artículos de ferretería pueden suponer una amenaza.

—Eso abarca un espectro muy amplio —dijo el anterior.

—Entonces, más vale que se nos dé bien —contestó—. Y que seamos rápidos.

Cuando la sala de crisis se vació, Heat coincidió con Callan en la puerta.

—Ahora que estamos de acuerdo en que es terrorismo biológico, hay un hilo que me gustaría seguir y se lo digo por adelantado porque, como recordará, supuso un problema anteriormente. Vaja Nikoladze.

—Olvídese de Nikoladze, detective —dijo Yardley Bell metiéndose en la conversación—. Esa posibilidad no existe.

Nikki pidió ayuda a Callan con un gesto para que intercediera, pero parecía intimidado por la otra agente, así que Nikki se enfrentó a ella:

—Para mí no es así. Deje que le diga mis razones, agente Bell. —Heat le mantuvo la mirada y fue numerando con los dedos—. Nikoladze es bioquímico. Es ciudadano extranjero, desertor de la antigua república soviética de Georgia.

—¿Cree que necesito que me informe sobre Vaja Nikoladze?

—Y —continuó Heat, decidida—: estaba siendo espiado por mi madre.

—Esto es todo lo que necesita saber sobre Nikoladze —respondió la agente Bell—. Ha sido durante años un confidente fiable y eficiente de nuestro sistema. Además, nuestro bioquímico forma parte de un comité de expertos en desarme que promueve la desmilitarización de la ciencia. Como mucho, su madre estaba utilizando a Vaja como fuente de información.

—En aquel entonces, usted era el contacto del FBI con mi madre —le dijo Nikki a Callan—. ¿Era esa la relación que ellos tenían?

—Sinceramente, no sabría decirle.

—Entonces, quiero descubrirlo.

—No. Lo que quiere es tener usted razón y que yo me equivoque —protestó Yardley—. Deje de perder el tiempo.

Bell salió de la sala con paso firme.

—Heat, puede que haya líneas de investigación más productivas en las que centrarse.

—Eso parece una orden. —El agente del Departamento de Seguridad Nacional no respondió, pero sonrió—. Qué tonta he sido. Había temido que si entraba en su equipo lo encontraría lleno de luchas internas y disfunciones.

El capitán Irons hizo evidente que daba su espalda a Heat para mirar hacia la calle 82 cuando ella volvió de su reunión en el Departamento de Seguridad Nacional. Tendría que buscar el modo de sobrellevarlo. Fue a su mesa, encendió su pantalla y empezó a ver los correos electrónicos que se le habían acumulado. Había unos cuantos informes

por parte de la brigada del asesino en serie, pero la mayor parte de su bandeja de entrada rebosaba de declaraciones tomadas en los cinco vecindarios de quienes se hacían pasar por Arcoíris. Nikki se concentró en los informes de sus propios detectives mientras removía su yogur bajo en grasa con la compota de fresas que lo acompañaba.

—Yo he tomado una comida de verdad —dijo Rook al acercarse. Ella apartó algunos archivos de su mesa antes de que él se sentara sobre ellos, y lo hizo justo a tiempo—. Nada de yogur sobre la marcha para este señor.

Los Roach se acercaron pasándose una pelota de baloncesto, un viejo hábito que tenían mientras ponían en común sus ideas.

—El chico escritor estaba de mal humor —dijo Ochoa.

Rook no les hizo caso y continuó hablando de su almuerzo.

—Me he comido una ensalada fría de marisco en el Ocean Grill de Columbus.

Raley cogió el pase de Ochoa.

—Está enfadado porque has ido a Seguridad Nacional sin decírselo.

—Un mantel blanco y cubiertos de plata de verdad. —Se inclinó hacia ella—. Perdona, ¿eso es una cuchara de plástico cascada?

—Rook, ¿de verdad te has molestado? —preguntó ella.

—No, ¿por qué iba a molestarme?

—Créeme, hemos tenido que escucharle. Está enfadado —dijo Rales pasándole a continuación la pelota a Rook, que se encogió en lugar de cogerla.

—Vale, no he ido al Ocean Grill —espetó Rook mientras Ochoa cogía la pelota de debajo de una mesa—. He perdido el apetito. Un comando especial, Nikki. ¿Cómo has podido ir al comando especial del Departamento de Seguridad Nacional sin mí?

—Porque está prohibido.

—Como si eso me hubiese detenido alguna vez. —Viniendo de cualquier otro, aquello podría haber parecido un alarde vacío.

—Mi compañero y yo hemos estado dándole vueltas a la idea de aquella furgoneta, la que tenía la sangre de Nicole Bernardin y restos del líquido quitamanchas. Tampoco nosotros nos hemos sentado a comer.

—¿Y qué habéis pensado?

—Vale, escucha —contestó Raley—. Supongamos, como has dicho tú en la reunión informativa, que Nicole Bernardin estuvo en contacto con alguna especie de toxina biológica mientras comprobaba en qué andaba metido Tyler Wynn. Quienquiera que descubriera que ella estaba figoneando y la matara debía estar preocupado por que su cuerpo pudiera dar muestras de una contaminación reveladora.

—Y por eso limpiaron su cuerpo antes de deshacerse de él —continuó Ochoa—. No querían que saltara ninguna alarma.

—Y como la furgoneta de Carter Damon tenía tanto sangre como restos del líquido quitamanchas, creo que es una buena apuesta decir que esa furgoneta fue utilizada para transportar su cuerpo desde donde la mataron y limpiaron hasta donde

la dejaron en la maleta —siguió Raley—. Así que nuestra idea es que si podemos adivinar adónde fue la furgoneta de Damon la noche del asesinato de Bernardin...

—Podríamos encontrar el laboratorio bioterrorista que ella encontró —concluyó Heat. Empleó el condicional, pero le gustaba aquella sensación, la pequeña chispa que podría provocar un cambio.

—Pero ¿cómo se puede saber adónde fue la furgoneta? —preguntó Rook.

El detective Feller intervino en la conversación desde su mesa.

—¿No tienen los de Seguridad Nacional cámaras que examinan las matrículas de los coches en cruces clave y en áreas de peaje para poder localizar a vehículos sospechosos que entran en la ciudad y circulan por ella?

—Sí. Deben de tener archivos de vídeo —contestó Raley—. También el Departamento de Policía.

Heat pensó en la experiencia que acababa de tener en el búnker.

—Empezad por la policía —les dijo a los Roach.

—¿Así de bien ha ido tu reunión con el comando especial? —preguntó Rook mientras Raley y Ochoa salían tras el nuevo rastro.

—Cierra la boca —contestó ella a la vez que ocultaba su sonrisa en el yogur—. Deja que esta chica disfrute de su almuerzo.

—Claro. Y mientras comes, deja que te cuente una idea que he barajado con mi compañero. Admito que es un compañero imaginario, y por eso es por lo que estoy tan contento de que hayas vuelto.

—Rook, ¿es esto una ruptura con la realidad o de verdad quieres decirme algo?

—Lo que te quiero decir es que Tyler Wynn tenía muchos contactos extranjeros. ¿Por qué no salió pitando en lugar de estar esperando un mes después de que dieras la orden de arresto de su culo traidor?

—Sencillo. Para poder llevar a cabo su plan.

—Ahí es donde veo el problema. ¿Qué es lo primero que te dijo Wynn después de la explosión?

—Me preguntó si lo había hecho Salena Kaye.

—No. Literalmente, por favor, detective.

Heat se imaginó al anciano en el suelo de la cocina. Todo se repitió como en una película.

—Dijo: «¿Ha sido Salena? ¿Me ha encontrado Kaye?».

—¿Ves? No es que sea importante, ¡es que es tremendo!

—Tiene razón. —Randall Feller no pudo resistirse a intervenir y se acercó—. Eso de «me ha encontrado» suena a que Wynn se estaba escondiendo de su propia cómplice.

—Y si Salena Kaye le dio la espalda y él seguía escondido en Nueva York, eso indica que su propia organización le repudió y él se quedó sin los recursos para poder pasar la frontera sin ser detectado —continuó Rook—. He visto eso mismo en mis amigos espías de Europa. Un día eres el vagón central de la caravana y al siguiente

estás escondido en un contenedor de basura, temeroso de mostrar la cara e incapaz de subir a un avión.

—La cuestión es por qué de repente querían verlo muerto —preguntó Feller.

—Espero poder resolver esa duda —respondió Heat—. Puede que porque yo le pusiera en peligro al haber sobrevivido. Cuando salí viva de aquella estación de metro, el tío Tyler entró en la lista de objetivos de alguien, porque, si le capturábamos, podría delatar a sus compañeros de conspiración.

—Muy buena razón —observó Rook—. Eso también responde a por qué Salena se quedó. Para acabar con él.

—Y conmigo —añadió Nikki.

—Ya estamos. —Rook le guiñó un ojo a Feller y, a continuación, miró a Nikki—. Todo tiene que ver contigo, ¿no?

—¿Creéis que Salena Kaye le mató? —preguntó Sharon Hinesburg. Randall Feller no era el único detective incapaz de resistirse a la sesión de puesta en común de ideas. Pero aquella incorporación era de extrañar en Hinesburg. Puede que al final estuviera tratando de cambiar.

—Desde luego, Kaye es la primera de la lista —respondió Heat.

Feller frunció el ceño.

—Pero ¿su *modus operandi* preferido no es el veneno?

—El preferido es el que sea más efectivo —dijo Nikki.

—¿Y estamos seguros de que él no estaba preparando una bomba y le estalló? —preguntó Feller.

Heat negó con la cabeza.

—No había materiales para la preparación de bombas en su apartamento.

—Por favor, estamos hablando de Sutton Place —dijo Rook con fingida indignación—. La comunidad de vecinos no lo permitiría.

—Los registros de la conserjería indican que hubo una entrega de un paquete a su apartamento —explicó Heat—. Un servicio de mensajería local, sin rastro. Probablemente falso.

—Entonces, si él no estaba justo al lado de la explosión, es probable que el paquete no estuviese manipulado para su apertura —dijo Rook.

—Eso indica que tenía un temporizador o un detonador por control remoto. —Heat volvió a mirar su correo electrónico—. Sigo esperando noticias de ello. Los técnicos forenses y la brigada antiexplosivos están en ello.

—Tienes muchas cosas de las que ocuparte —dijo la detective Hinesburg—. ¿Y si yo hago el seguimiento y veo qué saco? —Nikki aprobó aquella débil conexión en un intento por redimirse y dijo que sí.

Ya fuera porque se trataba del antiguo sentimiento de culpa de Heat o solo porque quería demostrarse que podía hacer malabarismos con todo, Nikki pasó el resto del día removiendo el caso Arcoíris. Por fin había sucumbido a llamarlo así, lo cual, horas después, constituyó el único avance en toda la investigación. Satisfecha porque

su brigada siguiera dedicada a la búsqueda de Arcoíris, Heat se permitió cierta indulgencia. Como si tuviera un picor causado por una hiedra venenosa, no pudo contenerse, pese a que sabía que probablemente aquello causaría más perjuicio que bien.

—Hola, aquí Vaja —respondió al otro lado de la línea el hombre, cuya voz suave y entonación euroasiática hizo que ella lo imaginara en un café de Tiflis recitando poesía.

—Doctor Nikoladze —dijo Heat con tono alegre y despreocupado—. Soy Nikki Heat. ¿Cómo va el negocio de los perros? —Pudo oír la brisa del río Hudson en el auricular de él y el lejano sonido de los ladridos de sus pastores georgianos—. ¿Le podré ver este invierno en Westminster?

—Ya hemos tenido esta conversación, detective. Buenas noches. —Se oyó un susurro en el teléfono, un perro ladró y se cortó la línea. «Fin de la llamada».

Levantó la mirada del cristal en blanco de la pantalla de su iPhone y olvidó su preocupación al ver a Rook, que se había puesto su chaqueta de sport y se había colgado su bandolera Coach en el hombro.

—Aún me queda aquí una hora o dos, por lo menos —dijo.

—Sí, ya me lo imaginaba. —Se ajustó la correa del bolso para apoyarla entre su cuello y el de la chaqueta—. Tengo que hacer una llamada y luego una reunión. Unas copas. Y probablemente terminemos cenando. —El plexo solar de Nikki se alteró. Con un destello irracional, los imaginó a él y a Yardley Bell en uno de sus sitios favoritos. Bouloud, Balthazar o Nobu. O, lo que era peor, en uno de los que frecuentaban Jamie y Yardley cuando eran pareja—. Más asuntos para la revista —dijo.

—Espero que sean buenos.

—Ya veremos. Mi agente me ha concertado una cita con unos ejecutivos de los estudios de cine Castle Rock. Solo es para tantear, pero quieren hablar de la posibilidad de convertir los artículos de Heat en película.

Nikki habría preferido que hubiese sido un encuentro con Yardley a la luz de las velas y dándose fresas el uno al otro. Bueno, puede que no, pero casi.

—¿Estás de broma? ¿Una película? ¿Basada en mis... artículos? —Escupió aquella última palabra. La sala casi había quedado vacía a esas horas pero ella mantuvo la voz baja de todos modos.

—Vamos, no es nada. Te reúnes, hablas. Es como un baile. No hay nada acordado, ni lo va a haber, sin hablarlo antes contigo. —Rook se rio tratando de aligerar la tensión.

Ella lo despachó con un movimiento de la mano, solo para dejarlo estar por el momento. Aquella idea seguía molestándola, pero Nikki hizo una rendición táctica porque no podía soportar la presión de un ápice más de conflicto en su vida. Pero sabía que aquello no era más que darle largas.

—Lo entiendo. Está bien. De verdad. —Se puso de pie y le dio un abrazo—.

Después de haber pasado una noche en el sofá de aquí voy a irme a casa para meterme en la cama temprano, así que ¿por qué no nos vemos por la mañana?

Él se inclinó hacia delante. Ella le dio un beso adecuado al lugar donde se encontraban, vio cómo se iba y se sentó cinco minutos para meditar y tranquilizarse.

Nikki llegó a casa con una bolsa de comida para llevar del restaurante Duke's de la esquina. Durante una cena reconfortante de macarrones con queso y costillas con salsa al estilo de Kansas City, Heat se puso a ver un partido de béisbol en la televisión. Tras su baño, los hinchas empezaban a cantar «Take Me Out to the Ball Game^[4]» y ella se acomodó en el sofá envuelta en una manta mientras luchaba contra el sueño en un intento por mantenerse despierta hasta las últimas entradas. Ganó el sueño.

El teléfono la despertó. Quitó el volumen del programa posterior al partido y cogió el móvil. «Número desconocido», decía la pantalla.

—Tenías que saber que serías la siguiente —dijo la voz de Darth Vader.

Arcoíris.

El corazón le empezó a latir con fuerza ante la sorpresa. Se puso de pie y se echó por encima el albornoz, un acto reflejo.

—Está llamando fuera del horario de trabajo —dijo ella mientras trataba de ocultar la vulnerabilidad que sentía con cierta perspicacia. La llamada a su teléfono personal había tenido su efecto. La había asustado.

—Estoy aprovechando el tiempo al máximo —contestó él—. ¿Quién sabe cuántas horas le quedan de vida? Bueno... —Se rio—. En realidad, yo sí que lo sé.

—Va a quedar decepcionado.

—Puede ser —dijo él. A pesar de la alteración electrónica, ella notó la firmeza de sus palabras—. Es usted un desafío, Heat. Como le dije, es más lista que los otros. —Hizo una pequeña pausa y, después, añadió—: Pero ¿sabe una cosa? Eso me da que pensar.

—¿A qué se refiere?

—A que usted aún no lo sabe. A eso me refiero. —Después, colgó.

Heat sentía que debía hacer algo, pero ¿qué? Si llamaba a Irons para informarle de esto, la agobiaría con un servicio de guardaespaldas o, lo que era peor, la apartaría del todo, como había hecho un mes antes con la baja obligatoria por motivos psicológicos. Se le ocurrió llamar al detective Feller, y también a Raley y a Ochoa. Todos ellos le habían demostrado en alguna que otra ocasión lo que significaba para un policía contar con el respaldo de otro. Pero no quería hacer saltar las alarmas ni distraerles de su trabajo en la búsqueda de pistas. Lo mismo pasaba si llamaba a su distrito policial. El número Trece se había encargado de vigilar su puerta antes con un

coche de policía, pero, una vez más, eso podía provocar un efecto en el capitán Irons. ¿Y Rook? Miró su reloj. Casi las once de la noche.

Lo llamó, sabiendo que le serviría más como compañía que como protección, pero la compañía le vendría bien. Contestó al tercer tono.

—Hola, ¿qué pasa? —Rook hablaba en voz baja, apagada, con la voz que ella le había visto poner al responder llamadas cuando estaba en algún lugar donde no podía hablar.

—¿Es mal momento?

—No, en absoluto. —Heat pudo oír el sonido de cubiertos y de una conversación durante la comida, algo como «Nathan estaría bien en el papel si estuviese disponible». Nikki notó que Rook ponía la mano alrededor del auricular—. Solo estamos lanzando ideas con los de Castle Rock. ¿Puedo llamarte en diez o quince minutos? ¿Estarás despierta?

—No pasa nada, sigue con tu reunión. Solo quería darte las buenas noches.

—Buenas noches también para ti. —Ella notó que él trataba de parecer natural y también su propia decepción al ver que no lo conseguía.

—Te veo mañana en comisaría —dijo ella. Solo con escuchar su voz se había tranquilizado. Fue a comprobar la puerta de su casa y todas las ventanas y, a continuación, se fue a la cama con la Sig Sauer desenfundada en el suelo junto a la mesita de noche.

Un dulce cansancio se apoderó de ella y empezó a flotar en un placentero descenso hacia lo desconocido. El sonido de la llegada de un correo electrónico a su teléfono la despertó a las siete. Nikki se apoyó en un codo para mirarlo. El agente Callan quería mantener con ella una conversación telefónica esa mañana. Escribió contestándole que sí y, después, volvió a dejarse caer, se estiró y tomó una larga y refrescante bocanada de aire mientras deseaba haberle pedido a Rook que fuera a su casa. Se dio la vuelta para mirar su almohada y se incorporó, temblando de miedo al ver lo que había sobre ella.

Un trozo enrollado de cordel naranja.

—Dime que esto no ha pasado de verdad —dijo Rook—. ¿Has dejado que un asesino en serie toque mi almohada?

Heat se rio por primera vez en varios días. Cuando la risa se le atragantó y reprimió las lágrimas, él la agarró y Nikki se abrazó a él envolviendo con sus largos brazos su espalda y apretando la mejilla contra su pecho para poder oír un corazón afectuoso.

Detrás de ellos, se oyó que alguien se aclaraba la garganta. Benigno DeJesus, del equipo de recopilación de pruebas, estaba en la puerta del apartamento de Nikki. Detrás de él esperaban sus hombres, también vestidos con monos blancos, fundas en los zapatos, guantes, gorros y mascarillas.

—Me encantan los disfraces, niños, pero el último que vino preguntando «truco o trato» se llevó todos los ositos de goma.

DeJesus no se había levantado todavía la mascarilla pero ni siquiera así ocultaba la seriedad que emanaba debido al carácter de su visita. Saludó a Nikki con cordialidad, aunque ni siquiera hicieron el intento de estrecharse las manos, pues los dos tenían mucha experiencia en la actuación en escenarios contaminados.

—Me alegro de que seas tú —dijo Nikki. Y no era la primera vez. Nunca había trabajado con un detective forense mejor que Benigno y había pedido que fuera él cuando llamó.

—Empieza contándome lo que hiciste anoche. —Sacó un cuaderno cuadriculado y, con rapidez y pericia, hizo un dibujo de la entrada, la sala de estar y la cocina—. Dime todos los sitios a los que fuiste y todo lo que tocaste, por muy tonto que sea, desde que llegaste a casa hasta ahora.

Ella le narró su recorrido al detective DeJesus, incómoda al ser ella la testigo para variar. Él hizo alguna anotación en el cuaderno y, cuando terminaron en el dormitorio, incluyendo fotografías de referencia del cordel, que aún estaba sobre la almohada, le preguntó si había notado algo que estuviera fuera de lugar.

—Incluyendo antes y después de que llegaras.

—¿Antes? —preguntó Rook. A continuación, lo comprendió—. Joder... —Cayó en la cuenta de la posibilidad, al igual que Nikki cuando descubrió el cordel, de que Arcoíris hubiera estado ya dentro del apartamento, escondido, cuando ella llegó a casa y se quitó la pistola, y que pudo esperar a que ella se acostara e incluso que hiciera su llamada desde un armario o desde el baño.

—No hubo nada antes que me llamara la atención —respondió ella—. Y esta mañana, salvo que mi cámara de seguridad estaba apagada, cosa que fui a comprobar en primer lugar, nada más. Absolutamente ninguna alteración.

—Si hay algo que se pueda encontrar, lo encontraremos. —Los dos sabían que aquello era posible. Heat y Rook salieron para la comisaría mientras los técnicos encargados de la recopilación de pruebas se ponían manos a la obra. Nikki se detuvo

en la entrada para lanzar otra mirada a su apartamento antes de irse, imaginándose al asesino en serie deambulando por allí mientras ella dormía. Cuando subieron al ascensor, le dijo a Rook que ahora entendía a qué se refería la gente cuando decía que se sentía como si alguien hubiese caminado por encima de su tumba.

Rook pulsó el botón de la planta baja.

—Pues caminemos nosotros por encima de la suya.

Algún gracioso debía haber asaltado el cuarto de suministros de emergencia de la comisaría, pues cuando Heat y Rook entraron en la sala todos los detectives estaban echados sobre las mesas con la cabeza en una almohada. Aquel humor negro le sentó mejor que cualquier abrazo que pudieran haberle dado a Nikki. Aquello requería una respuesta acorde.

—Justo lo que pensaba. Los asesinos andan por ahí sueltos porque todos estáis durmiendo en horas de trabajo. —Para indicar el cambio de la broma al trabajo, levantó su café con leche sin detenerse en su mesa y todos se agolparon para la reunión informativa de la mañana. Se habían acabado las bromas—. Está claro que tenemos que hablar de Arcoíris en el orden del día —empezó a decir mientras ellos se colocaban en sus sillas alrededor de los paneles informativos de los asesinatos—. Pero primero, una puesta al día sobre la bomba en casa de Tyler Wynn. Detective Hinesburg, ¿te has puesto en contacto con la brigada antiexplosivos y con el departamento forense?

El rostro de la detective palideció.

—Eh...

—No me das mucha tranquilidad, Sharon.

—No, no. Sí que he hablado con ellos —dijo ella llevando la mano hacia el suelo para meterla en su enorme bolso—. Solo me has pillado desprevenida y no estaba segura de tener mis notas.

Heat esperó a que sacara su cuaderno.

—Y también ibas a preguntar si el detonante llevaba un temporizador o fue por control remoto.

—Temporizador —respondió ella sin abrir el cuaderno.

—Gracias. —Nikki lo escribió en la parte dedicada a Tyler Wynn y, después, apartó aquel panel. Mientras Raley y Rhymer acercaban los paneles del asesino en serie para ponerlos en su lugar, Heat informó a su brigada de la llamada de Arcoíris y de su sigilosa entrada en su dormitorio—. El disco duro conectado a la cámara que hay sobre la puerta de mi casa ha desaparecido y el conserje de mi edificio no dejó entrar a nadie.

—Ese tío está actuando delante de tus narices —dijo Ochoa.

El detective Feller imitó una pistola con los dedos.

—A mí me gustaría meterle una bala justo encima de las suyas.

—Por si nadie lo ha notado, no me ha matado cuando ha tenido oportunidad de sobra —dijo Nikki para avanzar—. Yo creo que Arcoíris encuentra su motivación

sobre todo en sus manipulaciones.

—Está jugando. Quiere demostrar que es más inteligente que la famosa detective Heat. —Cuando Malcolm dijo aquello aludiendo a la fama de ella, Heat intercambió una breve mirada con Rook—. Probablemente le pirre eso. Si es más astuto que tú... —El detective se dio cuenta de adónde llevaba aquella idea y se detuvo ahí terminando con un «Perdón».

—No te preocupes, Mal —contestó Heat—. Creo que todos sabemos cuál es el peligro.

—Y mira cómo se burla de ti —dijo el detective Reynolds con una expresión de indignación—. Me refiero incluso a aquellos calcetines desparejados de Joe Flynn.

—Sí, todos lo hemos visto. Es el precio de ver tu vida impresa en papel. —Esta vez, Nikki no miró a Rook. Se giró hacia Feller—. Randall, ¿alguna idea de cómo ha conseguido saber que Joe Flynn estaba relacionado conmigo?

—Aún no. Pero estoy en ello.

—Ese Arcoíris debe ser una especie de genio malvado. O sea, ¿qué tipo de cerebritito puede hacer todas esas conexiones desde Conklin hasta llegar a ti?

—Yo no creo que lo haya hecho él —respondió Rook.

—Señor Pulitzer, yo creo que lo de los cordeles demuestran lo contrario.

—Eso depende del extremo al que estés mirando, ¿no? —Rook se acercó a los paneles de los asesinatos—. A veces, cuando juego a los Seis Grados de Marsha Mason, hago trampa. No estoy orgulloso de ello, pero es así. Y cuando hago trampa, ¿sabéis cuál es el sistema? No escojo a un famoso y avanzo hasta llegar a Marsha Mason. Empiezo con Marsha Mason y voy hacia atrás. —Se detuvo y vio que todos empezaban a prestarle atención—. Arcoíris sabía en todo momento que quería comparar su astucia con la de la detective Heat, así que empezó por ella y fue haciendo sus conexiones desde ahí. —Para ilustrar lo que decía, apuntó a Nikki y, después, a cada víctima, pero esta vez en sentido contrario. Desde Heat hasta Flynn, luego Doug el Chinchis, luego Berkowitz y, después, Conklin... Es más fácil cuando vas hacia atrás. Cuando llegas a Conklin, es casi una elección aleatoria.

—Pero no tan aleatoria —intervino Rhymer—. Echa un vistazo. Desde Conklin hasta Flynn, cada persona que está en ese panel, sin excepción, es una especie de investigador. Restaurantes, defensa del consumidor, recuperación de obras de arte... Este tío está obsesionado con dirigir su objetivo hacia los inspectores. Puede que para demostrar que él es más listo.

—Eso tiene sentido. Mucho —dijo Ochoa—. Pero a mí no me importa lo listo que él se crea que es. Seguiremos buscando. Vamos a descubrir cuándo mete la pata y le vamos a pillar con las manos en la masa.

—Yo te diré cuándo va a meter la pata —dijo Heat—. Cuando venga a por mí.

Después de que la brigada se disolviera para ponerse a trabajar, Nikki hizo dos llamadas con discreción: una a Bridgeport, Connecticut, y la otra a Providence, Rhode Island. Los detectives jefe de cada departamento tuvieron la misma reacción

cuando ella habló con ellos. Disgustados porque nunca habían caído en que las víctimas del asesino en serie habían sido inspectores de distinto tipo. Desde perito de seguros hasta gerente de recursos humanos, todos se ajustaban al perfil.

—¿Qué es lo que intenta hacer este tipo? —preguntó el detective de homicidios de Providence—. ¿Demostrar que es más listo que Sherlock Holmes?

El capitán Irons llegó a media mañana de su reunión semanal sobre estadísticas del sistema CompStat en la central. Las sesiones de CompStat consistían en un ritual de control durante el cual los jefes de los distritos policiales de la ciudad presentaban las estadísticas de los delitos a los inspectores del Departamento de Policía de Nueva York y, después, eran públicamente sometidos a difamación, engatusamiento y burlas ante sus colegas. Por muy terrible que fuera someterse a un proceso así, Iron Man procedía de un puesto administrativo, no de la calle, así que normalmente Wally sobrevivía a aquel reto en la central de la policía porque se centraba en su único punto fuerte, pues le hacía quedar bien sobre el papel.

Nikki vio cómo dejaba su maletín y se quitaba el abrigo y sabía que sería cuestión de minutos antes de que viera el informe de la visita nocturna de Arcoiris. Encontró a Rook mirando en el frigorífico de la pequeña cocina.

—¿Quieres venir a ver a la forense?

—Como una bala.

Cruzaron Central Park por la transversal de la calle 81 teniendo que padecer la hora punta al atravesar la ciudad.

—¿En qué punto nos encontramos con el Hombre de los Acertijos? —preguntó ella.

—No lo sé.

—¿No deberías llamarle?

—No hay que presionar al Hombre de los Acertijos.

—¿Por qué no?

—No quiero saberlo —contestó Rook—. El Hombre de los Acertijos es... todo un enigma.

Poco después de que Nikki girara hacia el sur por la Segunda Avenida, sonó su teléfono y se puso el auricular.

—Mi llamada al Departamento de Seguridad Nacional —le explicó a Rook—. Quédate callado y no me hagas reír.

—¿Heat? Soy Bart Callan. Conectamos con la agente Bell.

—Aquí estoy —dijo Yardley con tono seco, incluso tratándose de ella.

—Seré breve —empezó a decir Callan—. Considérelo una pequeña advertencia sobre el protocolo que el equipo ha de seguir.

Nikki notó cómo el pulso se le aceleraba y se preguntó si debía aparcar el coche para atender aquella llamada.

—Vale.

—Vaja Nikoladze —dijo Bell—. Se le prohibió explícitamente ponerse en contacto con él y, sin embargo, ¿qué ha hecho usted? Ponerse en contacto con él.

—Ha llamado para quejarse.

—Podemos decir que esto es un *déjà vu* —le explicó el agente Callan, ya fuera para evitar que los ánimos se caldearan o para jugar al poli bueno y al poli malo. ¿Quién podía saberlo?—. Puede que usted esté acostumbrada a una estructura un poco más elástica...

—Vamos, Bart, échale un par —espetó Yardley—. Heat, usted no puede, repito, no puede volver a saltarse una norma. Si vuelve a ocurrir, nuestra relación quedará más congelada que un mes de enero en Alaska, ¿entendido? Bien. Voy a colgar.

—Esto es incómodo —dijo el agente Callan—. Pero no lo tome como algo personal. Limitémonos a seguir avanzando, ¿de acuerdo?

Pero Heat ya había colgado. Lanzó su auricular sobre el salpicadero furiosa.

—¿Algún problema, detective? —preguntó Rook.

Nikki giró la cabeza hacia él.

—Tu amiga, chico escritor.

—¿Voy a tener que quedarme sentada en tu vestíbulo toda la noche con una escopeta? —preguntó Lauren Parry cuando Heat entró en el pequeño despacho que había al lado de la sala de autopsias—. Porque si no te haces con una unidad de guardaespaldas, eso es lo que voy a hacer.

—No paro de decírselo, doctora —añadió Rook al entrar.

—Has hablado con Miguel, ¿verdad? —preguntó Nikki.

—Claro que he hablado con Miguel. Y el apuesto y elegante detective Ochoa y yo estamos de acuerdo en que estás loca por no contar con protección, chica. ¿Y sabes por qué? Porque tenemos sentido común. —Heat se preguntó si existía un solo lugar en todo Manhattan donde pudiese encontrar un poco de paz esa mañana. La doctora Parry debió de darse cuenta de su nivel de estrés porque suavizó su discurso—. Vale, ya lo he dicho. Pasemos ahora a un asunto más agradable, la nueva autopsia que le he hecho a Ari Weiss. —Señaló a través de la ventana al B-23, la sala de autopsias del sótano.

—¿Está aquí? —preguntó Rook—. Nunca he visto un cuerpo exhumado. ¿Puedo verlo? —No esperó a que le dieran permiso y se acercó rápidamente al cristal.

—He visto a niños de cuatro años hacer lo mismo en el lavadero de coches, pero es la primera vez que lo veo aquí.

El cuerpo en posición supina de un hombre ocupaba la mesa más cercana. Rook miró de nuevo a la forense.

—Me esperaba algo más asqueroso.

—Entonces, vuelve dentro de cincuenta años. Los cadáveres que han estado en un

ataúd herméticamente cerrado en un ambiente seco se conservan bien.

—¿Incluso después de once años?

—Incluso después de once años.

—Qué poco divertido —dijo Rook.

Con un silencio contemplativo, Nikki miró por la ventana el cuerpo del antiguo socio de Tyler Wynn. El hombre al que su madre había estado preparando como confidente y que, en opinión de Heat, era demasiada casualidad que hubiese muerto poco después que ella.

—¿Has visto alguna confirmación de la enfermedad de la sangre de Weiss? —le preguntó a Lauren.

—¿La babesiosis? Podemos esperar los resultados del laboratorio o puedo decirte lo que pienso ahora mismo. Deja que te muestre por qué te he pedido que vengas.

Se pusieron los trajes y siguieron a la forense al interior de la enorme sala. Cuando se acercaron, pudieron ver que, aunque había empezado a reducirse al esqueleto por algunos sitios y mostraba una ligera descomposición de tejidos, el cuerpo permanecía notablemente intacto.

—Ya me conoces. Nunca me la juego sin ver antes los resultados de los análisis —dijo la médico.

—Sí, pero te encanta darle a todo un poco de suspense —contestó Heat.

Incluso debajo de su mascarilla, estuvieron seguros de que la forense sonreía.

—Es por la gente. Me encanta ver a la gente en ascuas.

—Considéranos lo suficientemente seducidos.

—Bien. Pronostico que el análisis va a decir que Ari Weiss no murió de ninguna enfermedad de la sangre, sino por la sangre... que perdió. —Con un ademán, Parry apartó la sábana que cubría el torso de Weiss. Cuando Nikki vio la enorme herida por arma blanca, recordó el apuñalamiento de su madre y sacó rápidamente sus conclusiones.

También Rook, pero él se mostró algo más efusivo.

—La mejor exhumación que he visto nunca.

El nombre que aparecía en la pantalla del teléfono de Nikki era «Televisión WHNY». Se metió en el asiento del conductor en la puerta del departamento forense y levantó el teléfono hacia Rook.

—No estoy segura de querer esto.

—Yo contesto. Creo que el concurso de *Dialing for Dollars* de Channel 3 es a esta hora, entre los capítulos que están reponiendo de *Grace under fire*. Puedes ganar dinero y premios muy valiosos de sus orgullosos patrocinadores.

Tras pensar que tendría que enfrentarse antes o después a la petición de una entrevista, Heat decidió responder a la llamada.

—Detective, soy George Putnam —dijo el director del telediario de Channel 3—.

¿Recuerda aquella pequeña treta que hizo la otra noche cuando se apropió de la sección de Greer Baxter?

—Escuche, señor Putnam —dijo Nikki mientras arrancaba y hacía un gesto a Rook para que se pusiera el cinturón—. No voy a disculparme por haber hecho uso de un medio de comunicación para ayudar en una investigación.

—No busco una disculpa. La llamo porque alguien ha respondido a su petición. No parece ningún loco y dice que es urgente. Espere, le pongo al habla con él. —Tras una pausa muy breve, Putnam anunció—: Está en conexión con la detective Heat. Dígale lo que me ha contado.

La voz del hombre parecía apagada, poco más que un susurro.

—Oiga, no puedo hablar muy alto. Ella está aquí.

—¿Quién? —preguntó Heat, bajando sin darse cuenta el tono para ajustarlo al de él.

—La señora cuya foto enseñó usted en la televisión. Soy el gerente de la empresa de alquiler de coches Surety de Fulton. Ella está ahora en el mostrador.

Heat miró hacia atrás e incorporó el coche al tráfico.

—¿Está seguro de que es ella?

—No. Pero desde luego se le parece.

—¿Qué está haciendo?

—Quiere alquilar un camión.

A pesar de los esfuerzos necesarios para entrar y salir por sus rampas, la Franklin Delano Roosevelt ganaba la partida de la ruta más rápida desde Kips Bay al bajo Manhattan. Heat calculó el tiempo que perdía en maniobrar para entrar y salir de la autopista y recuperó con creces ese tiempo en rodear los caminos de una dirección y los embotellamientos.

Aceleró y puso en marcha el Código Tres para delicia de su acompañante periodista. Cuando pasaron por el puerto de South Street para tomar Fulton, Heat apagó la sirena para así, si aquella mujer era de verdad Salena Kaye, no ponerla sobre aviso de su llegada. Mientras Nikki se concentraba en el volante, le pasó el teléfono a Rook para que pulsara la marcación directa a Bart Callan en el Departamento de Seguridad Nacional, quien pasó la llamada a sus agentes para que fueran a detenerla.

Rook vio el letrero de la empresa de alquiler de coches más adelante a la derecha, junto a un aparcamiento subterráneo.

—Te lo digo en serio, quédate en el coche —le avisó Heat. Dicho aquello, paró el vehículo y salió justo en medio de la calle, dejando el motor en marcha y las luces de emergencia encendidas mientras corría dos puertas más allá por la acera y entraba en el aparcamiento con la mano en la cintura.

Un hombre asiático con camisa de manga larga y corbata abrió la puerta de cristal que daba a la oficina de alquiler cuando Heat se acercaba.

—Por ahí, detective. La ha visto. —Apuntó inmediatamente a un hueco de ladrillos en la esquina del aparcamiento donde giraba una rueda que movía una cinta transportadora amarilla que se introducía por un agujero de un metro en el suelo de hormigón. Heat se detuvo.

Una plataforma elevadora.

Ya había visto antes esas cosas. Esos elevadores se utilizaban en las obras de toda la ciudad y en los aparcamientos. Ella nunca había subido a uno y no esperaba tener que hacerlo. No desde que era una agente uniformada y tuvo que vigilar los restos del guarda del aparcamiento que se había caído de uno de esos. Lo que de verdad recordaba era la mancha alargada de sangre de aquel pobre hombre sobre la cinta que no paraba de dar vueltas hasta que alguien la apagó.

Nikki miró hacia la calle esperando ver algún refuerzo del Departamento de Seguridad Nacional. Después, se dirigió al elevador y apoyó un pie en la plataforma. Se agarró a la palanca de seguridad y subió en ella.

No le importaba tanto caerse como su vulnerabilidad. Desaparecer por un agujero del suelo era una cosa. Bajar de pie a través de un agujero en el techo del nivel de abajo con la espalda expuesta a un aparcamiento te convertía en una presa fácil. Así que Heat desobedeció las normas de seguridad y, agarrada a la manilla con una mano, le dio la espalda a la cinta en lugar de mirarla y sostuvo con la mano libre su pistola. Heat saltó al nivel 2, encontró la protección de un cubo de basura metálico y vio la fila de coches de alquiler aparcados bajo el zumbido de los tubos fluorescentes.

En Fulton se oían los pitidos de los coches. Rook tomaba aquellos pitidos como la sección de metales de la banda sonora de Nueva York, pero cuando se giró y vio la larga cola que había provocado el mal aparcamiento de Heat, salió, hizo una señal con la mano a la cola al rodear el maletero y se metió por la puerta abierta del asiento del conductor.

—Técnicamente sigo estando dentro del coche. —Metió la marcha y apartó el Crown Victoria a un lado, aún aparcado en doble fila pero dejando suficiente espacio para que los demás pasaran.

Antes de hacer ningún movimiento, Heat miró hacia arriba. La última vez que había estado en un aparcamiento con Salena Kaye, esta había caído sobre Nikki desde arriba. Conoce a tu enemigo, pensó, y después avanzó con lentitud, apoyando con cuidado las suelas de sus zapatos sobre el cemento, tanto para oír mejor como para que no la oyeran a ella mientras se agachaba para mirar por debajo de los coches.

Un sonido.

Una arenilla diminuta aplastándose bajo un zapato.

Heat giró la cabeza en esa dirección. En el instante en que se movió, vio el destello de la boca de un arma al otro lado del capó de un Jetta y el aire crepitó junto a su oreja. La bala dio en la pared que había tras ella y en su mejilla sintió el picotazo del polvo del cemento y de fragmentos de pintura.

—Policía, tire el arma —gritó. A continuación, se alejó de aquel lugar para

protegerse y se colocó junto al motor de un todoterreno.

El siguiente disparo perforó el capó del Ford Escape. Esta vez, Heat respondió con dos disparos de su Sig Sauer apuntando hacia el lugar desde donde había visto partir el destello. Y esperó.

Escuchó a través del denso sonido mientras el eco de los disparos se apagaba. No oyó nada. Ningún movimiento, ningún gemido. ¿Qué hacer?

Un buen policía siempre piensa en tácticas y en cubrirse.

Como contaba con un buen refugio y estaba esperando a los refuerzos, Nikki decidió mantener su posición.

Pero el juego cambió. Unos faros resplandecieron y se encendió un motor. Un coche japonés blanco salió chirriando de una plaza de aparcamiento y se alejó derrapando de Heat en dirección a la rampa de salida. Heat se levantó, se apoyó en el capó del todoterreno y lanzó otra ronda de disparos. La ventanilla de atrás del Versa se resquebrajó, pero el conductor giró por la curva cerrada y desapareció por la rampa hacia la planta de la calle.

Heat fue corriendo hacia la escalera.

El claxon del Nissan Versa sonó con un balido constante incluso fuera del aparcamiento mientras subía por la rampa desde abajo. Los peatones lo oyeron y se desperdigaron por la acera a cada lado de la entrada mientras salía por la boca del aparcamiento y cruzaba el carril de entrada para incorporarse a Fulton Street.

Jameson Rook pisó a fondo el Crown Victoria de la policía y se colocó en posición lateral delante del compacto japonés cuando salió a la calle. El impacto hizo que las dos ruedas más cercanas a él se levantaran unos centímetros del pavimento y empujó al pequeño coche contra la parte de atrás de un camión de cemento, haciendo que se desplegara el airbag delante de la cara de Salena Kaye.

Heat solo tardó unos segundos en salir a la calle, pero para entonces Kaye había salido ya por el parabrisas roto. Nikki miró por la calle y la vio alejarse renqueando por Fulton Street. Heat sabía que podía hacerla caer desde aquella distancia, pero no iba a poner en peligro a los testigos para demostrarlo.

—Pearl Street. Ya la tengo —dijo Heat mientras pasaba corriendo junto a Rook a la vez que este salía del Crown Victoria.

—¡Oye! ¡Me he quedado en el coche! —gritó él. Rook no estaba seguro de que ella le hubiese escuchado. Nikki ya había doblado la esquina. Improvisando su propia táctica, Rook le dijo al gerente de la agencia de alquiler de coches que dijera a la patrulla de refuerzo en qué dirección había ido Heat, después salió corriendo hacia Cliff Street, la calle que corría en paralelo a la de Nikki.

—Patrullas a dos minutos —le dijo Callan a Heat—. Oirás el helicóptero en cualquier momento.

—La he perdido —dijo ella a su teléfono móvil—. ¿Cómo narices he podido perderla en quince segundos? —Le dio al agente de Seguridad Nacional la descripción de la ropa de Salena Kaye y precisó su situación en Pearl Street mientras

miraba atentamente los escaparates de las tiendas y los salones de manicura a la vez que caminaba y hablaba—. Que vengan aquí. Que vengan aquí con todo ya. —Y colgó.

Rook conocía aquel barrio y su plan era continuar por Cliff Street hasta el cruce con John Street donde, en teoría, completaría un movimiento de pinza y se encontraría con Nikki en mitad de la manzana, obstruyendo cualquier intento de fuga de Kaye. Pero antes de llegar a John Street, miró en el interior de una tienda de comestibles y la vio. Vio a Salena Kaye en el mostrador de comida caliente tratando de mezclarse con la clientela.

Y Salena vio que él la había visto. Empezó a buscar en el interior de su chaqueta.

—¡Una bomba! —gritó Rook al entrar—. ¡Todo el mundo fuera! ¡Ahora mismo!

En medio de los gritos de pánico y la estampida que daba empujones a Salena Kaye, su movimiento del brazo se volvió lo suficientemente lento como para que él tuviera tiempo de embestir contra ella. El impulso de Rook hizo que terminaran golpeándose contra el mostrador de comida caliente y la pistola de ella cayó y se deslizó por el suelo de linóleo hacia la parte de atrás del establecimiento.

Rook tenía más de boxeador que de luchador cuerpo a cuerpo y ella se liberó fácilmente de su abrazo, le lanzó al suelo y se dispuso a buscar su arma. Pero como orgulloso holgazán universitario, Rook poseía un talento mejor que el jiu-jitsu: el disco volador. Apoyado en una rodilla, cogió un plato de plástico y ejecutó un lanzamiento perfecto que golpeó a Kaye detrás de la oreja. No cayó al suelo, pero el filo del plato la aturdió lo suficiente como para que aminorara el paso.

Kaye se giró confundida y recibió un aluvión de hielo de la barra de las ensaladas que él le lanzó con desesperación con ambas manos. Salena lo miró con desdén y se dio la vuelta para coger su pistola, pero los pies le salieron disparados al resbalarse con los cubos de hielo. Cayó al suelo con fuerza. Sin tiempo para correr hasta ella, Rook se tiró boca abajo y se deslizó por el suelo sobre una cama de cubitos de hielo, cogió la pistola de ella y se puso de pie apuntándola.

—Arresto ciudadano —dijo.

Heat apareció tras abrirse paso entre la multitud que había en la calle y se colocó en la puerta del establecimiento.

—Hola detective —dijo él—. Mira lo que he capturado.

Mientras él pronunciaba aquellas palabras, Salena Kaye tiró con fuerza del dobladillo de sus pantalones y Rook cayó hacia atrás al suelo. Rápidamente, se escabulló por entre las tiras verticales de vinilo que colgaban del techo y que daban acceso a la cocina. De nuevo, Heat no tuvo oportunidad de disparar porque corría el riesgo de dar a un cocinero o a algún dependiente. Despacio, se abrió paso entre los cubos de hielo y la siguió al interior de la cocina. La puerta de atrás estaba abierta. Nikki levantó la pistola y salió al callejón. Y lo encontró vacío.

Heat fue a toda velocidad hasta el final del callejón que daba a Pearl Street y miró a ambos lados. Incluso miró hacia arriba. ¿Cómo había podido suceder?

Salena Kaye simplemente se había esfumado.

Fulton Street se había convertido en un río deslumbrante de vehículos negros cuando Heat y Rook volvieron a la agencia de alquiler de coches. Todoterrenos y coches de potentes motores y matrículas blancas del gobierno de Estados Unidos invadían la manzana, que había sido acordonada. Unos técnicos forenses vestidos con monos empolvaban el destrozado Nissan y sacaban fotografías desde todos los ángulos. Más de lo mismo ocurría en el nivel inferior del aparcamiento, con el componente añadido del equipo de balística que estaba allí abajo examinando los pasos de Heat durante el tiroteo.

Heat y Rook encontraron al agente Callan sentado en el asiento trasero de su todoterreno Suburban con la puerta abierta y los pies apoyados en las plataformas exteriores hablando por un teléfono seguro vía satélite. Su mirada juvenil de *quarterback* parecía haberse curtido un poco. Los saludó con un movimiento de ceja, pero cerró la puerta para seguir hablando.

Un minuto después, salió y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Detective Heat, hemos entrado en una nueva dimensión de la angustia.

Heat negó con la cabeza.

—¿Cómo pudo desaparecer así de la calle? Yo iba justo detrás de ella. Es imposible que se evaporara de ese modo.

—Sí. Bueno, parece que hemos dado con algo importante. Estoy seguro de que usted ha estado un poco ocupada durante la última media hora, pero ¿ha sacado alguna conclusión de esto?

—Claro que sí —respondió Nikki.

—Vamos, Callan, todos la hemos sacado. —Rook miró a su alrededor para asegurarse de que no les oían ni la prensa ni ningún civil—. Salena Kaye forma parte de la trama bioterrorista y ha venido a alquilar un camión.

—Todos podemos llegar a esa conclusión —dijo Heat.

—Bueno, pues ahora podemos añadir otra cifra a la ecuación. —El agente señaló con la cabeza hacia la agencia de coches—. El gerente dice que quería alquilar un camión de carga E-350 para este fin de semana. —Nikki notó que le flaqueaban las piernas. Rook soltó un pequeño silbido. Callan continuó—: Exacto. Acabo de informar al consejero del presidente en asuntos de seguridad nacional de que existe una alta probabilidad de un atentado bioterrorista en la ciudad de Nueva York. Y será en los próximos tres o cuatro días.

El agente especial al mando Callan no le presentó como una opción la orden de que fuera con él a la Sala de Crisis del Departamento de Seguridad Nacional para una reunión de su comando especial sobre bioterrorismo.

—Mire, usted va a estar allí —le dijo apartándola de Rook—. Y si hay algún problema personal entre usted y la agente Bell...

—Creo que usted ya sabe que mi profesionalidad está por encima de eso —respondió ella interrumpiéndolo—. Sé lo que nos estamos jugando y jamás permitiría que mis sentimientos personales se entrometieran. —Y después, refiriéndose a él, añadió—: Cualquier tipo de sentimiento personal.

Una leve sonrisa, la primera muestra de ligereza que Nikki había visto en él desde su llegada, dobló los extremos de su boca.

—Supongo, entonces, que aquí somos todos profesionales.

—Y dado que el reloj continúa con su cuenta atrás, necesito dedicar mis energías a lo mejor que puedo hacer: trabajar en la calle. ¿Tengo tiempo de atar los cabos sueltos que hay por aquí?

Callan levantó el puño de la camisa por encima de su reloj de estilo aviador mientras la llevaba de nuevo hacia su todoterreno.

—Yo voy a irme ahora, pero si usted cree que puede invertir mejor su tiempo permaneciendo aquí, hágalo. Hay algunas personas que ya vienen de camino desde el Pentágono y el Centro de Control y Prevención de Enfermedades y van a acudir también a la reunión.

Rook oyó aquello y se aclaró la garganta.

—Él puede venir, ¿verdad?

—Yo soy su muro. Me tira cosas para que reboten. —Rook levantó una mano a modo de juramento—. Y todo será confidencial.

El agente se quedó mirándolo.

—Sí, el señor Rook puede acompañarnos, si eso significa que usted va a venir de verdad, detective Heat.

—Sí que iremos —contestó Rook.

—Una orden antes de irme —dijo el agente Callan mientras subía a su vehículo—. Ni una palabra de esto. No solo a la prensa, Rook. —Se dirigió a los dos—. A nadie. Ninguna mención a parejas, familia, amigos..., nadie. En la era de las redes sociales no queremos que se extienda el rumor y que cunda el pánico.

—De acuerdo —respondió Rook—. ¿Quién quiere que una amenaza viral se haga..., bueno, viral?

—Pensándolo mejor, Heat, déjele en el coche. —Cerró la puerta con un golpe y salió con un rugido hacia Varick Street con las luces rotativas ocultas dando vueltas en la rejilla del radiador de su todoterreno.

—Es usted como en la televisión —dijo Alan Lew, gerente del establecimiento de alquiler de coches Surety—. No parece oficial de policía. Es usted tan hermosa como una modelo. O una chica Bond.

—Gracias, señor Lew. Y gracias por su aviso. Ha sido muy valiente y enormemente útil.

—La fotografía de esa página web, *FirstPress*, no le hace justicia.

—Ah, ha visto el artículo —dijo Rook con un furtivo guiño a Nikki.

—Sí, estaba bien. Un buen artículo. Pero la forma de escribir... No es exactamente Shakespeare, ya sabe.

La sonrisa de Rook desapareció.

—Creo que la detective tiene algunas preguntas para usted, señor.

—Vamos a quedarnos con el contrato de alquiler que ella rellenó, si le parece bien.

—Por supuesto.

—Esta fotocopia que ha hecho usted es claramente de un documento de identidad falso y es con otro nombre.

—He fingido que la fotocopidora iba lenta para poder retenerla hasta que ustedes llegaran.

—Muy ingenioso. ¿Puede decirme qué ha estado haciendo ella durante ese tiempo?

El hombre rodeó el mostrador y se colocó donde había estado Salena Kaye. Heat hizo un pequeño boceto, como era su costumbre, y marcó el lugar. A veces, esas entrevistas eran mecánicas. Otras veces, aportaban claves. Según su experiencia, las personas motivadas como Lew solían ser buenos testigos, así que Nikki le prestó mucha atención.

—Estuvo sobre todo aquí la mayor parte del tiempo. Miraba mucho a su alrededor. Me estaba mirando la espalda mientras yo la llamaba. Hicieron falta dos intentos para poder dar con usted y no quería que se escapara.

—¿Puedo? —preguntó Heat. El señor Lew se hizo a un lado y ella se colocó donde él estaba y se giró—. ¿Miró a su alrededor así?

Él asintió con entusiasmo.

—Pero hacía esto. —Repitió el movimiento de ella pero llevándose un móvil a la oreja.

—Estaba hablando por teléfono. ¿Ha oído algo de lo que decía? ¿Algún nombre?

—No decía nada. Solo lo sujetaba —contestó el gerente.

Heat miró a Rook.

—Ve a la entrada por donde yo me metí, para comprobar si te veo venir. —Él salió rápidamente a la acera y entró por el acceso del aparcamiento, tal y como Nikki había hecho. En cuanto Heat lo vio, fue corriendo a la puerta de cristal y recorrió el camino de Salena Kaye hasta la plataforma elevadora cronometrándose. Volvió a la

oficina con aspecto pensativo.

Entró un agente de patrulla.

—Perdone, detective. Tenemos un testigo ocular.

En la puerta de la tienda de comestibles de Cliff Street, un mensajero en bicicleta dijo que había visto a Salena Kaye salir corriendo en una furgoneta plateada.

—¿Vio usted la matrícula? —preguntó Nikki.

El testigo negó con la cabeza.

—No tenía matrícula.

—¿Conducía ella?

—Un tío. —No tenía ninguna descripción del conductor—. Estaba demasiado concentrado en seguir con vida. La furgoneta estuvo a punto de hacerme puré cuando salió a toda pastilla de allí.

Un técnico de la Unidad de Emergencias había encontrado el bolso de Salena Kaye bajo el mostrador de comida caliente de la tienda.

—Ha debido caérsele cuando yo la tiré al suelo —dijo Rook para que todos le oyeran. Heat estaba demasiado ocupada colocando el contenido del bolso en una mesa como para prestarle atención.

Sacó una cartera de Eagle Creek con el documento de identidad falso, una tarjeta de crédito con el mismo nombre, unos cuantos cientos de dólares en efectivo, un lápiz de labios de marca muy conocida, un neceser de maquillaje disponible en cualquier supermercado y una llave de hotel a la que le habían quitado la placa de identificación. Heat encontró también un cargador de pistola de nueve milímetros.

—Las chicas siempre tienen que llevar un repuesto —dijo Nikki mientras lo colocaba al lado de los demás artículos. Al tocarlo con sus manos enguantadas, el bolsillo exterior del bolso parecía contener otro cargador, pero resultó ser un teléfono móvil. Nikki buscó las llamadas recientes y vio la última que había recibido. Coincidió con la hora en la que Kaye había estado en la oficina de alquiler de coches. Haciendo uso de su propio teléfono, Heat llamó a la brigada. Contestó Hinesburg.

—Hola, Nikki —dijo. Era la única que la llamaba por su nombre de pila, una costumbre que se encontraba en la mitad de la lista de sus cualidades molestas—. ¿Se ha puesto en contacto contigo ese informante?

—¿Te has enterado?

—Sí. Ha llamado un tipo que dice haber visto a Salena Kaye y que quería hablar contigo. He empezado a hacerle preguntas para asegurarme de que no era un chiflado y se ha puesto en plan cascarrabias, ha dicho que no podía perder el tiempo y me ha colgado.

Heat recordó que el gerente de la oficina de alquiler de coches le había dicho que había hecho dos intentos antes de ponerse en contacto con ella.

—Detective, ¿cómo es que no me lo has contado?

—Lo estoy haciendo. —Y a continuación, Hinesburg se rio.

—Detective.

—¿Quieres decir antes? No te he molestado antes porque he creído que era cosa de un loco.

Tal y como había hecho tantas otras veces al hablar con Sharon Hinesburg, Heat contó en silencio hasta tres antes de continuar:

—¿Tienes un bolígrafo? —Nikki le recitó el número que aparecía en las llamadas recientes del teléfono de Salena Kaye y le pidió que lo investigara—. Y Sharon, llámame de inmediato cuando lo tengas.

Después de colgar, Heat frunció el ceño y pensó hasta dónde podía llegar a meterse la pata. Después, pulsó la marcación rápida del móvil del detective Ochoa. Cuando respondió, ella le dio el número de teléfono y le pidió que lo buscara.

—Miguel, que Hinesburg no se entere de que lo haces. Le he pedido a ella que lo busque y no me fío de que lo vaya a hacer.

—¿Quieres decir ahora mismo? —Se rio y colgó.

—Crees que alguien ha llamado a Kaye para avisarla, ¿no? —dijo Rook.

Heat continuó revisando el bolso.

—Puede ser. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque antes, en la agencia de coches, cuando me has pedido que saliera para recrear la entrada haciendo de ti era imposible que Salena Kaye pudiera haberte visto sin que tú la vieras a ella también.

—No a menos que ella tenga visión de rayos X y me haya visto llegar a través de la pared cuando iba por la acera. —Levantó los ojos del bolso y le miró con una sonrisa—. Ha sido una buena deducción, chico escritor.

—Lo he visto desde tu perspectiva, Nikki Heat.

—Ya puedes dejarlo.

—Hecho —contestó él.

—Bueno, vamos a ver... —De un pliegue del fondo del bolso sacó una pequeña tarjeta de plástico, más o menos del tamaño de un vale de regalo de un supermercado—. Alguien se ha apuntado a un gimnasio. —Levantó la tarjeta con el código de barras para que él pudiera verlo—. Coney Island Workout.

Macka, el propietario del gimnasio, hizo una pausa en su tarea de enrollar toallas y colocarlas en casillas para leer el código de barras con la pistola de infrarrojos de la Recepción.

—Compró un bono mensual. ¿Es esta la persona a la que buscan? —Giró la pantalla plana del ordenador hacia ella. La fotografía identificativa con expresión seria de Salena Kaye, tomada allí mismo sobre la pared azul claro, los miraba fijamente. Pero el nombre era el mismo de la tarjeta de crédito y del carné falsos, no el real.

—Es ella —contestó Heat—. ¿Tiene una dirección?

—Claro —respondió él mientras movía el archivo para que ellos lo vieran—. Está en Fairfax, Virginia. —Aquello no sorprendió a Heat. Se dio la vuelta para echar un vistazo al gimnasio con la esperanza de encontrar a alguien con quien Salena hubiese hecho ejercicio. También algo improbable. Kaye debía de ser una mujer solitaria y debía de utilizar aquellas instalaciones solo para mantener en forma su fuerza para luchar. Macka continuó hablando—: Pero sé dónde vive. Está de buen ver, ya sabe. Una noche estaba yo esperando mi autobús y la vi entrar en el Coney Crest de Surf Avenue.

—Perdona, pero ¿no vas a llamar a nuestros primos de Seguridad Nacional? —preguntó Rook cuando se dirigían hacia allí.

Heat sabía que debía hacerlo, pero respondió:

—Eso nos ralentizará. —Lo dijo con un tono de perfecta sinceridad: el que también le servía para camuflar una verdad más profunda. Alguien podía haber avisado a Salena Kaye de la visita de Heat a la agencia de alquiler de coches. Nikki simplemente no iba a dar ocasión a que eso pudiera pasar de nuevo y tomó la decisión práctica de que esta incursión sería rápida como el rayo, de mínima envergadura y solamente conocida por los participantes allí presentes. Solo hizo dos llamadas. Una a Benigno DeJesus, cuyo equipo de recopilación de pruebas había terminado de rastrear el apartamento de Heat, y la otra a la comisaría del distrito dieciséis para solicitar que unos agentes establecieran un perímetro alrededor del motel y le proporcionaran refuerzos. La detective Heat no dijo para qué, y nadie se lo preguntó. Todo el mundo asumió sencillamente que se trataba del caso Arcoiris.

El Coney Crest entraba en esa subcategoría de alojamiento conocido como el SRO o habitaciones para una sola persona —alquiler transitorio semanal para el creciente número de almas desgraciadas que han perdido sus casas por una mala situación económica—. En la jerga policial, por SRO se conoce también a las pensiones de mala muerte para marginados o gente que se está escondiendo: imbéciles, ladrones y delincuentes. Lo que estos sitios solían tener en común era que no se hacían muchas preguntas, los malos olores en los pasillos y nombres que suenan con más clase que aquellos tugurios.

Mientras Heat recorría el pasillo de la segunda planta hacia la habitación 210, un trío de agentes subió sigilosamente por las escaleras del fondo para unirse a ella en el pasillo. Ella se detuvo para mirar por encima de la barandilla hacia la turbia piscina donde Rook esperaba al lado de un trampolín roto. El gerente del Coney Crest, ningún erudito constitucional, no pidió ninguna orden de registro. Aquel hombre agotado con bolsas en los ojos se limitó a darle a Nikki su llave maestra, aunque sí le dijo que la que Heat había sacado del bolso de Salena abriría la 210 y otra media docena de puertas de allí.

La detective Heat y los agentes que iban detrás de ella ocuparon su lugar a ambos lados de la puerta. Mediante señales silenciosas y siguiendo el plan que habían

diseñado en el aparcamiento, Nikki se arrodilló, deslizó la llave en la cerradura y gritó: «Salena Kaye, policía de Nueva York, abra», y abrió el cerrojo de la puerta. El agente que estaba más cerca la terminó de abrir de una patada y todos entraron, cubriéndose unos a otros y gritando órdenes de que nadie se moviera.

En quince segundos, habían terminado. Habían inspeccionado la habitación, el armario, el baño e incluso la modesta colección de armarios de la pequeña cocina.

—En realidad, no esperabas que estuviera aquí, ¿verdad? —preguntó Rook cuando ella le permitió entrar.

—La verdad es que no. Kaye es una agente entrenada. La hemos pillado, tenemos su llave. No va a volver aquí. —Le sonrió—. Pero deja que una chica tenga sus fantasías.

—Detrás de cada deseo hay una Kaye —dijo él.

A Benigno DeJesus no le costó encontrar aquel lugar. Había estado en el Coney Crest tantas veces a lo largo de los años que había bromeado con su equipo forense sobre alquilar una de las habitaciones para que guardaran allí sus cosas. Mientras el hombre para todo de la Unidad de Emergencias abría su maletín con ruedas en el pasillo y se preparaba para examinar la habitación 210, informó a Nikki de los resultados de la inspección de su apartamento.

El informe no duró mucho. El intruso había entrado a través de una ventana del vestidor. Heat no había visto el pestillo roto cuando había revisado el apartamento, pero cuando DeJesus inspeccionó la ventana por fuera vio arañazos y virutas metálicas en el alféizar provocadas por el cincel y por haber hecho palanca. No vio rastro del disco duro desaparecido de su cámara ni tampoco de ADN —en forma de excrementos, cosa nada rara, ni como resultado de alguna satisfacción sexual—. Tampoco había pelos ni fibras extrañas ni marcas de zapatos. El cordel naranja coincidía con el encontrado en el barco de Joe Flynn. Lo tenía el laboratorio, pero, al igual que con los otros cordones que habían analizado, la posibilidad de encontrar algo en él parecía poco prometedora.

—Sí que hemos encontrado algunas huellas, pero me sorprendería que no fueran tuyas, del señor Rook o del portero de tu edificio. —Se colocó su gorro de trabajo y añadió—: Sé que esto no va a tranquilizarte, pero es como si un fantasma hubiese ido a hacerte una visita.

En lugar de sentirse asustada, Heat tomó aquel comentario con frialdad, como cualquier investigador. Tomó nota mentalmente de buscar ladrones de viviendas en la base de datos del Centro de Información de Delitos en Tiempo Real del centro de la ciudad y, a continuación, lo condujo al interior de la habitación de Salena Kaye.

El detective forense se quedó en silencio en el centro de la habitación y se limitó a mirar a su alrededor.

—¿Ha causado mucho desorden tu equipo de redada? —preguntó tras unos momentos de quietud en plan zen.

—El mínimo. Una vez que han abierto las puertas y los armarios para ver que no

había nadie en la habitación les he hecho salir.

—Bien. —Puso fin a su visión de conjunto y continuó—: Las huellas van a ser un asunto complicado debido al volumen de tráfico que hay en un sitio así. Pero si ha tenido visitas, querrás saber quiénes eran, así que haré lo que pueda. Tenemos restos de Salena Kaye del vaso de Starbucks y supongo que sacaremos más del bolso que encuentre.

—Lo cierto es que fui yo quien se lo quitó —dijo Rook. Y para poner algo más de emoción, añadió—: Durante una pelea. —Benigno le miró un momento y, sin decir nada, se puso manos a la obra.

Empezó en la cocina porque había visto varias bolsas de plástico de una ferretería en la encimera, cosa que tenía poco que ver con la preparación de alimentos.

—¿Ves esto? —preguntó levantando una de las bolsas abiertas con sus manos enguantadas—. Rodamientos de bolas, cajas de puntas, tornillos y clavos... Apuesto a que estas son las sobras de la metralla de la bomba de Tyler Wynn. Seguro que coinciden, recuerda lo que te digo. —Abrió y cerró armarios. Cuando llegó al de debajo del fregadero, se arrodilló y encendió una linterna para ver el interior. Después se giró hacia Heat, y le habló con tono despreocupado—: Me voy a quedar aquí hasta que hayas desalojado el motel y llamado a la brigada de explosivos. Solo por precaución, pero echa un vistazo. —Ella se agachó para mirar por encima de su hombro mientras él le señalaba una barreño redondo de plástico lleno de bolsas de celofán, y un despliegue de piezas electrónicas—. No parece que esté conectado, pero veo pólvora, C4..., incluso un dispositivo de control remoto. ¿Ves ese mando a distancia de puerta de garaje al lado de esos interruptores y alambres? Es el mismo tipo de radiocontrol que se usó para detonar el paquete del apartamento de Wynn.

—Me habían dicho que lo había activado un temporizador.

—Yo no dije eso —contestó el técnico de pruebas forenses—. Sé diferenciar un temporizador de un control remoto.

Heat miró a Rook, que no solo le había leído la mente, sino que ya había preparado su burla:

—Otro trabajo meticuloso de la reina de los detalles, Sharon Hinesburg.

Durante el camino de vuelta a Manhattan, Heat llamó a la detective Hinesburg o, como Rook la había bautizado, la inefectiva Hinesburg.

—Ah, estaba a punto de llamarte. —De algún modo, Sharon siempre se las arreglaba para parecer que la habían sorprendido jugando a Angry Birds y que estaba disimulando. A Nikki se le ocurrió que quizá aquello fuera algo más que una simple impresión—. ¿Recuerdas el número que me dijiste que rastrearía? Un teléfono desechable.

—¿Estás segura? —Heat dejó que su impaciencia saliera a la luz.

—Sí. Un teléfono de prepago, probablemente comprado en un CVS o en un Best Buy. Imposible seguir el rastro.

—La razón por la que te pregunto es porque también dijiste que el detonador de la

bomba de Tyler Wynn había sido un temporizador y me acaban de decir que fue por control remoto. Quizá no sea el fin del mundo, pero mi principal preocupación, detective, es que pueda contar con que termines de verdad una tarea cuando yo te la asigne. —Nikki miró de reojo a Rook, que asentía con vehemencia y lanzaba puñetazos al aire en el asiento del pasajero.

—Pero si lo hice. —Su gimoteo no le sirvió para hacerse querer.

—Entonces, ¿por qué dijiste que era un temporizador?

—Porque cuando me llamaste me puse nerviosa. Olvidé lo que era y dije lo primero que se me ocurrió. Siento mucha presión en esas reuniones con los paneles de los asesinatos. —Hinesburg hizo una pausa y Nikki pudo oír cómo tragaba saliva—. Siento como si me odieras y eso hace que me cueste más. Estoy tratando de hacerlo mejor.

Heat sintió como si estuviese tratando con una preadolescente en lugar de con una detective de homicidios y cortó por lo sano.

—Sharon, vas a empezar por lo siguiente: haz lo que se te pida y, si no sabes la respuesta, no te la inventes, ¿vale?

—¿Ves? Me odias.

Después de la llamada, Nikki lanzó un gruñido de frustración.

—Lo último que necesito en medio de dos casos enormes es a Sharon Hinesburg y sus...

—¿Gilipolleces?

—Sus mierdas.

—Estás que te sales, Nikki.

—Puedo tolerar la debilidad. Incluso puedo enfrentarme a cierto grado de incompetencia. Más o menos. Pero lo que no puedo soportar es la falta de confianza. Y no hay tantos encargos tontos como para asignárselos y mantenerla al margen.

—Deberías echarla —dijo Rook.

—No puedo y sabes por qué.

Rook sonrió mientras entraban en el Midtown Tunnel.

—Por eso yo no pienso acostarme nunca con una compañera de trabajo.

En la acera junto a la puerta del Departamento de Seguridad Nacional, Heat hizo una llamada rápida al detective Raley antes de que ella y Rook entraran.

—Sigues siendo el rey de las cámaras de seguridad, ¿verdad?

—También soy clarividente —contestó Raley—. Mi predicción para el futuro es que cancele mis planes para cenar.

—Asombroso. A partir de ahora te voy a llamar El Gran Ralini. Acabo de salir de la habitación de Salena Kaye de Coney Island. Ese hotel tiene algunas cámaras de vigilancia en funcionamiento y el gerente guarda las cintas de las últimas semanas. Me gustaría que las revisaras para registrar sus entradas y salidas y sacar algún vídeo

de cualquier visita que haya podido tener.

—Me pongo con ello —respondió él a la vez que anotaba la dirección del Coney Crest.

—Sean, que esto quede entre nosotros, pero esta es una de las cosas que le pedí a la detective Hinesburg que investigara hace unos días. Me dijo que lo había hecho.

Raley no necesitó saber nada más.

—¿Y quieres que yo me asegure de que de verdad fue allí?

—Vaya, el Gran Ralini lo ve todo.

—¿Te estás haciendo con pruebas documentales? —le preguntó Rook cuando ella colgó.

—Va a revisar el vídeo de todos modos. —Nikki no sabía qué era peor, si controlar a hurtadillas a una de sus propios detectives o tener que hacerlo porque eso es lo que ocurre cuando se pierde la confianza en un miembro de tu propio equipo.

La detective Heat y Jameson Rook notaron un intenso y susurrante crepitar en el búnker del subsuelo del Departamento de Seguridad Nacional cuando salieron del ascensor y fueron recibidos por sus acompañantes de uniforme. Estaba claro que el asunto había pasado de ser serio a urgente. Había más miembros del personal ocupando aquella oscura caverna que anteriormente, algunos se apretaban de dos en dos en los cubículos comprobando el tráfico de correos electrónicos, siguiendo la pista de sospechosos de la lista de personas bajo vigilancia y contactando con sus confidentes. Otros supervisaban las pantallas JumboTron de las redes eléctricas, embalses y plantas nucleares, así como las cámaras con imágenes en directo de puentes, túneles, aeropuertos y tráfico marítimo.

—Si alguna vez me compro una casa en las afueras, voy a montarme una guarida como esta en el sótano...

Una alarma chirriante interrumpió el silencio del centro de control y una luz cegadora se encendió por encima de sus cabezas. Las puertas de cristal se cerraron automáticamente en los despachos que había alrededor. Una persiana de metal se bajó sellando la puerta de la Sala de Crisis. Al mirar por el cristal, Nikki pudo ver que los agentes Callan, Bell y demás miembros del comando especial se ponían de pie y miraban hacia fuera. Una brigada de cuatro hombres vestidos con trajes espaciales y máscaras antigás salieron apresuradamente de la nada, agarraron a Heat y a Rook y los llevaron a una pequeña sala al lado del ascensor. Dos de los agentes con trajes especiales esperaron fuera. Los otros dos se quedaron con ellos dentro. Uno de ellos presionó un botón que provocó un vacío alrededor del sellado de las puertas que pudieron notar en sus oídos, como si la habitación fuese un avión que estuviera ganando altitud.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nikki. No respondieron. Se limitaron a apartarla de Rook y empezaron a escanearles con sensores que parecían micrófonos colocados en los extremos de unas mangueras amarillas unidas a una máquina depuradora que lanzaba un fuerte zumbido.

—Nikki —dijo Rook. Ladeó la cabeza hacia un cartel de la puerta que ella tuvo que leer de espaldas: «Cuarentena por contaminación».

Entonces, una de las máquinas empezó a pitar y parpadear con unas luces amarillas. La palabra «POSITIVO» apareció en el monitor.

La lectura positiva procedía de la máquina que estaba analizando a Heat.

—Ha saltado la alarma de nuestro detector. —El agente Callan mantenía abierta la puerta de la sala de cuarentena y Nikki salió con una sudadera y un pantalón de chándal que le habían dejado los del Departamento de Seguridad Nacional. Mientras la acompañaba a la Sala de Crisis, le dijo—: Pero me gusta ese estilo. Puede quedárselo mientras analizamos su ropa y descubrimos exactamente qué agente biológico llevaba en ella. —Señaló hacia la máquina de análisis de muestras de aire que ella había disparado—. Este de aquí es el que la ha trincado. —Heat había visto algunas versiones de esos monitores de aerosoles biológicos por todo Manhattan, como parte del intento del ayuntamiento y de Seguridad Nacional de detectar un aviso precoz de una bomba sucia o un atentado biológico—. Por casualidad, no estará usted pluriempleada trabajando también en una célula terrorista, ¿verdad?

—Exactamente. Le dedico todo mi tiempo libre.

Mientras Nikki se cambiaba, Rook había encontrado un asiento en la mesa de reuniones, justo al lado de Yardley Bell, que estaba sumida en una conversación con él hasta que Callan y Heat entraron y todos los ojos se dirigieron a ellos.

—El análisis preliminar del laboratorio dice que es una especie de rastro material de su chaqueta —anunció Callan mientras ocupaba su lugar a la cabeza de la mesa—. Lo que sea que lo haya disparado, no es una cantidad suficiente como para considerarla perjudicial pero, al menos, sabemos que el detector de muestras de aire funciona.

—Estupendo. Podemos llevarlo y mirar a cada persona por la ciudad de Nueva York durante los próximos días para saber quién está planeando el atentado —dijo el catedrático de la pajarita.

—No ha tenido contacto físico con Salena Kaye, ¿verdad? —preguntó Callan.

—No. Al menos, hoy no.

—Una tipa dura —dijo Yardley Bell con un tono claramente condescendiente—. No se sienta mal. A veces, se nos escapan.

—Incluso los buenos. —Nikki no necesitó mirar a Rook. Yardley era lo suficientemente inteligente como para entenderlo. Heat se reprendió a sí misma por entrar al trapo, aunque en un aspecto más primario se sintió bien. Esas sensaciones de «¡Ahí le has dado!» no servían de nada—. He podido contagiarme de algo en el sitio de donde vengo ahora. La habitación de hotel donde Salena Kaye se ha estado ocultando. —Nikki pensó que el hecho de anunciar su misión en solitario supondría una información que no sería bien acogida, y no se equivocaba. Algunos se aclararon la garganta, otros se removieron en sus asientos y algunas expresiones se volvieron tensas.

—¿Le ha hecho una redada a nuestras sospechosa sin notificárnoslo? —preguntó Callan.

—No había tiempo —intervino Rook sin pensar. A continuación, volvió a

hundirse en su silla al ver las miradas que le lanzaban.

Nikki explicó cómo se habían desarrollado los acontecimientos, desde el momento en que encontró el bolso de Kaye y localizó el gimnasio hasta la pista de su habitación y los materiales para construir bombas que había descubierto allí.

—A veces, hay que tomar una decisión sobre la marcha. Dado lo inestable de esta situación, la mía ha sido actuar rápidamente en lugar de detenerme a esperar a que se cumplan los protocolos. —McMains, el jefe de la unidad antiterrorista del Departamento de Policía de Nueva York, la miró a los ojos y parpadeó con un asentimiento tácito. Callan le preguntó el nombre del lugar y, después, cogió su teléfono de emergencia para que enviaran a un equipo de muestras de laboratorio del Departamento de Seguridad Nacional al Coney Crest.

En ese momento tan incómodo, mientras Bart Callan hacía su llamada y Nikki sentía las miradas críticas del comando especial, una curiosa sensación de tranquilidad la invadió. Porque incluso con toda aquella tensión y aquellas miradas hacia ella, al menos sentía un descanso de los dos asesinos que iban detrás de ella. En aquel búnker cargado de estrés, Nikki se sentía más segura que en las calles de Nueva York. «¿Qué dice esto de lo que es mi vida?», pensó.

Su reflexión quedó interrumpida por un mensaje de Lauren Parry de la oficina del forense.

—Sospecho que existe otra posible fuente en mi contaminación —dijo Heat después de que Callan colgara—. Acabo de enterarme de que el cadáver que hemos exhumado, el de Ari Weiss, el hombre de la célula terrorista que fue confidente de mi madre, contenía residuos de una toxina biológica. Ricina.

El agente Callan pulsó otra línea y le dijo a quien estaba al otro lado que analizara la chaqueta de Heat para buscar ricina.

—¿Hay algo más que no nos haya contado? —preguntó Callan tras dejar el teléfono en su soporte.

En lugar de morder el anzuelo, Heat continuó con el mismo asunto.

—La importancia de la nueva autopsia hecha a Weiss está en que la causa de su muerte no fue una enfermedad de la sangre sino una herida por arma blanca.

—Igual que su... —Callan no terminó la frase y aprovechó el intervalo silencioso para cambiar de tema—. Podemos hablar más tarde sobre los protocolos y el intercambio de información entre equipos. Avancemos. El doctor Donald Rose ha venido desde el Centro de Control de Enfermedades de Atlanta para informarnos. ¿Don?

El experto, un alto y esbelto sistema de apoyo para un bigote de morsa, parecía más un avejentado vaquero participante en rodeos que un investigador químico. Se sirvió un vaso de agua fría de la jarra del centro de la mesa.

—Gracias, Bart. Te lo agradezco. —Nikki se preguntó si el agua le aclararía la garganta o si simplemente vaciaría el vaso y diría: «Ternera. Eso es lo que hay para cenar».

—He venido a ponerles al tanto de lo que existe ahí afuera en lo referente a agentes biológicos —empezó a explicar—. En Atlanta, coordino la prevención y preparación en caso de ataque bioterrorista. —Sonrió—. Siempre le digo a mi mujer que si hago bien la primera parte, la segunda es coser y cantar. —Nadie se rio. En lugar de tranquilizar, su discurso lacónico solo consiguió volverse más alarmante—. A través de nuestra unidad de vigilancia sindrómica, recopilamos información de pacientes y síntomas en hospitales y en ambulatorios de todo el país. Hacemos un seguimiento del volumen, la propagación y el ritmo de brotes virales y bacteriológicos. La idea es seguir la pista de los riesgos para ir por delante de ellos. Lo consideramos como el radar Doppler que se ve en los telediarios, solo que, en lugar de rastrear tormentas, buscamos señales de brotes.

»¿Qué es lo que buscamos? Muchas cosas. Empezamos por el ántrax. Todos recordamos los incidentes de ántrax de 2001. Está en nuestra lista de agentes peligrosos pero, aunque no hay que restarle importancia, el ántrax es, según las estadísticas, poco eficaz para la propagación generalizada si se da el caso. Aunque sí tenemos reservas de ciprofloxacino, doxiciclina y amoxicilina para tratarlo.

»Un agente biológico con potencial para ser usado como arma es la ricina. Hay otros, los filovirus como el ébola y el virus de Marburgo, así como los arenavirus, que pueden provocar fiebres víricas hemorrágicas. Están clasificados como patógenos de nivel 4 de bioseguridad o BSL-4. Una propagación entre el público en general sería rápida y difícil de contener. Estos virus pueden provocar un colapso masivo simultáneo de órganos y un choque hipovolémico. Los médicos de campo destinados a zonas de riesgo del tercer mundo lo consideran el infierno en la tierra, y eso hablando con moderación. Es una muerte desagradable, dolorosa y espantosa.

—Si fuera tú, me desharía de esa chaqueta —le dijo Rook a Nikki. La risa que siguió fue breve pero bien acogida. Todos necesitaban un respiro.

El experto del Centro de Control de Enfermedades hizo una pausa y tomó otro sorbo de agua. Todos esperaron, nadie se movió. Aquello se había convertido en *El programa del doctor Don Rose*.

—La viruela, por si no lo saben, quedó oficialmente erradicada en 1979. Solo existen en el mundo dos depósitos de *Variola major* y *Variola minor*. En Rusia y en el Centro de Control de Enfermedades de Atlanta. La tenemos vigilada pero, a menos que alguien consiga crear un brote, la viruela se encuentra encerrada a cal y canto. Y por una buena razón. La viruela es de las malas. Tiene un índice de mortalidad del treinta y cinco por ciento.

—¿Cuáles son las posibilidades de que alguno de estos agentes biológicos se propague? —preguntó la agente Bell.

—Podría ser de una persona a otra. Podría ser transmitido por la comida o por algún producto. Pero eso sería un proceso más lento, aunque preocupante. Para que su ataque terrorista sea más eficiente, supongo que lo más probable es que el lanzamiento se haga a través de aerosol. Probablemente desde un contenedor

metálico sellado que lo transporte en forma líquida con un propulsor que ayude a pulverizarlo.

—¿Qué tamaño tendría ese contenedor? —preguntó Nikki.

—¿Para un centro de población densa como este? Estaríamos hablando simplemente de algunos litros. —Mientras cada uno asimilaba las implicaciones de que aquello era como buscar una aguja en un pajar, añadió—: Además, cualquier parte de la ciudad de Nueva York expuesta a una descarga masiva quedaría cerrada y puesta en cuarentena de forma indefinida.

—Pues ya conocemos los aspectos malos —dijo Callan mirando a su coordinador del servicio de inteligencia de Seguridad Nacional—. ¿Cómo de grave puede llegar a ser?

—Decir que es grave ya es decirlo todo —respondió el agente Londell Washington. Parecía tener cuarenta y muchos años, pero la falta de sueño y el estrés le habían añadido diez más. En ese trabajo se envejecía rápido—. Hemos reforzado la vigilancia desde que esto cayó en nuestras manos. Estamos interrogando a todos nuestros confidentes y agentes secretos. Nada. Hemos rastreado los movimientos de todas las probabilidades de terrorismo conocidas y sospechosas que aparecen en nuestra lista de sospechosos vigilados para ver quién se está reuniendo, quién se ha vuelto repentinamente activo y quién ha desaparecido. No ha habido ningún comportamiento anómalo. Estamos supervisando llamadas de teléfono, correos electrónicos, chats, tuits, emisoras de taxis e incluso dedicatorias de canciones en programas de radio, no estoy de broma. Y nada. Todos los yihadistas e ideólogos están actuando conforme a lo acostumbrado. No vemos el parloteo que solemos detectar antes de algún acontecimiento, ningún pico de bajas por enfermedad entre los empleados de las plantas energéticas, estaciones ferroviarias y cosas así.

—Quizá no sea una cuestión ideológica —dijo Rook.

—Entonces, ¿qué? —preguntó el de la pajarita. Aquel profesor no parecía estar deseoso de escuchar teorías de un escritorzuelo con una placa de visitante.

—En mi trabajo he conocido a criminales de guerra en La Haya, a integrantes de guerrillas, a rateros e incluso a un antiguo gobernador fetichista de los calcetines por encima de la pantorrilla —contestó Rook sin inmutarse—. La gente que se salta los límites lo hace por muchas razones. Quitando el fanatismo, sus motivos normalmente están en la venganza, el ego o el dinero. Un antiguo amigo mío del KGB siempre dice: «Primero hay que seguir el rastro del dinero». Aunque eso se lo robó a Woodward y Bernstein, pero usted me entiende.

—Con el debido respeto, no creo en el terrorismo desnacionalizado —dijo el profesor—. Esto debe tratarse de un complot auspiciado por algún gobierno. Con una logística y unos integrantes tan caros como Tyler Wynn, ¿quién más contaría con recursos como para financiarlo? Mis servicios de inteligencia apuntan a los sirios.

Callan lanzó el bolígrafo sobre su secante.

—Así que, después de todo esto, estamos a tres días, puede que cuatro, y no

tenemos ninguna pista que seguir.

—Puede que podamos enfrentarnos a esto desde un punto de vista diferente —dijo Yardley Bell dirigiéndose a Copper McMains, el jefe de la unidad antiterrorista de la policía—. Comandante, ¿puede enumerarnos los posibles objetivos?

—Por supuesto. Para este tipo de ataque, los objetivos más valiosos son los lugares simbólicos y de mayor población. Es decir, sin seguir ningún orden en particular: Times Square, el edificio del Empire State, la estación Grand Central, la estación de Pensilvania, Union Square, el SoHo... Y, por supuesto, los estadios de béisbol. Y, ya que estamos hablando entre el sábado y el domingo, yo añadiría Central Park. Se supone que va a hacer buen tiempo, así que va a estar lleno.

—Gracias —contestó Bell. Se levantó, se acercó a la pantalla LED que había en la cabecera de la mesa y se colocó junto a la lista de objetivos que habían aparecido en la pantalla mientras el comandante McMains hablaba.

—Detective Heat, usted tiene una conexión especial con este caso, todos lo sabemos. Y esto incluye algunos sospechosos que usted ha sacado de entre las personas a las que su madre tenía bajo vigilancia hace años. —A Nikki le invadió una extraña sensación. El reconocimiento de sus esfuerzos parecía ser un apoyo, pero estaba mezclado con cierto recelo al ver que procedía de Yardley Bell—. Quizá en lugar de sentarse aquí sin hacer nada, escuchando cómo avanzan las agujas del reloj, podríamos ver algunas pistas que usted haya conseguido. Háblenos del inmigrante jamaicano llamado Algernon Barrett.

—Barrett se encontraba en mi primera selección de sospechosos antes de determinar quién había sido el verdadero asesino de mi madre. Sin embargo, he vuelto a visitarle hace unos días y no me parece que forme parte de esta trama terrorista.

—Interesante. —La agente Bell regresó a su lugar en la mesa recorriendo la sala como un abogado de la televisión que presenta su resumen ante el jurado. Colocó una mano sobre el brazo de Rook y dijo—: Perdona, ¿te importa? —Y sacó un archivo gris de debajo del codo de él—. Se dedica al sector alimentario, ¿verdad?

—Pollo adobado jamaicano. Vende especias y tiene algunos carros de comida callejera.

—Exacto. Do the Jerk. Los he visto. Pero nuestro inmigrante está realizando, de repente, algunos cambios en su modelo de negocio. —Bell abrió la carpeta gris y citó algunas notas mientras volvía a la cabecera de la sala—. ¿Le ha hablado de sus... cómo se llaman ahora... *pop-up stores*? —El cierto recelo de Nikki se convirtió en absoluto y se le debió de notar—. No se preocupe, no la he estado siguiendo. Me lo ha contado Rook.

Heat se giró hacia él. La expresión de Rook parecía la de un perro que acabara de hacer sus necesidades sobre una alfombra nueva.

—¿Tiene intención de llegar a alguna conclusión, agente Bell? —preguntó Callan con impaciencia.

—Sí. Para aquellos que no sepan lo que son, es probable que aún no haya muchos establecimientos de este tipo en Atlanta...

—No son más que pequeñas tiendas de barrio —dijo el doctor Rose.

—... *Las pop-up stores* son establecimientos temporales de artículos o comida que surgen de la noche a la mañana en locales vacíos y que son regentados durante una semana, más o menos, por treintañeros modernos y conectados a través de las redes sociales y, después, se van a otro sitio. Muy de modernos, muy a la última y, quizá, muy aburrido.

»Aquí tienen la lista de los lugares donde van a abrir las tiendas de pollo adobado de Algernon Barrett este fin de semana. —Se colocó al lado de la lista de objetivos posibles que había aparecido en la pantalla LED y leyó directamente de la carpeta—: Times Square. Enfrente del edificio del Empire State. El pasaje oriental de la estación Grand Central. La estación de Pensilvania. Junto a la tienda de Barnes & Noble de Union Square. —Pasó el dedo por la lista de objetivos posibles—. Vaya. Parece que hemos nombrado a la mayoría de ellos, salvo el SoHo y los parques.

Heat dijo que aquello le parecía una mera conjetura, pero sus palabras no pudieron sonar por encima del enorme silencio que llenaba la Sala de Crisis mientras Yardley Bell regresaba a su asiento. Por fin, el agente Callan miró los rostros de su comando especial.

—Me parece que deberíamos desplazarnos «temporalmente» a la casa de Algernon Barrett.

A partir de ahí, todo pasó muy rápido. La orden de registro. El plan. Sacar a los perros. En el Departamento de Seguridad Nacional estaban entrenados para situaciones así y en menos de lo que tarda en llegar una *pizza* a domicilio, Heat se vio sentada en el asiento del acompañante del todoterreno del agente especial Callan en medio de un convoy de luces y sirenas hacia el norte de la ciudad. Callan oyó por su auricular de silicona algo que le gustó.

—Bell dice que su equipo de avanzadilla ya ha llegado y que Barrett se encuentra allí —le dijo a Nikki.

Ella no contestó y se limitó a quedarse sentada mascando sus recelos con respecto a aquella operación y cómo había evolucionado tan rápidamente desde una mención especulativa en la Sala de Crisis.

Bart Callan se concentró en seguir el ritmo mientras la caravana giraba hacia la Primera Avenida. Una vez que volvió a poner el volante recto, miró por el espejo retrovisor a Rook, que estaba en el asiento de atrás.

—Nunca creí que diría esto, pero me alegro de que esté aquí después de todo.

—¿Sí? —murmuró Rook. Pronunció su respuesta con tono apagado, no solo por el ambiguo cumplido, sino porque había estado manteniendo un perfil bajo después de que Yardley Bell lo identificara como la fuente de su información sobre el

jamaicano. Sabía que aquello iba a ser tema de una conversación con Nikki más tarde y mantener una actitud discreta se había convertido en su estrategia de defensa. Pero el hombre que iba detrás del volante parecía tener otras intenciones, y le funcionó, encubriendo indirectas con elogios, y todo ello a oídos de Nikki.

—Lo digo en serio. Sin su relación tan especial con Yardley Bell, nunca habríamos conseguido esta pista. —Cada uno por separado, Heat y Rook reaccionaron con incomodidad. Los dos querían salir de aquel coche, pero yendo a ochenta en medio de un Código Tres no era lo mejor. Y Bart continuó, con tono inocente pese a que volvía a hurgar en la herida—: Usted y Yardley deben de ser buenos amigos para haber terminado una historia de amor y seguir estando tan unidos. —Rook no respondió. Heat quería darse la vuelta en el asiento y mirarle a los ojos. Por un segundo, deseó un momento de intimidad para poder soltarlo todo. Eso tendría que esperar.

—¿Saben lo que es este puente? —preguntó Callan mientras cruzaban el río Harlem por el tramo de Willis Avenue—. La marca de los treinta kilómetros de la maratón de la ciudad de Nueva York. ¿Saben cómo llamamos a este puente? El muro.

—¿Porque aquí es donde lo dan todo?

—No —respondió Callan burlándose—. Porque aquí es donde llegan menos corredores.

Un agente vestido con uniforme negro les hizo una señal con la mano para que entraran en el punto donde se iban a encontrar todos, el aparcamiento de la oficina de clasificación del Servicio Postal en el Bronx al lado de Brown Place, a la vuelta de la esquina y fuera de la vista del almacén de Do the Jerk de Barrett. Callan vio el asfalto, que estaba lleno de furgonetas de protección de materiales peligrosos, camiones de la policía, ambulancias y un par de enormes vehículos blindados de color negro y aspecto militar para transporte de agentes con arietes. En el otro extremo, se estaba preparando una zona para limpieza de materiales peligrosos junto a una carpa portátil para el servicio médico.

—Qué bien ha venido poder contar con esta propiedad que el Servicio Postal tiene en el barrio —dijo Heat.

El agente asintió.

—Esto es sinergia federal en su máxima expresión. —Pareció decirlo en broma, pero su expresión era seria. Cuando escucharon el chasquido del cinturón de seguridad de Rook al desabrochárselo, Callan lo vio por el espejo retrovisor. Habló con suavidad, pero con el tono de un instructor militar—. Va a quedarse dentro del coche. —Rook cruzó las manos en su regazo y esperó.

Yardley Bell se unió a ellos en mitad de la manzana de la calle 132, cuando caminaban hacia la zona de despliegue, y les informó:

—Las calles están acordonadas, todas las salidas bloqueadas, los edificios

próximos (un centro de gestión de transportes y un negocio de andamiaje) han sido evacuados. El equipo de cuarentena está listo y tenemos apoyo aéreo. —Miró al cielo—. También hemos llamado la atención de un par helicópteros de canales de noticias y he ordenado que la aviación federal los aleje a más de un kilómetro. Y nuestro agente portavoz está llamando a todos los canales para informarles de los preparativos que estamos realizando esta semana. —Nikki escuchaba el tono de mando de Yardley y se sintió un poco mal por no poder admirarla.

—Le he traído su orden judicial, agente Bell. —Callan le entregó el papel.

Ella le echó un rápido vistazo.

—Encendamos la mecha.

Se acercaron a la verja de entrada con uno de los camiones que les habían pedido al servicio de correos y el conductor anunció que llevaba una entrega para Algernon Barrett. La valla se abrió para recibir el paquete para el señor Barrett: una docena de agentes federales armados que se habían escondido en la bodega de carga. Los vehículos de transporte de agentes, los Crown Victoria y media docena de furgonetas blancas marcadas con la línea vertical azul del Departamento de Seguridad Nacional pasaron detrás.

Bell entró primero con un equipo de operaciones tácticas, su placa y la orden judicial que blandía por encima de su cabeza. Se anunció y ordenó que todos se quedaran donde estaban con las manos en alto. La detective Heat entró con la segunda tanda, junto con los cuerpos de seguridad colaboradores y un pelotón de técnicos biológicos que llevaban aerosoles portátiles y demás aparatos sensoriales. Tras pasar por la recepción y los despachos delanteros, el resto de las instalaciones parecía una planta abierta y despejada bajo un techo ondulado. Sin resistencia y sin nadie que saliera huyendo, los agentes acorralaron con facilidad a los treinta empleados sorprendidos junto al muelle de carga mientras los técnicos de Seguridad Nacional se dispersaban para tomar muestras de aire e inspeccionar equipos y contenedores de almacenamiento.

Como conocía de primera mano la disposición del lugar, Heat llevó a Bell hasta el despacho de Algernon Barrett. El jamaicano no estaba, pero las apuestas para el próximo Derby de Kentucky vociferaban en su enorme pantalla de televisión y un acre hilillo de humo se alzaba enroscándose desde un porro que había en el cenicero. Las dos colocaron las manos sobre sus fundas y fueron a ver el baño privado. La otra puerta del despacho daba a un callejón trasero que llevaba hasta el almacén. En la puerta había un cartel que anunciaba que era el almacén de especias. Las dos tomaron posiciones y entraron.

—Mira lo que hay aquí —dijo Yardley Bell mientras Barrett salía de entre cajas de cartón con pimienta y clavo y con las manos en alto—. He encontrado el ingrediente secreto del adobo.

Lo registraron y le volvieron a llevar a su despacho. Nikki les había advertido antes de salir de Varick Street sobre la abogada de Barrett, así que estaban ansiosos

por poder interrogarle antes de que Helen Miksit complicara las cosas.

—¿Por qué se escondía?

—¿Quién es usted?

—Bart Callan, agente especial al mando del Departamento de Seguridad Nacional. No soy más que una de las personas de esta habitación que puede convertir su vida en un infierno. Ahora responda a mi pregunta. ¿Por qué se escondía de nosotros?

—Por costumbre, supongo. Si hay una redada, uno tiene que salir corriendo.

—¿Espera que nos creamos eso?

—Crea usted lo que quiera, colega. —Algernon apartó la mirada de él y se fijó en Nikki, que estaba en la esquina, aún con su gorra del Departamento de Seguridad Nacional—. ¿Así que esto es lo que recibo por colaborar, detective?

—Señor Barrett, esto va a ir mucho mejor si continúa haciéndolo.

—¿Sí? —Se cruzó de brazos y apoyó la espalda en el sillón—. No voy a decir nada. Quiero que venga mi abogada.

Una hora más tarde, después de que Callan y Bell hicieran lo posible por sonsacarle tanto directamente como de forma más sutil sobre su participación en un complot terrorista, le perdieron cuando llegó la Bulldog, quien aconsejó a su cliente que no dijera absolutamente nada. Según dijo, la declaración de ella sería suficiente.

—Mi cliente es ciudadano y contribuyente estadounidense. Dirige un legítimo negocio de éxito de venta de adobos y pollo a un público fiel. Cualquier inferencia de que esté implicado en una especie de trama diabólica basada en su origen extranjero es pura especulación, una ofensa y una difamación.

—¿Y su repentina expansión en posibles objetivos clave? —preguntó Bell.

—Son posibles objetivos —dijo Helen Miksit—. Para conseguir beneficios. Así que, a menos que puedan aportar alguna prueba o algún cargo, ¿por qué no se van? —Nikki pensó que, si bien no salió nada más de aquella redada, quizá sí había conseguido, después de todo, desarrollar cierto aprecio por Helen Miksit.

En el almacén, mientras los técnicos forenses continuaban con su registro en busca de restos de agentes víricos y bacteriológicos en las latas de adobo, los botes de especias y los refrigeradores, Heat llevó a Callan aparte.

—Si no le importa, voy a salir de aquí para volver a mi comisaría.

—Tenía muchas esperanzas de que esto nos diera un impulso. —Miró hacia los hombres enfrascados en su trabajo y agitó la cabeza—. Heat, necesitamos un respiro.

—Así es. Nunca he creído que fuese aquí.

—¿Es eso un «se lo advertí»? —Yardley Bell, a tres metros de distancia, le pasó la lista de envíos a un agente y se acercó a ellos—. Mire, detective, esta es la diferencia fundamental entre nosotras: usted está dispuesta a marcharse porque no hemos sacado nada de primeras y yo estoy dispuesta a doblar la apuesta. —Miró a Callan—. Agente, consígame alguna orden judicial más. Quiero registrar la casa de Barrett, quiero registrar las casas de sus amigos, de sus repartidores, de sus fulanas,

de su puto sacerdote. Estoy dispuesta a hacerle la pascua a más de uno. —Se alejó caminando hacia atrás mientras hablaba con Nikki—: Y después, si seguimos vivos el lunes, puede que sea yo la que diga «se lo advertí».

Callan ordenó que un agente llevara a Heat y a Rook de vuelta a la comisaría del distrito veinte, lo cual no hacía más que posponer aún más la conversación que tenían pendiente sobre la indiscreción de Rook. Este pasó casi todo el viaje quejándose sobre el tiempo que Callan le había obligado a quedarse en el coche.

—Lo odiaba. Me sentía como si estuviese sentado en el banquillo, teniendo que ver un partido con un equipo en minoría numérica. De todos modos, aproveché esa hora y media para decirle a mi madre que saliera de la ciudad.

—Rook.

—No te preocupes, no le dije el porqué. Soy lo suficientemente pícaro como para no caer en eso.

—Lo sé.

No hizo caso de lo que ella había dicho y se explicó:

—Llamé a un colega mío de la Universidad Estatal de Nueva York y he conseguido que a Margaret Rook, la diva entre todas las divas de Broadway, le den el primer premio anual Stage Door en el Festival de Teatro de Oswego. Se ha avisado con poca antelación, pero mi madre está encantada.

—¿Qué es el premio Stage Door?

—Aún no lo he averiguado. Lo único que sé es que me va a costar diez de los grandes más el alojamiento en hotel de lujo. Pero eso aleja a mi madre de la zona de peligro. Por si... ya sabes.

Ella apartó la vista y miró por la ventana mientras salían de Lenox Avenue y recordó por un momento, cuando pudo entrever los árboles del extremo norte de Central Park, que era primavera. Su breve interludio con la naturaleza quedó interrumpido por un mensaje.

—Qué raro —dijo tras leerlo—. Es de Callan. Han recibido los resultados de los análisis de los restos de agentes biológicos de mi chaqueta. No era ricina. —Levantó el teléfono para enseñárselo a Rook.

—¿Viruela? —La cara de él se volvió cenicienta—. ¿No dijo el doctor Muerte, el del Centro de Control de Enfermedades, que era una de las malas? —Ella asintió—. ¿Y lo único que se te ocurre decir es «raro»? Ah, perdona, no es más que un pequeño inconveniente. Parece que he cogido un poco de viruela en la manga de mi chaqueta. No es gran cosa.

—Sí que es gran cosa. Sé que lo es. Al parecer, es un indicador, no lo suficiente como para preocuparse, pero va a venir un médico para ponerme una inyección. —Terminó de leer y continuó—: Lo que me parece raro es que no sea ricina. Eso significa que no lo pillé del cadáver de Ari Weiss.

—Entonces, ¿de dónde?

—No lo sé.

Hubo un silencio. A continuación, el conductor bajó la ventanilla.

—No te culpo, amigo —dijo Rook—. Saca la cabeza y respira, si quieres.

En cuanto el coche del Departamento de Seguridad Nacional los dejó en la calle 82, Rook sonrió.

—Entonces..., ¿estamos bien?

—¿Eso es todo? ¿Eso es lo que tienes que decir de esto? ¿Te encoges de hombros y preguntas si estamos bien? —Le imitó rozándose las manos como si se las estuviese sacudiendo—. Dios mío, eres un niño.

—No estoy... —La imitó con el movimiento de manos—. Solo creo que deberíamos estar bien porque sabes perfectamente que nunca contaría ningún secreto que te pusiera en una situación comprometida.

—Entonces, ¿qué es lo que has hecho?

Sharon Hinesburg pasó por su lado con una bolsa de comida para llevar e interrumpieron la conversación. Cuando entró en la comisaría, fue Rook quien habló.

—En primer lugar, antes de poder guardar un secreto, debo saber que se trata de un secreto. Creía que estábamos en esto juntos para tratar de evitar que los malos desataran una plaga.

—Estar en el mismo equipo es una cosa, Rook, pero eso no significa que puedas ir a dar parte a otras personas. Sobre todo, a Yardley Bell.

—No te gusta.

—No es porque no me guste.

—Sigues celosa porque tuvimos una relación.

—Tampoco es eso. Simplemente, no me fío de ella.

—¿Por qué no?

—No es por nada que pueda precisar. Es una intuición.

—Oye, el de las corazonadas y las intuiciones soy yo y a ti no te gustan.

—Pues ahora me toca a mí. Y por muy irracional que pueda parecer, quiero que lo respetes. —Se quedaron mirándose el uno al otro durante un momento y, a pesar de la discusión, todos los buenos sentimientos seguían estando presentes. Nikki pensó que quizá era en eso en lo que consistía tener una relación. Extendió la mano y él la agarró—. Oye, sabes que estoy haciendo juegos malabares. Lo único que digo es que, con todas las cosas de las que tengo que estar pendiente, no quiero que tú seas otra más.

Él levantó su otra mano, ella la agarró y se miraron. Rook sonrió.

—Entonces, ¿estamos bien?

Heat lo miró pensativa y supo que, por encima de todo, Jameson Rook era un hombre bueno en el que podía confiar. Lo demás no importaba.

—Estamos bien. —Heat le apretó las dos manos y entraron juntos.

Mientras a Nikki le ponían su inyección antivírica, pensó cómo había sido su día para

buscar alguna pista de cómo podía haber cogido aquel indicador de viruela. Se le ocurrió una idea inquietante. Tras unas breves llamadas a Benigno DeJesus y a Bart Callan, el cordel naranja que Arcoíris había dejado en su almohada fue enviado urgentemente al laboratorio del Departamento de Seguridad Nacional para su análisis. Cierta novia obsesionado en conspiraciones estaría orgulloso de ella.

Había una cosa de la que Heat estaba segura: bajo ningún concepto iba a pasar un minuto más en la comisaría vestida con una sudadera. Abrió el cajón de abajo donde guardaba lo que ella llamaba su ropa de emergencias: vestuario de refuerzo para esos días en los que se le derramaba el café o tenía sangre en la ropa.

Después de cambiarse rápidamente y de revisar los paneles de los asesinatos, decidió que había llegado el momento de ponerse de nuevo al teléfono. Así era como se hacía una investigación. Llega una nueva información y se hace un seguimiento hablando de ella con alguien. A veces, se recibe otra información que te hace avanzar. Otras veces, no. Pero sigues dando vueltas, en ocasiones sintiéndote como un poni atado que camina en círculos en un zoo para niños, pero continuas caminando lentamente hasta que sale algo.

La primera llamada fue para Carey Maggs, a la fábrica de cerveza Boz. Él contestó al teléfono con un fuerte acento británico, que era como decir deliciosamente cascarrabias y jovial.

—¿Le pillo ocupado?

Él se rio.

—¿Se puede estar de otro modo? Ya sabes, dirigiendo una empresa y salvando al mundo de un desastre económico. Soy como Clark Kent, solo que supongo que no lo suficientemente delgado como para llevar mallas.

Ella pensó en el desfile por la paz que él iba a patrocinar ese fin de semana y sintió un pellizco en el corazón por el deseo de advertirle de la posibilidad de una amenaza terrorista, pero ¿dónde poner el límite? Había cientos de eventos públicos, convenciones, carreras de bicicletas y mercadillos durante el fin de semana. Quizá si Rook vendía su historia a Hollywood tendría dinero suficiente para darles a todos los habitantes de la ciudad Nueva York un premio de la Universidad Estatal para que salieran de la ciudad. Tras desechar esa idea, le contó a Maggs la noticia sobre Ari Weiss: que su viejo amigo no había muerto por una enfermedad de la sangre, sino que había sido asesinado.

—Por Dios bendito —dijo él con un suspiro.

El asesinato de Weiss no era solo una noticia nueva. El apuñalamiento coincidía tanto con el de su madre que Nikki le envió a Maggs por mensaje una fotografía de su asesino, Petar Matic. Oyó el sonido del móvil de él al recibirlo y, después, una profunda exhalación y algún chasquido con la lengua mientras la estudiaba.

—¿Sabes qué? He visto a este tipo.

—¿Está seguro?

—No me cabe duda. Es por el pelo largo y grasiento y sus ojos de gandul. ¿Quién

es?

—Era mi novio.

—Vaya, un golpe bajo. Lo siento.

—... y mató a mi madre. —Oyó una maldición en voz baja y continuó—: Es probable que hiciera lo mismo con Ari. ¿Recuerda cuándo y dónde lo vio?

—Lo recuerdo muy bien porque llamé a la policía para informar de él. Estuvo varias veces dando vueltas por la puerta del edificio de mi apartamento y quise que se ocuparan de él.

—¿Cuándo fue?

—Dios mío, detective, era casi el día de Acción de Gracias. La misma semana que Ari se estaba quedando en nuestra casa. Y la misma semana que...

—No pasa nada, Carey. Sé qué más ocurrió esa semana.

Heat notó cómo le costaba a Maggs asimilar la sorprendente noticia que le había dado ella sobre su viejo amigo. Pero insistió aún más. Podría recuperarse más tarde. Ahora mismo, ella necesitaba una nueva pista.

—Carey, necesito que me ayude en una cosa, si está dispuesto. —Parecía afectado, pero susurró un sí, así que ella continuó—: Usted dijo que Ari no estaba muy interesado ni en cuestiones sociales ni políticas. ¿Recuerda si tenía algún amigo en el ámbito de la ciencia del que fuera íntimo? ¿Había alguien en particular de quien hablara o con el que formara equipo para algún proyecto especial?

—No se me ocurre nadie —contestó Maggs tras pensarlo un poco—. Por supuesto, coincidí con su gente para tomar una cerveza o para ver un partido de fútbol en Slattery's, pero para mí no eran más que unos cerebritos.

Nikki no quería darle pistas con ningún nombre, así que le preguntó:

—¿Recuerda algún extranjero?

Se rio.

—Estás de broma, ¿no? La mayoría lo eran.

Y entonces lo dijo. Pero Maggs no recordaba a ningún Vaja Nikoladze por el nombre, así que le envió también por mensaje su fotografía y esperó a que la viera.

—Lo siento. Tiene pinta de cerebritos, pero no recuerdo verle con Ari.

Nikki se anotó otra decepción pero, al menos, había conseguido que identificara a Petar y confirmara su conexión con el asesinato de Ari Weiss.

Rook la convenció para que saliera con él a comer algo rápido en el nuevo Shake Shack que acababa de abrir en Columbus, pero no llegaron tan lejos. De hecho, el detective Raley les hizo detenerse en la entrada de la comisaría.

—¿Qué pasa, Sean? ¿Has visto algo en los vídeos del Coney Crest?

—No, aún los estoy revisando. Pero Miguel y yo acabamos de descubrir otra cosa. Confía en mí, vas a querer verlo.

—Creo que el Shake Shack va a tener que apañárselas sin nosotros —dijo Rook.

Cuando Heat volvió a entrar en la sala, Ochoa tenía los resultados en su pantalla del Centro de los Roach, que era como los dos llamaban al rincón donde habían

puesto sus mesas.

—Bien —dijo cuando Heat se sentó en su silla—. Hemos estado rastreando las cámaras de vigilancia de matrículas de coches de la policía de Nueva York desde el último mes en busca de alguna señal de esa furgoneta que llevaba el cadáver de la espía que era compañera de tu madre. Si seguimos el rastro de la furgoneta, encontraremos el laboratorio, ¿no?

—Así es —dijo Rook.

—Eso esperamos —añadió Heat.

—Lo hemos conseguido —dijo Ochoa—. Un rotundo éxito. Aquí está el primer tanto. Y sí, es de la noche en que la mataron. —Pulsó el ratón y apareció una imagen borrosa de la matrícula. En la situación decía: «Peaje E-ZPass Carril 2, Puente Henry Hudson».

—¿Esto es correcto? —preguntó Heat—. ¿Tan lejos?

Los Roach asintieron al unísono.

—Es correcto —contestó Raley.

—Pero nosotros nos preguntamos lo mismo —añadió Ochoa—. Pensamos qué hacían esa furgoneta y el cadáver, entrando en la ciudad desde tan lejos. Así que hicimos alguna comprobación más.

—Os adoro, Roach —dijo Heat.

—Peinamos una red de cámaras de tráfico en las rampas de acceso de Westchester County y del norte —añadió Raley.

—No ha sido tan difícil como parece, porque sabíamos la hora aproximada y la fecha exacta. —Ochoa volvió a pulsar y en la pantalla aparecieron cuatro fotografías de la misma matrícula en diferentes lugares—. Así que, yendo hacia atrás, aquí vemos la primera aparición de la furgoneta durante su camino a la ciudad de Nueva York. —Pulsó dos veces sobre la imagen superior. Cuando se abrió, la información de la localización hizo que Heat ahogara un grito.

Aquella furgoneta granate podría haber venido desde cualquier sitio cuando la fotografiaron entrando en la autopista de Saw Mill River en Hastings-on-Hudson, pero a Nikki solo se le ocurría uno. Rook lo dijo en voz alta.

—Vaja.

Con un simple clic del ratón, todos los motivos, todas las intuiciones que la habían llevado a seguir considerando al bioquímico como sospechoso parecían confirmarse. Heat solo podía rezar para que no fuese demasiado tarde.

—Roach, preparaos. —Miró a los demás detectives que estaban en la sala—. Feller, Rhymer, vosotros también. Nos vamos a Westchester.

—¿Y yo? —La detective Hinesburg salió de la cocina con un plato de ensalada. De repente, estaba en la clase de gimnasia, se habían elegido a todos los equipos y todos empezaban a ocuparse de sus cosas evitando el contacto visual. Sencillamente, Heat no quería a Sharon allí. Y, desde luego, no quería salir con ella en el coche. Tampoco iba a endilgársela a los Roach, a Feller ni a Rhymer.

—Te necesito aquí al mando del barco. —Nikki se sentía mal por aquello, pero sabía que se le pasaría rápidamente. A decir verdad, Hinesburg podía encargarse de unas cuantas cosas que harían que Heat fuera más rápido—. Empieza por llamar a la policía estatal, a la patrulla K. Diles que vamos a precintar una casa y detener a un hombre junto a la avenida Warburton de Hasting y que necesitamos asistencia. Dale el número de mi móvil al jefe de la patrulla K. Coordinaré la logística desde el coche.

—Entendido —contestó Hinesburg, con expresión feliz al ver que era importante—. ¿Y la policía local?

Para entonces, Heat y los demás habían llegado a la puerta.

—Conozco a los de la policía local y los tengo entre mis contactos. Yo misma me ocuparé de ellos después de informar al Departamento de Seguridad Nacional.

—¿Y qué ha hecho este tipo? —preguntó.

—Espero que nada, todavía. —Y, a continuación, Heat se fue.

Ocuparon sus puestos de observación junto al sendero de Old Croton a lo largo de una colina boscosa sobre la finca de Vaja Nikoladze.

—Solo nos queda alrededor de una hora de luz —dijo Ochoa. Giró a la izquierda para señalar el bajo reflejo del sol sobre los cristales del horizonte de Manhattan a treinta y cinco kilómetros río abajo. Desde aquella distancia, podía tratarse de Oz.

Heat no se molestó en mirar. Seguía concentrada en observar por sus prismáticos, estudiando la aislada superficie que tenía debajo. Vio el coche híbrido azul metálico de Nikoladze que estaba vacío y aparcado con el morro hacia la barandilla gastada donde el camino de gravilla se juntaba con el prado que había junto a su casa. La casa victoriana recién pintada no mostraba indicios de vida desde su punto de observación.

Todas las cortinas estaban abiertas pero no había movimiento, formas que pasaran junto a ellas ni sombras. Ni tampoco luz alguna en el interior. Una brisa agitó las flores rosadas de los rododendros que había cerca de la perrera a la derecha del prado. Nikki no había visto nunca a los perros que había allí dentro, pero durante su primera visita un mes atrás vio al pastor georgiano al que Vaja había designado para conseguir la gloria de su querido perro de competición que había muerto repentinamente. En ese momento, se preguntó qué tragedia inesperada habría sufrido el perro del bioquímico y si lo que había interpretado en el rostro de Nikoladze como pena había sido, en realidad, remordimiento. Heat aguzó el oído para ver si escuchaba a algún perro pero solo oyó el movimiento del viento mezclado con el traqueteo del tren que iba en dirección norte tras los árboles que había tras la pradera al pasar por el río Hudson.

—Callan va a aterrizar ahora —dijo Heat ajustando el volumen de su auricular.

—¿Por qué no hemos podido venir nosotros en helicóptero? —preguntó Rook mirándola.

—Tío, hemos llegado aquí en media hora, más o menos —dijo Feller—. Por si no te has dado cuenta, estamos esperando a los profesionales con su puto helicóptero.

—No es para tanto desear montar en uno. Esperaba, por una vez en mi vida, poder mirar a alguien y decir: «Prepara el helicóptero».

—Adelante, hombre. Dilo —le animó Raley.

—No, no podría.

—Vamos, aquí tienes tu oportunidad. Adelante.

Rook se quedó pensando un momento.

—Prepara el helicóptero.

—Y una mierda —contestó Raley.

Ochoa levantó un puño y los dos compañeros chocaron las manos.

—Chicos —les reprendió Heat.

—Está bien —dijo Rook—. Sé que os metéis conmigo solo porque me veis casi como un hermano policía.

—Pues si tú te lo crees, amigo... —contestó Ochoa.

Se encontraron a los agentes Callan y Bell cuando bajaban, al dar una curva que impedía que fueran vistos desde la finca de Vaja. Callan saludó al equipo de Heat.

—Siento el retraso. Hemos tenido que aterrizar en una reserva natural.

—Mayberry no tiene helipuerto —añadió Yardley Bell.

Nikki abrió un mapa sobre el capó de su coche.

—No se preocupen. Así hemos tenido tiempo de preparar la logística. Básicamente, la zona es nuestra. La policía estatal ha cerrado el camino al tráfico entre Odell Avenue y el club náutico de Yonkers. Al oeste, solo están las vías del ferrocarril y el río. Al este hay bosques y el camino que sube por la colina, donde tenemos el puesto de observación. El detective Feller está allí arriba ocupándose de la vigilancia.

—¿Alguna señal? —preguntó Callan.

—Nada. El coche está allí, pero eso no es nada definitivo.

—¿Y en su lugar de trabajo? —preguntó la agente Bell.

—Ya está comprobado. Cuento con la excelente colaboración de los cuerpos de seguridad del pueblo —explicó Nikki tratando de devolverle la indirecta sobre Mayberry—. Han llevado a mi detective Rhymer al instituto y me ha confirmado que Nikoladze no está allí. Se han quedado por si aparece y para asegurarse de que no recibe llamadas.

El agente especial Callan asintió en señal de aprobación.

—Muy meticulosos..., tratándose de la policía local. —Hizo un guiño a Heat y preguntó—: ¿Cómo vamos a entrar?

Heat abrió un dibujo que había hecho de la finca en una hoja en blanco. Cuando sacó su rotulador rojo para marcar las flechas para la redada, Yardley Bell la interrumpió.

—Tome. Quizá esto sea más útil. —Desdobló una enorme fotografía en color de la propiedad desde el satélite—. La han hecho hoy justo después del mediodía.

Rook trató de romper la crispación que había en el ambiente.

—A mediodía, ¿eh? Bueno, quizá deberíamos utilizar el dibujo de Nikki, pues lo ha dibujado hace diez minutos, por lo que es más actual.

Tomaron posiciones en la carretera, tras los arbustos que había al final del camino de entrada, y en puntos clave de los bosques que flanqueaban el terreno al norte y al sur. Otro contingente de la policía estatal y de la de Hastings cubría las vías del tren tras la arboleda, para vigilar la puerta de atrás. El plan de la detective Heat había sido acercarse a pie en un pelotón en silencio para tomarlo por sorpresa, con el refuerzo de vehículos para crear un perímetro reducido. Su propuesta fue rechazada. Pero antes de ello, fue desacreditada.

—En primer lugar, detective, es demasiada exposición a pie —dijo Bell—. Puede que al final termine llevándose usted la sorpresa.

Aquello convenció a Callan.

—Si tiene algún rifle, seremos una diana.

Antes de que Heat pudiese mostrarles dónde estarían los que les cubrían e identificar los puntos ciegos de la casa que había localizado, Yardley se puso por encima de ella.

—Sorpresa y pavor. ¿Alguna vez ha oído hablar de esa técnica militar? Existe una razón... Funciona. Cambie el plan, detective. Entre con el estruendo de los coches en primer lugar y despliegue a los soldados de infantería. Sorpresa y pavor.

Tal y como Heat llevaba viendo toda la semana, Callan dejó que su subordinada lo arrollara.

—Pues adelante con ello —dijo.

A la señal de Heat, invadieron la casa en tropel. Los todoterrenos y los Crown Victoria con el estruendo endemoniado de sus motores avanzaron como un rayo por

el camino de entrada lanzando gravilla y césped contra la puerta de la casa. Las puertas de los coches se abrieron. Salieron agentes y policías. Utilizando los vehículos como escudo, Heat, los Roach, Callan y los demás saltaron hasta el lateral de la casa, agachándose mientras avanzaban por la celosía del porche.

La agente Bell utilizó la misma táctica mientras atravesaba el césped. Un todoterreno y dos coches atravesaron el prado hasta la perrera, dejando a Bell y a su equipo junto a las paredes. Fue entonces cuando todo se desató.

En cuanto todos los vehículos hubieron entrado, las puertas dobles de la perrera se abrieron de pronto y diez pastores georgianos salieron corriendo entre ladridos y dando vueltas por toda la finca. En aquel instante de sorpresa y distracción, se encendió un motor y un cuatriciclo todoterreno salió del edificio entre un estruendo por detrás de los coches y los agentes y se dirigió hacia el bosque. Bell y los demás levantaron sus armas pero, para entonces, Heat ya había atravesado el césped a toda velocidad mientras gritaba: «¡No disparen!». Lo habían hablado al entrar. Necesitaban a Vaja con vida.

Yardley Bell se apartó de la pared de la perrera y corrió hacia uno de los coches mientras enfundaba su arma.

—Lo tengo —le gritó a Heat.

—Lo hemos acorralado —dijo Heat aún a veinte metros de distancia—. No va a ir muy lejos. —Justo cuando Heat llegó junto al Crown Victoria, la agente de Seguridad Nacional dio un portazo y salió derrapando, dejando a Nikki viendo impotente cómo salía a toda velocidad por el camino de entrada hacia la carretera.

Rook lo vio todo. Relegado al flanco de retaguardia, relajado en una camilla en la parte trasera de una ambulancia que estaba a la espera, oyó primero a los perros y, después, los gritos lejanos de Nikki. Eso le hizo salir y erguirse sobre la acera a tiempo de oír a su izquierda el ruido agudo del motor del quad haciendo crujir las ramas mientras se abría paso entre los bosques y el bramido de la patrulla de la policía volando por la carretera detrás de él.

El vehículo de Vaja salió de los matorrales a la avenida Warburton. La primera impresión de Rook fue lo pequeño que le parecía el georgiano, con aspecto de un niño que juega a conducir el coche de su padre. Nikoladze giró la cabeza hacia Rook pero, en realidad, miraba al coche que se acercaba por su lado. Podría haberle ido mejor si hubiese seguido atravesando el bosque pero, en lugar de ello, aceleró y trató de huir por la carretera.

En medio de una espiral de viento y gravilla, el Crown Victoria pasó a toda velocidad al lado de Rook y se puso al lado de Nikoladze, disminuyendo ligeramente la velocidad para ir a su ritmo. Antes de llegar a la curva donde les esperaba una barrera policial, la agente Bell acercó el lado derecho de su coche para que rozara la parte posterior del todoterreno y dio una sacudida al volante, realizando lo que todo oficial de las fuerzas de seguridad y cualquiera que haya visto una persecución conoce como maniobra de inmovilización precisa. Si se hubiese tratado de un coche

en lugar de un quad todoterreno, habría girado, perdiendo el control y deteniéndose mirando en la dirección contraria. Pero se trataba de un todoterreno.

Se balanceó violentamente y casi volcó de lado. Nikoladze movió frenéticamente el manillar y lo dirigió para compensarlo y equilibrarlo. El todoterreno corrigió la marcha y aceleró con fuerza sobre sus gruesos neumáticos, lo cual hizo que la parte delantera se levantara con un caballito. Pero no volvió a tocar el suelo. Continuó elevándose por encima de la cabeza del conductor hasta que las ruedas de atrás también se levantaron y todo el vehículo se elevó en el aire para terminar cayendo hacia atrás del revés. Incapaz de seguir aguantándose con las piernas, Vaja Nikoladze se soltó y se desplomó de espaldas sobre el asfalto.

El todoterreno no solo se abatió sobre él, sino que continuó acelerando y dando vueltas a una velocidad enloquecedora, girando las ruedas y haciendo chirriar los ejes sobre su cara y su cuerpo, destrozándole la ropa y la piel hasta que le pasó por encima como si fuese una especie de badén carnosos y se estrelló contra los árboles, dejándolo sangrando, herido y moribundo en la carretera con el cráneo fracturado.

Nikki Heat se removió en el asiento delantero de su coche; gotas de rocío que caían rítmicamente de la rama de un árbol sobre su parabrisas la habían sacado de su sueño.

Parecía como el tictac de un reloj. Sin despertar del todo y decidida a seguir relajada unos minutos más, miró de reojo para orientarse. Tres haces de luz se movían en fila alejándose de la perrera de Nikoladze, barrían el bosque, formando rayos de luz que atravesaban la niebla que serpenteaba por Hastingson-Hudson después de la medianoche. El *flash* de la cámara de un técnico forense resplandeció desde el interior de la ventana de la planta superior de la casa de campo victoriana. Amplificado por la niebla baja, el *flash* adquirió la intensidad de un rayo sin trueno.

En unos minutos, Heat reanudaría su registro de la finca de Vaja con el equipo de Seguridad Nacional. Pulsó el botón de inicio de su teléfono para ver la hora. Nikki se había dado cuarenta minutos para dormir, y aún le quedaban veinte valiosos minutos más para recargar pilas.

Fuera, en medio de la oscura pradera del Hudson Valley, sintió una rara sensación de liberación del caso Arcoiris. Normalmente, la búsqueda de un asesino en serie constituía una carrera a contrarreloj para evitar el asesinato de su siguiente víctima. Lo irónico era que, puesto que Nikki era su siguiente víctima, se había asignado un tiempo muerto. Además, ¿qué mejor modo de sentirse segura que estar rodeada por las fuerzas del orden en el escenario de un crimen? Nikki no podía hacer eso todas las noches pero, por el momento, no irse a casa para seguir sus costumbres habituales le ofrecía una medida de seguridad.

Cerró los ojos y recordó la pelea que había tenido con Yardley Bell tras la colisión, y se maldijo a sí misma por haber perdido la calma. Heat podría haberlo atribuido al agotamiento. Desde luego, tantas horas, el estrés y la intensa

responsabilidad de dirigir dos casos importantes le daban cierta licencia para sacar su lado más bruto. Pero no, Nikki se culpaba a sí misma por no controlar su rabia. Dicho con pocas palabras, se desató cuando los médicos se rindieron con Vaja y la reacción de Yardley fue mirar a Callan y encogerse de hombros.

La gente decía que en esos momentos veían un color rojo. Heat vio un resplandor blanco, igual que una chispa eléctrica que salía del polvo de magnesio de las lámparas de las cámaras antiguas. La rabia y frustración que había estado acumulando durante toda la semana desde que conoció a Yardley Bell estallaron. Las primeras palabras de Nikki podrían haber estado más acertadas, pero gritar «¿cómo se atreve?» en la cara de la mujer supuso un buen comienzo para soltar la furia que había estado conteniendo. Horas más tarde, Heat aún podía ver la expresión de Bell y disfrutó del hecho de haber aportado su propia dosis de sorpresa y pavor ese día.

Rook y los Roach debieron de temer que Heat fuera a pegarle porque la agarraron de los hombros y la arrastraron hacia atrás unos metros para alejarla de la agente mientras seguía descargándose. Salió todo: la engreída intervención de Bell, impidiéndole a Nikki volver para hablar con Vaja cuando era un sospechoso legítimo; desperdiciar un tiempo esencial en la redada de Algernon Barrett cuando el verdadero sospechoso, «un puñetero bioquímico», seguía allí, tan tranquilo.

—Y luego, por si eso fuera poco, se ha dedicado a desmontar mi plan para la redada...

—Se lo he dicho —le espetó Bell—. Entrar a pie suponía una táctica desastrosa.

—¿Y qué es entrar haciendo uso de todos los coches sin dejar un perímetro con otros vehículos?

—Un puto coche no habría servido de nada cuando se dirigió al bosque, detective.

—Y el de usted sirvió de muy poco cuando se trataba de capturarlo con vida, agente.

—Venga, por favor.

—Su temeridad ha provocado la muerte de la única persona que podría habernos dicho cómo detener esta trama terrorista. Vaja estaba a veinte metros de la barrera policial. ¿Por qué demonios no le dejó seguir?

—Porque nunca dejo nada al azar. Él empezó la partida y yo la terminé.

—Desde luego que sí. ¿Y qué hacemos ahora?

—Es fácil culpar a los demás, ¿eh? Sobre todo, cuando uno empieza a creer a su propia prensa. Usted cree que es lo suficientemente inteligente como para resolverlo todo, pero no puede, así que no me falte al respeto. Heat, debe recordar lo que todo buen investigador sabe: no puede controlarse todo... nunca. Siempre habrá algo que le sorprenda. Algo que no ha visto venir. Ni que creía que fuera posible. Lo mejor es rezar para que eso no la mate.

Heat se quitó los protectores con un movimiento de hombros y se alejó para tranquilizarse.

Con su principal sospechoso demasiado muerto como para interrogarlo, la

investigación se veía obligada a pasar a manos de los forenses. La flor y nata del Departamento de Seguridad Nacional apareció en una caravana de camiones blancos sin distintivos. Callan ahuyentó de la zona a la policía estatal y a la local por temor a que pudieran pisotear más pruebas de las que encontrarán. Heat dejó que sus detectives volvieran al Upper West Side para que siguieran trabajando en el caso Arcoíris. No cabía duda de que la inminente catástrofe de un atentado biológico masivo había restado importancia a la investigación del asesino en serie, pero no lo habían apartado. La muerte seguía su camino.

—Tampoco hace falta que te quedes tú —le dijo a Rook.

—¿Estarás bien?

—Ya lo estoy. Simplemente, he perdido los nervios. Ya ha pasado —dijo—. Ya está.

Rook la observó como solo él sabía hacerlo, mirando los ojos de Nikki, estudiándola de una forma tan tierna y cariñosa que la hacía sentir más humana solo por su cercanía. Satisfecho con lo que vio, le dijo:

—La verdad es que puedo quedarme aquí para que me digan que me quede en el coche o pasar la noche en mi despacho atando cabos de la investigación para un nuevo artículo que voy a sacar el lunes por la mañana. —Le apartó un rizo de la frente con los dedos—. Y toma esto como un voto de confianza de que sí que va a haber un lunes por la mañana, detective Heat.

Sin embargo, mientras se alejaba, no pudo evitar hacer una despedida al estilo Rook.

—Es decir, eso si vives en la parte de Nueva York desde la que sopla el viento. Me han dicho que Edmonton está precioso en esta época del año.

Una patrulla de técnicos forenses expertos en cibernética y biología se unieron a sus compañeros de Seguridad Nacional y se repartieron entre la casa y la perrera. Realizaron registros básicos en busca de pruebas materiales, además de huellas dactilares, material informático, búsqueda de muestras de agentes biológicos y químicos y documentación fotográfica. Había incluso un experto para volar la caja fuerte que estaba empotrada en el suelo del armario del dormitorio principal.

—Por cierto, la caja fuerte está vacía —le dijo Callan a Heat tras el registro. En el segundo dormitorio, el que Nikoladze había destinado a despacho, señaló a la rebosante papelera de alambre que estaba debajo de la trituradora de papel—. El motor de esa cosa sigue caliente. Parece que el buen doctor ha celebrado una pequeña fiesta de confeti antes de que llegáramos.

—Vaja sabía que veníamos —dijo Nikki.

—Desde luego, sabía lo suficiente como para esconderse en la perrera —apuntó Bell. Había estado manteniendo las distancias desde el altercado, pero los profesionales sabían aclarar las cosas o, al menos, dejar a un lado las disputas personales, en pos de la misión—. Puede que sea porque nos ha visto. Quizá vio el reflejo de los prismáticos desde la colina, nunca se sabe.

—Y también es posible que triturara papel de forma compulsiva —añadió Callan.

—Pero si juntamos las dos cosas, ¿qué tenemos? —preguntó Heat.

—Creo que tenemos que seguir buscando —respondió Bell.

La perrera inquietó a Heat de un modo que la pilló por sorpresa. Todos los pastores georgianos habían sido acorralados y llevados a un refugio del pueblo para que los cuidaran y los examinaran, así que aquel barracón alargado y vacío con paredes verdes iluminado por fluorescentes le daba un espeluznante aspecto de morgue. Podría haber sido la sala B-23 de la oficina de la médico forense, solo que esta estaba a nivel de calle. Había solamente una jaula en el rincón más cercano. Los perros dormían en una serie de gallineros individuales abiertos que estaban colocados a lo largo de la pared oriental. Cada uno contaba con un recinto que llegaba hasta la altura de la cintura para darles libertad de movimiento.

Mientras Heat recorría aquel edificio anexo con Callan y Bell, tuvo la lúgubre sensación de que estaba siguiendo las huellas de Nicole Bernardin del modo que ella los había supuesto en la comisaría con su brigada. Aquella noche de un mes atrás, Nicole habría estado sola, buscando pruebas de la trama mortal de Tyler Wynn. Aquello le costó la vida a la agente. En el otro extremo, llegaron a una pared llena de estantes abarrotados de comida para perros, vitaminas y material para el adiestramiento. Al lado, había una trampilla en el suelo. No aparecía en los planos de la zona que habían conseguido y parecía que conducía a un sótano.

—Lo siento, señor..., señoras —dijo el hombre vestido con un mono aislante y una máscara antigás—. No se puede entrar sin un traje especial.

—Chicos, cómo os gusta el drama —dijo Callan—. ¿Esto es lo que llamáis exceso de precaución?

—Señor, a esto lo llamamos salvar vidas. Nuestro equipo que está ahí abajo ha encontrado pruebas de agentes biológicos.

—No sé ustedes, pero yo me decanto por los trajes especiales —dijo Heat.

Unos minutos después, tras ponerse los trajes protectores, incluidas las máscaras antigás que iban unidas a bombonas de aire que llevaban en mochilas, bajaron por los escalones de aluminio hasta el sótano en el que el doctor Vaja Nikoladze, bioquímico de fama internacional, desertor soviético y activista por la paz, había construido su laboratorio para crear agentes biológicos para atentados terroristas. «Es como la guarida mal iluminada de un malo de las películas de James Bond», pensó Nikki.

En tamaño, era igual a la planta de arriba y albergaba un laboratorio científico completamente equipado, lleno de tubos de ensayo, matraces, una centrifugadora, cámaras de aislamiento de *thermo-glass* con guantes de seguridad acoplados a los laterales. Cuatro cámaras de refrigeración de alta tecnología presentaban etiquetas pegadas en las puertas, pero, en lugar de las fotos de ligas infantiles de béisbol y los recordatorios de citas con el dentista que había en las puertas de la mayoría de las neveras, estas etiquetas estaban en latín, con algunos nombres que Heat reconocía del informe del Centro de Control de Enfermedades que había estado leyendo: *Bacillus*

anthracis; Vibrio cholerae; Ricinus communis; Filoviridae Ebola; Filoviridae Marburg; Variola major.

Como centinelas, a lo largo del mostrador había montones de contenedores de acero inoxidable cilíndricos y herméticamente cerrados, cada uno con una pegatina de color naranja que mostraba el símbolo universal de peligro biológico.

—Me encantan estas etiquetas —dijo Bell con su voz amortiguada por la máscara—. Como si él no supiera qué era lo que estaba manejando.

—Seguimos teniendo la misma duda —dijo Nikki—. ¿Para quién lo estaba haciendo? Aún tenemos que encontrarlos.

Heat y los agentes del Departamento de Seguridad Nacional dejaron en el sótano a los técnicos con sus equipos de recogida de muestras y subieron los escalones cargados con la peor de las noticias: había un hueco en la fila de los botes sellados y el espacio estaba marcado con un anillo circular dejado sobre el mostrador. Parecía que habían sacado uno de los contenedores de setenta y cinco litros y no se sabía dónde estaba.

Arriba, una especialista forense que estaba de rodillas dentro de la jaula los llamó.

—Esta jaula ha sido regada con una manguera y fregada con un disolvente de laboratorio —dijo señalando al desagüe del suelo—. Eso va a dificultar la búsqueda de muestras de ADN. —A continuación, se levantó y les señaló un punto de la pared interior de la jaula hasta el que levantó un instrumento que parecía un teléfono móvil de enorme tamaño. En la pantalla de plasma aparecía una imagen muy ampliada del enrejado—. ¿Ven lo que estoy apuntando?

—¿Es sangre?

—Sí. Y, a menos que uno de esos perros sea así de alto, probablemente sea humana. Tomaré una muestra para analizarla.

—Nicole Bernardin podría tener esa altura —apuntó Heat—. Y tenía una herida de arma blanca en la espalda que estaría alrededor de esa altura.

—Puedo imaginarme a alguien que entrara de espaldas y dejara una mancha —dijo la técnico forense—. También estoy recogiendo fibras. ¿Tienen la ropa de la víctima?

—Sí.

—Hágamela llegar. Podré darle una respuesta por la mañana.

En su estado somnoliento, Nikki supuso que el ritmo del tintineo del rocío sobre su parabrisas había seguido igual hasta que abrió los ojos y vio a uno de los agentes de Seguridad Nacional golpeando suavemente sobre la ventanilla de su lado con los nudillos.

—Perdone, detective. He tratado de no asustarla —dijo cuando ella salió y se desperezó para quitarse un desagradable calambre de la espalda—. Por fin hemos encontrado el teléfono móvil.

La bolsa transparente con el teléfono en su interior estaba en la mesa entre los agentes Callan y Bell en el centro de mando de la caravana. Tras caminar más de cuatro horas recorriendo el bosque dividido en cuadrículas, el equipo de rastreo que Heat había entrevisto mientras dormitaba lo había localizado cerca de la ruta de escapada de Nikoladze en su todoterreno.

—¿Les importa si lo veo? —preguntó Heat.

Yardley Bell cogió un extremo de la bolsa de plástico y se lo pasó a Nikki.

—Ah, hemos hecho una comprobación sobre el profesor chiflado en aduanas —dijo Bell mientras Heat la abría—. Vaja Nikoladze ha hecho este año tres viajes a Rusia.

—Probablemente tuvo acceso allí al cultivo de viruela y lo trajo a escondidas para cultivarlo aquí. —Nikki levantó el teléfono en el aire—. ¿Alguien tiene un lápiz de tableta? No quiero tocar la pantalla. —El informático de comunicaciones que estaba en el cuadro de mandos sacó el suyo a toda velocidad y pareció encantado consigo mismo. Heat levantó el teléfono con su mano enguantada y abrió la ventana de llamadas recientes.

—Vamos muy por delante de usted —dijo Bell—. Vaja recibió una llamada unos cuarenta y cinco minutos antes de la redada. Estamos investigando el número ya.

Nikki lo miró y volvió a guardar el teléfono en la bolsa.

—No tiene por qué hacerlo. Conozco ese número. Es de un teléfono de prepago. El mismo que alguien usó para llamar a Salena Kaye a la agencia de alquiler de coches. —Heat cerró la cremallera de la bolsa de plástico y, después, dijo en voz alta lo que había sospechado cuando la bomba de Tyler Wynn estalló—. Alguien está avisando a nuestros asesinos.

Rook sorprendió a Nikki en la sala de la brigada de homicidios con ropa para que se pudiera cambiar cuando entró justo antes de las seis.

—He tenido fantasías contigo vestida hoy con estos vaqueros ajustados y tu chaqueta de cuero marrón para combatir el crimen —dijo Rook—. Sin embargo, no he podido encontrar tus pulseras a prueba de balas de Wonder Woman en mi casa, así que, si te encuentras en medio de algún tiroteo de armas automáticas, vas a tener que fiarte de tus vertiginosos reflejos.

—Gracias, Rook. Ha sido un detalle.

—He supuesto que tras una noche en el campo querías arreglarte. Ah, también te he traído un café con leche. Como a ti te gusta. Sin azúcar, y con dos dosis de estriknina.

Después de cambiarse, Nikki le informó de los hallazgos que habían hecho en Hastings-on-Hudson y terminó con lo de los avisos por teléfono. Aunque tenían la comisaría para ellos solos, él bajó la voz:

—Pues menuda mierda. ¿Cómo crees que les llega la información a los sospechosos?

—No es tanto el cómo, sino el quién, Rook. He estado pensando durante mi camino de vuelta. ¿Sería muy agresivo preguntar dónde narices está nuestro Hombre de los Acertijos?

—Probablemente esté trabajando en ello.

—¿Probablemente?

—Vale. Veré si puedo meterle prisa.

Nikki se reunió con cada detective durante las siguientes horas para que le dieran información actualizada de los avances del caso. Le pareció de todo menos avances. Salena Kaye había desaparecido bajo tierra y Arcoíris guardaba un extraño silencio.

—Al menos, no ha matado a nadie más —dijo el detective Malcolm.

—Teniendo en cuenta que Heat es la siguiente, creo que podemos llamar a esto una victoria, por ahora —añadió Reynolds.

Rook la buscó con los ojos y se reunieron en la cocina.

—El Hombre de los Acertijos acaba de responderme con el típico «Estaba a punto de llamarte». No hay que preocuparse. Dice que es posible que esté acercándose a algo.

—En serio... —Nikki ya había sufrido tantas decepciones últimamente que su escepticismo eclipsaba su optimismo—. ¿Algún indicio?

—Nada de dar información por adelantado. Cito textualmente. Pero le he insistido y dice que puede vernos esta noche. En el café Gretchen a las siete y media.

—Estupendo.

—Aunque con él eso puede significar a las nueve. Lo único que el Hombre de los Acertijos no parece descifrar es cómo leer un reloj.

—Me infundes mucha confianza —dijo ella antes de dejarle calentando en el microondas su crema de avena. Cuando iba de vuelta a la sala, Heat vaciló en la puerta, atónita al ver la visita que estaba sentada junto a su mesa.

—¿Agente Bell?

—Buenos días. Aunque parece como si los días y las noches se hubiesen mezclado, ¿verdad? —Su sonrisa parecía auténtica, pero Nikki se acercó a Yardley Bell con mucha precaución.

—Eso parece. —Heat se permitió adoptar una sonrisa neutra. No tenía nada de malo mostrarse educada y ver adónde llevaba aquello—. ¿Qué ocurre?

—Le traigo una ofrenda de paz. —Señaló el perchero que había detrás de Nikki donde estaba colgada la chaqueta que había dejado para que la analizaran en el Departamento de Seguridad Nacional—. Y tranquilícese. Nuestro laboratorio ha dado fe de que no es letal.

—Gracias.

—Al igual que el trozo de cordel naranja que envié. Ha dado negativo en viruela. —Lo cual hacía que Heat siguiera preguntándose dónde podría haberlo pillado—. También le traigo noticias. ¿Es este un buen sitio para hablar?

Heat echó un vistazo a aquella sala llena de policías que estaban ocupados hablando por teléfono y trabajando en sus ordenadores y se sentó en su silla de trabajo.

—A mí me lo parece.

—En primer lugar, los análisis forenses. No solo hemos dado prioridad a nuestro laboratorio, sino que tenemos la capacidad de dar comienzo a parte de ese proceso en las furgonetas, en el escenario mismo y cuando está en movimiento. —La agente Bell no sacó ningún archivo, bloc ni iPad. Sin embargo, en alguna ocasión, sí que levantaba la vista ligeramente por encima de la frente de Nikki, como si estuviese leyendo algunas anotaciones en el aire—. Huellas. Además de las de Nikoladze, hemos encontrado varias de Tyler Wynn en el laboratorio de abajo. Además de una de la agente Bernardin. —Una sensación de alivio viciado envolvió a Nikki. Juntar a esas tres personas en el sótano ataba todos los cabos, aunque con una perturbadora confirmación. Bell pasó al siguiente punto—. La jaula. Más huellas en ella. Bernardin. Salena Kaye. Aquel policía corrupto.

—¿Carter Damon?

—Sí. Y Petar Matic. Han sido fáciles de identificar porque todos se encuentran en la base de datos. —Como era habitual, Heat tomaba notas. Bell esperó a que terminara—. Aquella sangre seca de la jaula coincide en grupo sanguíneo con la de Nicole Bernardin. Todavía no hemos podido decir que es de ella debido al sabotaje que sufrieron sus análisis de toxicidad en la oficina de la médico forense. Pero hay también una coincidencia entre la fibra y su ropa, así que podremos realizar un análisis de ADN para cerrar el círculo. —Hizo una pausa y levantó la mirada—. ¡Ah! También tenemos una correspondencia con el disolvente del laboratorio que se utilizó

para desinfectar la piel de Bernardin.

Nikki pensó en la jaula, el desagüe del suelo y el desagradable destino de Bernardin tras su descubrimiento: enjaulada, asesinada y, después, bautizada con un limpiador del mismo Satán.

—Entonces, hemos confirmado que la asesinaron allí. Es bueno saberlo. Por desgracia, eso no hace que podamos avanzar nada a partir de esta nueva información.

—Sí que podemos. Tenemos el mismo resultado en la ropa de ella que en su chaqueta. Viruela. Puede considerarse al día en materia forense.

—Bien. Y agradezco esta nueva actitud de colaboración.

La agente Bell se encogió de hombros.

—Usted y yo empezamos con mal pie desde el primer día. El pequeño... enfrentamiento de anoche me hizo pensar en ello. Lo único que quiero es ver si podemos seguir juntas y evitar más conflictos. Sobre todo, teniendo en cuenta mi última información. —Miró a su alrededor y bajó la voz—. Uno de nuestros confidentes encubiertos de una de las células terroristas yihadistas de Nueva Jersey dice que Salena Kaye se puso en contacto con él a principios de esta semana.

—Entonces, ¿cree que esto es un plan de terrorismo extremista musulmán?

—No necesariamente. Me ha confirmado que, según sus otras fuentes encubiertas, Kaye ha estado haciendo la ronda por numerosas afiliaciones. Básicamente, está buscando un mártir al que poder reclutar para dar el golpe.

—¿Ha encontrado a alguien?

—No lo sabemos. Solo tenemos clara una cosa. Sabemos que va a ser el sábado.

Nikki sintió un escalofrío por todo su cuerpo al ver cómo se estrechaba la ventana del atentado. Lo que habían sido dos o tres días para detener aquella desgracia quedaban reducidos a dos.

Heat y Bell se quedaron mirándose a los ojos, mientras una de ellas asimilaba las alarmantes implicaciones que la otra ya había aceptado.

—Disculpen, señoras. —El capitán Irons apareció delante de ellas—. Heat, ¿vienes a mi despacho?

Irons cerró la puerta antes de hablar.

—¿Sabes lo que es sentarse y ver todo lo que pasa alrededor de uno sin formar parte de ello? —La respuesta de ella, sobre todo en ese momento, no habría sido muy empática, así que Heat no contestó. Se limitó a esperar a que Wally dijera lo que tuviera que decir para poder volver a su trabajo—. A veces, me siento aquí y miro ahí afuera y... Bueno, es duro quedarse al margen. En fin, he estado pensando que quizá hay algo que puedas darme para que os ayude.

Heat se quedó pensando unos segundos.

—Ladrones de casas. Quienquiera que entrara en mi apartamento la otra noche sabía cómo entrar y salir sin dejar rastro.

—¿Quieres que busque ladrones de viviendas en la base de datos?

—Sí. Ver quién ha salido de prisión, cualquier actividad reciente, sobre todo en

las zonas donde vivían las víctimas o donde las encontraron. —Cuando dijo aquello, la cara de él se iluminó. Heat se habría sentido mejor con aquel refuerzo si no se hubiese tratado del jefe de su distrito.

—Me pongo con ello —dijo él cuando ella salía.

Cuando Heat volvió, Yardley Bell ya no estaba en su mesa. Pero vio a la agente al otro lado de la comisaría, delante del panel de Tyler Wynn y Salena Kaye, estudiándolo. Rook apareció detrás de Nikki envuelto en una neblina de canela artificial mientras removía su avena.

—Anda, mira quién está aquí. —A continuación, levantó una ceja—. No iréis a batiros en duelo ni nada de eso, espero.

—No. Puede decirse que hemos enterrado el hacha. Aun así, no me atrae demasiado que venga por aquí, revise nuestras pizarras y mire lo que estamos haciendo, ya sabes.

—La sigues odiando.

—Para nada..., no mucho..., un poco. Es una especie de presencia incómoda. Aquí dentro. ¿Crees que podrías...?

—Hecho. —Rook dio unos cuantos pasos y se giró—. ¿Seguro que no te importa que...?

—Adelante.

Con sentimientos encontrados, Nikki fue a su mesa mientras veía cómo Rook charlaba con su ex:

—Vaya, agente Bell, ¿quieres un desayuno saludable? Puedo prepararte uno de estos. ¡Hum! Puede que la crema instantánea de avena no sea tan buena como el *pain perdu de Charbon Rouge*, pero es muchísimo mejor que aquellos pasteles de grasa de cordero que engullíamos en Chechenia.

—¿Y cómo te va con tu nuevo artículo? —preguntó Yardley mientras salían entre risas—. He visto en tu Twitter que estás recibiendo ofertas de Hollywood...

Heat revisó el panel para ver si había algo allí que no le hubiese contado a los de Seguridad Nacional, para que no la acusaran de retener información.

Satisfecha, decidió ir a ponerse al día con Ochoa. Antes le había encargado que llamara al banco de la tarjeta de crédito que Salena Kaye había tratado de utilizar en la agencia de alquiler de coches. Desde entonces, él había estado estudiando la cuenta de Kaye para rastrear sus compras y ver indicios de su paradero o de cualquier otra cosa que pudiera dar alguna pista que tanto necesitaban a medida que se iba acercando la fecha límite del ataque terrorista.

El detective Ochoa pasó a Heat una copia impresa que había hecho de los movimientos de la tarjeta de crédito de Salena Kaye.

—Me he enterado de lo de Rook y esa chica del Departamento de Seguridad Nacional. Vaya, ¿qué he hecho con mi vida? Ocho años de horarios infernales, un sueldo de risa, retrasados que vomitan en mis zapatos o que me disparan... El escritor viene a pasar un par de meses y George Clooney le envía cestas de fruta.

—¿Eres consciente de que estás hablando de mi novio?

—Qué torpe. Perdona. Solo pensaba en voz alta.

Heat se dispuso a abrir el archivo y, a continuación, lo cerró.

—¿George Clooney le ha enviado a Rook una cesta de fruta?

—¿No te lo ha contado?

Nikki volvió a concentrarse en el archivo para cambiar de tema.

—¿Qué te han dicho en el banco de Salena Kaye?

—Abrió la cuenta de la tarjeta de crédito hace dos meses a nombre de su alias con una transferencia bancaria para financiarla a medida que se va usando. En el banco me han dicho que, tal y como está la economía, hay muchos prestamistas que ofrecen esto a nuevos titulares o a gente que quiere renovar su crédito. Como ves, el único cargo que ha habido es el del intento de alquiler del camión. He comprobado la dirección de facturación de Virginia que aparece en la tarjeta. Es de un contable. Es un decir. Básicamente, se trata de un buzón.

—¿Un callejón sin salida? —preguntó Heat cerrando el archivo.

—Hasta que lleguemos al siguiente —contestó él mientras volvía al centro de mando de los Roach.

Seguir insistiendo era lo único que podía hacer un detective. Sobre todo, al enfrentarse con un muro de ladrillos, hay que seguir moviéndose hasta que lo atraviesas. Con ese espíritu, Heat cogió su móvil y llamó a Benigno DeJesus.

—Detective, ¿qué tal estás? —contestó él con tono alegre.

—Pues estoy en plan forense. —Nikki le pidió que le resumiera el trabajo que había realizado en el escondite de Salena Kaye. Tuvo que obligarse a hacer memoria de todo lo que había pasado en menos de veinticuatro horas. Ese era el peaje de un día confuso tras una noche perdida en Hastings.

—Acabo de recibir la confirmación del laboratorio —dijo el detective—. Hay una coincidencia en los materiales de la bomba que sacaron del apartamento de Tyler Wynn en Sutton Place. Y supongo que ya te has enterado de que no había ningún rastro de agentes biológicos en la habitación de Kaye.

—Sí, eso me han dicho en Seguridad Nacional. La razón por la que te llamo es porque espero que hayas encontrado algo que pueda volver a ponerme tras la pista de ella.

Él se rio.

—¿Te refieres a algo así como un billete de autobús con una dirección escrita con lápiz de labios? ¿O una solicitud de que le reenvíen el correo postal a otra dirección?

—Nada, ¿no?

—Siento decepcionarte, detective. Llevaba una vida monacal y no dejó ningún rastro documental. Ni siquiera el recibo de un restaurante. Por su basura, parece como si sobreviviera a base de comidas calentadas en el microondas y batidos de vitaminas del gimnasio. Ya me conoces, lo he comprobado. Incluso hemos buscado en la basura de los cubos del callejón.

—Sí, Benigno, te conozco —dijo ella, incapaz de disimular su decepción—. Gracias de todos modos.

—No hay de qué. ¿Encontraste tu iPad? Lo dejé en la encimera de tu cocina.

—¿Mi iPad?

—Sí. Cuando estuve con mi equipo registrando tu apartamento ayer, lo encontré debajo de tu cama. Me olvidé de decirte que lo dejé en tu encimera para que lo vieras.

—Aún no he ido a casa —dijo Nikki. Vio que Rook volvía a entrar en la sala y le pidió a DeJesus que esperara un momento—. Rook, ¿has dejado tu iPad en mi casa? —Él abrió su bolso y lo sacó. Heat quitó la mano del auricular—. Benigno, yo no tengo ningún iPad y tampoco es de Rook.

Menos de una hora después, llegó a la mesa de Heat, en un bolso cerrado que le traía un mensajero del equipo forense, después de que el casero de Heat dejara entrar a Benigno a su apartamento para recogerlo. El detective DeJesus le dijo que ya había buscado las huellas en el iPad, así que no tenía que preocuparse de ponerse guantes. Cuando Heat lo encendió, la pantalla se iluminó con una fotografía de fondo de escritorio de Joe Flynn sonriendo ante el timón de su velero con la estatua de la Libertad de fondo. Rook y el resto de la brigada que se había reunido en torno a ella soltaron un suspiro conjunto ante la escalofriante idea de que Arcoíris también había dejado aquello durante su visita nocturna a Gramercy Park.

—Bueno, es un avance —dijo Randall Feller—. Hemos encontrado el iPad que había perdido Flynn.

Heat controló su intranquilidad adoptando una actitud analítica, pues su faceta de policía le decía que aquella nueva intimidación podía convertirse en una pista si mantenía la cabeza fría y le seguía el rastro.

—¿Por qué? ¿Cuál creéis que es el mensaje que esto nos da? —Miró a sus hombres mientras estos acercaban sillas para una reunión espontánea. O quizá para formar un círculo alrededor de ella—. El cordel en la almohada dejaba clara mi vulnerabilidad y su poder. No pretendo hacer ninguna broma, pero ¿dejar esto no es rizar el rizo?

—Un obseso del control es un obseso del control —contestó Malcolm—. Así de simple.

Su compañero, Reynolds, se molestó al oír eso.

—¿Esa forma de pensar va a hacer que avancemos? No lo creo. Sigamos manteniendo la curiosidad.

—Yo sé qué es lo que despierta mi curiosidad —intervino Raley—. Siempre me estoy preguntando en qué anda la gente, qué es lo que ha estado buscando. ¿Puedo? —Heat le pasó el iPad. Abrió la aplicación de Google y encontró una serie de búsquedas de Jameson Rook.

Ochoa lo miró.

—¿Este Joe Flynn era un admirador o simplemente te estaba acosando?

Raley toqueteó unas cuantas veces más la pantalla.

—Ninguna de las dos cosas. Todas estas búsquedas se hicieron después de que Flynn desapareciera y/o muriera.

—¿Qué hay en el historial de búsquedas? —preguntó Rook.

—Sobre todo, el *FirstPress*, tu cuenta de Twitter y... veamos lo más reciente. Tu página de Facebook. —Unos cuantos toques después, apareció una fotografía—. ¿Reconoces esto?

Todos se inclinaron hacia delante para mirar y, a continuación, se oyó una mezcla de gemidos, silbidos de admiración y piropos.

—Yo sí —contestó Heat—. Es nuestro famoso escritor posando y haciéndose fotos con chicas atractivas a las que insiste en llamar su público.

—No me odiéis por ser popular, ¿vale? —dijo Rook fingiéndose herido. Nikki sonrió con suficiencia a la mujer con el apretado chaleco de estampado de leopardo que se echaba estratégicamente sobre el brazo de Rook.

—Yo estaba allí cuando se hizo esta foto. La hicieron en la puerta de la pizzería donde estuvimos investigando el escenario del crimen de Roy Conklin.

—También conocido como la víctima número uno de Arcoíris —comentó Malcolm. A continuación, con un amistoso codazo a su compañero, añadió—: Por seguir con lo de mantener la curiosidad, si Arcoíris tenía este iPad, ¿por qué buscó esta fotografía?

El detective Ochoa vio algo y cogió la tableta de las manos de Raley para examinarla con más atención.

—Vaya, vaya... Mirad esto. —Ochoa amplió la imagen y volvió a colocar la fotografía. Después, levantó la pantalla hacia Heat. Había agrandado la fotografía y la había centrado en una cara que había entre la gente. La cara que cualquier analista diría que pertenecía a un hombre solitario y malhumorado. La única persona que no sonreía ni saludaba a la cámara. En lugar de ello, Glen Windsor miraba directamente al objetivo con una expresión de divertido desprecio en sus ojos. Heat sintió como si el cerrajero la estuviese mirando directamente a ella.

Porque eso estaba haciendo.

La ajetreada sala de la brigada adquirió un nuevo grado de actividad. Heat envió a Malcolm y a Reynolds a que se apostaran con alguna patrulla en la cerrajería de Windsor, una tarea de vigilancia doble, teniendo en cuenta que Glen Windsor también vivía en un apartamento encima de la tienda. Sus órdenes eran que lo mantuvieran localizado hasta que Heat consiguiera una orden de arresto.

Se preguntó cómo se le había podido pasar algo así. Era un procedimiento habitual en la investigación de un homicidio que la policía tomara fotos de la gente y, después, las estudiara en busca de sospechosos o rostros conocidos. Antes de que Nikki se pudiera hacer muchos reproches por no haber visto a Windsor, al que desde luego habría reconocido como único superviviente de Arcoíris, le dijo a Rhymer y a

Feller que recopilaran las fotografías que los de criminalística habían hecho a la gente que se había reunido en los escenarios de las cuatro víctimas de Arcoíris: Roy Conklin, Maxine Berkowitz, Douglas Sandmann y Joe Flynn. Heat y Rook se unieron a la brigada para repartirse las fotografías de criminalística y volver a examinarlas con atención en sus monitores.

Tras un cuidadoso escrutinio de la gente que aparecía en los cuatro escenarios de los crímenes, cara a cara, la brigada llegó a la misma conclusión: a Glen Windsor no se le veía en ninguna de las fotos.

—No lo entiendo —dijo Rook—. ¿Por qué está en mi foto y no en las demás?

—Porque es un tipo listo —contestó Feller—. Sabía cuándo evitar al fotógrafo de la policía.

—Tienes razón —dijo Heat—. No le vimos cuando miramos antes porque él no quería que lo viéramos. —Levantó el iPad con la foto que había hecho Rook con la aparición inesperada de Glen Windsor—. No quería que encontráramos esto hasta que él quisiera que lo hiciéramos.

El detective Rhymer analizó de nuevo la fotografía de Arcoíris y dijo que era un friki.

—Es como los pirómanos que se quedan entre la multitud porque se excitan sexualmente mientras ven el incendio.

—Solo que él no parece que esté excitado —añadió Ochoa—. Parece...

—Desafiante —le interrumpió Heat.

—Está claro que Windsor se está mofando de ti con esto —confirmó Raley.

—Igual que se burló en el barco de Joe Flynn —dijo Rook.

—¿Con el cordel naranja que llevaba hasta mi fotografía? Ya lo pillo.

—No, me refiero a lo del calcetín desaparejado. —Rook daba vueltas para calmar los nervios—. ¿Recuerdas que todos dijimos que Arcoíris se estaba burlando de ti por la cita de mi artículo al ponerle calcetines desaparejados a Joe Flynn? Este tipo no solo se estaba riendo de ti, Nikki. Estaba dándote una pista.

—¡Joder, claro! —exclamó Raley—. De todas las víctimas de Arcoíris, ¿cuál es el calcetín desaparejado?

Heat se reprendió por no haberlo adivinado ella, y no haberlo visto antes.

—El calcetín desaparejado es el único que no murió.

—Ese tipo nos tendió una trampa —dijo Ochoa—. Encendió solamente el gas suficiente como para que pareciera que Arcoíris le había asaltado. Probablemente, dejó abierta la puerta de atrás para no ahogarse. Y para que pareciera que Arcoíris se había escapado.

—¿Y cómo explicáis lo del cordel y las pistas de la azotea? ¿Como algo premeditado?

—Cuenta con ello —contestó Heat mientras se ponía de pie y se ajustaba la funda de la pistola—. Es probable que no nos den una orden de arresto basada en el hecho de que le hemos visto entre un grupo de gente, pero vamos a traer a Glen Windsor.

Puede que nos deje hacernos una fotografía con él.

Malcolm y Reynolds habían acordonado ya el barrio entre la calle 77 y Ámsterdam cuando llegaron la detective Heat y los demás. Los equipos de vigilancia y el resto de personal adicional para la captura cubrían todos los accesos de delante y de atrás, incluidos ambos extremos del callejón. Habían alertado a la policía escolar, que cerró la escuela PS 87 como medida preventiva y evacuó del parque Tecumseh al grupo de niñeras y a sus niños, así como a unos cuantos vagabundos y a un par de tortolitos. Unos agentes uniformados vigilaban la azotea del edificio de Windsor. Otros esperaban en la escalera cercana a su apartamento en la segunda planta y en la salida de incendios que había en la ventana de su dormitorio. Por si eso fuera poco, un francotirador de la policía de Nueva York se había colocado sobre el edificio del gimnasio Equinox al otro lado de la avenida.

Un camión del servicio de emergencias se había quedado en la calle 78, detrás de Heat y su grupo, y había desplegado agentes de la SWAT vestidos de negro. Nikki pensó que últimamente había visto mucho a aquellos valientes.

Un equipo de vigilancia con telescopios de alto alcance, ocultos al otro lado de Amsterdam Avenue, informaron de que no veían ningún movimiento ni actividad en el interior de la cerrajería. Las planchas de madera que cubrían la ventana de la tienda que Heat y Ochoa habían reventado en su falso rescate de Windsor limitaba el campo de visión pero, tras treinta minutos, nada se había movido ni había entrado ni salido nadie. El portero del edificio de apartamentos, reservado y entrometido, dijo que había visto a Windsor salir de su casa a primera hora de la mañana y que no había regresado. Para asegurarse, Heat le pidió a Rhymer que llamara al número de la tienda. Dio varios tonos y saltó el buzón de voz.

—¿Cuál es el plan, jefa? —preguntó Malcolm.

Heat se puso el chaleco antibalas.

—Los Roach que lleven con ellos a Rhymer y a Feller arriba y que entren en el apartamento cuando yo dé luz verde. El resto de vosotros, seguidme. Vamos a entrar en la tienda.

Ocuparon sus puestos y, cuando Heat dio luz verde por radio, fueron hacia la puerta de entrada. Flanqueada por una pareja de oficiales de los servicios de emergencia, Nikki encabezaba la marcha. Con unos cinco segundos críticos de exposición frente a la ventana, fue corriendo hasta la puerta de cristal y la abrió.

Y el corazón se le detuvo.

Una granada de mano cayó del pomo de la puerta interior y fue rodando por el suelo de linóleo hasta sus pies.

—¡Granada! —gritó Heat antes de tirarse de espaldas sobre la acera, donde sus dos

acompañantes acorazados de la SWAT se lanzaron sobre su cuerpo. En la eternidad que duró la espera del estallido, Heat revivió a cámara lenta el ruido del pesado metal sobre el suelo y las vueltas de aquel objeto ovalado y verde delante de ella. Mientras giraba, Nikki pensó en las muertes de las anteriores víctimas de Arcoíris, todas ellas objeto de emboscadas. De repente, lo del iPad cobraba sentido.

El tiempo empezó a avanzar de nuevo sin detonación. La Unidad de Servicios de Emergencia desplegó rápidamente escudos de protección y Heat y los demás se retiraron detrás de ellos.

Seguía sin haber explosión.

La brigada antiexplosivos llegó con hombres vestidos con trajes pesados y un camión blindado de desactivación de bombas. Entraron un robot para desactivar la granada. Tras un largo rato examinándola se determinó que era de mentira, de las que se ven en las tiendas de bromas o en la mesa de un ambicioso gerente como pisapapeles.

El equipo de los Roach había registrado el apartamento de Glen Windsor sin ninguna sorpresa y sin encontrar a Glen Windsor. Después de que la brigada antiexplosivos barrierá el establecimiento con perros y sensores, Heat y su equipo entraron con la clara conciencia de que tampoco iban a encontrar allí a Arcoíris.

Lo que sí encontró Heat fue algo que habían dejado para ella en el cristal del mostrador tras la caja registradora: el disco duro de la cámara de seguridad de su apartamento que habían inutilizado. Estaba atado con un lazo a un cordón con todos los colores del arcoíris.

De todas las imágenes que Heat había visto ese día, la que le gustaría haber tomado era la del capitán Irons cuando ella le contó que había puesto una orden de busca y captura contra Arcoíris. El entusiasmo de Wally por la noticia de un nuevo avance en el caso giró bruscamente cuando supo que el principal sospechoso era Glen Windsor, el mismo Glen Windsor con el que el jefe de la comisaría se había fotografiado en su conferencia de prensa del hospital Roosevelt. La fotografía a toda página en *The New York Ledger* del sonriente Iron Man con el brazo alrededor del hombro de la víctima rescatada seguía aún sobre su escritorio, colocada de forma entre casual y estratégica para que el que fuera a visitarle en su despacho la viera y preguntara por ella.

El periódico terminó en la papelería del capitán con un ruido que se oyó en toda la comisaría cuando Heat salió de su reunión con él.

Rook se detuvo junto a la mesa de ella.

—Enhorabuena —le dijo—. Lo has conseguido. Has identificado a Arcoíris.

—¿Enhorabuena? Rook, lo he identificado porque él ha querido que lo hiciera. Y no olvidemos que sigue en la calle y que aún quiere matarme. Personalmente, prefiero retrasar las celebraciones para cuando lo capturemos.

—Lo bueno es que me acabas de ahorrar los trescientos dólares que cuesta la

botella de Cristal.

—Quizá para bañarse en ella. Yo estaba pensando más bien en una botella grande del 2005. Eso te ahorra mil quinientos.

—¿Dónde se enteran los policías de lujos como ese?

—Oye, yo también he estado informándome, ¿sabes?

—Claro. —Rook la miró con una sonrisa tonta y, después, vio en su mesa una copia de la imagen de Glen Windsor que habían sacado del iPad—. He estado pensando en este tipo. El trabajo perfecto para entrar en todos lados, ¿eh? Un cerrajero. Apuesto a que es así como entró en tu casa. Aquella ventana entreabierta no era más que para despistarte. Además, instala sistemas de seguridad y, probablemente, ese sea el motivo por el que ninguna de las cámaras de vigilancia funcionaron en ninguno de los sitios a los que ha entrado.

—Sí, yo también lo he pensado, créeme.

—*A posteriori*, tiene todo el sentido.

—*A posteriori*. —Nikki dejó caer la cabeza y lanzó un gemido—. Lo que hace enfadar a todo detective.

—Oye, yo tampoco lo vi. Pero bueno, solo soy un chico escritor, no un investigador de homicidios con amplia formación.

—Gilipollas. —Dio un toque al bolso que él llevaba colgado del hombro haciéndolo girar—. ¿Adónde ibas?

—A unas cosas de la revista. Vale, a un almuerzo para hablar de una nueva oferta. Estaba intentando no restregártelo en la cara. —Vio que ella estaba oliendo algo—. ¿Qué?

—¿Eso que huelo es piña? ¿Y fresas con chocolate? Dime, Rook, ¿la cesta de frutas de George Clooney es más sabrosa que las que yo compro en Whole Foods?

—En realidad, no solo es más sabrosa —contestó él—. Los kiwis de Clooney son especiales. Con un mordisco siento que el mundo ha cambiado. Y me encanta hacerlo. —Se despidió con un movimiento de cejas y se fue.

El detective Feller hizo girar su silla hacia ella.

—Nuevas noticias de Glen Windsor. El departamento de Tráfico acaba de localizar el camión de su cerrajería aparcado a una manzana de la tienda. Los técnicos forenses van a examinarlo.

—Bien, gracias. —Y entonces, al recordar el historial de Arcoíris, añadió—: Randall, comprueba si hay otros vehículos a su nombre fuera del estado. Mira primero en Connecticut y Rhode Island.

—Al habla tu rey de las cámaras de seguridad —dijo el detective Raley.

Heat sonrió al auricular al escuchar su voz.

—¿Es por eso por lo que no te veo en tu mesa? ¿Estás en tu reino?

—Ven aquí —dijo él, y colgó.

El detective Feller la agarró cuando ella se dirigía al estudio improvisado de Raley.

—Tenías razón. Aparece en el Departamento de Vehículos a Motor de Connecticut con un vehículo que aún sigue registrado allí a nombre de Glen Windsor. —Le pasó el fax que le habían enviado. Ella lo leyó y frunció el ceño—. ¿Qué? —preguntó él.

—No estoy segura. —Había algo en aquello que la inquietaba, pero, con tantas cosas en la cabeza, no sabía identificarlo. Heat le devolvió a Feller la copia del registro y le dijo que lo guardara con la orden de busca y captura de Windsor.

Nikki entró en la cabina de revisión de vídeos de Raley y apuntó al gorro de cartón que había sobre la pantalla.

—Si quieres conservar esa corona de Burger King que te traje, más vale que sea bueno.

—Va a merecer la pena. Por fin he conseguido revisar el vídeo de la cámara de vigilancia del Coney Crest. Dios, se ve a mucho tipo raro entrar en ese sitio. —Exageró un movimiento de escalofrío y se rio—. He visto un par de cosas. No he visto entrar a ninguno de nuestros sospechosos habituales aparte de Salena Kay registrándose y, después, subiendo y bajando las escaleras varias veces. Prácticamente, es esto. —Pulsó el ratón y el vídeo granuloso se puso en marcha en una pantalla dividida en dos. A la derecha, una imagen desde arriba del despacho del director; a la izquierda, la imagen exterior de una escalera de metal con peldaños de guijarros que llevaba desde la segunda planta hasta la planta de la calle detrás del vestíbulo. Poco después, unas piernas bajaron por las escaleras. Cuando apareció en imagen el rostro de Kaye en el rellano junto a la máquina de hielo, Raley detuvo el vídeo—. Hay un montón de tomas así, incluyendo los viajes de vuelta. Viene y va. Nada que destacar.

—¿Esta es la única cámara aparte de la del despacho del gerente?

—Sí. Y como puedes ver, la apertura de la imagen no es lo suficientemente amplia como para mostrar la segunda planta ni la puerta de la 210. Está instalada para que el gerente pueda controlar las idas y venidas mientras da caladas a su cachimba.

—Entendido. Gracias, Sean.

—Una cosa más. Me pediste que controlara a la detective Hinesburg para comprobar que de verdad iba a entrevistar al gerente. Lo hizo. —Pulsó el ratón y se encendió un segundo monitor con un nuevo archivo de imagen dividido en dos listo para su reproducción—. Si no te importa, ha sido una sesión larga y he bebido mucho café.

—Puedes ir, rey. Ya me quedo yo. —El detective Raley hizo doble clic sobre el icono para empezar a reproducir el vídeo y salió rápidamente. Su silla de trabajo no era la más cómoda, pero, tras la mañana y la noche que Nikki había pasado, se dejó caer en ella y se acomodó mientras la detective Hinesburg entraba al vestíbulo del hotel y hablaba con el gerente. La cámara estaba situada detrás del mostrador y no tenía audio, por supuesto, así que Heat tuvo que conformarse con ver desde la parte de atrás de la cabeza del director la silenciosa charla de Hinesburg. Lo que Heat

quería ver en realidad era la cara de él, para ver si mentía con respecto a la presencia de Salena Kaye allí.

Nikki se preguntó cómo podía Raley soportar aquel tedio. Satisfecha al ver que su tarada detective había hecho lo que le había ordenado, Nikki dejó que el vídeo siguiera avanzando, por si el gerente se daba la vuelta hacia la cámara, y puso en marcha el vídeo del otro monitor para seguir viendo las idas y venidas de Salena Kaye durante la semana que pasó allí. Localizó el icono que aumentaba al máximo la velocidad y enseguida apareció gente que subía y bajaba aquellas escaleras como si se tratase de una película de Charlie Chaplin. Decidió que con tonterías como esa Raley podía enfrentarse a aquella monotonía.

Entonces, hubo algo que llamó la atención de Heat y que hizo que se incorporara en su asiento. Movi6 el rat6n para parar el vídeo y lo volvió a ver, mirando fijamente cada fotograma.

Cuando Raley volvió del servicio un minuto después, ella había cerrado todos los archivos de vídeo. Todas las pantallas estaban a oscuras.

—¿Has encontrado lo que necesitabas? —preguntó él.

—Más que eso. —Heat se detuvo en la puerta—. Rales, guarda todos esos vídeos, ¿entendido? No los borres ni los mandes a ningún otro sitio.

—Eh... claro. ¿Va todo bien?

—Y recuerda. Esto queda entre tú y yo. Nunca hemos visto esto, ¿queda claro?

—Por supuesto, pero... —No pudo terminar la frase. Ella ya se había ido.

El cerebro de Heat iba a toda velocidad. Salió a la calle solo para mover el cuerpo. No fue a ningún sitio. Se limitó a recorrer un rectángulo frenético por la calle 82 en la puerta de la comisaría, esquivando a los fumadores de la acera mientras tomaba aire fresco y se aclaraba las ideas. Lo que acababa de ver en ese vídeo de la cámara de seguridad podría haber sido una mera casualidad, pero para el jurado que estaba dentro de la cabeza de Nikki era suficiente. Sin embargo, necesitaría algo más.

Ahora Heat tenía que guardarse otro secreto mortal. Y, puesto que el tiempo se iba agotando, necesitaba elaborar un plan.

Sharon Hinesburg interrumpió su concentración.

—¿Nikki? —Su voz sonaba tensa. Heat parpadeó lentamente para aclararse la mente y se giró hacia ella en la puerta abierta del vestíbulo—. Una llamada. Una mujer que dice ser Salena Kaye.

Heat se dispuso a atravesar el vestíbulo a paso rápido y pasó junto al sargento que estaba de guardia, pero hubo algo en el impacto del timbre de la puerta que le hizo pensar que aquella puerta blindada era como una parrilla de salida. Empujó la barra del torno, la abrió y empezó a correr. Hinesburg parlotaba todo el rato detrás de ella, tratando de seguir el paso de Nikki camino de la sala de la brigada.

—No estoy del todo segura de que sea ella.

—¿Qué es lo que te ha dicho exactamente?

—No he hablado con ella —contestó Sharon—. Me la han pasado desde la centralita. Pero ¿recuerdas aquel informador que me llamó el otro día?

—Sí.

—Después de meter la pata con él, no quería hacerlo otra vez.

—Bien.

—Así que he venido a por ti.

—¿Estáis rastreando la llamada?

—Los de centralita están en ello. —Vio algo en la mirada de Heat e insistió—. En serio. ¿Por qué me miras así?

La sala estaba vacía. Todos los demás detectives habían salido a cumplir con sus deberes. Hinesburg señaló hacia la mesa de Nikki.

—Es por la línea que parpadea.

Heat fue a coger el teléfono y, a continuación, vaciló. Se tomó unos segundos para tranquilizarse y para prepararse. «Concéntrate en este momento, Nikki», pensó. No hay tiempo para descuidos. Una vez lista, miró a Hinesburg.

—¿Está preparada la llamada para su grabación?

—Debería estarlo.

—¿Debería estarlo? ¿En serio?

—Lo está. —Hinesburg se inclinó sobre la pequeña caja de conexión que enlazaba el teléfono de Heat a un disco duro. Encendió el interruptor y se iluminó una diminuta luz verde—. Ahora.

—Quizá deberías ir a por Raley.

—Te digo que está lista. La llamada se va a grabar. Simplemente contesta.

Nikki pasó a una página en limpio en su cuaderno y presionó el botón de la línea.

—Al habla la detective Heat.

—Soy yo —dijo la mujer. Y después, tras una breve pausa—: Salena. —La voz parecía la suya, solo que arenosa y apagada. Nikki trató de compararla con la que había oído un mes antes, cuando Salena Kaye intentó meterse en su vida haciéndose pasar por la masajista de Rook, cuando los dos la apodaban entre risas como la Enfermera Picarona y Heat la tenía por una cabeza hueca con una camilla para masajes. Vaya perfil.

—Vas a tener que demostrarlo —contestó Nikki.

—Ya me esperaba eso. ¿Quieres que te hable de los dos lunares que tiene tu novio en el culo o de que la mierda que preparó Vaja Nikoladze va a matar a un par de miles de personas?

Heat no mordió el anzuelo dirigido a su persona. En lugar de ello, sus ojos se movieron rápidamente para comprobar que la luz verde de la grabación estaba encendida.

—Hablemos de lo que ha preparado Vaja.

—Primero tú —dijo Salena, que se rio, a continuación, con tono burlón.

Pero detrás de su desdén, Nikki notó algo en la voz de Salena, una tensión, como si su bravuconería fuese una farsa. Parecía borracha. O... ¿asustada? Tras varios años haciendo interrogatorios, Nikki había aprendido que los cambios de conducta daban enormes pistas. Tendría que escuchar con atención para saber de qué eran.

—Tú me has llamado. ¿Qué quieres?

Tras aclararse la garganta desde el otro lado de la línea, se oyó un suspiro.

—Protección —dijo—. Quiero entregarme. Pero quiero protección.

—¿Como la que le diste a Petar?

—¿Puedes dármela? —Su voz carraspeó y pareció gutural y seca. Definitivamente, estaba asustada. ¿Qué estaba pasando?

Lo que quiera que fuera, Heat no cedió.

—¿Qué problema hay, Salena? ¿Andas escasa de personas a las que matar? —Hubo una larga pausa y Kaye murmuró algo—. Habla más alto, no te oigo.

—Se han vuelto en mi contra. —Otra pausa. El miedo se mezcló con algo más. Alejamiento, derrota—. Me van a encontrar y me van a matar como han hecho con Tyler Wynn.

—Perdona, pero creía que lo habías hecho tú.

—Tienen a otros. Pueden hacerlo.

—¿Quiénes son, Salena? Nombres. —Mientras Kaye respiraba trabajosamente por el auricular, Heat hizo una señal a Hinesburg con el dedo índice para que se diera prisa. Sharon llamó a la centralita para ver si habían localizado la llamada—. Empieza con un nombre. Puedo esperar.

—Nunca podrás localizar esta llamada, así que no te molestes en retenerme.

—Creo que eres tú la que me está haciendo perder el tiempo.

—No, no te vayas —gritó—. Tengo nombres. Lo sé todo. Pero no voy a decírtelo sin más. No hasta que me lo digas. —Tragó saliva—. Y hasta que esté segura. Después, te lo contaré todo. —Heat había escuchado muchas ofertas de negociación como aquella. Kaye estaba pronunciando las palabras oportunas, pero había algo en su modo de decirlas que no la convencía. Para Nikki, tendrían que pasar la prueba de san Valentín. Un «te quiero» tenía que sonar a eso. Si no sentía ningún cosquilleo, no habría trato.

De vuelta en su mesa, Hinesburg le hizo señas con las manos para que la mirara y puso los pulgares hacia abajo.

Sin poder localizar la llamada, Nikki pasó a la siguiente fase.

—Te diré una cosa, Salena. Ven y haré todo lo posible por conseguir que te consideren testigo protegido. Pero no te haré ninguna promesa a menos que hables.

—¡De acuerdo! —Había mordido muy rápidamente el anzuelo para tratarse de una asesina a sangre fría.

—Bien. ¿Sabes dónde está la comisaría del distrito veinte? La Ochenta y dos con Columbus.

—Buen intento. Ni hablar.

—Ah, ya entiendo —dijo Heat con tono sarcástico—. ¿Quieres que vayamos a por ti?

—Si estuvieras en mi lugar, ¿no querrías lo mismo? —Nikki tuvo que admitirlo. Tenía razón. Después de otra pausa de más suspiros y aclararse la garganta, Kaye añadió—: ¿Recuerdas el helipuerto de East River?

—No es fácil de olvidar.

—Sí, me perdiste allí después de envenenarte el café del Dunkin' Donuts. —Pero había sido en un Starbucks, no en el Dunkin'. Qué raro. ¿Iba Salena a olvidar un detalle así? Nikki se preguntó si de verdad no estaría borracha. O algo más...—. Esta noche a las ocho y media. Ven sola. Solo me fío de ti.

Heat tomó nota del lugar y la hora, pero dijo:

—No, Salena. Ven tú aquí.

Kaye se mantuvo firme.

—Lo tomas o lo dejas. Y si traes a alguien más, no habrá acuerdo. Y podrás darte las gracias a ti misma cuando esta ciudad se convierta en una puta zona de riesgo.

La línea se cortó.

—¿Ha colgado? —preguntó Hinesburg. Heat se limitó a asentir mientras pensaba, reflexionando sobre aquella extraña llamada y el drástico cambio que había notado en aquella audaz asesina—. ¿Qué quería?

—Entregarse.

—¡Joder, qué fuerte! —Y a continuación, Hinesburg dijo—: Joder, siento lo de «joder». Te he oído hablar de la comisaría. ¿Va a venir aquí? —Nikki no respondió—. ¿Oye?

Heat levantó los ojos.

—Perdona, es que estaba pensando en una cosa. —Nikki tamborileó con los dedos sobre el cuaderno y, después, lo apartó—. Necesito un poco de aire. Si vuelve a llamar, ya sabes dónde estoy.

En la calle, Nikki sentía una nueva vulnerabilidad. No solo por reconocer que esos días andaba expuesta por las calles de Nueva York, sino por algo más íntimo. Aquella llamada representaba un momento crucial en la investigación del ataque terrorista, por no mencionar el caso de su madre. Pero, al mismo tiempo, había algo en su interior, la innata desconfianza de Nikki, que trataba de llamar su atención. Había muchas cosas en esa llamada que no cuadraban: lo inesperada que había sido,

la información tan valiosa que ofrecía de una forma tan fácil, como si se tratara de una zanahoria que colgara de un palo, y la conducta forzada de Salena Kaye.

Nikki pensaba en todo aquello mientras evitaba los viejos chicles secos que ennegrecían el cemento. En su conversación interna se balanceaban el placer por capturar a Salena Kaye con todas las cosas que habían pasado la semana anterior.

Y con lo que acababa de ver en el vídeo.

El innato recelo de la detective Heat le susurraba por un oído, pero una voz más fuerte le hablaba por el otro con el hormigueo de que quizá había llegado al punto de inflexión de dos casos importantes. Aquella voz le gritaba que se pusiera en marcha, no solo para aprovechar aquella oportunidad, sino para sacar el mayor partido de ella.

Tras diez vueltas más por la pista de obstáculos que formaban los chicles, empezó a hacerse una idea de cómo enfrentarse a aquello.

Rook contestó un segundo antes de que saltara el buzón de voz.

—Perdona, no lo oía. Hay mucho ruido aquí. —El sonido de fondo parecía de un bar—. Mi comida con los de Hollywood ha continuado con la hora feliz.

—¿Cómo va?

El largo chirrido de una pesada puerta inundó el auricular de Heat. El escándalo de fondo al otro lado de la línea se acalló y la voz de Rook sonaba con el eco de un vestíbulo.

—Qué pena que no te gusten los medios de comunicación, Nikki. Entre los dos podríamos con todo.

—Apáñatelas solo. Te llamo porque no voy a poder estar esta tarde a las siete y media con el Hombre de los Acertijos. —Heat le contó lo de la inesperada llamada de Salena Kaye y la reunión que le había propuesto para su rendición.

—Y, por supuesto, le has dicho a Kaye que no ibas a ir —dijo Rook cuando ella terminó.

—Eso es.

—Y, aun así, me estás diciendo que no puedes asistir a nuestra reunión. ¿Qué demonios vas a hacer?

—Lo he estado pensando y tengo una fuerte corazonada de por qué Salena se ha puesto en contacto conmigo. Tengo que ver si es verdad.

—¿Una corazonada? Las corazonadas raras y las teorías disparatadas son cosa mía. ¿Vamos a ser una de esas parejas de viejos que visten con chándal a juego y gorros de papel de aluminio?

—Mientras no empecemos a parecernos el uno al otro...

—¿Y no puedo quitarte de la cabeza que lo hagas?

—No más de lo que me puedas convencer para que te deje venir. Me ha dicho que vaya sola y esta mujer tiene experiencia y un radar para agentes secretos. Sabrá si llevo refuerzos. —Nikki se rio—. Además, ¿qué vas a hacer? ¿Rociarla con una de

tus plumas estilográficas?

—Al menos, deberías llamar a Callan —le aconsejó él tras una pausa.

—No.

—No solo está involucrado en esto también, sino que sabrá cómo respaldarte sin ser detectado. ¿Le has oído hablar de su vigilancia sobre Tyler Wynn la otra noche?

—¿Y cómo terminó aquello? —Dejó que aquellas palabras se asentaran y continuó—: Rook, escucha. Hay demasiadas filtraciones que lo echan todo a perder cada dos por tres. No voy a contárselo a nadie.

—¿Estás segura?

—Y tampoco tú. Lo digo en serio.

—Bien. ¿Qué le digo al Hombre de los Acertijos?

—Dile que lo descifre.

—¿Tienes un plan, al menos?

—Sí. Y tengo hasta las ocho y media para prepararlo.

Según la página web del helipuerto de East River, las ordenanzas de la ciudad de Nueva York lo cerraban al tráfico aéreo a las ocho de la tarde todos los días. Heat miró la hora. Casi las seis. No se detuvo a cerrar la ventana de su pantalla. Apartó la silla de la mesa, comprobó la funda de su pistola, cogió la chaqueta y se fue rápidamente hacia la puerta. Llegó al vestíbulo, se detuvo, hizo un giro de ciento ochenta grados y volvió a la sala.

—¿Estás bien? —preguntó Hinesburg.

—Eh..., sí. Solo voy un poco mal de tiempo. —Heat abrió un cajón con la llave y sacó un cargador de balas más para su Sig Sauer—. Oye, Sharon. —Hizo el gesto del teléfono con el dedo pulgar y el meñique—. Mira el disco duro, ¿vale? Asegúrate de que la llamada ha quedado grabada. Y que nadie se acerque a ella. —A continuación, se fue. No miró hacia atrás. Ni siquiera cogió la hoja de su cuaderno en la que había escrito la hora y el lugar de su reunión.

Nikki no creía que lo fuera a olvidar.

Llegó antes de tiempo y mostró su placa para que el encargado le permitiera dejar el coche en el aparcamiento del centro de rehabilitación de la calle 34 Este. El hombre incluso movió un cono para dejarle espacio donde dejar su Crown Victoria y ver la entrada al helipuerto al otro lado del camino de servicio que pasaba por debajo de la elevación de la autopista Roosevelt.

Aún quedaba una hora. El sol no se escondería hasta pasados quince minutos. Sin embargo, una tormenta que se acercaba desde el Valle de Ohio había lanzado una cortina de nubes altas y negras contra el cielo del oeste, lo suficiente como para hacer que los ciclistas que iban por el carril bici que quedaba entre ella y el helipuerto

encendieran las linternas de sus cascos. El aire vibraba, la basura se arremolinaba y el último helicóptero del día se elevaba por encima de East River, rotaba y hacía un elegante giro hacia Long Island. Diez minutos después, se apagaron los fluorescentes de la oficina móvil que servía de cuartel general y zona de embarque del helipuerto. Salieron dos coches, el último se detuvo y el conductor, vestido con una camisa blanca con charreteras, bajó de su coche para cerrar con candado la cadena de la verja antes de marcharse también.

Esperó observando todo con atención. El número de corredores y ciclistas disminuyó y los coches empezaron a escasear, con apenas algún taxi que de vez en cuando pasaba de camino a otro sitio. Después, las luces que rodeaban el helipuerto se apagaron, todas a la vez: los reflectores naranjas e incluso las luces rojas de aviación que recorrían el borde del muelle. Qué extraño. ¿Tenían un temporizador o las habían apagado de forma deliberada?

Un camión de una empresa trituradora de papel le tocó con el claxon a una ambulancia que se dirigía a uno de los hospitales cercanos. Mientras los conductores intercambiaban gritos y cortes de mangas delante del helipuerto, Heat perdió de vista la zona por un momento. Cuando se fueron, todo parecía igual que antes.

Quedaban cinco minutos, muy poco ya. Levantó la mano para desconectar la luz del techo antes de abrir la puerta del coche y salió.

Como precaución, recorrió media manzana por la calle para cruzar sin ser vista desde el helipuerto. Manteniéndose en la sombra, llegó a la oficina modular de una planta que se encargaba del funcionamiento de los helicópteros. El edificio quedaba justo debajo de la autopista, con alrededor de un metro y medio de espacio libre por encima. La parte que daba a la calle no tenía puertas, solo cuatro ventanas sin iluminación. Bajó la cabeza al pasar por ellas y llegó al extremo norte de la estructura, cerca de la valla. La visión se le había acostumbrado lo suficiente a la oscuridad cuando llegó allí y vio que la cadena que rodeaba la verja colgaba ahora suelta. La habían forzado y el fuerte candado se balanceaba en el extremo, dando pequeños golpes contra el barrote de acero. Sacó la pistola y entró por el hueco.

El pomo de la puerta de entrada no giraba y era probable que el cierre de seguridad que había encima estuviese corrido. No había suficiente luz como para poder ver por la rendija si habían puesto el cierre. Siguió avanzando poco a poco, apretándose contra la pared de hierro ondulado en dirección a la zona de aterrizaje. Levantó su arma reglamentaria en posición de isósceles y asomó la cabeza por la esquina.

Un viento fresco que bajaba de Hell Gate soplaba por el asfalto del helipuerto que tenía ante ella. El único sonido que se oía aparte del omnipresente ruido del tráfico de Manhattan procedía del chapoteo del East River contra los pilares. La zona estaba vacía, salvo por un único helicóptero aparcado que ocupaba el espacio destinado a cinco de ellos. Unas tiras de nailon sostenían sus rotores en su sitio, aunque se balanceaban ligeramente con el aire de la noche. El Sikorsky estaba tal y como había

aterrizado, con el morro hacia el edificio, con la cola sobre el borde de bandas rojas y blancas que marcaba el filo del muelle como guía para los pilotos cuando se aproximaban por el río. El aparato parecía en ese momento un bombardero sigiloso, con su forma siniestra de color negro salvo un leve resplandor que venía de su interior. Curiosamente, ese resplandor era lo más funesto del muelle, pues le llamaba la atención en medio de la oscuridad.

Esperó con la espalda apoyada en el acero mientras consideraba los riesgos. Entre ella y el helicóptero había seis metros de exposición peligrosa. A su derecha, en el extremo sur del asfalto, un aparcamiento vacío. Un riesgo mínimo por ese lado. A su izquierda, un aparcamiento de dos pisos lleno de coches apilados bordeaban el extremo norte del asfalto. Muchas partes donde cubrirse. De ahí vendrían los problemas.

Sus ojos se vieron atraídos hacia aquella luz y tomó una decisión. Cruzó el espacio abierto, una silueta agazapada y pegada a la sombra del helicóptero cuando llegó allí. Jadeó mientras escuchaba. Un barco de recreo pasó removiendo el agua, una embarcación alquilada de la que salían sonidos y luces de fiesta. Hasta que no se hubo ido, no se atrevió a moverse y asomarse al interior de la ventana de la cabina.

Estaba vacía. Se agachó rápidamente para seguir oculta en las sombras y hacer memoria. El destello había venido desde el compartimento posterior. Caminó agachada poco más de un metro y usó el cuerpo del helicóptero como protección. Después, se levantó y miró por la ventanilla de la puerta trasera.

La visión hizo que el corazón le dejara de latir.

Salena Kaye le devolvía la mirada desde el asiento del pasajero a través de unos ojos muertos. Tenía la boca abierta con un grito ahogado dejando ver dientes destrozados y otros que le faltaban. Tenía verdugones y quemaduras de cigarro por la cara. Una ganzúa le salía por el canal auditivo que tenía más cerca, por encima de un rastro seco de sangre y plasma que le había recorrido el lateral del cuello y le había manchado el hombro de su camiseta blanca. El mango de un gran cuchillo militar le sobresalía del esternón sobre una mancha roja ovalada. Y alrededor de la empuñadura del cuchillo alguien había atado un cordel. Un cordel naranja.

De él colgaba una bala.

En ese momento, tumbado boca abajo sobre el tejado plano de la oficina del helipuerto, Arcoíris observaba la silueta de ella a través de la mirilla de su rifle. Heat había venido a él lo mismo que todos los demás. Le había costado convencerla más que a los demás. Había hecho falta mucha persuasión para que Salena Kaye hiciera aquella llamada. Pero su tortura había abierto una nueva y sorprendente puerta a la diversión de Arcoíris. Y, como resultado, había conseguido atraerla. Ninguno de ellos podía resistirse a la seducción de una gran pista. Ni siquiera la famosa detective Heat.

Arcoíris se tomó su tiempo mientras esperaba el momento. Quería ver el

momento en que ella se diera cuenta de todo horrorizada, el estallido en que ella fuera consciente de que todas las piezas encajaban, que todos los hilos se conectaban. Los meses de planificación y las semanas de puesta en práctica le habían llevado a ese momento y no se iba a precipitar. La vida de Nikki Heat tenía que terminar justo en el instante en que viera la revelación en el rostro de ella.

Si se apresuraba, lo echaría todo a perder. Si esperaba, sería suya.

Paciencia. Apoyó la culata del rifle en el saco de arena y mantuvo en el centro de la mirilla la parte posterior de la cabeza de ella para que el punto de mira le atravesara la oreja hasta la sien, la ceja y la frente cuando se diera la vuelta.

Por fin, ella empezó a girarse.

Arcoíris deseó poder verle más la cara. Demasiadas siluetas y sombras, pensó. Después de todo, quizá no debería haber apagado tantas luces. Pero el brillo del interior de la cabina del Sikorsky debía ser suficiente. Ojalá ella le hiciera un último favor.

—Vamos, Nikki, deja que te vea —murmuró él.

—Tendría que darse la vuelta, pero yo no se lo aconsejaría —dijo la detective Heat.

Arcoíris levantó la cabeza de la mirilla y la inclinó ligeramente a un lado. La vio por el rabillo del ojo, a menos de tres metros, oculta detrás de la caja del aire acondicionado del tejado con los codos apoyados en ella y su Sig apuntándole directamente a la cabeza.

—Policía —dijo ella despacio y con absoluto control—. Aparte las manos de ese rifle o sus sesos van a manchar mi chaqueta preferida.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí? —preguntó Windsor.

—Bastante más que usted —contestó la detective Heat, la policía de los carteles con la mente siempre puesta en la táctica y en ponerse a cubierto—. Ahora, acérquese a mí arrastrándose hacia atrás, despacio. —Él se puso a cuatro patas y fue moviéndose de espaldas alejándose del rifle—. Bien. Ahora baje la cara, con la nariz sobre el suelo. Abra los brazos en cruz y levante las palmas hacia arriba. —En cuanto él adoptó aquella posición, Heat se acercó, le cacheó por si llevaba más armas y se puso encima de él, agachándose un poco para que la cabeza no le chocara con las vigas de acero de los bajos de la autopista—. Si se mueve, disparo. —Él no dijo nada, limitándose a mantener la cara apoyada en el suelo.

Nikki se giró un poco hacia el helipuerto.

—Detective Hinesburg —gritó.

Abajo, la silueta que estaba al lado del helicóptero se giró hacia ella. Bajo la luz tenue, Heat apenas podía distinguir los brazos de Sharon Hinesburg con los brazos levantados listos para pelear pero, en ese momento, a contraluz junto a la ventanilla del helicóptero, Heat vio que tenía sus manos juntas apuntando hacia la azotea del módulo de la oficina y que los movía rápidamente a uno y otro lado.

—No dispaes, detective —gritó Heat—. He detenido a Glen Windsor. Ven aquí y cúbrelo mientras le bajo.

Hinesburg volvió a colocar la escalerilla de incendios que Heat había utilizado llevándola a la parte delantera del edificio, donde podrían aprovechar que había más luz que venía del otro lado del río. Desde el tejado, Nikki apuntaba con una linterna a los ojos de Glen Windsor para deslumbrarle mientras él bajaba hasta donde estaba Hinesburg. Las dos detectives le apuntaban con sus armas.

—Vuelva a ponerse boca abajo sobre el suelo —le ordenó Heat cuando él bajó. Nikki esperó a que la otra detective le esposara las manos a la espalda antes de bajar.

—¿Cómo coño lo ha hecho? —preguntó Arcoíris girando la cabeza hacia ella.

—Regla número uno ante una emboscada —dijo Heat—: Llegar primero.

—Pero ¿cómo lo sabías? —preguntó Hinesburg—. Yo no lo sabía.

Heat no tenía tiempo para enumerar toda la lista de cosas que Hinesburg no sabía. Eso lo haría más adelante, y pronto. Así que fue breve.

—Salena Kaye parecía estar drogada cuando llamó. También torturada, por lo que se ve. Incluso trató de darme una pista al confundir el Dunkin' Donuts con el Starbucks. Eso despertó mis sospechas.

»Pero luego recibí el informe del Departamento de Vehículos a Motor de la furgoneta que usted había registrado en Connecticut —le dijo a Arcoíris—. La furgoneta plateada. El mismo color y modelo que habían visto llevándose a Salena Kaye cuando yo la perseguía. Pero no la rescató, ¿verdad, Glen? Usted me había estado acechando y la secuestró. ¿Qué hizo, la drogó?

—Cloroformo —respondió él—. Siempre las deja muy relajadas.

Y entonces, Heat lo hizo oficial:

—Glen Windsor, está usted detenido por los asesinatos de Roy Conklin, Maxine Berkowitz, Douglas Sandmann y Joseph Flynn. —Echó un vistazo al helicóptero y añadió—: Y Salena Kaye.

La única reacción de él fue responder si podía levantarse ya. Heat tenía algo más que hacer y dijo que no.

—¿Quieres que vaya a por mi coche? —preguntó Hinesburg.

—No. Quiero que me des tu pistola.

Sharon se rio nerviosa.

—¿Cómo di...?

Con un movimiento rápido e inesperado, Heat le quitó la Smith & Wesson de la mano y se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Levantó su Sig Sauer apuntando ahora a los dos.

—Nikki..., ¿a qué viene esto?

Heat volvió a encender su linterna y alumbró con ella a Windsor para tener algo de luz pero sin que llegara a cegarla.

—Esto servirá para que nos localicen. He enviado un mensaje pidiendo refuerzos mientras acercabas la escalera. Quiero que te tumbes en el suelo, Sharon.

—¿Qué está pasando aquí?

Bajo aquella nueva luz, Nikki pudo ver cómo sus ojos se abrían de par en par. Llenos de miedo.

—Glen te ha obligado a hacerlo —dijo Heat.

—¿A hacer qué? ¿De qué narices hablas?

—Has venido a matar a Salena Kaye antes de que ella pudiese delatar a la trama terrorista. O has venido a matarme a mí. O a las dos.

—Yo..., eh... ¿En serio?

—Sabía que ibas a escuchar la grabación de la llamada de Salena. Así es como

has sabido que tenías que venir aquí. Pero, por si acaso, dejé en mi mesa el cuaderno con la hora y el lugar de nuestro encuentro.

—¿Me has tendido una trampa?

—Solo es una trampa si caes en ella. ¿Verdad, Glen?

—Vete a la mierda.

—Esto es una locura —dijo Hinesburg—. He venido para ayudarte.

—Claro que sí. Muy eficiente por tu parte, para variar, Sharon.

—Vale. ¿Sabes lo que creo? Que tienes que dejarlo ya. Una cosa es que yo no te guste, pero...

—Esto no es porque no me gustes.

—Entonces, ¿por qué?

—Es porque tú eres el topo. —Hinesburg abrió la boca para seguir protestando, pero no dijo nada. Nikki la miró a los ojos.

—Te he visto en el vídeo del Coney Crest, Sharon. En el escondite de Salena.

—Sí. Porque me dijiste que fuera. —Hinesburg parecía peor que poco convincente. Su tono era como si estuviera enterrada en arenas movedizas hasta la barbilla.

—He visto el vídeo de seguridad del hotel. ¿Sabes qué fue lo primero que me hizo sospechar? Cuando hablaste con el gerente, nunca le enseñaste tu placa ni le mostraste la fotografía de Salena Kaye. —Hinesburg empezó a decir algo, pero Nikki continuó—: Eso me llamó la atención, pero podría haber hecho caso omiso y considerarlo como parte de tus habituales descuidos en el trabajo. Créeme, es la menor de tus preocupaciones. Pero dejé que el vídeo siguiera y te vi en la otra cámara. Sharon, subiste a la segunda planta.

—Eso no significa nada.

—No. Pero seguí viéndolo. Y cuando bajaste, estabas metiendo algo en tu bolso. Parecía el mando para abrir la puerta de un garaje, pero no era eso, ¿verdad, Sharon? Era el mando de control remoto para la bomba que mató a Tyler Wynn, ¿a que sí? Por eso apareciste en aquella redada sin haber sido invitada, para poder acercarte y poder detonarla.

Hinesburg no respondió. Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas. Tenía la mirada perdida. Heat movió la pistola hacia el asfalto.

—Ponte en posición. No hagas que las cosas se pongan peor de lo que ya las tienes. —No tanto por desafío como por inmovilidad, Hinesburg se quedó quieta. Los labios empezaron a temblarle.

—Vinieron un día a pedirme que me mantuviera cerca de ti.

—¿Para hacer qué? ¿Para fastidiarme la investigación?

—No. Solo para hacerte un seguimiento. Para que les dijera qué hacías. Y cuándo. Eso es todo. —Incluso bajo la tenue luz, Nikki pudo ver cómo las facciones de Hinesburg se aflojaban con la gravedad de la vergüenza. Heat se preguntó si la incompetencia de Sharon era real o si, tal y como decía el dramaturgo, simplemente

era tan lista como para hacerse la tonta—. No sabía que llegarían tan lejos. Cuando empezó a haber muertos, me asusté. Nikki, ¿tienes idea de la presión a la que he estado sometida?

En ese momento, Heat se decantó porque era tonta.

—Luego empezaron a pedirme que hiciera más cosas aparte de informarles. Cuando vi lo que les pasó a otros, no me atreví a negarme. Me obligaron a entorpecer la investigación siempre que pudiera. Y luego avisarles de cada vez que ibas a hacer alguna redada. ¿Y qué recibo a cambio de todo mi estrés? Unos cuantos miles de dólares de más y la alegría de tener que follarme a Wally Irons para seguir en mi puesto. —Se limpió un hilillo de mocos—. Van a querer matarme también, ¿sabes? —Su cabeza empezó a funcionar—. Quiero protección.

Heat le había oído aquellas mismas palabras unas horas antes al cadáver que les miraba desde el asiento trasero del helicóptero.

—Sharon, la bomba que detonaste mató a un hombre.

—Lo asumiré. Sé cosas.

—Empieza ahora. ¿Cuándo y dónde será el atentado terrorista?

—Eso no lo sé. De verdad.

—¿Quién lo va a dirigir? ¿Quién te da órdenes a ti? —Se oyeron sirenas acercándose—. Si lo dices ahora será mejor para ti, Sharon.

La reacción de Glen Windsor fue tan repentina que ella se vio casi en el suelo antes de darse cuenta de que se había movido. No lo vio, pero luego imaginó que debió de ser algún tipo de salto propio de un bailarín de *breakdance*. Levantó el pecho del suelo y pasó las pantorrillas por detrás de las piernas de Heat haciéndola caer. A Heat se le cayó la linterna pero mantuvo la pistola en la mano. Cuando se levantó, él corría hacia el río a toda velocidad con las manos esposadas a la espalda.

Nikki cacheó rápidamente a Hinesburg. Estaba de pie cerca, pero tenía una mirada asustada. Indecisa, Heat volvió a mirar a Windsor, que se estaba acercando a la cola del helicóptero, a pocos pasos de zambullirse en el agua. Heat le apuntó.

—Alto o disparo —le gritó. A continuación, disparó hacia la parte inferior de su cuerpo y le dio en la pantorrilla. Él se desplomó gimiendo sobre el asfalto contra el borde de seguridad rojo y blanco que quedaba al filo del río.

—¡Heat, una pistola! —gritó una voz detrás de ella. Nikki cayó al suelo a la vez que oía el chasquido inconfundible de un calibre 40. Giró sobre su cuerpo para que no acertaran en el tiro y se preparó para disparar. Pero se contuvo.

Entre las sombras, reconoció al agente especial Callan sobre Sharon Hinesburg, que estaba tumbada sobre el suelo bajo el morro del helicóptero.

—Despejado —gritó Callan. Unas luces estroboscópicas de los coches de policía y de la secreta brillaban en el exterior de la verja y se reflejaban en las insignias de los policías uniformados que corrían hacia ellos. Heat se levantó, apartó a Glen Windsor del borde del río y lo dejó caer con fuerza. Después, fue corriendo hasta Callan justo en el momento en que este daba una patada a la mano de Hinesburg para

quitarle la pistola. En la suya, tenía su P226 Elite. Nikki pudo oler todavía la pólvora.

—Iba a dispararte —dijo él—. Has tenido suerte de que yo haya llegado.

—Que vengan los paramédicos, hay dos heridos. Rápido —gritó Heat a los policías. Se arrodilló junto a Hinesburg. Tenía un agujero grande en la sien.

Sus ojos estaban igual que los de Salena Kaye.

Unos relámpagos restallaban en el norte cuando Heat terminó de informar a los de balística. Lauren Parry había terminado de examinar a Salena Kaye y a Sharon Hinesburg y en su exploración preliminar vio que las causas de la muerte estaban claras, pero que debían ser examinadas más a fondo. La forense le dijo a Nikki que estaría trabajando toda la noche haciendo las autopsias para que pudiera tener los resultados a primera hora de la mañana.

Vio a Bart Callan sentado con los codos apoyados en las rodillas en la pequeña rampa de madera que unía el asfalto con la oficina modular. Tenía la mirada perdida sobre la sábana que cubría el cuerpo de Hinesburg y el marcador amarillo que el equipo de balística había colocado junto al casquillo que él había disparado. No saludó a Heat. Ella se colocó de pie a su lado y siguió la mirada de él.

—Es duro matar a una persona. Sobre todo a una policía.

Él levantó la bolsa de plástico en cuyo interior estaba la pistola.

—El arma de repuesto de Hinesburg. Una Mini Glock veintiséis. Nueve milímetros que pueden echarle a perder el día. —Dejó la bolsa sobre la rampa entre sus dos zapatos—. Podré vivir con esto. Perder a una policía para salvar a otra.

Ella le colocó una mano sobre el hombro.

—Gracias.

Él hizo un breve gesto de asentimiento.

—Supongo que estaba demasiado ocupada como para cachearla.

—Se puede decir que mi atención estaba algo dividida por culpa de la huida de él. —Nikki se dio cuenta de que aún tenía la mano apoyada sobre él y la retiró—. Ha llegado aquí muy rápido, gracias a Dios. Apenas acababa de lanzar el Diez-Trece.

—Ya estaba de camino. —Cuando vio la reacción de ella, se explicó—. En cuanto me enteré de su encuentro, pensé que lo mejor sería venir aquí y proteger su estúpido culo. ¿Alguna queja?

—Ninguna. —Y después, preguntó—: ¿Cómo se ha enterado?

—Me lo ha dicho Yardley Bell.

—¿La agente Bell? ¿Cómo lo ha sabido?

Él cogió la bolsa de las pruebas y se puso de pie.

—No se lo he preguntado. Simplemente he supuesto que se lo ha contado ese novio suyo.

Rook dio la vuelta por la puerta giratoria de la entrada del hospital Bellevue y gritó su nombre cuando entró en el vestíbulo.

—¡Nikki! —Su grito resonó en el cavernoso patio interior que los restauradores habían construido cinco años antes, recubriendo el antiguo hospital de piedra con cristal como si fuese el expositor de un museo viviente. Cuando llegó hasta Heat, Rook la cogió entre sus brazos y la apretó con fuerza mientras le susurraba al oído—: Joder, Nik, a veces me das unos sustos de muerte. —Cuando se besaron, él notó su reticencia y se quedó mirándola—: ¿Estás bien?

Heat se quedó pensativa un momento y después optó por contestar:

—Ha sido una noche infernal. Glen Windsor está arriba, le están cosiendo el gemelo. En cuanto salga, le voy a interrogar.

Encontraron un sofá donde esperar en la sala de la brigada de la policía del hospital, junto a urgencias, y le resumió a grandes rasgos cómo había sucedido todo, remontándose primero a cómo había sabido que pasaba algo durante la llamada de Salena Kaye, que le había parecido por la voz que estaba drogada o que la estaban coaccionando y que le había dado a Heat un mensaje en clave.

—Pero ¿qué fue lo que hizo que la relacionaras con Arcoíris?

—Podría haber sido un razonamiento al estilo de Jameson Rook, pero le he estado dando vueltas a lo rápido que Kaye desapareció sin más de la calle cuando yo salí detrás de ella desde la tienda.

—¿Después de mi intervención al estilo de Jameson Rook?

—No me interrumpas. —Le puso el dedo sobre los labios y continuó, explicándole el rastro de la furgoneta plateada en el Departamento de Vehículos de Motor y que le hizo pensar que probablemente habría sido Glen Windsor—. No podía estar segura, pero supuse que, si él me estaba tendiendo una trampa, yo podría llegar allí lo suficientemente pronto y tomar posiciones para capturarlo.

—¿Y si no llega a ser una trampa de Arcoíris?

—Entonces, lo peor que podría haber pasado es que aún podría haber capturado a Salena Kaye.

Rook se quedó pensando.

—Bien hecho. Muy al estilo de Nikki Heat.

—No te burles.

—Pero lo de Hinesburg... Vaya.

—Tengo que confesar que estoy un poco sorprendida. Supongo que empecé a tener presentimientos que no había querido ver. Es decir, no era de fiar, pero aquel vídeo de la cámara de seguridad del Coney Crest fue lo que inició el efecto dominó que fue tirando el resto de las fichas. Cada una de sus pequeñas meteduras de pata y de sus despistes empezaron a parecerme más bien sabotajes, como cuando me dijo que la bomba de Wynn había sido con un temporizador cuando en realidad fue por

control remoto...

—Porque lo detonó ella...

—Cuando también metió la pata con el informante de la agencia de alquiler de coches que había visto a Salena Kaye...

—Para así poder avisarla...

—Y así una vez tras otra.

—Qué ingeniosa. Un subterfugio disfrazado de incompetencia. Y ahí estaba ella, escondida a plena vista de todos en medio de tu comisaría. —Se quedó pensando y añadió—: Míralo por el lado bueno. Has eliminado al topo. Se acabó lo de mirar hacia atrás cada vez que vas a decir algo.

—Eso espero, desde luego. —Aquel pensamiento de ella tenía un matiz que atrajo la atención de él.

—¿Qué?

—¿Sabes cómo llegó Callan tan rápido al helipuerto? Yardley Bell le contó lo de mi reunión.

Rook la miró pensativo.

—¿Cómo podía saberlo Yardley?

Nikki le miró de arriba abajo.

—Dímelo tú.

—Espera. No creerás que yo... ¿En serio, Nikki? —Ella no respondió, en parte como técnica de interrogatorio y en parte porque no quería pensar que había sido así—. Oye, puedo admitir muchas cosas. Sí, fui a Niza con ella. Sí, le conté que estaba buscando el rastro de Tyler Wynn a través de sus..., de sus compras de vino y zapatos.

—Y lo de las tiendas de pollo adobado.

—Sí. Cuando me dices que quede algo entre tú y yo, se queda entre tú y yo.

—Entonces, ¿cómo es que Yardley lo ha sabido?

—Ni idea. Pero puedo mirarte directamente a los ojos y decirte que no he sido yo.

Se quedaron mirándose fijamente. Tras unos segundos, el teléfono de ella sonó con la llegada de un mensaje.

—¿Es el resultado de mi detector de mentiras? —preguntó él.

—No lo necesito. Tienes suerte de que confíe en ti, amigo. —Levantó el teléfono en el aire—. Glen Windsor ha salido del quirófano. ¿Quieres venir?

—Puedes apostar que sí. —Rook se puso de pie y sacó su teléfono móvil. Miró a Heat con una sonrisa ladina y dijo—: Deja que antes llame a Yardley.

El policía uniformado que estaba en la puerta de la habitación de Glen Windsor de la segunda planta miró a Rook de arriba abajo cuando llegaron justo antes de la medianoche.

—Está bien. Ella viene conmigo, agente —dijo Rook. El policía se rio y, tras una

señal de Heat, les hizo un gesto a los dos para que pasaran.

Encontraron al prisionero con la pierna vendada apoyada en una almohada viendo las noticias de la NY1. No pareció sorprenderse con la visita de Heat.

—Vaya, Jameson Rook también. ¿Voy a aparecer en su próximo artículo?

—Desde luego. Estoy escribiendo sobre excrementos.

—Perdonen que no me levante. —Tiró de los grilletes que le tenían esposado a la barandilla de la cama—. Pero sí que puedo saludar con la mano. —Le hizo una peineta a Rook y se rio. Nikki apagó la televisión—. Oiga, vamos, soy la noticia principal. Quiero verla otra vez.

—Va a estar escuchándola durante un tiempo, Windsor —respondió ella.

—Más o menos, el resto de su vida —añadió Rook.

—¿Por qué esta falta de respeto, Rook? No es a usted a quien trataba de matar. —Sonrió—. Supuestamente.

Mientras Heat acercaba una silla hizo una señal a Rook para que se tranquilizara y este se fue a la puerta y apoyó el hombro en el quicio.

—¿Cómo va la pierna? —le preguntó Heat a Windsor.

—Necesita más tiempo en la sala de tiro haciendo prácticas, detective.

—Le he dado justo donde quería, créame. Si le hubiese matado nunca podríamos haber tenido esta ocasión de charlar. —Tomó asiento y le concedió un momento de silencio para dar más solemnidad a la reunión. El detective Rhymer le había enviado un correo electrónico con el informe de Windsor y Nikki abrió la copia impresa que había sacado en el hospital—. Nuestros detectives han encontrado algunas cosas interesantes en su apartamento.

—¿Sí?

—Empecemos por el aparato electrónico que altera la voz al hablar por teléfono.

—Eso solo lo uso para pedir *pizzas* —dijo Windsor tras un bufido—. Se sorprendería de lo rápido que hacen las entregas cuando es Darth Vader el que llama.

Nikki decidió no hacer caso de aquellas distracciones verborreicas y continuó:

—En su escritorio hemos encontrado numerosos archivos sobre mí. No solo aquel artículo en la portada de la revista del otoño pasado con muchas partes subrayadas. También artículos sobre casos en los que he trabajado en los últimos años y fotografías mías y otras no recortadas de periódicos. Hemos visto su cámara. Las hizo usted sin mi consentimiento. Fotografías mías en el supermercado, fotografías mías haciendo ejercicio, fotografías mías hechas a través de las ventanas en el interior de mi apartamento.

—¿Qué puedo decir? Soy su admirador.

—El historial de su ordenador muestra toneladas de búsquedas de mí, de Rook y de otras personas que forman parte de mi vida, incluidos mis padres, mis compañeros de trabajo e incluso delincuentes a los que he arrestado.

—Detective, todo el mundo recorta artículos y busca en sus ordenadores basura que le interesa. No es que tenga un armario secreto con su interior totalmente cubierto

de fotos suyas.

—No, eso sería una locura —dijo Rook. Nikki le lanzó una mirada amenazadora y Rook miró al suelo.

—Él no lo entiende —dijo Windsor cuando Nikki volvió a mirarle—. Mira que llamarlo locura.

—¿Cómo lo llamaría usted?

—Preparación. —Le sostuvo la mirada un momento dejando que sus palabras se asentaran y continuó—: Supe de usted en el primer artículo de él. Ya sabe, el de «La ola de crimen se topa con la ola de calor». Lo leí una y otra vez y pensé: «Esta chica..., esta detective... es distinta. Es un reto». —Aquellas palabras se retorcieron en el pecho de Heat cuando recordó a los otros detectives de los que Windsor se había encargado. Y había matado. Ahora, a ella la había llamado «Esta chica». Él la observó desde su almohada y debió de saber exactamente lo que estaba pensando, pues dijo—: El otoño pasado decidí que me pondría a prueba con usted, pero no fue hasta que vi en internet los adelantos del nuevo artículo de Rook sobre usted cuando dije que ya era hora de ponerme en marcha.

Se detuvo allí para dar tiempo a que Nikki reflexionara sobre la clásica necesidad de los psicópatas de contar e incluso reclamar cuál era el centro de su obsesión.

—Dígame a qué se refiere con eso de ponerse en marcha.

—Quería ponerla a prueba cuando saliera el artículo. Cuando tuviera la atención de todo el mundo. Cuando Nikki estuviese en ebullición. —Sonrió—. No me diga que no tengo alma de poeta.

Los ánimos de Heat se calmaron un centímetro antes de salir a la superficie y se esforzó por no perder los estribos con aquel tipo. Pero su objetivo, aún más inmediato que el de cerrar un caso de un asesino en serie, era solamente uno: Nikki necesitaba saber cualquier información que le hubiese sacado a Salena Kaye mediante torturas para poder acabar con la trama de bioterrorismo.

—Hábleme de la conversación que ha mantenido con la mujer muerta del helicóptero.

—¿Ahora? Estaba deseando ver el monólogo de Ferguson esta noche en la televisión.

Dejar que su rabia estallara no iba a llevarla a ningún sitio. Decidió que había llegado el momento de ponerse en su piel para variar. Y Heat creía saber el punto débil donde podría clavar el cuchillo.

En cuanto Glen Windsor entró en el radar en calidad de sospechoso, había encargado a Malcolm y Reynolds que hicieran una búsqueda sobre su biografía. Heat tenía los resultados en su regazo. Levantó la única página que esperaba que moviera la balanza hacia su lado.

—¿Le gusta su trabajo de cerrajero, Glen?

—¿Qué se supone que significa eso? Es un trabajo. Me gano la vida con eso.

—Sí, pero ¿usted...? ¿Cerrajero? —Nikki respetaba todo tipo de trabajos pero,

para este propósito, puso un tono de desprecio al hablar de él. Windsor se removió un poco en la cama del hospital y se examinó el grueso vendaje—. No es lo que usted tenía en mente, ¿no? —Los ojos de él se movieron rápidamente cuando ella jugueteó con la página en la mano. Nikki esperó un momento y dijo—: Hemos investigado un poco. Sí, también hacemos búsquedas por internet. ¿Y sabe lo que ha aparecido? Que fue expulsado de la Academia de la Policía de Nueva York.

—Eso es agua pasada —replicó con rabia, aunque por su voz no parecía que se tratara en absoluto de un asunto archivado.

—Puede ser, pero resulta interesante. Según los informes, a usted lo echaron porque no pasó las pruebas psicológicas.

—Esa puta prueba estaba amañada. —Su respiración se volvió más rápida. En sus ojos apareció un destello salvaje—. ¿Ha llegado a verla alguna vez?

—Sí —respondió ella con tono tranquilo—. Yo misma la tuve que hacer. Y la pasé. —Heat dijo aquello con una sonrisa y dejó que hiciera su efecto—. Es lo que pasa con las evaluaciones psicológicas. Los que tienen un resultado deficiente nunca creen que sean válidas.

Sus esposas sonaron contra la barra de acero inoxidable cuando trató de incorporarse.

—Oiga, váyase a la mierda. Deficiente mis pelotas. Yo era demasiado inteligente para esa panda de perdedores de la academia. Se sintieron amenazados por mis dotes especiales y me tendieron una trampa para echarme. Unos celosos de mierda.

—Apuesto a que, de no haber sido así, habría sido usted un estupendo detective.

—Joder, desde luego.

—Pero veo que el Departamento de Policía de Nueva York no fue el único sitio donde usted no consiguió entrar. No los tengo todos aquí, Glen, pero hay una corta lista de importantes empresas de seguridad de las que le despidieron como investigador, y luego una pequeña curva descendente de trabajos hasta que terminó como... cerrajero. —Y, después, añadió—: Ah, y en sistemas de seguridad. Así que siguió en eso para mantener vivo su sueño.

—Eso son gilipolces. Sé lo que soy capaz de hacer. Sé quién soy. Sé cuál es mi destino. Soy más inteligente que todos esos gilipollas y lo he demostrado.

—¿Tendiéndole una emboscada a Doug el Chinchas? —intervino Rook.

—Eh, váyase a la mierda usted también.

A Heat no le importó esta vez la pulla.

—Rook tiene razón.

—Tiene una mierda.

—¿Es en eso en lo que consiste su destino? —continuó ella—. ¿En acercarse sigilosamente a personas inocentes fingiendo que es mejor que ellos?

—Y más listo. No me diga que usted no lo sabe. Prácticamente le he tenido que hacer un croquis para que siguiera estando en el juego.

—Ah, así que cree que yo también soy una perdedora.

Su conducta cambió de pronto pasando de estar a la defensiva a ser un puro maniaco.

—No, no, no, detective. Usted ha hecho que todo..., no sé..., que todo reviviera. Usted ha hecho que mi juego pase al siguiente nivel.

—Pues fin de la partida, Glen —dijo Heat.

—Anda ya.

Nikki extendió el brazo e hizo resonar sus cadenas con los dedos índice y pulgar. Después cerró el informe, apartó la silla y se dirigió hacia la puerta.

—¿Quiere hablar de Salena Kaye? —gritó él cuando ella había llegado a la puerta. Nikki se detuvo y él continuó—: Sé cosas. Me ha contado la mierda esa del atentado terrorista.

Heat miró a Rook.

—Y el detective Windsor resuelve su caso.

—Se lo saqué todo a esa puta cuando la torturé —gritó cuando ella se daba la vuelta—. Créame, Heat, va a querer que se lo cuente todo.

Ella se quedó junto a la puerta.

—Le escucho.

—No. Primero quiero un trato.

—No me haga reír. Es un asesino en serie.

—Se supone que no debe terminar así. —Gritó y sacudió las cadenas de sus muñecas lo suficiente para que el agente uniformado entrara a ver qué pasaba. Después de que se marchara, Arcoíris dijo—: Debería haberme matado, Heat. Para irme con las botas puestas. —Otra vez el destino, pensó ella. Él adoptó una actitud contemplativa y, a continuación, siguió hablando—: Ya sabe en qué consisten estos tratos. Como pasar la vida en una prisión de mierda contra, quizá, tener una vida agradable fuera del estado, quizá en algún lugar cálido, para empezar. California o Arizona.

—El reloj sigue avanzando, Windsor. Si quiere que hagamos un trato será mejor que suelte algo de lo que sabe sobre el ataque terrorista.

Él se quedó pensando un momento y, después, con calma, le hizo una señal para que se acercara. Cuando ella llegó a su lado, él sonrió.

—Cuando esté listo —dijo—. Vuelva mañana. He tenido un día duro. —Después, cerró los ojos y apartó la cara como si fuese a dormir.

Mientras bajaban las escaleras, Heat hablaba con Rook:

—No lo digas.

—¿Te refieres a «La partida no ha terminado» y a «No se dirija a la salida»?

—Te odio.

Cuando Rook aplazó su reunión con el Hombre de los Acertijos, le dijo que esperara su llamada. Ahora, mientras él y Nikki cruzaban el vestíbulo del hospital Bellevue,

sacó su móvil para llamarlo. Heat miró su reloj:

—¿Ahora? A estas horas solo atienden los camellos de drogas, no va a...

Rook levantó la mano hacia ella.

—Keith. Soy Rook. Oye, solucióname esto. ¿Te sigue viniendo bien quedar? —

Sonrió e hizo una señal con el pulgar levantado.

Los ojos de Heat le quemaban de puro agotamiento y tenía tanta hambre que ya ni la sentía. Pero lo de dormir tendría que esperar.

—¿Podemos quedar con él en algún sitio donde sirvan comida? —preguntó ella.

A la Tavern 29 podían ir a pie y servían toda la noche. Nikki estaba deseando comerse una de sus hamburguesas con beicon, cosa que pidió antes incluso de sentarse. Acompañarla con una cerveza habría sido perfecto, pero no quería perder la concentración, así que se decidió por un refresco. Los dos estaban terminándose su comida cuando Keith Tahoma entró con su coleta canosa balanceándose, charlando desde la puerta hasta la mesa sobre la alucinante energía de la loca ciudad de Nueva York por la noche. Heat estaba más interesada en lo que llevaba en las manos que en su rápido parloteo. Llevaba un tubo de cartón de un rollo de papel de cocina vacío.

Pidió un café y, cuando se lo pusieron, repitió su ritual de seis azucarillos y una forma de removerlo que demostraba un trastorno obsesivo compulsivo. Heat le preguntó si eso le iba a mantener despierto y él se rio:

—Hasta ahora me ha ido bien.

—Keith —dijo Rook—, no me gusta tener que ir al grano directamente pero ha sido un día largo y estamos deseando escuchar qué es lo que tienes.

—Ah, sí. Claro. —El nivel de energía de Nikki aumentó cuando el Hombre de los Acertijos levantó el tubo de cartón de su regazo y lo colocó sobre la mesa—. Pido disculpas por el retraso. Ha sido difícil.

—Pero lo ha resuelto —dijo Heat, no tanto en como una pregunta sino con la esperanza de que así fuera. O deseándolo.

Respondió dando una palmada en el tubo y guiñando un ojo.

—Para que no os sintáis mal por no haberlo resuelto vosotros, esas pequeñas líneas y garabatos no significaban nada. He probado con todos los códigos que conozco sin ningún resultado. Y los conozco todos. Incluso he inventado un par de ellos a lo largo de los años. Entonces, esta mañana, estoy sentado en el parque concentrado en mis partidas de ajedrez y esperando a que los otros tontos se dieran cuenta de que estaban a seis movimientos de perder. Levanto la vista y veo un pájaro batiendo las alas. Y he visto un avión, probablemente acercándose para aterrizar en el JFK, mil quinientos metros más alto que el pájaro. Pero a mí me ha parecido que los dos iban a chocar. ¿Me entendéis?

Los dos negaron con la cabeza.

—Después lo comprenderéis. Ha sido una ilusión óptica. Esa superposición óptica me ha dado una idea. —Colocó las palmas de las manos sobre sus ojos como si fuesen tortitas.

Heat empezó a entenderle.

—Entonces, ha pensado que quizá todas las páginas podrían estar superpuestas y que así lo descifraría.

—No —contestó él dando después un golpe sobre la mesa y sonriendo—. No todas, pero algunas páginas sí. Tras probar muchas veces sin resultado, he conseguido encontrar cuatro páginas de las partituras de su madre en las que, si se ponen unas sobre otras y se levantan delante de una bombilla a contraluz, se lee un mensaje. Ni siquiera estaba en código. Estaba allí, delante de mis ojos y en mi mismo idioma. Joder, me he sentido como un genio.

—¿Me permite...? —Nikki señaló el tubo de cartón.

—Claro que sí. —Él se lo pasó haciendo una floritura en el aire.

Nikki lo cogió de sus manos, echó un vistazo al bar y sacó del tubo las hojas de papel enrolladas. Las desenrolló, extendió las esquinas sobre la mesa y, a continuación, con el corazón latiéndole a toda velocidad, levantó las cuatro hojas hacia la vela. Con la letra clara de su madre, leyó: «Liberar al Dragón».

Sus ojos se movieron hacia el descifrador de códigos y, después, de vuelta al mensaje. Heat movió las hojas y las examinó delante de la vela con la esperanza de encontrar algo más.

—¿Esto es todo lo que dice?

—Eso es todo lo que ella escribió. Perdona la expresión.

—¿Puedo? —preguntó Rook. Ella le pasó las hojas y él hizo lo mismo, tratando de buscar más texto. Mientras él levantaba las hojas delante de la luz, Nikki pensó en ese Dragón. Aquella palabra, claramente un nombre en clave, había aparecido en aquel caso apenas unos días antes cuando el pasajero del helicóptero secuestrado oyó a Salena Kaye llamar a alguien con ese nombre por su teléfono móvil. ¿Qué era lo que había dicho? «Dragón, soy yo». Así que Dragón era el jefe de Salena Kaye. Y también de Tyler Wynn, por lo que dijo en su declaración antes de morir. Pero ahora, en este mensaje en código del pasado, su madre también le mencionaba. Por todo eso, Heat sabía que el Dragón estaba tan vivo en la actualidad como once años antes.

Su madre no podía saber que su hija iba a tardar tanto tiempo en recibir ese mensaje. Pero Nikki seguía confusa. Y, desde luego, no tenía once años más para descifrarlo.

Ni siquiera tenía once días.

—Los dos parecéis algo menos emocionados de lo que yo me esperaba —dijo el Hombre de los Acertijos.

—No, no —contestó Heat—. Lo ha hecho estupendamente. Solo que...

Rook terminó la frase:

—No sabemos lo que significa.

—Bueno, eso es otra cosa completamente distinta —repuso el Hombre de los Acertijos—. En momentos así, acudo a las sabias palabras que decía mi *shi'nali*, El Que Conversa con el Viento. Mi abuelo me decía que hay un código que nunca se

puede descifrar.

—¿Cuál? —preguntó Nikki mientras volvía a acercar el mensaje a la luz.

—El que solo es conocido por dos personas. El emisor y el receptor.

Cynthia Heat habló con su hija del modo sin sentido en que lo hacían las apariciones en los sueños. Nikki la vio como en tantas innumerables ocasiones en que la había visto a lo largo de los últimos once años, sobre todo, en plena noche, aunque a veces también en momentos espontáneos durante el día tan normales como cuando iba a sacar su billete al bajar las escaleras del metro o cuando sonreía al ver una viñeta del *New Yorker*. Su madre le hablaba normalmente desde su propio charco de sangre en el suelo de la cocina. A lo largo de los años le había dicho muchas cosas, la mayoría incongruencias como las propias apariciones. Esta vez, desde las profundidades plomizas que solo el colchón de Nikki parecía poseer, su madre estaba sentada tocando el piano, el que estaba en la habitación al otro lado del pasillo, y le decía las mismas palabras una y otra vez como si fuese un vídeo que se repite sin parar en un avatar de internet. Cindy Heat no paraba de decirle a su hija: «Lo sabes. Lo sabes. Lo sabes...».

Una mano en el hombro de Heat la despertó. Pestañeó. Seguía estando oscuro. Rook se sentó a su lado y le acercó su teléfono móvil, que estaba sonando. Heat se aclaró la garganta y contestó diciendo su nombre. Escuchó y, a continuación, soltó un gemido.

—¿Qué? —preguntó Rook.

—Se ha ido. Arcoíris se ha escapado.

Heat llegó al Bellevue en un tiempo récord, pues no tuvo que vestirse. En pleno agotamiento a las dos de la mañana, Nikki se había desplomado sobre su cama sin desvestirse. Cuatro cortas horas después, ella y Rook entraban en la habitación de Glen Windsor con la misma ropa de la noche anterior.

—Que alguien me lo explique —dijo Heat mientras miraba la cama vacía. Un agente de uniforme de la policía de Nueva York que estaba con una pareja de agentes de la policía del hospital bajaba los ojos al suelo. Heat se acercó a él.

—¿Cómo te llamas?

—Slaughter.

—Tu nombre de pila.

—Nate.

Ella inclinó la cabeza para entrar en su campo de visión.

—Escúchame, Nate, sé que es terrible, pero tienes que tranquilizarte. Este tipo tiene muchos recursos, así que no te culpes. Simplemente, dime cómo ha pasado.

—Alrededor de la una y media ha entrado la enfermera de noche para tomarle la

temperatura —le contó el oficial Slaughter—. No se ha dado cuenta hasta después, pero tenía unas gafas de lectura en el bolsillo delantero que él ha debido de quitarle cuando se ha inclinado a verle el apósito. —El agente señaló las gafas que había sobre el mostrador.

Rook se inclinó sobre ellas.

—Le han arrancado la patilla de la montura.

—Sí. Creemos que ha utilizado el extremo metálico para abrirse las esposas.

—Espero que no haya arrancado la cara a nadie para usarla como máscara. —Los tres policías se le quedaron mirando—. Aviso que voy a destripar una película: *El silencio de los corderos*. —Y luego, añadió—: Continúe, agente Slaughter.

—Se ha hecho con un celador que ha entrado, se ha puesto su bata y ha esperado al cambio de turno para poder salir pasando por mi lado. —El policía se explicó ante ella—: Yo no lo vi entrar, así que ¿cómo iba a saber cómo era?

—Lo siento, pero si te apellidas Slaughter, debes estar más alerta^[5] —le dijo Rook a Nikki una vez solos en el ascensor—. Es mi opinión.

—Me alegra ver que te lo estás pasando tan bien —contestó ella—. Tengo veinticuatro horas para parar una trama de terrorismo biológico, aún no tenemos nada para seguir investigando y mi mayor esperanza de conseguir una pista es mi maldito cerrajero asesino en serie que acaba de escaparse. ¿Y quieres estar de broma?

—O sea, si te apellidas Slaughter, ¿no irías por lo menos al gimnasio? —dijo él tras una pausa.

El hospital Bellevue estaba en el distrito diecisiete de la policía, así que durante el trayecto en taxi en dirección norte, Heat llamó a Feller y le encargó que se trabajara a los detectives de esa comisaría para asegurarse de que la orden de busca y captura de Glen Windsor se extendiera al transporte público, los aeropuertos y los autobuses baratos de Chinatown.

—He estado pensando —dijo Rook cuando ella colgó.

—¿Más chistes para tu monólogo?

—No, en el caso. Dios, ¿qué tengo que hacer para que te concentres? —A continuación, se puso serio y continuó—: No creo que necesites esa orden de busca y captura.

—¿Por qué no?

—Porque Arcoíris va a acudir a ti.

—Seguro.

—Nikki, mira cuál ha sido su forma de actuar. Y las pruebas. Piensa en lo que viste anoche en tu interrogatorio. Windsor no solo está obsesionado contigo, tiene un trastorno de personalidad de un loco de remate. Un narcisista, desde luego. Y apuesto a que tiene delirios de grandeza. Clínicamente, se trata de un ego que se alimenta siendo el centro de atención de todo.

—Entonces, ¿me estás diciendo que detenga la búsqueda?

—No. Te estoy diciendo que él se va a poner en contacto contigo igual que hizo

antes. Tiene que hacerlo. Este es su momento y necesita involucrarte para reclamarlo.

—¿Involucrarme? ¿Como cuando ha dicho que he hecho que su partida pase a otro nivel?

—Exacto. Puede que me equivoque. Puede que no se ponga en contacto contigo. Pero, en caso de que lo haga, yo pensaría en cómo engañarle.

—Eso es lo que más odio —contestó Heat—. Andarme con juegos.

—Nikki, no solo vas a tener que jugar a esto, sino que vas a tener que pensar en cómo ganarle en su propio juego.

Aquella era la esencia de Rook, pensó ella. A veces, se disfrazaba de payaso. Otras, era el mejor.

—Si tan listo eres, ¿por qué no me dices cómo hacerlo?

Él miró un momento por la ventana y, después, pronunció las palabras que eran el eco de un sueño:

—Lo sabes.

Heat y Rook entraron en una comisaría envuelta en un silencio tan tóxico como una lluvia de cenizas el día del juicio final. La evidente tensión irradiaba desde una única mesa, la que tenía la placa con el nombre de «Detective S. Hinesburg». Todos seguían haciendo su trabajo, pero con la mirada vacía, no tanto por el luto como por la decepción. De alguna forma, uno de los suyos había salido mal. Aquello era distinto a la corrupción. Era diferente. Se trataba de una traición al propio cuerpo de policía.

Las luces del despacho de cristal del capitán del distrito estaban apagadas. Rhymer les informó de que el capitán Irons había enviado un correo electrónico para decir que esa mañana estaría en la sede central del Departamento de Policía de Nueva York durante un tiempo indefinido. La brigada especulaba sobre si volvería tras haber sufrido aquel doble revés.

—No es un buen día para el Iron Man —dijo el detective Malcolm con su habitual tono mordaz—. Ya era bastante malo haber dado una conferencia de prensa abrazando a un tipo que resulta ser un asesino en serie. Ahora se descubre que su ligue del trabajo es una espía de una trama de terrorismo biológico.

—Un gran error —dijo Reynolds.

—Un error épico —añadió Feller.

Raley y Ochoa entraron tras haber pasado toda la noche en el apartamento de Hinesburg. Benigno DeJesus les seguía con su cazadora azul marino de la unidad de recopilación de pruebas cargado con dos cajas de cartón llenas de cosas que él y su equipo habían cogido allí. Dijo que se dirigían al laboratorio y, después, a Asuntos Internos. Pero como también tenía que coger cosas de la mesa de Hinesburg, había llevado consigo las cajas de su apartamento para darle a Heat la oportunidad de echarles un vistazo antes de llevárselas.

—Pero ponte guantes —dijo.

Rook y la brigada se reunieron alrededor mientras Nikki levantaba las tapas y revisaba los contenidos con cuidado, volviéndolos a colocar en su caja después de examinarlos. Revisó el montón de cartas y facturas abiertas sin encontrar nada de utilidad. Debajo de una bolsa de aseo con medicinas recetadas por el médico sin relevancia, encontró una pistola pequeña dentro de una bolsa transparente de pruebas forenses y la levantó en el aire.

—Una Smith & Wesson M&P9 Shield —anunció el detective DeJesus con su habitual precisión.

A través del plástico de la bolsa, Heat examinó la pistola de nueve milímetros, una de las preferidas para ir de paisano debido a su pequeño tamaño.

—Hinesburg tenía repuestos para sus repuestos... y mirad de lo que le sirvieron —se burló Feller. Nikki pensó en aquellas palabras y, después, devolvió la pistola a su caja.

—¿Alguien ha mirado este ordenador? —preguntó ella levantando un portátil nuevo.

El detective Raley lo abrió.

—Le he dedicado un par de horas —dijo mientras se encendía—. No he encontrado nada interesante en el disco duro: ni mapas, ni entradas en el calendario para el sábado. Pero sí tenía un enlace para un servicio de correo de la nube con el inicio de sesión automático activado, así que he podido acceder a él. En su mayor parte, son recibos de compras por internet, pero había un correo enviado por ella que Hinesburg debió de olvidarse de borrar. —Hizo una pausa mientras se cargaba—. Míralo.

Giró la pantalla hacia Nikki y ella lo leyó dos veces sin poder creérselo. La dirección del destinatario era un código alfanumérico, no un nombre real, pero el dominio de internet terminaba en .fr, lo cual quería decir que era de Francia. En el asunto ponía: «Heat». Y el mensaje decía: «Llega hoy. Hotel Ópera, rue de Richelieu».

—Ese era nuestro hotel —dijo Rook—. Y la fecha en la que envié esto es del día anterior al que tú y yo fuéramos a París el mes pasado. Cuando nos reunimos con Tyler Wynn.

—¿Listos para la verdadera prueba? —preguntó el detective Ochoa, que pidió perdón mientras pasaba el brazo junto a Heat para meterlo en la segunda caja. Sacó un teléfono móvil de color vainilla y lo levantó en el aire.

—¿Es eso lo que creo que es?

Ochoa se lo pasó.

—¿Te lo puedes creer? La muy lista guardó el teléfono de prepago. Chapucera y con pocas luces hasta el final.

Mientras Heat abría la lista de llamadas salientes, Raley se sacó un papel del bolsillo del chaleco.

—Las últimas dos llamadas que hizo coinciden con dos números que tengo. Coinciden en las fechas con las llamadas de advertencia que hicieron a Salena Kaye y a Vaja Nikoladze. Verás que hay dos números más en las llamadas recientes. Uno era del apartamento de Tyler Wynn. El otro he tratado de llamar para ver qué era, pero sale desconectado.

—Reconozco este número —dijo Heat—. Al menos, me resulta familiar. —Con el ceño fruncido, sacó su propio teléfono y buscó durante unos segundos hasta que encontró lo que buscaba. Cogió sus llaves y fue corriendo hacia la puerta mientras gritaba—: ¡Roach, Feller, id a por vuestros coches y seguidme! ¡Ya!

Unos calentadores empotrados en el techo del apartamento sacaban el frío del aire matutino del Upper East Side. Heat y los Roach esperaron tras las macetas con abetos que flanqueaban la entrada del vestíbulo. Una lujosa limusina negra estaba aparcada en el camino circular de adoquines con el motor apagado. El detective Feller había sustituido al conductor y el bloque del motor lanzaba pequeños sonidos al enfriarse.

—Ahora en el vestíbulo —susurró por su radio—. Primero el portero, el sospechoso detrás.

Raley y Ochoa hicieron una señal de asentimiento a Heat desde detrás de su ciprés. Ella oyó que se abría una puerta interior automática del vestíbulo y se llevó la mano a la funda de la pistola. A continuación, las puertas exteriores se abrieron sobre el marco de metal brillante. El portero uniformado iba delante haciendo una señal con la mano a la limusina para que recogiera a su inquilino. En cuanto el segundo hombre pasó por su lado, los detectives salieron de ambos lados, le agarraron y le esposaron.

—¡Eh! ¿Qué demonios es esto?

—Hoy va a venir en nuestro coche, señor Maggs.

Carey Maggs se sentó con las manos juntas ante él en la mesa de la sala uno de interrogatorios con actitud relajada.

—No pueden detenerme sin un motivo. Puede que no sea ciudadano de Estados Unidos, pero sí puedo tener un juicio justo. —Quizá tenía el aire refinado de Oxford y vistiera con un traje a medida de un multimillonario hombre de negocios, pero cuando Nikki respondió a su protesta con absoluto silencio, el británico reaccionó igual que lo hacían todos cuando se ponían furiosos, desde los pandilleros hasta los chefs. Movi6 los ojos hacia el espejo, bien preguntándose quién estaría mirando detrás de él o para mirar cómo lo estaba haciendo. O las dos cosas. Maggs no parecía estar tan inc6modo con el silencio de ella como a Heat le habría gustado y respondió a él con un tono que parecía de todo menos desconcertado—: He oído hablar en las noticias de estas tácticas de acoso, pero debo decirle, detective Heat, que no me esperaba este tipo de porquerías viniendo de ti.

—Bueno, supongo que todos tenemos nuestras sorpresas.

—Quizá puedas poner fin al suspense y decirme por qué me has detenido como si fuese un delincuente común y me has traído aquí.

Heat no le mostró sus cartas. La experiencia le había enseñado a no adelantar las cosas, dejar que la entrevista fluyera, a pesar de la apabullante presión que sentía por el poco tiempo que tenía. Si iba directa a la información que necesitaba saber, la fecha y el lugar del atentado terrorista, Maggs se olería su desesperación y la balanza se movería hacia el lado de él. Si hacía que se preocupara por hasta dónde llegaba la información de ella, quizá le contaría más cosas, y pronto. Así que Nikki no

respondió a su pregunta. En lugar de ello, adoptó una actitud de indiferencia parecida a la de él.

Pasaron unos segundos. Ella sacó una fotografía de Petar Matic del archivo que tenía delante.

—La última vez que hablamos por teléfono y le pregunté si podía identificar al hombre que aparece en esta foto, usted dijo que no conocía su nombre pero que lo había visto merodeando cerca de su apartamento la semana en que Ari Weiss se alojó en su casa. La semana en la que asesinaron a mi madre.

Él no se molestó en mirar la fotografía.

—Así es.

—También dijo que le levantó sospechas y que llamó a la policía para denunciarlo. —Él elevó las cejas y se encogió de hombros, dando a entender que estaba de acuerdo—. Hemos comprobado los registros de la comisaría de su barrio, la diecinueve. No hay registros de ninguna llamada, queja ni visitas a su edificio.

—Puede que la policía no lo registrara. O ¿quién sabe? —Por fin, Heat pudo ver una pequeña grieta en la fachada de tranquilidad que él había improvisado—. Quizá no llamé yo en persona. Puede que dejara que lo hiciera el portero, sí.

—¿Qué ocurre, señor Maggs?

—Once años es mucho tiempo, querida —contestó él encogiéndose de hombros.

Heat sonrió al hombre que tenía al otro lado de la mesa y que creía que había ordenado el asesinato de su madre después de que esta descubriera su plan terrorista.

—No hace falta que me lo diga.

La sonrisa de ella inquietaba a Carey Maggs. Eso le gustó a Heat. Pero justo cuando estaba a punto de pasar a su siguiente pregunta, la puerta se abrió y Bart Callan entró seguido de Yardley Bell.

—Heat, nosotros nos ocupamos.

—Perdone —dijo Nikki levantándose. Abrió los brazos y les hizo un gesto para que salieran.

Carey la miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Quiénes narices son estos?

Nadie se fue. Más bien, al contrario.

—Yo soy el agente especial Callan y esta es la agente Bell, del Departamento de Seguridad Nacional. Tenemos que hacerle algunas preguntas sobre su trama terrorista.

Mientras se pronunciaban aquellas palabras, Heat vio la expresión de Maggs, vio cómo su castillo de arena tan cuidadosamente construido se desplomaba y se maldijo a sí misma.

—Agentes, ¿podemos hablar un momento?

Bell se quedó con los brazos cruzados y la fulminó con la mirada. Callan movió la silla de Nikki por el respaldo para poder poner un pie sobre ella y se echó sobre su rodilla cerniéndose por encima de la mesa.

—Empecemos por saber qué hacía su número en el teléfono móvil de una espía que hemos trincado en una trama de terrorismo biológico.

—¿Debo entender que me están acusando de terrorismo porque alguien tiene mi número en un teléfono? —Miró a Heat—. A la mierda con esto. Quiero que venga mi abogado.

Nikki pidió un descanso. Dejaron a Maggs inquieto en su mesa y se trasladaron a la sala de observación. Los gritos empezaron nada más cerrarse la puerta.

—¿Qué les parece un aviso de cortesía antes de colarse en mi interrogatorio?

—¿Habla de cortesía? ¿En serio? —preguntó Bell.

—Les he tenido al tanto del arresto.

—Un correo después del arresto no es poner al tanto —dijo Callan.

—Por no ponernos al tanto, lo del helipuerto anoche fue un desastre —añadió la agente Bell—. Deberíamos haber estado allí para el arresto y estar ahora poniéndonos al día.

Heat apuntó a Maggs a través del cristal.

—Su número de teléfono se encontraba en las llamadas recientes del teléfono de prepago de Sharon Hinesburg. No quería perderle.

Yardley Bell se acercó a Heat.

—Y una mierda. Ha vuelto a tomar una decisión unilateral para apartarnos de sus avances. De su puto caso. ¿Por qué?

—Porque hay demasiados componentes en todo este entramado —contestó Heat.

—¿Y eso qué significa? ¿Que no confía en nosotros?

Heat no respondió. Se limitó a parpadear. Finalmente, fue Callan quien habló, esta vez con un tono más civilizado.

—Dejemos esto para más tarde. Tenemos una misión. ¿Qué le ha sacado hasta ahora?

Nikki se separó de Bell.

—Una fingida inocencia. Estaba empezando a desarmarlo cuando han entrado.

—Dios mío... —murmuró Yardley a la vez que se apartaba.

—De acuerdo, seamos prácticos —dijo Callan—. En primer lugar, que no venga ningún abogado.

—Supongo que puedo alegar el artículo nueve y retenerlo para que le hagan un examen psicológico —sugirió Nikki—. Me gustaría contar con algo más de tiempo para que mis detectives me puedan informar. Tengo a varios equipos registrando su casa y su negocio y Rook está examinando sus movimientos financieros.

—¿Qué tipo de movimientos? —preguntó Callan.

Antes de que Nikki pudiese responder, la interrumpió Bell:

—¿Por qué pierde el tiempo fingiendo una evaluación psicológica, Heat? La Ley de Autorización de Defensa Nacional permite a los agentes federales detener a cualquier sospechoso de terrorismo durante un periodo de tiempo indefinido. Punto. —Blandió en el aire su placa de agente federal de Seguridad Nacional que colgaba de

su cuello—. ¿Somos ahora un equipo o no?

Con su reavivado, aunque frágil, espíritu de colaboración, el agente especial Callan envió a sus mejores especialistas forenses a que se unieran a los detectives de Heat en el apartamento de Carey Maggs situado en lo alto de un rascacielos del Upper East Side, así como en su fábrica de cerveza del puerto marítimo de South Street. Al igual que en los registros que se habían hecho en la habitación de Salena Kaye de Coney Island, en las instalaciones de Vaja Nikoladze al norte del estado y en el apartamento de Sharon Hinesburg, buscaron pruebas materiales como ordenadores, correo y recibos, así como de agentes biológicos.

Sintiéndose cada vez más nervioso, a mediodía del día anterior a la fecha del atentado terrorista, Callan activó también los recursos militares para que pararan a todos los camiones que entraban en Manhattan, aumentando los puntos de inspección que la policía de Nueva York había puesto ya en zonas clave que rodeaban la isla. También puso en marcha al ejército y a la Guardia Nacional para que desplegaran el aparato médico especial para desastres del que habían hablado en el búnker de la sede central del Departamento de Seguridad Nacional. El arsenal de Fort Washington al norte de la ciudad, en Washington Heights, además de dos arsenales en los extremos opuestos de Lexington Avenue estaban siendo convertidos en dos enormes centros cubiertos de reconocimiento médico. Bajo el puente Robert F. Kennedy, los campos de fútbol de la isla de Randall se convertirían al día siguiente en una ciudad de carpas militares destinadas a grandes masas de víctimas.

Los altos cargos siguieron manteniendo su decisión de no anunciar la proximidad de la amenaza. «Sin conocer los detalles concretos, lo único que se provocaría sería el pánico». En ese momento, toda la comisaría sabía lo que se sentía.

Decidieron que la detective Heat siguiera al mando del interrogatorio. Por desgracia, Carey Maggs decidió continuar con su postura de inocencia e indignación. Tras varias horas de enfrentamiento contra su refinado muro de piedra, el detective Rhymer entró en la sala de interrogatorios y le pasó a Heat un archivo sobre la investigación que había realizado sobre sus movimientos bancarios. Ella lo miró con atención y lanzó a Maggs una mirada elocuente.

—Hablemos de Salena Kaye. Recuerda a Salena Kaye, ¿verdad?

—De nombre sí. Pero solo porque me estás dando la paliza con ella como si fuese una amiga mía. No la reconocería si me tropezara con ella, como ya he dejado claro.

—Sabemos que últimamente Salena Kaye se ha dedicado a ponerse en contacto con yihadistas radicales, buscando voluntarios que sean capaces de sacrificarse. He dicho voluntarios, pero ella les ha ofrecido cien mil dólares a las familias de todo el que aceptara.

—Si tú lo dices. Sigo sin saber qué tiene que ver todo esto conmigo.

—Cien mil dólares. ¿De dónde iba a conseguir una fisioterapeuta como Salena Kaye echar mano a cien o doscientos mil dólares?

—Pregúntale a ella.

—Está muerta. Y usted lo sabe, ¿verdad? —Maggs mantuvo la mirada impasible durante el silencio que hubo después. Su expresión no decía nada—. Quiero que me lo diga usted. ¿A quién contrató y dónde están?

—Supongo que estamos atascados —fue lo único que respondió. Acostumbrada a las negativas, insistió y levantó en el aire una página impresa del informe que Rhymer le había traído. —Acaban de pasarme una información muy interesante. La cuenta personal de Salena Kaye recibió una transferencia de doscientos mil dólares esa semana de un banco que se llama Clune Worldwide Holdings. —Dejó la hoja y sacó otra más—. Esto es una copia del recibo de la tarjeta de crédito que Salena Kaye utilizó en la agencia de alquiler de coches Surety el otro día cuando trataba de alquilar un camión. Hemos realizado una búsqueda y la línea de crédito se financió a través de Clune Worldwide Holdings. —Hizo una pausa. No hubo respuesta, así que sacó otra página—. El extracto de la cuenta personal de Sharon Hinesburg.

—Otro nombre que no dejas de decir que debería conocer.

—¿Ve estas partes subrayadas en amarillo? —Levantó el extracto. Él apenas lo miró—. Son pagos de mil dólares ingresados por internet en la cuenta de Hinesburg desde Clune Worldwide Holdings.

—¿Y?

—Y —repitió ella pasando a otra página— Clune Worldwide Holdings, un banco de un paraíso fiscal situado en las islas Caimán, es decir, una Suiza con palmeras donde se va a blanquear dinero, es el mismo banco que casualmente tiene la cuenta de Mercator Watch, la organización benéfica que usted financia.

—Eso no significa nada —dijo él—. ¿Da la casualidad de que el banco que yo utilizo es el que paga a esas otras personas? Muchos bancos pagan a otras personas. Un banco de esos que salen en los anuncios de la televisión parece que paga a los vikingos. ¿Significa eso que sus otros clientes también lo son? —Se rio.

Dejaron que Maggs fuera al baño con un vigilante y, cuando volvió a la sala de interrogatorios, vio que Rook estaba sentado al lado de Heat. Aquello le desconcertó, aunque apenas lo demostró. Lo disimuló con una actitud de despreocupación.

—Pues me alegra ver que un periodista de investigación se une a la reunión. Si me mandan a Guantánamo, necesitaré que alguien dé fe de la injusticia.

—Que conste, no estoy aquí para escribir una crónica para la campaña de Liberad a Carey. Estoy ayudando a la detective Heat a que impida que usted siga matando a gente inocente.

—Bueno, al menos nos entendemos.

—Cada vez más —dijo Heat.

—Puede incluso decir que lo entiendo todo, Carey —continuó Rook—. Todo. —Los ojos de Maggs se clavaron en los papeles que el escritor había traído con él—. ¿Sabe? Una de las ventajas de ser periodista de investigación es que tengo esta lista

tan estupenda de fuentes de alto nivel. Se trata de una relación interesante. A veces, yo les debo favores y, otras, me los deben ellos a mí. Hay un alto cargo de la Comisión de Valores y Bolsa y... ¡Viva! Le tocaba a él hacerme el favor.

»Hay un viejo eslogan del Watergate, “Sigue la pista del dinero”. En su día fue una especie del “¿Qué llevas en la cartera?” que dicen ahora en los anuncios de tarjetas de crédito. —Rook guiñó un ojo—. Pues bien, con la ayuda de mi amigo de la Comisión, solo he tardado un par de horas en seguir su dinero y ver su cartera de inversiones. Conozco la distribución al completo de toda su riqueza. Bueno, al menos, la parte que no se guarda en los zapatos cuando vuela a las islas Caimán.

Maggs trataba de leer las hojas del revés a medida que Rook las disponía en el orden que quería antes de continuar.

—Mercator Watch. Su fundación dedicada a la supervisión del abuso laboral de niños a nivel internacional. En realidad, es más que una fundación. Dejemos eso a un lado y echemos un vistazo a sus inversiones. Todas rentables. Felicidades. —Pasó una página—. Praco Corporation, contratos con gobiernos europeos para construir alojamientos de bajo coste en pueblos del tercer mundo diezmados por la guerra. Nevwar Enterprises, una empresa multimillonaria y multinacional que da trabajo a exconvictos por motivos de conciencia en regímenes totalitarios. —Levantó la vista de la hoja—. Y así mucho más, Carey. Una empresa tras otra que saca beneficios sólidos de ideales y causas radicales.

—Nada de eso me convierte en un puto terrorista, ¿no?

—Al contrario. Es como si la fábrica de cerveza Boz estuviese basada en el principio de Charles Dickens de denunciar las injusticias sociales.

—Y la avaricia empresarial —dijo Maggs con un estallido de rabia—. Toda mi cartera de inversiones está basada en el capitalismo ético, venciendo a los jodidos comisionistas del uno por ciento en su propio juego. No hay en ello ningún delito. —Era la primera vez que Heat le veía alterado.

Rook asintió con escepticismo y pasó a la última página.

—Todo bien. Excepto esto último de aquí. Yo diría que esto llama la atención por ser un... —Miró a Heat.

—¿Un calcetín desaparejado? —preguntó ella.

—Veamos. Usted es el principal accionista de BeniPharm Corporation. —Vieron cómo la velocidad en el parpadeo de Carey Maggs se duplicaba—. Pues bien, el calcetín desaparejado está en que la única inversión de BeniPharm queda fuera de su esquema de ideales radicales. —Rook volvió a la información de la Comisión de Valores—. Aquí dice que esta empresa se creó en 1998 con su dinero y una participación simbólica de un socio minoritario, Ari Weiss, un doctor en medicina... ya fallecido. La empresa siguió su curso solamente en teoría y a todos los efectos, hasta hace dos años, cuando lanzó un producto con su mismo nombre. ¿Quiere decir usted cuál fue o lo digo yo?

Maggs se aclaró la garganta y habló con voz ronca:

—Un medicamento para la viruela.

—Interesante —dijo Heat.

—El prospecto de BeniPharm dice que es el único situado como fuente principal del remedio contra el virus la viruela. Yo no me había dado cuenta hasta que Heat la contrajo, pero, si se toma este medicamento dentro de los cinco días tras la exposición, no se contrae la viruela.

—Así es —confirmó Maggs.

—¿Y por qué tanto esfuerzo por un medicamento para una enfermedad que ya se ha extinguido? —preguntó Heat.

—Por paranoia —contestó Rook—. Vivimos una época en la que unos locos pueden desatar el terrorismo biológico. De hecho, según esto, BioPharm tiene un contrato con el gobierno de Estados Unidos de quinientos millones de dólares para la compra del medicamento contra la viruela de su compañía.

—No hay nada malo en eso. Yo..., nosotros... realizamos un servicio público.

—¿Y qué pasaría con sus beneficios si hubiese un brote de viruela? —preguntó Heat.

—Eso es...

—¿O si se usara la viruela como arma y fuese liberada en un atentado terrorista en una importante área metropolitana?

—Esto es una encerrona.

—¿Qué pasaría? —insistió Nikki—. ¿Sus beneficios se duplicarían? ¿Se triplicarían? ¿Participarían otros países? Dígame, ¿qué ganaría usted? ¿Unos beneficios diez veces mayores? —Heat se puso de pie y empezó a gritar golpeando la mesa con la palma de la mano—: ¿Merece la pena para ello matar a miles de personas inocentes? ¿Fue eso lo que le costó la vida a mi madre, hijo de puta?

Agotada, Heat se quedó de pie jadeando.

—Haga algo bueno, Maggs. Dígame el lugar y la hora.

Él movió la cabeza.

—Te voy a decir una cosa. —Y cuando tuvo la atención de todos, continuó—: Todo esto no son más que suposiciones.

Heat cerró la puerta con las dos manos golpeando la puerta de la sala de observación.

—No puedo hacer que confiese.

—Lo ha hecho estupendamente —repuso Callan.

—Los dos lo habéis hecho muy bien —le dijo Bell a Rook—. No puede hacerse mejor.

A través de la ventana, vieron a Maggs recostado en su silla con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Podría haber sido un viajero de las afueras que dormita en el tren hacia Connecticut en lugar del principal sospechoso de una masacre terrorista.

—Tiene pelotas —dijo Rook—. Llega hasta el punto en que crees que va a confesar y luego se controla.

—¿Qué tiene que perder? —preguntó Bell—. Tú mismo lo has dicho. Si mantiene la boca cerrada, sacará miles de millones. Y pasará la vida en prisión si le remuerde la conciencia.

—Son más de las cinco —dijo Callan—. Yo opino que pasemos a los métodos tradicionales y le llevemos a dar una vuelta por el Viejo Granero.

El rostro de Rook se iluminó.

—¿De verdad hay un Viejo Granero, tíos?

Callan frunció el ceño y miró a Nikki.

—¿Habla en serio?

—¿Y vosotros? —insistió Rook.

—No vamos a llevarlo a ninguna parte —concluyó Nikki—. Nosotros no hacemos esas cosas.

Detrás de ella, Yardley Bell se rio suavemente.

—Heat tiene razón —le dijo el agente Callan a Rook—. Por desgracia, estamos en Estados Unidos. Aunque no me importaría salirme un poco de la norma, vamos a tener que seguir tratándolo según lo que dicta la Constitución. —Se acercó a la ventana y dijo—: Vamos a tomarnos cinco minutos. Cuando volvamos, empieza mi turno de interrogar a este capullo.

Cuando volvió a la sala, Heat se encontró el buzón de voz plagado de mensajes. Lauren Parry había dejado dicho que tenía que contarle una noticia interesante sobre la autopsia. Nikki guardó ese mensaje para devolver primero la llamada al detective Ochoa.

—¿Dónde estáis?

—Los Roach nos encontramos en este momento en el interior de la fábrica de cerveza Boz de South Street. ¿Cómo va con Maggs? ¿Hay algo?

—Todavía nada. Actúa todo el tiempo como si fuese a incluirme en alguna lista de Amnistía Internacional justo por debajo de Corea del Norte.

—Por desgracia, nosotros no vamos a ser de ayuda. Y, créeme, hemos invadido su apartamento y la fábrica de cerveza como si fuésemos mecánicos de una parada en boxes en un circuito de coches. También con un equipo de investigadores forenses. Incluidos los frikis del Departamento de Policía de Nueva York y los de Seguridad Nacional con sus equipos detectores en plan R2-D2.

—¿Todo limpio?

—No solo limpio. Aséptico.

Después de que colgaran, ella se dispuso a informar a Rook de todo cuando una de las ayudantes de la comisaría del distrito entró corriendo y los interrumpió:

—Arcoíris —se limitó a decir.

Nikki extendió la mano para coger el teléfono. Rook la sorprendió poniendo su mano sobre la de ella para que no pudiera levantar el auricular.

—Rook.

—Tómate tu tiempo. Que espere.

—Podría sacarle algo del atentado. No puedo esperar.

—Es igual que con Maggs. Si se lo huele, estás muerta. —Rook le apretó suavemente la mano antes de soltarla—. Recuerda lo que te he dicho. Tú ya has entrado en su juego. Que juegue ahora él al tuyo.

Heat se quedó pensándolo y, aunque iba en contra de todo lo que ella sentía, todo lo que tan desesperadamente necesitaba en el último momento, asintió. Si Arcoíris se oía su desesperación, sería él quien dominaría la partida. Nikki esperó treinta insoportables segundos antes de levantar el teléfono.

—Aquí Heat.

—¿Qué? ¿Me está haciendo esperar para rastrear la llamada? —Reconoció la voz de Glen Windsor y le hizo a Rook una señal afirmativa—. No soy estúpido. Sé cómo manipular un teléfono para que no pueda localizarse. —Y en ese momento, Nikki tuvo una inspiración que le puso el vello de punta. No la analizó ni la sopesó. Simplemente, actuó de forma impulsiva.

Le colgó.

—¿Qué narices...? —exclamó Rook.

Justo cuando empezaba a sentir náuseas ante la idea de que podría haber cometido un tremendo error, el teléfono volvió a sonar. Heat pulsó con un golpe el interruptor de la grabadora de la caja de conexión y dejó que sonara un tono más antes de contestar. Windsor saltó antes incluso de que ella hablara.

—¿Qué coño ha sido eso? —Su voz temblaba por el nerviosismo.

El poder del juego, pensó ella.

—Glen, estoy ocupada. —Necesitó todas sus fuerzas para parecer despreocupada.

—Y una mierda ocupada. Tenemos que hablar.

—Espere un segundo. —Cubrió ligeramente el auricular y habló hacia la nada—. Espérame, ¿vale? Estaré ahí en diez segundos. Diez segundos. —Rook apretó los puños para darle ánimos. Siguiendo con su estrategia, Nikki se tiró de cabeza—. Oiga, si quiere que hablemos, ¿por qué no viene aquí? Si no, tendrá que esperar.

—¿Ha perdido la cabeza?

—No, la verdad es que me siento bastante despejada, para variar. ¿Sabe? Ahora no tengo tiempo para usted. Tengo que enfrentarme a algo mucho más importante.

—¿Más importante? —Nikki pudo oír cómo su respiración se aceleraba—. ¿Qué? ¿Ese atentado biológico?

—Tendrá que esperar, Glen. Su turno ya ha pasado.

—Es usted una puta idiota, ¿lo sabe?

Cuanto más nervioso se ponía él, más tranquila era la voz de ella.

—No puedo ocuparme de esto ahora.

—Usted no sabe una mierda. Ni siquiera sabe dónde van a soltar esa cosa.

Ella esperó por si él lo decía. No fue así.

—No, pero lo sabré —dijo ella—. Estaré allí para poner fin a esta locura y, cuando lo haga, usted no será más que una nota al pie.

—Gilipolleces.

—No es por usted, Glen. Las cosas son así. Ha aparecido un pez más grande.

—No, joder. Esto es mío. Mañana a las nueve de la mañana estaré muerto, pero todos sabrán que lo he hecho yo. Pasaré a la historia y usted tendrá que apechugar con ello.

—Eso tengo que verlo. ¿Quiere decirme dónde?

Pero había colgado.

Heat salió a toda prisa de la sala.

—A las nueve de la mañana —dijo—. Hay que decírselo a Callan.

Rook le seguía el paso por el pasillo.

—Teniendo en cuenta que eres una persona a la que no le gustan los juegos, recuérdame que nunca te desafíe.

Nikki entró corriendo en la sala de observación y la encontró vacía. Una escalofriante convicción hizo que las piernas le temblaran. Corrió hacia el cristal para mirar el interior de la sala de interrogatorios.

Estaba vacía.

—Maggs se ha ido —le dijo a Rook mientras volvía a salir corriendo por la puerta—. Y también Callan y Bell.

El sargento de la recepción les había visto salir con Maggs por el vestíbulo pero no se le ocurrió que pasara nada. ¿Por qué iba a hacerlo? Eran agentes federales que acompañaban a un prisionero. Aun sabiendo que no serviría de nada, Heat y Rook salieron por la puerta de cristal a la calle 82. Lo único que encontraron fue el charco provocado por el aire acondicionado donde Callan había aparcado su todoterreno y una calle vacía entre ellos y Columbus.

—Parece que en este entramado tenemos aún más componentes en marcha.

Heat pasó la siguiente hora tratando de ponerse en contacto con ellos. Primero fueron las llamadas más obvias: al teléfono móvil de Callan y, después, al de Yardley Bell. Heat dejó mensajes de voz que, en el fondo, sabía que no serían respondidos, si es que llegaban a oírlos. Rook continuó con correos electrónicos y mensajes a Bell, incluso publicando un tuit para que se pusiera en contacto con él.

Aquella hora se alargó hasta toda una noche de infructuosos intentos de comunicación. Nikki llamó a todos los números que tenía del Departamento de Seguridad Nacional, aunque en el fondo sabía que era como gritar en un agujero negro. Probó con la unidad antiterrorista de la policía de Nueva York y consiguió

contactar con un compañero de ellos de la unidad antiterrorista del Departamento de Seguridad Nacional en su casa. El comandante McMains le dijo que haría indagaciones, mensaje que ella interpretó como que dejara que los federales hicieran con Maggs todo lo que quisieran.

—Por si no lo has notado, estamos a punto, Heat.

En medio de la desesperación, Rook llamó incluso a París y despertó a su amigo Anatoly Kijé, el espía ruso, para intentar que le diera cualquier número o dirección de correo electrónico privados que pudiera tener. El agente secreto maldijo en ruso y le dijo a Rook que fuera realista, que su agenda de espías estadounidenses era un poco limitada.

Cuando agotaron todas sus opciones, volvieron a hacer la misma ronda sin conseguir al final otra cosa que no fuera una pérdida de energía y de tiempo.

—¿Sabes lo peor de todo? —preguntó Heat—. Que el esfuerzo que estamos poniendo en buscar a los nuestros nos está impidiendo evitar el atentado de mañana.

Rook miró su reloj.

—Querrás decir hoy. Ya es más de medianoche.

—Estupendo.

—Pero la otra cara de la moneda es que quizá a ellos se les dé mejor acabar con esto que a nosotros. Cuestiones éticas aparte, claro.

—No dejamos de lado las cuestiones éticas, Rook. No somos así. Al menos, yo no. ¿No crees que me encantaría estar diez minutos encerrada en una habitación a solas con Carey Maggs?

—¿Te refieres a resolver las cosas de tu madre o a detener el atentado de la viruela?

Heat se quedó pensando antes de responder.

—Supongo que tengo la suerte de no tener que saber la respuesta. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Qué tal tu madre? ¿Ha salido Margaret de la ciudad?

—Ah, sí. Se fue a Oswego hace unas horas. Tengo la sensación de que, en este mismo momento, la «Gran Pesada» de Broadway estará en el salón, con su tercer cóctel, y que el comité del Festival de Teatro estará preguntándose en qué se han metido.

—¿Sabes una cosa, Rook? Hemos hecho lo que hemos podido. No pasa nada si te quieres marchar. Tienes tu casa de los Hamptons.

Él cogió las manos de ella entre las suyas y la miró a los ojos.

—Sí, me voy. —Y después de que los dos se rieran, se besaron.

Como estaban solos, se besaron sin reparos.

Durante toda la noche, Heat no se atrevió a levantarse de su mesa. Dormitó en intervalos de diez minutos en su silla y dejó el móvil en modo de llamada en lugar de vibración para asegurarse de oír cualquier llamada. Raley y Ochoa llegaron justo después de las cuatro cuando terminaron en la fábrica de cerveza Boz. Por si había suerte, les pidió que se pasaran por Varick Street y fueran a la sede de Seguridad

Nacional para ver si podían provocar algún movimiento. Llamaron una hora después sin ninguna novedad.

Al amanecer, llamó el comandante de la unidad antiterrorista de la policía desde su puesto en el arsenal del Regimiento 69 cerca de Gramercy Park. No quería que Heat creyera que se había olvidado de ella y le aseguró que había hecho llamadas a todas sus fuentes para enterarse de lo que pudiera sobre el paradero y el estado de los agentes de Seguridad Nacional y de Maggs. Heat le dijo a McMains que era un buen tipo y le pidió que la mantuviese informada.

—Y que Dios nos ayude —respondió él.

Tras demasiados días y noches con la misma ropa, Nikki se permitió cinco minutos para darse una ducha rápida en el vestuario, lo cual la ayudó muchísimo a sentirse más despejada para enfrentarse al día que la esperaba. Después de secarse, sonrió al pensar que estaba recurriendo a su bolsa de repuesto para cambiarse con su ropa de repuesto y se preguntó si no debería tener también otra ropa de repuesto para esa. La chaqueta de piel marrón que llevaba parecía demasiado abrigada para el tiempo que habían previsto, así que cuando Heat volvió a la sala, la colgó en la percha y cogió la chaqueta que Yardley Bell le había devuelto después de que analizaran los agentes biológicos en el Departamento de Seguridad Nacional.

Cuando la descolgó, vio una bolsa de plástico transparente que habían enganchado en la percha. Los científicos de Seguridad Nacional habían tenido la consideración de vaciar los bolsillos de la chaqueta y le habían devuelto sus contenidos con una lista de todos ellos. Nikki miró el interior. Encontró un lápiz de labios, sus gafas de sol, un cuaderno y un lápiz y un paquete abierto de galletas de manteca de cacahuete. Supuso que no querría la galleta que quedaba y sacó el paquete para tirarlo. La mano se le quedó inmóvil sobre la papelera.

—Rook —gritó.

Los muelles del sofá chirriaron en la sala de descanso y él apareció en la puerta con el pelo revuelto y los faldones de la camisa por fuera.

—¿Qué?

Levantó la chaqueta en el aire.

—Ya sé dónde me contagié. Vamos.

El Crown Victoria de la detective Heat derrapó por la calle 79 Oeste desplegando un Código Tres, todas las luces y la sirena. Le dijo a Rook que llamara desde el teléfono mientras ella mantenía las manos en el volante para pedir a la operadora que mandara a su equipo y a la unidad antiterrorista al sur de la ciudad, a la marcha de protesta a la que Carey Maggs había ayudado con su patrocinio. Rook sostenía el teléfono con una mano y con la otra se agarraba al mango de la puerta mientras ella zigzagueaba entre los coches más lentos y frenaba para, después, acelerar a toda velocidad al pasar por los semáforos. El sábado por la mañana a esa hora, el tráfico no era denso y en un tiempo récord entró en la autopista Henry Hudson en dirección al sur.

Durante su llamada a la operadora, describió lo que debían buscar: un carro rojo de la brigada de bomberos de Londres de 1870 con una gran caldera de cobre en la parte de atrás.

—Creo que ese es el contenedor que contiene el agente biológico, así que actúen con extrema precaución.

Al ver carriles vacíos delante de ella, Rook le habló levantando la voz por encima del ruido de la sirena.

—¿Qué es lo que te ha dado la idea? ¿Qué es lo que te ha hecho relacionarlo?

—La galleta de manteca de cacahuete —dijo ella—. Me he acordado de que me comí esa galleta la mañana que fui a visitar a Maggs en su fábrica de cerveza.

—Eres increíble. ¿Cómo narices te acuerdas de algo tan trivial como eso?

—Porque no fue nada trivial. Estaba enfadada contigo cuando llamaste desde Niza. Con Yardley.

—Y la galleta tiene que ver con eso porque...

—Porque me la comí en un ataque de rabia. Estaba furiosa contigo por haber sido tan estúpido y tan completamente insensible. —Hizo una pausa y una rápida maniobra junto a un camión de basura—. Oye, a algunos les da por dar patadas a los cubos de basura, a mí por comer galletas.

Siguieron en silencio.

—Me alegro de haber tenido algo que ver —dijo Rook por fin.

Heat y Rook tardaron solo catorce minutos en llegar a Battery Park, en la punta sur de Manhattan, pero, cuando llegaron, los servicios de emergencia, el equipo Hércules y la unidad antiterrorista ya estaban en sus puestos de State Street y Bowling Green en la plaza que había junto a las antiguas oficinas de la aduana. Nikki serpenteó entre policías antidisturbios y filas de tulipanes rosas en pleno florecimiento primaveral hasta que vieron al comandante McMains haciendo marcas en unos planos.

—Cuesta pensar en un lugar peor, detective.

Estudiaron la situación al otro lado de la calle, en Battery Park, donde varios

miles de manifestantes se habían reunido tras la pancarta gigante que habían extendido por Hope Garden y en la que anunciaban la Marcha contra la Oposición Global. Heat vio el logotipo de la fábrica de cerveza Boz que la patrocinaba.

—Este es el acontecimiento que Carey Maggs ha estado apoyando todo el año. Haciendo todo lo posible por reunir a una gran multitud para poder lanzar sobre ellos la viruela.

—Cielo soleado, una suave brisa. Por desgracia, el día perfecto para algo así —dijo el comandante—. La última estimación desde el aire asciende a cuatro mil manifestantes. Entre ellos, niños y bebés en sus carritos. —Negó con la cabeza—. Y siguen llegando más.

—¿Por qué no los para? —preguntó Rook—. Dispérselos.

—Una idea estupenda, aquí tiene. —El comandante levantó ante Rook un megáfono y, después, lo volvió a retirar—. Perdona, pero supongo que tiene usted poca experiencia en la dispersión de manifestaciones. Suelen responder con enfrentamientos y este grupo no es distinto. —McMains dirigió su atención a Heat—. Cuando he llegado, me han dado permiso para avisar a los organizadores del peligro del atentado. Creen que estamos mintiendo, que solo estamos tratando de interrumpir su manifestación.

Nikki echó un vistazo a la zona y vio a varios cientos de agentes antidisturbios que añadían a sus equipos unas máscaras antigás.

—¿Alguna noticia de Seguridad Nacional?

—Estoy aquí —dijo Callan. Se giraron cuando él y Yardley se unían a ellos.

—¿Qué ha pasado con mi prisionero? —preguntó Heat.

Callan le respondió con rodeos:

—Enhorabuena. Parece que, al final, usted lo ha hecho mejor que nosotros.

—Le he preguntado qué ha pasado con Maggs.

—Ahora mismo no hay que preocuparse de él, detective. Hagamos esto primero, ¿de acuerdo? —No esperó ninguna réplica y respondió por ella—: De acuerdo. Ahora descríbame ese carro de bomberos que buscamos.

Una vez más, Heat se tragó su rabia por el bien de la misión.

—Es un antiguo carro de bomberos de Londres que Maggs ha restaurado para promocionar esta manifestación.

—Y, al parecer, lo ha equipado con un contenedor para poder rociar a la gente —añadió Rook. Terminó de buscar en su iPhone y lo levantó—. Aquí tiene una fotografía de la página web de la fábrica de cerveza Boz en la que lo anuncia.

—Pásamela por mensaje —le pidió la agente Bell—. La haré circular entre todos los que están aquí.

Se oyó a alguien gritar a través de un megáfono: «¡Sin justicia no hay trato! ¡Sin justicia no hay trato!». La multitud lo oyó y lo repitió.

—Joder —dijo Callan—. ¿A qué hora está previsto que empiecen a moverse?

—Dentro de treinta minutos —respondió el comandante McMains—. A las

nueve. —Al oír la hora, Heat examinó la zona y se preguntó si Glen Windsor estaría ahí y, en caso de estarlo, qué tendría en mente. Se reunieron en torno a un plano cuando McMains lo desplegó sobre el capó de un coche patrulla que había al lado—. Se les ha dado permiso para desfilar desde donde están ahora subiendo por Broadway para terminar en el parque del Ayuntamiento.

—¿Las calles aledañas? —preguntó el agente especial.

—Todas cerradas. Y tenemos vallas para que no suban a las aceras. También he cerrado la estación de metro Cuatro y Cinco para impedir que llegue más gente. — McMains cogió un bolígrafo del bolsillo de su uniforme y dibujó unos corchetes—. La mayor parte de nuestros efectivos están instalados aquí para impedir que entren por si se les ocurre tomar Wall Street o Exchange Place. —Justo cuando el comandante decía aquello, los cantos de «¡Sin justicia no hay trato!» lo interrumpieron.

Callan cerró los ojos, como si mantuviera una conversación consigo mismo.

—Ahí es donde lo hemos puesto todo —dijo tras dar una palmada—. Wall Street es la parte más vulnerable de todo este circo. Si ese virus se libera allí, no solo habrá montones de bajas, sino que una cuarentena podría cerrar la Bolsa de Nueva York e incluso el Banco de la Reserva Federal. Ya pueden imaginarse cuál sería el efecto dominó.

—Mejor no hacerlo —dijo la agente Bell.

Como nadie había visto el carro de bomberos de Boz, ni siquiera los helicópteros, Callan y McMains trazaron un plan para mover rápidamente a agentes y policías uniformados por la ruta de la manifestación y por el barrio financiero de Wall Street para buscar el vehículo en aparcamientos y garajes. Todos los detectives de la brigada de Heat habían llegado ya y se unirían también a ella en la búsqueda.

—Y no me digas que tengo que esperar en el coche —dijo Rook.

—No lo haré —respondió Heat—. Porque vas a quedarte aquí.

—¿De verdad crees que voy a molestar?

—La verdad es que no. Pero no quiero que estés ahí arriba si pasa algo malo. Ya está todo cubierto. Fin de la conversación.

—No me va a pasar nada. Tengo esto. —Se puso una máscara de gas sobre la cara y respiró con fuerza—. Luke, soy tu pa...

Ella le retiró la máscara.

—Te quedas aquí. —Y a continuación, Heat se fue con los demás.

Rook se quedó a desgana a un lado de la zona donde se habían preparado los efectivos y vio cómo un contingente vestido con equipos antidisturbios y máscaras antigás trataban de formar una barrera de contención con una malla de plástico naranja mientras un teniente se dirigía a la multitud para pedirles que detuvieran la manifestación y se dispersaran por su propia seguridad. Todos respondieron con

abucheos.

A las nueve en punto, uno de los organizadores levantó una bocina y dio un fuerte pitido. Se oyeron vítores y la muchedumbre empezó a avanzar, despacio, empujando a las filas de policías para desfilar por Broadway.

Algunos de los manifestantes, expertos en tácticas de desobediencia civil, se lanzaron al suelo y entrelazaron sus brazos para formar una barrera entre la multitud que pasaba y la policía, que trataba de contenerlos. Mientras la policía avanzaba para encargarse de la cadena humana, Rook decidió que no le gustaba estar tan cerca de la agitación y el griterío y cruzó la calle para adentrarse en el parque, rodeando a la muchedumbre para dirigirse a la parte de atrás.

Pasó junto a un mimo callejero vestido de la Estatua de la Libertad, una «estatua viviente» maquillada de color turquesa. Con acento chino, doña Libertad le ofreció posar con él para una fotografía de recuerdo por solo diez dólares. Mientras seguía caminando, el camino de asfalto que Rook estaba siguiendo se curvaba por el parque hasta Castle Clinton, el fuerte de arenisca construido como batería para cañones para proteger Manhattan de los británicos durante la guerra de 1812. Los baños portátiles dispuestos para la manifestación se alineaban a lo largo del muro norte del castillo cerca de unos rebosantes contenedores de basura y de alrededor de una docena de rezagados que habían decidido que compartir un poco de buena marihuana era más atractivo que hacer una larga caminata. Se encontró con unos cubos de plástico llenos de hielo derretido y unas cuantas botellas de agua que flotaban entre los cubitos. Aún tenía la lengua pastosa tras la larga noche, así que cogió una mientras se apoyaba contra el castillo y veía el flanco posterior de la marcha dirigiéndose hacia el norte de la ciudad.

A unas cuatro manzanas de distancia, dos helicópteros de la policía planeaban a diferentes alturas por encima de los rascacielos del distrito financiero. Sintió el sol sobre su cara y escuchó cómo el zumbido de sus motores se mezclaba con los gritos de los megáfonos y el coro de cánticos. A su derecha, oyó un sonido como si ondeara una enorme bandera. Pero cuando miró, vio que no era más que una persona que estaba apartando la tela blanca que abría una de las carpas de primeros auxilios. Observó un rato más a los helicópteros y se imaginó a Heat y a los demás debajo de ellos, barriendo aquellas calles y mirando en los garajes, y deseó poder formar parte de la acción. Pero, entonces, otro ruido procedente de la carpa atrajo su atención.

Rook oyó un relincho.

Después, oyó los cascos de unas pezuñas y un caballo de tiro salió de la enorme carpa blanca. Rook dejó caer su botella de agua y ya había sacado su teléfono cuando el carro rojo de bomberos de Boz salió tras el caballo y se detuvo. Un hombre salió de la carpa por el otro lado, por detrás del carro. Pero por la cojera que vio por debajo del chasis, Rook supo todo lo que necesitaba saber para confirmarlo.

Nikki respondió al teléfono sin saludar.

—No, chico escritor, tienes que quedarte allí.

—Está aquí —dijo él con un susurro.

—¿Dónde?

—Castillo. —Y en cuanto dijo aquello, el asesino en serie se izó en el estribo del carro y le vio—. Arcoíris.

Más al norte, en Whitehall Street, Nikki se apartó el teléfono de la oreja y estaba a punto de decirle al agente Callan lo que Rook había visto cuando las radios empezaron a recibir la llamada de los dos helicópteros. «Carro rojo de bomberos a la vista» y «Lo veo. Castillo del parque».

Heat no esperó. Salió corriendo hacia un coche patrulla que estaba en la acera, abrió la puerta del acompañante.

—Acelera —dijo.

La herida de pistola de Glen Windsor hizo que fuera más lento a la hora de subir las dos piernas y meterse en el pescante del cochero. Mantuvo los ojos sobre Rook durante todo el rato e incluso ganó algo de tiempo mientras el escritor vacilaba al mirar el interior de la carpa. Tirados en el suelo, los cuerpos de dos voluntarios yihadistas desangrándose por cortes en el cuello. Sí que eran mártires, pensó Rook. Pero por una causa distinta, una causa que no era la de ellos. Apartó los ojos de los dos hombres muertos y corrió hacia el carro de bomberos. Windsor no le hizo caso hasta que le vio hacer un movimiento inteligente e ir hacia el caballo, no hacia él. Así que rápidamente levantó las riendas, dio un chasquido con ellas y el enorme animal se puso en marcha.

El sargento que iba al volante sabía qué calles habían sido desalojadas para dejarlas como vías de emergencia, así que él y Nikki fueron a toda velocidad hasta que llegaron a la entrada de Battery Park. Un grupo de manifestantes entrelazaron sus brazos y bloquearon el paso del coche entre risas e insultos. Heat salió del coche y salió corriendo dejando la puerta abierta, serpenteando entre la multitud.

Arcoíris chasqueó la lengua para que el caballo se moviera y poder alcanzar a los manifestantes. Se removió en el asiento del carro para volver la vista hacia Rook y se sorprendió al no verlo junto a la carpa blanca. Entonces, el carruaje se sacudió y la suspensión chirrió bajo un repentino peso. Windsor se giró más. Mientras el carro avanzaba por el prado, asomó la cabeza por la caldera de cobre llena con el virus que estaba detrás de su asiento y vio que una mano subía por encima del maletero. A continuación, pudo entrever a Jameson Rook subiendo a la parte trasera del carro y trepando hacia él.

Dio un tirón de las riendas y tiró del freno para que Rook se tambaleara con la repentina detención. Pero solo consiguió lanzarlo más cerca de Windsor al poder sujetarse. Entonces, Arcoíris dio un latigazo y Rook casi se cayó hacia atrás cuando

el caballo reaccionó tirando del carro de bomberos en dirección a la enorme pradera, haciendo que los rezagados se apartaran asustados al ver que venía a toda velocidad.

La ancha panza de la caldera era el mayor obstáculo. Mientras el carro brincaba y se balanceaba, Rook tenía que salirse un poco por fuera para rodearlo. En el momento en que estaba más vulnerable, Windsor le dio un latigazo. Pero Rook agarró el látigo cuando estaba dando uno de los golpes y tiró de él.

A galope por el prado, mientras se acercaba a la retaguardia de la manifestación, Windsor agarró un cable eléctrico de color naranja enrollado en la barandilla que tenía delante de él. Rook se temió lo peor cuando vio el dispositivo de control que colgaba del otro extremo. Sabía que era el interruptor, el botón que liberaría el atomizador. Siguió con la mirada el recorrido del cable desde donde salía, en el respaldo del asiento; serpenteaba entre las tuberías de vapor de cobre hasta las válvulas del tanque y llegaba después al conjunto de boquillas de plástico nuevas que había junto a su cabeza sobre la chimenea.

Rook tiró de él. No consiguió arrancar el cable del mecanismo.

Levantó los ojos hacia el frente. Windsor estaba sujetando el cable. Tenía el interruptor casi en la mano.

Nikki Heat se abrió paso entre la gente que iba detrás, sacó la pistola y apoyó la rodilla izquierda en el césped y los codos sobre la derecha apuntando hacia el carro de bomberos que se dirigía hacia ella. Debía tener cuidado de no darle al caballo. No solo porque el animal era inocente, sino porque, si se caía, podría volcar el carro y derramar el virus. El mismo cuidado debía tener con el tanque. Tenía que esperar a tener un ángulo de fuego con el que no se arriesgara a perforar la caldera de cobre si no alcanzaba a Windsor o si la bala le atravesaba.

Vio que iba a coger el interruptor del cable naranja y se preguntó si debería disparar ya. Fue en ese momento cuando Rook saltó sobre Windsor e intentó alcanzar el interruptor por encima de sus hombros. Heat enfundó la pistola y fue corriendo hacia el carro.

La embestida de Rook apartó el cable de la mano de Windsor. Este soltó las riendas y se agachó en el asiento del cochero para recuperarlo. Mientras el caballo suelto empezaba a avanzar en círculo por el prado y los manifestantes se apartaban entre gritos en busca de un lugar seguro, Rook trepó para echarse sobre Arcoíris y pasó por encima de él para alejar el interruptor. Cuando Windsor estaba a pocos centímetros del extremo del cable, Rook cambió de táctica. Cerró un puño y empezó a golpearle sobre la reciente herida de bala. Arcoíris chilló del dolor, pero agarró el cable. Rook volvió a darle puñetazos en la pantorrilla una y otra vez. Arcoíris se giró para golpear a Rook y, al hacerlo, Rook cogió el cable de sus manos y lanzó el extremo mortal por detrás del respaldo, donde quedó colgando sin que pudieran cogerlo.

Arcoíris retiró las manos de su pantorrilla sangrante y dio un golpe con el codo en la nariz de Rook. Mientras Rook caía de lado, Windsor sacó su cuchillo de la vaina de

su cinturón. A través de sus ojos llorosos, Rook entrevió el reflejo de la hoja y levantó el brazo. Justo cuando tocó la muñeca de Arcoíris, el carro se sacudió dos veces sobre el bordillo de piedra del sendero del parque y la combinación de todos aquellos movimientos hizo que el cuchillo saliera volando de las manos del asesino para caer al suelo. Desarmado y desesperado, Windsor se levantó, se echó por encima de la barandilla del asiento y buscó a tientas el cable que colgaba. Pero el carro de bomberos volvió a dar una sacudida cuando Heat lo alcanzó y saltó a bordo. Agarró a Windsor por la parte posterior de su cinturón y lo empujó de cabeza sobre el asiento. Windsor cayó en el hueco que había entre el asiento del cochero y la caldera y aterrizó con fuerza en el suelo que pasaba a toda velocidad por debajo de ellos. Nikki se bajó de un salto.

Aspirando la sangre, Rook agarró el cable y lo puso a salvo en el interior del carro. Exclamó un leve «¡Uf!» y agarró las riendas. El caballo se paró dócilmente en medio de cientos de manifestantes. Al otro lado del césped pudo oír a Arcoíris con la cara pegada a la hierba, suplicándole a Heat, que estaba encima de él:

—¡Pégue me un tiro! ¡Joder! ¡Hágalo de una puta vez, por favor!

Pero no todos los deseos se cumplen. Nikki puso fin a los asesinatos en ese mismo momento. Lo esposó, enfundó su pistola y esperó a que el resto del equipo llegara hasta ella mientras Rook enrollaba con cuidado el cordel naranja.

Y entonces, bajo el zumbido de los helicópteros que volaban por encima y el bramido urgente de las sirenas, una extraña y grácil tranquilidad la envolvió, como si la sombra del caos hubiese desaparecido de la brisa primaveral del puerto. En su mundo silencioso amortiguado por aquella liberación, Nikki miró a su alrededor hacia todas las caras de la gente, a todas las personas que iban a vivir. Y, bajando la mirada hacia Arcoíris, supo que ella también iba a vivir.

Diez años, veintitrés semanas y cuatro días de agonía, temor y miedo. Todo había acabado en un momento. Pensó en aquel periodo de más de una década. Toda su vida adulta había estado rodeada de una sensación de pérdida, fe, preparación, sacrificio y tenacidad. Pero también de suerte. Una trama mortal podría haberse llevado a cabo de no ser porque un asesino en serie se había implicado en ella.

Y de no ser porque la detective Heat estaba encargándose de ambos casos.

El lunes por la noche, Nikki llegó a casa tras la lectura de los cargos de Carey Maggs con una sensación de alivio y sufrimiento.

—¿Sabes? Todo el mundo dice que nunca se llega a la total resolución de un caso—respondió ella cuando Rook llamó desde su *suite* del hotel SLS de Beverly Hills para preguntarle cómo estaba—. Pero empiezo a pensar que eso no me interesa tanto como acabar del todo. Supongo que es normal que sienta este dolor por mi madre toda mi vida, pero estoy segura de que no me importaría terminar con todo este esfuerzo.

—Y el hecho de que Maggs se declare inocente hace que siga estando ahí.

—Exacto. Serán meses de juicios y retrasos. Quiero ponerle fin, Rook.

—Al menos, la parte de la investigación sí ha acabado.

—Esa es la cuestión —dijo ella—. Tendrías que haberlo visto hoy con los pesos pesados de sus abogados estrella. Parecía que estaba sentado allí con los rostros del Monte Rushmore.

—Aun así, sabes que los federales lo van a pescar.

—Pero no sin una larga lucha. Su equipo de abogados ha solicitado ya que se desestime el testimonio corroborativo de Glen Windsor. Dicen que es el fruto de un árbol podrido.

—Odio esas cosas —dijo Rook—. ¿En qué se convierte este país cuando no se puede confiar en la palabra de un asesino en serie?

—Me reiría si no fuese verdad. He participado en suficientes casos como para saber cómo irá todo esto. El fiscal lo retirará si la defensa no pide que el Departamento de Seguridad Nacional se lleve a Maggs para interrogarle.

—Sí que tienen un Viejo Granero. Estoy seguro.

—Cuéntame cómo van tus reuniones. ¿Tienes la cabeza inmersa en cestas de fruta?

—Lo cierto es que todo esto me da una sensación de vacío, Nik. Es decir, después de haber salvado al mundo yo solo.

Ella se rio.

—Sí, quizá tú, Batman y el Vengador Solitario deberíais formar un grupo de apoyo.

—Claro. Podríamos llamarlo... No sé... Capas Anónimas. Aunque, normalmente, los superhéroes ya son anónimos, así que tendría que ser Capas Anónimas Anónimas.

—Buenas noches, Rook.

—¿Buenas noches? ¡Pero si me has despertado mi vertiente arácnida!

—Mantén en la mente ese pensamiento.

Sola en casa, sin ninguna obligación tras semanas de tortura y de profunda fatiga que creía que nunca podría reparar con un buen sueño, Nikki se planteó una velada de velas aromáticas, un baño de burbujas y divas del *soul* en el equipo de música. Pero aquello le parecía una distracción, más superficial que la cicatrización interior que ansiaba.

Además, sabía que no podría relajarse habiendo cuestiones pendientes y cabos sueltos.

Sacó el tubo de cartón y lo dejó sobre la mesa de centro. El Hombre de los Acertijos, aunque era un compañero inquietante, había demostrado lo que valía y había conseguido descifrar el código. El mensaje parecía incompleto, pero con el arresto de Carey Maggs como líder de la trama, Heat se dijo a sí misma que era mejor olvidarse.

Pero no podía.

Volvía a su madre. Volvía a la falta de una resolución del caso.

Se preguntó por qué iba a esforzarse nadie por escribir un mensaje cifrado que, en el fondo, no revelaba ninguna información. Su madre era muy práctica como para hacer esas cosas. No desperdiciaba sus esfuerzos. Todo tenía un motivo. De tal palo, tal astilla.

Nikki sacó los papeles del tubo y los desplegó ante ella. Después, los apiló y los acercó a la luz. Vio el mismo mensaje de antes: «Liberar al Dragón».

Tal y como ya había hecho hasta la extenuación, consideró el sentido de cada palabra. Nikki se centró en la palabra «Liberar» porque le parecía como un llamamiento a la acción. Una acción que no había llevado a cabo. Aquello era lo que le hacía perseverar. Nikki no había liberado nada de ningún sitio.

Había pasado once años recorriendo ese apartamento en busca de cerrojos y cajas secretas. Su padre le había pasado algunas de sus cosas que se había llevado a su apartamento de Scarsdale y no había encontrado nada allí. Así que las búsquedas en las casas se habían terminado.

Heat se quedó mirando el mensaje hasta que los ojos se le vidriaron. Después, desplegó las cuatro páginas por separado, reprendiéndose a sí misma por volver a la casilla de salida. Pero lo hizo.

¿Por qué era tan difícil? ¿Qué era lo que había dicho el Hombre de los Acertijos? Que el código más difícil de descifrar era el que solo lo conocen dos personas. El emisor y el receptor Nikki se preguntó que, en caso de ser el receptor, ¿por qué la había elegido a ella? Cuando su madre fue asesinada, Heat era estudiante de Arte Dramático de la Universidad Northeastern, no policía, y sin indicios de convertirse en ello. O quizá es que su madre conocía su carácter mejor que ella misma. O simplemente, confiaba en ella por completo.

—Bueno, mamá, ¿qué es lo que tenemos aquí? —preguntó en voz alta.

Trató de no imaginarse a su madre como en sus pesadillas, tirada en el suelo de la cocina. Paseó la mirada por la habitación y el fantasma de su reciente sueño vino hasta ella: Cynthia estaba tocando el piano en el rincón mientras decía: «Lo sabes».

Empezó a filtrarse mientras volvía a poner los ojos sobre las cuatro páginas. Nikki apartó la atención de las marcas codificadas y contempló la partitura sobre la que estaban escritas. Le llegó un recuerdo a través de una estela de humo del tiempo.

Aquellas cuatro páginas comprendían uno de los recitales de piano de Nikki de cuando tenía dieciséis años. Se abalanzó sobre el banco del piano y sacó el viejo programa. Allí estaban, en la lista. Aquellas cuatro melodías. No otras.

¿Por qué las había elegido para el código?

Tenía un claro recuerdo de aquel recital. Recordó su miedo escénico y que solo cometió un error con los dedos. Por primera vez, aquello no había hecho que su confianza se tambaleara. ¿Y qué más? ¡Ah, sí! Su madre estaba tan orgullosa de ella esa noche que lo celebró llevando a Nikki a cenar y dejando que se tomara su primera copa. Habían ido al Players, el club del que su madre era socia. Estaba a poca

distancia de su casa, pero para Nikki encerraba una gran historia y un carácter muy especial. Su madre le había pedido al camarero que fuera a la parte de atrás, que abriera su bodega privada y que trajera una botella especial. Después de que él la descorchara y se marchase, Cynthia se bebió el agua de la copa de Nikki y le sirvió a su hija un poco de aquel vino de celebración. Su madre tan solo le permitió a su hija tomar media copa. A Nikki le pareció que la había llenado hasta el borde.

Heat miró su reloj y se puso de pie. La nueva calidez que fluía por su cuerpo procedía de algo más que una revelación, algo más que un punto y final. Sintió una conexión.

Nikki se puso el abrigo y salió.

El pelo del camarero se había vuelto blanco con el paso de los años, pero seguía recordando a la señorita Heat, lo mismo que recordaba a todo el que había sido miembro del Players o un invitado especial. Si George hubiese estado trabajando en el restaurante cuando Samuel Clemens golpeaba la bola blanca alrededor de la mesa de billar que seguía estando allí, habría recordado cada golpe, cada broma o cada obscena maldición del señor Twain.

Cogió las llaves del gancho que había sobre el fregadero de la barra.

—Aún veo a su padre de vez en cuando —dijo mientras llevaba a Nikki a la parte de atrás—. Aunque no tanto desde... —Frunció el ceño y se detuvo ahí.

En la parte de atrás, después de pasar por cajas de licores y vinos de la casa, unas estanterías empotradas llenaban una de las paredes.

—Aquí lo tenemos —dijo George—. El almacén privado. —Cada armario, del tamaño de una pequeña cabina del gimnasio, estaba marcado con una placa metálica ovalada en la que estaba grabado el nombre de los socios. Nikki reconoció a muchos de ellos. La mayor parte pertenecían a actores famosos, pero unos cuantos eran de compositores, periodistas y novelistas. No estaban ordenados por orden alfabético, pero el camarero sabía de memoria dónde estaba cada reserva. Metió la llave en la puerta del armario que tenía el nombre de Cynthia Heat y dio un paso atrás.

—Le dejo a usted los honores —dijo con una sonrisa y pecando de discreto. A continuación, volvió al restaurante.

Heat abrió la puerta pero no encontró ningún vino. El armario contenía una única botella de cerveza: Cerveza rubia Durdles' Finest. Había una leyenda en la etiqueta: «Fabricada ahora en Estados Unidos por la Fábrica de Cerveza Boz, en el puerto marítimo de South Street». Nikki levantó la botella y vio su nombre en el sobre en el que estaba apoyada.

Pasó la yema de los dedos por las letras de su madre y abrió la solapa, que Cynthia había dejado doblada pero no sellada.

El mensaje para Nikki era breve. Lo leyó con sorpresa, por lo que decía y por la inesperada sensación de punto y final que siempre había pensado que no llegaría. Las

palabras que aparecían bajo la firma al final de la nota hicieron que los ojos se le llenaran de lágrimas: «Recuerda siempre que mamá te quiere».

Dejó la cerveza, cogió la nota y salió con un cabo suelto menos, aunque aún quedaban algunos.

El cuádriceps de Nikki se resintió cuando se tumbó sobre la colchoneta de su gimnasio a primera hora de la mañana siguiente. El dolor del sufrimiento físico de las últimas semanas, además de las sesiones de ejercicio que se había saltado y la falta de sueño, hicieron que se sintiera como una babosa en baja forma. Heat sonrió con una mueca agradecida de estar en el único gimnasio de Manhattan que no tenía espejos.

Cuando Bart Callan entró, también sonreía.

—No bromeaba, Heat. Este gimnasio es lo peor. Estoy esperando ver a Rocky Balboa cortando un lomo de ternera.

—A mí me gusta así. Nada de refinamientos ni poses. O se viene a hacer ejercicio o te vas.

—¿Es por eso por lo que estamos solos? —Dejó caer su bolso de gimnasio en un rincón y se quitó el chándal para quedarse con unos pantalones cortos de baloncesto y una camiseta del Departamento de Seguridad Nacional con las mangas recortadas, que dejaban ver unos brazos muy marcados. Nikki se preguntó si las habría recortado por ella.

Heat y Callan chocaron los puños en el centro de la colchoneta para indicar que estaban preparados. Nikki cambiaba el peso del cuerpo adelante y atrás sobre sus talones para observarlo y, de inmediato, sacó su conclusión. Él hizo un amago con la izquierda y embistió con la derecha, agarrándola de la cintura y lanzándola al suelo.

—Por fin —dijo él—. Contacto.

—Vaya —dijo ella levantándose—. Estoy oxidada.

Esta vez fue ella hacia él. Cuando se acercó, él cayó sobre una rodilla y la lanzó por encima de su espalda. Ella cayó sobre la colchoneta con un golpe sordo.

—Recuerde que ha sido usted quien me ha llamado —dijo él—. ¿Está segura de que está preparada para esto?

—Ya veremos. Anoche no dormí mucho.

—¿Por la detención? —Hizo un movimiento de desdén con la mano—. No se preocupe.

Dieron vueltas uno alrededor del otro con señuelos y falsas embestidas sin que ninguno de los dos se lanzara todavía.

—No tengo ningún problema con la detención. He estado despierta porque por fin he descifrado un mensaje en clave que mi madre me dejó. —Lanzó un golpe bajo directo a la cintura de él. Callan no reaccionó a tiempo y cayó. Esta vez, ella le ayudó a levantarse—. Ya no tengo duda de que desenmascaró a Carey Maggs.

—Un poco tarde ahora que hemos cerrado el caso, pero enhorabuena.

Heat sacudió los brazos para calentar.

—Bart, cuando le pedí que investigara a Maggs, ¿no me envió un correo electrónico descartándolo? —Él debió de pensar que Heat había bajado la guardia. De repente, se agachó y movió una pierna hacia la parte posterior de las rodillas de ella. Pero Nikki lo esquivó con un salto, cayó de pie y, a continuación, volvió a recuperar su posición dejando que esta vez él se levantara solo.

—No me puedo creer que haya fallado ese golpe. —Se puso de pie y sacudió la cabeza como si estuviese mareado.

—¿No dijo que Maggs estaba limpio?

Él se quitó el sudor de la frente con el antebrazo.

—En la base de datos no aparece todo.

—Supongo que no —contestó ella. Él trató de hacerle un placaje con el hombro sobre la cintura pero ella lo esquivó con un giro y acabó encima de él. Se puso de pie de un salto—. Tengo que hacerle una pregunta sobre el helipuerto, de la otra noche —dijo ella mientras él daba brincos.

—Heat, ¿hemos venido para pelear o para hablar?

—¿Cómo supo que tenía que ir allí?

—Ya se lo conté. Me lo dijo Yardley Bell. —Hizo un movimiento hacia el costado derecho de ella. Nikki esperaba que fuera un amago, pero él se lanzó y la tiró.

—Rook me dijo que no se lo había contado a ella.

—¿Cómo si no lo iba a saber yo?

—¿Por Hinesburg, quizá? —Nikki se puso de pie y lo miró con atención.

—¿Hinesburg? ¿Por qué iba a hablar yo con Hinesburg? —Se lanzaron el uno contra el otro a la vez y entrelazaron los brazos con una llave. Llegaron a un punto muerto. Se separaron y danzaron en círculos de lado, mirándose el uno al otro.

—Qué raro —dijo Heat—. Cuando registramos las cosas de Hinesburg encontramos su pistola de repuesto. En su casa.

Se movió un poco más.

—Entonces es que tenía otra. ¿Qué narices es todo esto?

—Y mi amiga, la médico forense, me ha puesto al día durante el fin de semana. Ha encontrado un rastro de metal y pólvora quemados en la herida de entrada de Hinesburg.

—¿Qué puedo decir? Mi cañón se desolla. —Hizo un movimiento hacia ella, pero se retiró cuando vio que ella estaba lista para recibirlo. Después, cuando ella bajó la guardia, dio un giro con la cadera y la tiró sobre la colchoneta. Extendió una mano y la ayudó a levantarse.

—Y hay otra cosa en el mensaje de mi madre. Además de pescar a Maggs, también decía otra cosa interesante... Sobre el Dragón. —Hizo una pausa—. ¿Cuánto le estaba pagando Carey Maggs? —Callan soltó el puño con tanta rapidez que la sorprendió. Sin que a ella le diera tiempo para bloquearlo, él le dio en el mentón con tanta fuerza que salió volando sobre la colchoneta aterrizando de lado sobre el suelo

de madera. Antes de que Heat pudiera despejar la mente, él se giró y fue corriendo hacia el rincón donde había dejado sus cosas. Metió la mano en su bolso del gimnasio y sacó su arma reglamentaria.

Pero Heat tenía una velocidad con la que él no contaba. Antes de que Callan pudiese darse la vuelta, ella lo tiró al suelo desde atrás con un placaje que hizo que se golpeará la cara contra los bloques de ladrillo que había justo por encima de los tablones del suelo. Callan se dio la vuelta sangrando por la nariz y agarró la cabeza de ella entre sus rodillas. Ella notó que el brazo de él bajaba hacia ella con la pistola. Levantó la mano agitándola a ciegas, le agarró la muñeca y dio una fuerte patada sobre el suelo con sus pies para levantarse. Con el impulso, arqueó los pies hacia arriba pasándoselos por encima de la cabeza para bajar las rodillas y clavarlas en el torso de él. Callan gritó y las piernas se le aflojaron. Nikki se puso a cuatro patas de un salto y lo puso boca abajo con la mano aún agarrada a la muñeca derecha de él para mantener el arma en alto y apartada.

Aquel hombre era fuerte y trataba de soltarse con todas sus fuerzas, pero Heat lo mantuvo sujeto. Nikki notó por fin que él empezaba a rendirse. Pero, a continuación, con un movimiento repentino, Callan dio una sacudida con la cabeza hacia atrás. La parte posterior de su cráneo le dio de lleno en el mentón. Sintió un zumbido en la cabeza y la visión se le nubló por los bordes. Después, se desmayó.

No podía haber pasado más de un segundo o dos, pero, cuando su cerebro se aclaró, se puso de pie de un salto. Callan estaba también de pie con su Sig Elite apuntando hacia ella.

Heat se preparó para el disparo, pero él vaciló.

—Yo no quería esto —dijo él. Aquello parecía una súplica—. Cuando usted llegó por casualidad al fondo de este asunto, yo seguí despistándola. Y cuanto más investigaba usted, más trataba yo de despistarla. —Callan se limpió la gota de sangre de su nariz con la parte posterior de la muñeca mientras con la otra seguía apuntando con la pistola—. Nikki, yo le tenía cariño. He hecho todo lo que he podido..., pero ahora tengo que matarla.

—No tiene por qué hacerlo. —Pero ambos sabían que sí. Heat midió la distancia. Cerca, pero era peligroso. Para Heat, el cañón de la pistola era tan ancho como un túnel.

—Ni lo intente —dijo él.

—Al menos, dígame por qué. —Le miró a los ojos y vio que se estaba debatiendo. Incluso vio tristeza. Mantuvo la mirada clavada en él y le hizo una súplica. Utilizó su nombre de pila—. Bart, si alguna vez hubo algo entre nosotros, al menos, deje que me vaya a la tumba sabiendo el porqué. —Nikki vio que él se lo pensaba—. Bart, por favor. Ya sé quién fue. ¿No merezco saber el porqué?

Él volvió a limpiarse la nariz con la muñeca mientras se lo pensaba. Miró a la puerta y, después, de nuevo a ella.

—Usted ya lo ha resuelto. La trama de terrorismo biológico la financió Maggs.

—¿Le pagó?

—Sí.

—¿Y Tyler Wynn? ¿Cómo lo convenció Maggs?

—Le convencí yo. Estaba mayor. El clásico perfil. Un agente acabado con gustos caros.

—Pero ¿por qué Wynn?

—Reclutamiento europeo. Después de que Ari Weiss pasara a ser un problema, buscó un bioquímico con una moral maleable.

—¿Tyler encontró a Vaja? —Callan no respondió. No tenía por qué hacerlo—. ¿Y esa es la razón por la que esta trama estuvo en pausa durante once años? ¿Solo para buscar a un bioquímico?

—No solo por eso. Maggs necesitaba también crear su empresa farmacéutica. Después, conseguir el contrato con el gobierno. La capacidad de distribución... Eso lleva su tiempo. Años. La perspectiva de conseguir mil millones de dólares ayuda a tener mucha paciencia.

Se oyó una motocicleta en la calle y eso lo asustó. Antes de que él cambiara de idea, Heat le lanzó otra pregunta:

—¿Por qué matar a Nicole Bernardin?

—Vaja despertó sus sospechas recientemente, cuando empezó a hacer viajes a Rusia para traer las cepas de la viruela. Eso era lo que estábamos esperando. La última pieza del rompecabezas. Conseguir el virus para prepararlo y convertirlo en un arma. Nicole hizo muy bien su trabajo y... —Dejó aquellas palabras en el aire. La frase acarreaba implicaciones mortales para Nikki.

Callan tampoco parecía tener ganas de dar el siguiente paso.

—Bart —dijo Nikki volviendo a llamarle por su nombre. Trataba de hablar con más sensatez que súplica—. ¿Ha pensado esto bien? Si me mata, tendrá que salir corriendo. También puede elegir no matarme y, aun así, salir huyendo.

Él negó con la cabeza.

—Esa no es una opción.

—O puede negociar un trato. Aporte pruebas de Maggs. Vamos, lo hacemos cada dos por tres. Usted lo ha hecho. Yo también...

Heat creyó que el fuerte sonido que oyó era de un disparo, pero fue la puerta de metal abriéndose de golpe contra la pared del gimnasio. Nikki se giró y vio a Yardley Bell con una pistola en la mano. Callan apuntó a Bell con su Sig Elite. Nikki arremetió contra él. Sujetó la muñeca de la mano en la que tenía la pistola y apuntó con el arma hacia el techo. La pistola se disparó con un estruendo y sobre ellos cayó una nevada de pintura mientras Heat le agarraba el brazo izquierdo a la espalda hasta que oyó el desagradable chasquido de un cartílago en el interior de su hombro. El grito de Callan resonó en todo el gimnasio y su Sig Elite cayó al suelo con un estrépito.

Nikki lo tiró boca abajo y le puso la rodilla en la espalda mientras la agente Bell

se acercaba corriendo para esposarle.

Heat se giró hacia ella.

—Llega tarde.

Nikki Heat y Yardley Bell estaban juntas en la acera de la puerta del gimnasio mientras los paramédicos le colocaban el hombro dislocado a Callan y le limpiaban la sangre de la nariz y el mentón en la parte trasera de la ambulancia.

—Ya tenemos su rastro. —Bell se quedó mirando el rostro de Nikki—. No le importa dejarlo ahí, ¿no?

—Tenía que hacerlo. La nota de mi madre solo decía que sospechaba que Callan era el Dragón, pero no podía demostrarlo. Yo quería ponerle en evidencia y ver cómo reaccionaba.

—¿Y? —Las dos se rieron de aquello—. Siempre me ha preocupado que Callan pudiera estar involucrado. Durante todo el tiempo en que él estaba en el FBI y llevaba el caso de tu madre. Pero eran sospechas poco consistentes como para demostrarlo y yo no era más que una novata.

Heat recordó que Algernon Barrett le dijo que él había escuchado a escondidas a través de la mirilla a su madre y a la señora que tenía aspecto de policía y, entonces, supuso que debía tratarse de Bell.

—Gracias por decírmelo, agente.

—¿Quiere decir igual que usted me ha contado lo del código de su madre, detective?

Nikki tuvo que darle la razón en aquello.

—Me parece justo.

—Después de que mataran a Nicole Bernardin cuando Callan la vigilaba, hablé con el director para que me enviara aquí y colaborar en el caso —continuó Bell—. Pero, en realidad, era para poder involucrarme y estar cerca de él.

—Callan creía que usted había venido a suplantarle.

—Y usted pensaba que yo era el Dragón. O, al menos, una infiltrada. Vamos, reconózcalo. —Como Nikki no respondía, continuó—: O quizá esperaba que lo fuera.

Nikki sonrió.

—Digamos que para mí todas las opciones son válidas hasta que se demuestra lo contrario.

Callan gritó mientras el equipo de emergencias trataba de colocarle el brazo y la dos mujeres se giraron para mirarle.

—¿Qué es lo que le ha hecho sospechar de él? —preguntó Bell.

—Ya sabe cómo va esto. Es un cúmulo de cosas. Al principio, supongo que fue por su forma de inmiscuirse en mi caso. Como usted, y no se ofenda, Callan me ponía muchas trabas. Pero, para mí, la mayor revelación fue lo del helipuerto. Todas aquellas incongruencias. Y Hinesburg, con aquel disparo en la sien.

—A poca distancia.

Heat volvió a mirar hacia el interior de la ambulancia.

—Es probable que Sharon creyera que él iba a rescatarla. Pero trabajaba para él y tenía que callarle la boca.

—Sabe que él la quería.

—¿Se refiere a que quería que yo entrara en su equipo o a que quería vigilarme de cerca?

—Vamos, Heat. He visto cómo la miraba. ¿No se daba cuenta?

Nikki había estado en suficientes interrogatorios como para oler cuándo lanzaban un anzuelo. Le restó importancia.

—Nunca lo creí. Es decir, nada de lo que decía me pareció romántico.

—Quizá es que usted no estaba receptiva.

Heat hizo una pausa y, a continuación, miró a la ex de Rook a los ojos.

—No lo dude.

Rook abrió la puerta del apartamento de Heat y dejó caer su bolso de mano junto al paragüero. Esperó.

—¿Hola? He vuelto de la costa. ¿No me saludas?

—Aquí dentro —gritó ella.

Echó su chaqueta sobre el respaldo de una silla y se dirigió a la sala de estar, donde vio a Nikki recostada en el suelo sobre una toalla de playa con motivos tropicales. Tenía un ponche de ron en una mano y, en la otra, un ejemplar de la novela *Sizzling sixteen*^[6].

—Así que esto es lo que tenías en mente.

—Más o menos. —Él se sentó en la toalla junto a ella—. Estás desnuda.

—Del todo.

—Ya veo. —Rook miró por la habitación—. ¿Y qué tipo de isla es esta?

—De fantasía.

Ella dejó la copa y el libro en el suelo y extendió los brazos hacia él. Rook se puso de rodillas, planeando encima de ella, y se besaron con suavidad. Se echó sobre ella y Nikki lo atrajo hacia su cuerpo mientras sentía cómo su peso envolvía su piel y la calidez de sus cuerpos los fundía, a pesar de que él estaba vestido. Enseguida, el calor de la conexión los invadió de una urgencia que se convirtió en una poderosa necesidad. Se provocaron y se tocaron el uno al otro y unieron sus cuerpos hasta lo más profundo. La pérdida de la responsabilidad, la cercanía mutua y el ansia que cada uno sentía en ese momento les hizo dar vueltas mientras se adentraban en la dimensión palpitante y frenética que provocaba la pasión de los dos.

Más tarde, abrazados en un perezoso amasijo de piernas y brazos en la cama de ella, dormitaron piel con piel. Los dedos de Nikki acariciaban su barba de dos días y su pecho se elevaba al ritmo de la plácida respiración de Rook. Su teléfono móvil

sonó dos veces y ella miró el mensaje. Después, volvió a colocarlo sobre la mesita de noche.

—Por favor, otro asesinato no —dijo él sin abrir los ojos.

—Peor. Yardley Bell quiere que almorcemos mañana.

Él abrió los ojos parpadeando.

—¿Vas a ir?

—No necesito ninguna nueva amiga del alma.

—Deberías ir.

—No me gusta.

—No la conoces.

—Sé todo lo que quiero saber —respondió Heat—. Y sé qué es lo que me gusta.

—Yo también.

—Demuéstramelo.

Y lo hizo.

AGRADECIMIENTOS

Esta es una ocasión importante para vuestro humilde escritor. Sí, vale, he terminado hoy el libro, pero estoy hablando de algo más importante. Me refiero a que hoy es uno de los dos días del año en que los hastiados neoyorquinos dejamos lo que estamos haciendo y nos maravillamos con un fenómeno astronómico conocido como Solsticio de Manhattan. ¿Qué? ¿Soy el único friki de por aquí que sabe que exactamente a las ocho y cuarto de esta noche el sol se pone perfectamente alineado con la cuadrícula de las calles de Manhattan y lanza un destello celestial por cada calle este y oeste como un rayo láser? ¡Qué bonito! ¡Chúpate esa, Stonehenge!

Perdonadme si tengo un ojo puesto en la ventana de mi *loft* que da al oeste mientras reconozco que las estrellas se han alineado de un modo igual de milagroso para escribir esta novela. Y lo que más brilla en ese firmamento es un cuerpo celestial conocido como Kate Beckett, que inunda mi corazón de motivación, estímulos y el alucinante poder de su elegante vida ejemplar. Gracias también al resto del equipo del distrito doce de la policía. Javier Esposito y Kevin Ryan han tenido la generosidad de convertirme en un compañero de entrenamiento, de equipo y, espero que también, en un amigo. La capitana Victoria Gates pone el listón muy alto pero, de algún modo, ha dejado que me cuele por debajo. No se lo digáis, pero creo que le gusto.

En la oficina del forense, la doctora Lanie Parish me vuelve a poner los pies en el suelo cuando mi cabeza se eleva por las nubes. Le doy las gracias por su tolerancia, así como por su pericia.

Mi madre, Martha, siempre me hace ser consciente de que toda sorpresa es motivo de celebración, aunque ella nunca las ve por ese antifaz para dormir que le regaló Kitty Carlisle en un concurso de los años cincuenta. Alexis, mi hija universitaria, ha encontrado una independencia muy sana, pero le estoy agradecido de que haya decidido permanecer en mi órbita.

Aunque soy una persona muy terrenal, levanto la vista sorprendido hacia los dioses y diosas empíreos que son verdaderas estrellas del cielo. Por supuesto, me refiero a los increíbles Nathan, Stana, Seamus, Jon, Molly, Susan, Tamala y Penny.

Los chicos del edificio Clinton de los estudios Raleigh no paran de hacer magia astral. Saben lo que significa un viaje medido en años luz y cuentan con todos mis respetos.

Terri Edda Miller brilla como la Aurora Boreal. Radiante y cálida, tiene mi corazón en sus manos. Y siempre lo tendrá.

Jennifer Allen recoge rayos de luna en un bote y me hace sentir como si de verdad estuviese colgado de una estrella. No hay otro hombro en el que prefiera apoyar mi cabeza mientras veo la luna anaranjada levantarse sobre el Canal.

Un gran homenaje a Elisabeth Dysegaard, editora jefe de Hyperion Books, que me ha allanado el camino para poder terminarlo. Melissa Harling-Walendy y su equipo de ABC me ha vuelto a brindar un apoyo maravilloso.

Sloan Harris, de ICM Partners, me ha representado en mis libros desde el principio, colocando su catalejo en el horizonte y viéndolo todo con gran claridad.

Una vez más, Ellen Borakove, de OCME, ha demostrado ser de una ayuda inestimable en la investigación de autopsias. No deja de mezclar la pasión y la compasión en su trabajo, además de mostrar una tolerancia única ante preguntas ignorantes.

Un reconocimiento especial a Alton Brown por el asesoramiento culinario y el bolígrafo con el que he escrito este libro. Su libro, *Good Eats*. Un gran tipo.

Mis compañeros de póquer Connelly, Lehane, Patterson y el fallecido señor Cannell me mantienen siempre en alerta.

Muchas gracias a la extraordinaria Janet Evanovich por sus palabras en *Today Show*. Y al prestigioso bloguero Ken Levine por sus bonitas palabras.

El guionista y amigo Don Rhymer nos ha dejado demasiado pronto. Quien inspiró en la vida real al detective Rhymer es ahora el nuevo Opie del cielo y sigue viviendo en el distrito de la policía número veinte.

Por último, no habría ningún libro sin la estrella guía conocida como *Andrew Major* en los mapas estelares. Cuando me siento perdido en los vericuetos y en los agujeros negros de la trama, me consuelo al saber que nunca estoy solo. Siempre puedo contar con Tom como brújula y con Andrew para iluminar el norte geográfico.

Ahora, si me perdonáis, tengo una cita con el Solsticio de Manhattan.

RC

Nueva York, 20:14 29 de mayo de 2013



RICHARD CASTLE es el nombre de un personaje ficticio, protagonista de una serie de televisión estadounidense llamada Castle.

En *Castle*, dicho personaje es un afamado autor de novelas policiacas que colabora con la policía resolviendo crímenes mientras escribe sus nuevas novelas, protagonizadas por Nikki Heat.

En 2009 se publicaron las dos novelas «ficticias» que el personaje Richard Castle había terminado en la serie de televisión, entrando en el Top 10 de los más vendidos del New York Times.

Notas

[1] En español, «cucaracha». <<

[2] La marca de artículos de oficina Staples utilizó como protagonista de una campaña publicitaria un botón rojo en el que aparecía impresa la palabra *easy*, «fácil» en español, con el que daban a entender que en sus centros era fácil encontrar todo tipo de regalos para Navidad. <<

[3] En inglés, «Haz el imbécil». Juego de palabras con *jerk chicken*, «pollo adobado».

<<

[4] *Take Me Out to the Ball Game*, en español «Llévame al partido de béisbol», es una canción de 1908 que se ha convertido en el himno no oficial del béisbol norteamericano. <<

[5] *Slaughter* significa «masacre» o «matanza». <<

[6] En español, «Sensuales dieciséis». Se trata de una novela de Janet Evanovich. <<